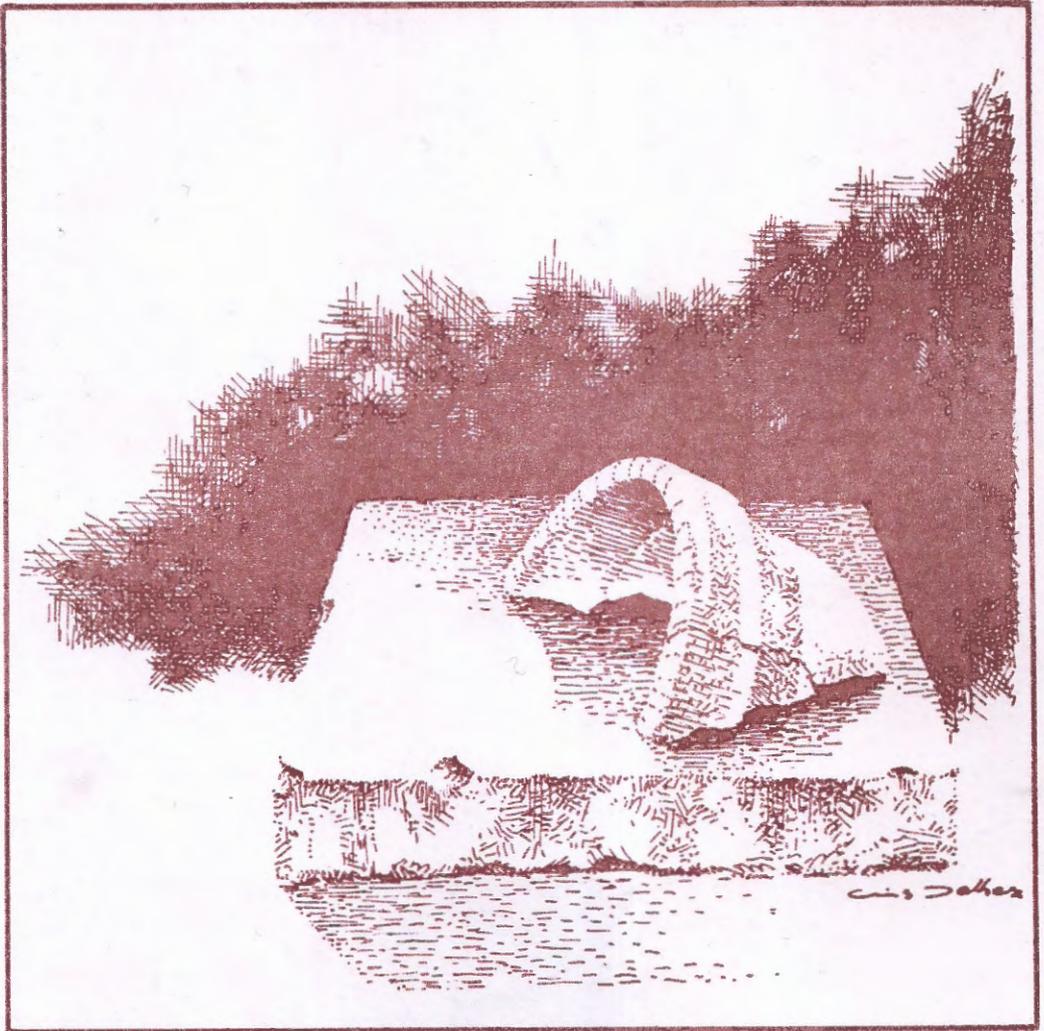


ANALES DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA

AÑOS 1981-1982



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

ISSN 0325-0288

**ANALES DE ARQUEOLOGIA
Y ETNOLOGIA**

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

36/37

ANALES DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA

AÑOS 1981-1982

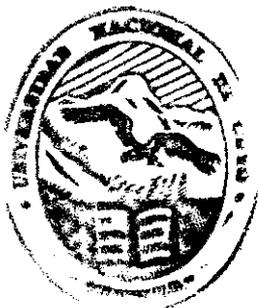


UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

MENDOZA - ARGENTINA

INSTITUTO DE ARQUEOLOGIA Y ETNOLOGIA

Director: Prof. Dr. Juan SCHOBINGER



UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
BIBLIOTECA CENTRAL
E/3-2-86 N° de Orden _____
P. <i>Fac. Fil. y Letras</i>
Valor <i>camp.</i>

Reg. P.P. 12483

Dibujo de Tapa: *Cristian Delhez*

Diagramación: *Carlos Gómez*

Dirección Postal
CENTRO UNIVERSITARIO
5500 — Casilla Correo 345
MENDOZA - ARGENTINA

El presente volumen ha sido financiado en parte por un subsidio otorgado por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y el aporte de la Asociación Cuyana de Antropología. Las opiniones expresadas en los trabajos firmados son de exclusiva responsabilidad de sus autores.

ESQUEMA DEL MITOANALISIS

JUAN ADOLFO VAZQUEZ (*)

En 1973 reuní una colección de mitos de México, América Central y América del Sur, más unos pocos del suroeste de Estados Unidos que, multicopiados, han servido desde entonces como textos para cursos de Mitología indígena latinoamericana que se dictan en la Universidad de Pittsburgh. (1)

Al año siguiente pasé ocho meses en Yucatán, donde tuve ocio para releer sin prisa los mitos y meditar sobre la manera de poner en manos de los estudiantes algún procedimiento que facilitara su estudio e interpretación.

Desde luego, así como no hay ninguna clave segura para interpretar los sueños, tampoco hay ninguna fórmula infalible para penetrar en el misterio de los mitos. En ambos casos es necesario conocer el contexto. Para

(*) Universidad de Pittsburgh.

(1) La realización de ese trabajo fue posible gracias a la ayuda proporcionada por diversas dependencias de la Universidad de Pittsburgh. El Departamento de Lenguas y Literaturas Hispánicas facilitó ayudantes de investigación para las primeras pesquisas bibliográficas; el Colegio de Artes y Ciencias financió las tareas de mecanografía y multicopia; el Centro de Estudios Latinoamericanos cubrió los gastos de un viaje a Washington y a Nueva York y luego de otro a Yucatán. Agradezco al personal de la Biblioteca Hillman (Universidad de Pittsburgh), especialmente al de la Colección Latinoamericana, al de Referencia, y al de Préstamos interbibliotecarios, por su eficaz colaboración. También reconozco los eficientes servicios de la Biblioteca del Congreso (Washington), Biblioteca Pública de Nueva York, Biblioteca del Museo del Indio Americano (Fundación Heye, Nueva York), y de la Biblioteca Carlos R. Menéndez, de Mérida, Yucatán.

los sueños, la biografía de la persona que sueña; para los mitos, la sociedad y la cultura de donde proceden. Pero también es cierto que tanto la investigación comparada de sueños, por una parte, como la de mitos por otra, y, además, la comparación de sueños y mitos, revela la presencia de símbolos que aparecen reiteradamente en unos y otros y que también se manifiestan en las artes plásticas y en el ritual de diversas religiones.

Esto último no tiene nada de extraño pues los mitos han sido considerados como relatos acerca de dioses y héroes, o como historias sagradas, es decir, como formas de literatura (aunque originalmente sean "literatura oral") relacionadas con prácticas religiosas. En nuestro siglo hemos visto desarrollarse una escuela que afirma la correlación de mito y rito diciendo que el mito es un rito contado y el rito un mito actuado. Pero no es necesario suscribir esta opinión con exclusividad para admitir la estrecha conexión entre mito y religión y señalar la participación de ambos en un mundo de símbolos.

Por otra parte, la historia del arte proporciona copiosa ilustración de símbolos que se hacen presentes en la mitología y el ritual de todo el mundo, desde sociedades primitivas como las de Australia, África y Tierra del Fuego, hasta complejas civilizaciones como las de la India, Mesopotamia, Egipto, el Mediterráneo, Mesoamérica y los Andes.

Por esta razón, buscando en Yucatán un camino didáctico para enseñar la mitología latinoamericana a estudiantes norteamericanos, fui incubando algunas ideas que, al volver a Pittsburgh, en el otoño de 1975 afloraron a la conciencia organizadas en un sistema que fue fácil poner esquemáticamente por escrito, (2) y que ahora trataré de reconstruir.

La primera consideración con respecto al método a emplear ha sido siempre la de que no se trata de ofrecer una teoría (aunque todo método la suponga) sino de mostrar una manera práctica de aproximarse a la mitología, es decir, de leer los mitos penetrando en su sentido lo más profundamente posible. Para ello lo primero que hay que hacer es familiarizarse con el texto mítico. Varios ejemplos vienen a cuento. Alguien que una vez estaba copiando un largo poema famoso para estudiarlo fue sorprendido por un amigo que le preguntó por qué perdía tiempo en reescribir un texto tan accesible. La respuesta fue que si el autor tuvo que escribirlo para posesionarse cabalmente de su poema, con cuánta más razón no debería escribirlo también el crítico. De un caso parecido fui testigo en una biblioteca. Preguntado cómo le había ido de viaje, un colega contestó diciendo que había traído muchas copias de documentos, y abrió su portafolio mostrando gran cantidad de páginas manuscritas. El amigo inquirió entonces por qué se había tomado tanto trabajo, habiendo medios modernos de fo-

(2) Véase Apéndice.

tocopia que tornan innecesario el oficio de amanuense. La respuesta fue sencilla: "Porque al copiar a mano los documentos se me fijan en la memoria". Ejemplos similares, que por bien conocidos no hace falta puntualizar, podrían traerse a colación citando los ejercicios de estudiantes de lenguas clásicas, etcétera.

Esta primera inclinación hacia la lectura y relectura de los textos míticos, y la convicción de que había que encontrar una manera de persuadir y aún de obligar al lector a no perder detalle de los relatos, se vio reforzada por trabajos como "El estudio estructural del mito", en el que Claude Lévi-Strauss recomienda la técnica de analizar cada mito individualmente descomponiendo el relato en oraciones tan breves como sea posible. Por otra parte, este procedimiento es el que han estado siguiendo los lingüistas desde que comenzaron a publicar sus textos indígenas en idioma aborigen acompañados de traducciones literales numerando oración por oración. Una vez más cabe recordar aquí los ejercicios escolares de lenguas extranjeras especialmente de lenguas clásicas. Es claro que la finalidad última del procedimiento de obtener oraciones elementales numeradas es distinta en la técnica propuesta por Lévi-Strauss, en los lingüistas, y en el mitoanálisis a que me estoy refiriendo, pero sus puntos de partida son muy semejantes.

Demos por sentado, pues, que el primer paso de este mitoanálisis consiste en volver a presentar todo el texto, ahora dividido en oraciones lo más breves que sea posible y numeradas correlativamente. El segundo paso consiste en detectar en el texto los episodios de la acción dramática narrada, y en separar cada conjunto de oraciones correspondiente a un episodio poniéndole un subtítulo y un número de orden. No es esencial cambiar la numeración correlativa de todas las oraciones en que fue analizado el mito, pero puede substituirse o acompañarse por una numeración consistente en dos elementos: primero, el número del episodio; luego, separado por un punto, el número correlativo de la oración dentro del episodio. Estos aspectos se ejemplificarán más abajo.

Habiendo numerado todos los elementos sintagmáticos del mito y estancado la fluidez del relato en cierto número de episodios, conviene individualizar todos los personajes que participan en la acción dramática contada: dioses, hombres, animales, etcétera, teniendo en cuenta que esta clasificación no suele corresponder exactamente a las categorías de pensamiento de los pueblos arcaicos, de acuerdo a las cuales existen numerosos seres que no coinciden propiamente con nuestros conceptos de lo que llamaríamos *dioses*. Para el pensamiento salvaje hay seres que, por falta de una denominación más precisa, llamamos *espíritus* o *demonios*; y especialmente seres que en el mito reciben nombres de animales y aún de objetos que nosotros consideramos inanimados, pero que en el relato mítico hablan y actúan como si fueran humanos —característica del animatismo común en los tiempos míticos.

Desde luego este elenco de *dramatis personae* tampoco es novedad: se viene usando al comienzo de las obras teatrales desde hace siglos. En tales listas, al lado del nombre del personaje se suele indicar el papel que desempeña, procedimiento que aquí también puede ser útil para identificar al individuo cuando se consulta el elenco. El índice de *dramatis personae* puede organizarse de diversas maneras: (a) en orden de aparición de los personajes; (b) de acuerdo con su jerarquía; (c) en orden alfabético.

Aunque el segundo procedimiento es el tradicional, el primero es suficiente si hay pocos personajes; pero el orden alfabético es el más útil para una rápida consulta si el número de personajes es grande. Suele ser útil reagrupar los personajes en listas suplementarias de acuerdo a lo que el lector trate de averiguar. Reagrupados según criterios diversos, los personajes pueden revelar correlaciones insospechadas. Las formas más obvias de agrupación incluyen los conceptos de jerarquía (inclusive jerarquía celeste, política, animal, etcétera.), edad, sexo, nivel habitacional (cielo, tierra mundo subterráneo, mar), cualidades intelectuales o morales, formas de procurarse los alimentos (recolección, caza, pesca, agricultura, ganadería), formas de comer los alimentos (crudos, cocidos). Esta lista de criterios podría extenderse.

Siguiendo los usos de la literatura dramática, después de puntualizar los personajes (para lo cual será necesario releer nuevamente el texto) corresponde ahora indicar el lugar y tiempo en que se desarrolla la acción. En el teatro tradicional europeo el lugar está generalmente indicado con la mención de una ciudad, o de una casa, o de una parte de ella. En mitología las dimensiones espaciales suelen ser más grandiosas. No es insólito que la acción incluya un viaje al cielo o a los niveles inferiores. Ello se debe a que en la tradición occidental predominan temas históricos y biográficos, en tanto que en la mitología de los pueblos arcaicos el tablado donde se desarrolla el drama incluye a menudo aspectos cosmológicos, entremezclando acciones personales y consecuencias históricas con fenómenos naturales de grandes alcances, como la formación o destrucción de montañas, incendios, diluvios universales y otros cataclismos.

En los mitos el tiempo no se mide por horas o minutos, pero puede dividirse por días, siguiendo el paso natural del sol. No es extraño encontrar menciones del día y de la noche, sobre todo al comienzo de un nuevo episodio. Pero estas divisiones del tiempo sin relojes no es fundamentalmente distinta de nuestro uso de cronómetros y calendarios. Lo que distingue en esencia el tiempo mítico del tiempo histórico es sus cualidades específicas, que pueden sintetizarse así: (a) Todo el relato, o la mayor parte de él, ocurre en una dimensión en que no imperan las leyes de la causalidad física que creemos válidas en nuestra vida cotidiana; (b) siendo el mito un relato sagrado, lo que en él se cuenta es recibido por la comunidad

como algo que ocurrió en un tiempo en que no había gran distancia entre el cielo y la tierra, en que los dioses caminaban por nuestro suelo, hombres y animales no estaban claramente diferenciados y, a veces, se vivía en una suerte de paraíso terrenal; (c) el tiempo mítico, creador de paisajes, hombres, animales, instituciones y tecnologías, es revivido más o menos intensamente en los ritos correspondientes, y aun el mero hecho de narrar y de escuchar colectivamente el mito en circunstancias establecidas por la tradición tiene caracteres rituales; (d) finalmente, el tiempo mítico se contrapone al tiempo histórico al que pertenece nuestra condición humana actual, sexuada, enemistada con muchos aspectos de la naturaleza, amenazada por la enfermedad y la muerte. Este tiempo histórico prolonga a su manera el tiempo mítico, pero el hombre trata de liberarse de él a través del juego, el arte, el pensamiento teórico, y, sobre todo, el ritual. El relato mítico se desarrolla normalmente en el tiempo ahistórico o arcaico, *in illo tempore*, pero el tiempo histórico puede aparecer hacia el final del mismo relato, como ocurre en el *Popol Vuh*. En la Biblia el tiempo mítico dura poco: ya en el libro del Génesis empiezan las calamidades históricas.

Quizá sea conveniente aclarar aquí que entre el mito y la historia se intercala la leyenda, que es un mito (relato sagrado que se desarrolla *in illo tempore*) que incluye personajes y sucesos que la ciencia histórica nos asegura han existido o aún existen, como el rey de España, Pizarro, Atahualpa, o el presidente del Perú, mencionados en distintas versiones del mito de Inkarrí.

Habiendo añadido las coordenadas de lugar y tiempo a los personajes y al despliegue de los episodios dramáticos, es oportuno proceder a una primera síntesis que nos permita visualizar el mito en un cuadro total, o en varios de ellos como en una historieta, si se considera conveniente separar la acción en diversos momentos capitales según el orden en que los episodios se han desarrollado. El objetivo de este paso es representarnos la imagen del mundo propia del mito estudiado, preparando el terreno para uno de los ejercicios finales de mayor importancia para la adecuada comprensión del mito: el estudio de su simbolismo. Por otra parte, los pasos inmediatamente anteriores —la puntualización de los caracteres espaciales y temporales— ya han adelantado aspectos que contribuyen a la nítida resolución de la imagen cósmica. Naturalmente, cada mito propone una imagen diferente, pero hay algunos temas recurrentes que se repiten con frecuencia, como el del eje cósmico y el de los niveles del universo. Tales temas pueden orientar la búsqueda de los puntos esenciales para dibujar la figura del mundo mítico en juego. Los desplazamientos de cuerpos celestes, dioses, héroes, seres humanos, animales y otros eventuales personajes también pueden adquirir mayores relieves significativos contra el ecuménico telón de fondo aquí bosquejado.

De esa manera queda armado el escenario para la investigación de los

símbolos que dan sentido al mito; pero antes de atender a ellos será conveniente examinar un par de temas que guardan relación con los puntos ya expuestos. El primero de estos nuevos temas es el de las oposiciones, que pueden estudiarse en dos planos distintos. Por una parte, las oposiciones pueden funcionar como una categoría clasificatoria de personajes, de un modo similar a como se puede agrupar a los agonistas de una novela: héroes y villanos, buenos y malos, fuertes y débiles, ricos y pobres. (Curiosamente, los mitos no giran mayormente en torno a la riqueza material, salvo por lo que se refiere a la abundancia o escasez de comida; el tema de la posesión o carencia de dinero, en cambio, es frecuente en algunas leyendas, y sobre todo en cuentos de origen europeo.)

Otras oposiciones en el mismo plano de los personajes se refieren a sus actos: matar—ser muerto, comer—ser comido, dar—recibir, y similares. Unas y otras oposiciones tienen un interés principalmente taxonómico, pero asimismo pueden ayudar a descubrir diseños, modelos o estructuras no siempre visibles a primera vista.

Hay una clase de oposiciones que se mueve en otro plano. Son las contradicciones, que constituyen un tipo especial de enfrentamientos. Las oposiciones señalan a menudo situaciones complementarias; las contradicciones indican un conflicto insoluble a nivel ordinario. Requieren un suceso o desarrollo extraordinario para resolverse, algo así como el tajo que no desata pero soluciona el problema del nudo gordiano. Levi-Strauss considera los mitos como historias en las que una situación contradictoria, intelectualmente incomprendible, se torna aceptable. Desde otro punto de vista se puede afirmar que la contradicción es una característica de la realidad, como la coexistencia de la potencia genésica y el ideal de pureza.

Otro tema en esta serie de pasos metódicos del mitoanálisis es el de las transformaciones. Tiene que ver comúnmente con los personajes, pero su significado va más allá del nuevo cambio de forma, y apunta en dos sentidos. Uno, temporal, puede indicar un hito en el desarrollo dramático, a veces un jalón de la mayor importancia, como la terminación de una era y el comienzo de otra. Justamente el paso de los tiempos míticos a los tiempos históricos está señalado, en muchos casos, por transformaciones ontológicas de algunos de los personajes. El otro sentido no es incompatible con el anterior. (En realidad, uno de los aspectos esenciales del mito es la posibilidad de admitir, simultáneamente, gran variedad de interpretaciones, así como lo que pasa sobre la tierra en cada instante es susceptible de ser descrito de mil maneras diferentes por distintos observadores que pudieran enfocar sus anteojos desde otro planeta). El otro sentido se refiere a lo que suele llamarse el motivo etiológico, es decir, a la causa o antecedente necesario de la existencia de algo. Este algo suele ser un hecho o ente notable, como una formación rocosa de extraña forma, o los brillantes colores de ciertos pájaros, o la mera existencia de ciertos animales. La transformación

que el mito relata da cuenta del origen de estos seres y aparentemente satisface la curiosidad del pensamiento salvaje. Aún hoy hay investigaciones que creen que los mitos cumplen, a su manera, una función explicativa; de aquí los motivos etiológicos entre los cuales se cuentan ciertas transformaciones.

Otro paso del mitoanálisis consiste en una síntesis dialéctica. La acción es resumida en pocas proposiciones que expresan la situación contradictoria inicial como una oposición de tesis y antítesis, y que introduce luego un desarrollo nuevo que lleva a un desenlace. Puede considerarse a este desenlace como una síntesis o recreación, a otro nivel, de las posiciones inicialmente irreductibles. No por ello deja el mito de ser historia sagrada ni de satisfacer una curiosidad intelectual. Por el contrario, el compendio dialéctico del mito ofrece una versión lógico—dramática del argumento, el perfil de la aventura, donde todavía es posible detectar aspectos esenciales de la narración.

Con la síntesis dialéctica parecería concluir el mitoanálisis; pero no es así, por las mismas razones que una descripción sintética de un cuadro o tapiz, aun precedida de un análisis de detalles, siempre puede refinarse y precisarse. Así como es imposible completar un viaje por toda la superficie de la tierra, porque nadie vive tanto tiempo que le permita visitar todos los rincones del planeta, así también, aun ensayando una visión panorámica, abarcadora de todas las cosas en simultánea presencia, ¿quién puede estar seguro de haber captado cada una en su verdadera jerarquía y valor? Análogamente, una síntesis dialéctica no puede ser más que una medida provisional de nuestro entendimiento, un módico inventario de misterios, una instantánea tomada durante un alto en el camino de nuestro pensamiento itinerante.

Todos los pasos del mitoanálisis están más o menos relacionados entre sí, pero algunos de ellos son más claramente preparatorios de otros. El primer paso, que enumera las unidades sintagmáticas del texto, es básico para todos los demás. La determinación de las coordenadas de lugar y tiempo lleva naturalmente a la imagen del mundo, y ésta, en conexión con los personajes y las transformaciones, proporciona los materiales para el estudio de los símbolos.

No será superfluo intentar aquí una breve excursión por el campo del símbolo y sus aledaños mitológicos. Entiendo por símbolo un tipo especial de signo. Todos los signos significan algo. Un tipo de signo significa lo que arbitrariamente se dice que significa, es decir, lo que se postula como su significado. Este tipo de signo no descubre nada que ya no se supiera. Sólo transmite algo conocido. Es una creación consciente y voluntaria de seres humanos que lo proponen y a veces lo imponen; y es generalmente aceptado por otros que podrían rechazarlo. Por ejemplo: las letras de

todos los alfabetos, los puntos y rayas del sistema Morse, los números arábigos y romanos, los pequeños círculos, cuadrados o trapezoides que en un mapa indican ciudades de mayor o menor importancia, el color negro como luto, el rojo y el verde como señales de tránsito, y, en general casi todas las palabras de los idiomas que conocemos. En cambio los símbolos, que también son signos porque significan algo, no son inventados sino descubiertos: en la naturaleza externa, por los sentidos; en la naturaleza interior, por los sueños; en el arte, que selecciona y depura la naturaleza, por los sentidos y la imaginación; y en el ritual, que es una forma de arte especialmente inspirada y recreadora de vida, por la activa participación en la ceremonia sagrada.

Los símbolos aparecen en el arte, y los mitos son, entre otras cosas, obras de arte; del arte de narrar, que se actualiza cada vez que un narrador cuenta una historia tradicional a un auditorio de su comunidad que escucha y aprende, pero que también lo fiscaliza y corrige si es necesario, convalidando con su silenciosa atención al acto de narrar la indisputable verdad de lo narrado.

La repetición ordenada del mito ante la comunidad es por sí misma un acto ritual. El mito como palabra hablada y entendida por la comunidad es símbolo revelador de las raíces de la existencia de esa humanidad y de su paisaje, y por tanto de su puesto en el universo. Pero cada mito —que por su dimensión ritual es ya simbólico— contiene un número variable de símbolos que el análisis debe detectar. Algunos se relacionan inmediatamente con los personajes: son las máscaras de lo divino, los poderosos sobrenaturales creadores. Otros son los héroes, figuras humanas de extraordinarias cualidades y portentosas hazañas en beneficio de mortales. Unos crean el mundo, los hombres, los animales y todo lo que existe. Los otros dan ejemplos fundamentales de la vida a seguir, establecen pautas de conducta, enseñan artes y oficios, introducen técnicas. A veces todas estas funciones son desempeñadas por el mismo personaje sobrenatural, dios y héroe al mismo tiempo. Otras veces se reparten los trabajos de los tiempos míticos.

Otros símbolos de frecuente hallazgo en los mitos —siempre en cuanto a personajes— son algunas figuras que participan de lo divino o por lo menos de lo heroico, como la Madre, el Cazador, el Shamán, el Guerrero. Pero los símbolos más universales tienen que ver con el Centro, el punto donde la Tierra se comunica con el Cielo y el Inframundo, por donde pasa el Eje cósmico. Las figuras tradicionales que lo simbolizan son —como todo el mundo en algún rincón de su alma lo sabe— La Cruz, la Montaña, el Lago, la Fuente, el Arbol, el Templo, el Hogar de fuego encendido, el Corazón humano, y, a veces, un animal privilegiado cuyo sacrificio misteriosamente recrea el universo.

He dicho "símbolos universales". Cuando uno piensa en la cantidad de sociedades humanas diferentes que pueblan el planeta (sin contar las culturas y civilizaciones prehistóricas y aquellas que han sido violentamente exterminadas en los últimos siglos y aún en nuestros días) resulta un poco pretencioso hablar de universalidad, concepto que puede entenderse en el sentido de aplicarse sin excepción a todos los pueblos. Diré entonces más cautamente, símbolos "casi universales" o "muy difundidos", aunque la palabra "difundido" podría sugerir afiliación a la escuela etnológica de los difusionistas. Y no habría nada de malo en pensarlo, porque ¿quién que es no es difusionista, siquiera de un modo limitado? Pero como el difusionismo se ha entendido también de una manera extremada y excesiva en las teorías de quienes hacían de Egipto o de Babilonia los únicos focos de la civilización que luego alcanzó ("se difundió") a todos los continentes, quiero aclarar que me parece evidente la difusión de la cultura, y por tanto de los símbolos y los mitos, siguiendo ciertas líneas y círculos de dispersión; pero, por otra parte, considero probable que grandes descubrimientos inclusive de símbolos, hayan surgido en forma independiente en más de un lugar del planeta y en diversos tiempos. Hasta tengo por verosímil que ciertos niveles de civilización se hayan perdido durante siglos y luego se hayan vuelto a recobrar, como la ciencia griega se perdió para la Europa medieval mientras fue parcialmente conservada y desarrollada por los árabes hasta la época del Humanismo y del Renacimiento. También los símbolos tienen su historia.

Existe en Antropología una corriente que no quiere saber de símbolos de validez universal; que sólo alienta la investigación de las formas sociales y culturales de comunidades bien delimitadas, y favorece la pesquisa etnográfica sin ambición de extraer conclusiones aplicables más allá del grupo estudiado. Esta dirección del pensamiento aporta saludable correctivo a las exageradas aspiraciones de los filósofos que vivieron antes que se desarrollaran las ciencias del hombre. Por otra parte, resulta miope, porque no es razonable querer ignorar los notables resultados de estudios realizados en multitud de sociedades primitivas y en varias grandes civilizaciones del Viejo y del Nuevo Mundo, y negarse a reconocer la presencia de aquellos símbolos que, un poco precipitadamente, más arriba llamé "universales" y luego, con más prudencia, "casi universales" o "muy difundidos". En suma, conviene saber cuáles son esos símbolos que se repiten con insistencia en las más diversas longitudes y latitudes, y qué se sabe de su significación, para poder luego preguntar por ellos a los textos, descubrirlos, y valorarlos. Ni que decir tiene que si la etnografía nos muestra que en una sociedad determinada un símbolo presuntamente "casi universal" carece allí de la significación que "casi universalmente" se le atribuía, hay que tomar muy en serio lo que la etnografía tenga que decir al respecto. Pero mientras no haya formal contradicción cabe explorar el sentido del símbolo partiendo de hipótesis basadas en conocimientos bien establecidos por los estudios comparativos de sociedades primitivas y civi-

lizadas, sus religiones y sus mitos.

Nos acercamos así al final de este breve discurso del método mitológico. Lo más importante no es la cantidad de papeletas que se hayan llenado con datos proporcionados por los sucesivos pasos del mitoanálisis. Lo más importante es la creciente madurez intelectual y sensibilidad al fenómeno mítico que el lector debe adquirir en el curso de sus lecturas y meditadas relecturas. Es de presumir que si se han puesto en práctica todas las indicaciones precedentes, el estudiante de mitología estará en mejor situación que antes para dar el último paso de los diez que forman esta serie metódica que es la interpretación general de todo el mito, la aplicación de todos los conocimientos logrados analíticamente, o expresados también en forma compendiosa por la imagen cósmica y la síntesis dialéctica: la primera como esquema visual, la segunda como una breve fórmula lógica. Todos los pasos anteriores han sido preparatorios, indagadores, heurísticos; el último paso es conclusivo, exegético, hermenéutico. No tiene por qué ser dogmático; pero debe arriesgar alguna idea explicativa del mito a través de un comentario que subraye sus elementos esenciales.

Como el último paso del mitoanálisis depende más que ningún otro de la posición personal que adopte el investigador, es necesario insistir que no puede pretenderse llevar de la mano al estudiante en este último paso metodológico sino nuevamente invitarlo a pronunciar su meditada opinión y, acaso, ofrecerle ejemplos de cómo otros han realizado análogos comentarios interpretativos, que es lo que haré para concluir.

El comentario exegético del mito con que termina habitualmente el mitoanálisis sigue el esquema de la presentación del texto dividido en los episodios nombrados por los subtítulos, sólo que ahora el texto mismo se da por supuesto y se procede a comentarlo. El comentario se ve facilitado por los subtítulos, que en cierto modo resumen apretadamente el desarrollo de un segmento dramático. En pasajes donde el texto del mito no es muy claro, conviene parafrasearlo en el comentario, interpretándolo. El lector deberá juzgar qué puntos requieren una breve glosa y cuáles deben ser ampliados indicando aspectos significativos.

La línea interpretativa que me parece más fecunda es la reflexión acerca de los símbolos, capital para penetrar en la esencia y mensaje del texto mítico. También es posible ver al mito como un ejemplo de modelo lógico que supera contracciones iniciales, pero a mi juicio tal enfoque no proporciona tan ricas sugerencias significativas como el análisis de los símbolos, cuyas revelaciones nos bañan como aguas saludables de inesperradas fuentes, como luces sorprendidas de extraños, lejanos soles.

Sólo una palabra más acerca del comentario exegético final: si se ha-

ce hincapié en los símbolos se debe tratar de interpretarlos con la mayor claridad. A veces conviene multiplicar ejemplos citando mitos y otras formas expresivas de la misma o ajenas culturas. Pero no debe pretenderse ser exhaustivo. La profundidad de los mitos, a través de sus símbolos, es insondable. Siempre quedará en el pozo de la sabiduría agua que otros podrán beber de otra manera.

Concluye aquí el repaso de los diez grados o peldaños del mitoanálisis. Quizá no esté de más añadir que este número diez, por muy simbólico que pueda ser en otros contextos, aquí no tiene ninguna significación cabalística: es puramente accidental. Tanto es así que en la práctica del mitoanálisis suelo mencionar otros puntos que tienen un interés comparable o aun mayor que el de los pasos canónicos. Estos temas adicionales de la indagación comprenden, entre otros, el estudio del lenguaje original en que los mitos fueron contados y registrados, y su comparación con las traducciones y versiones existentes; el examen de las imágenes encontradas en el texto mítico; y la enumeración de los motivos que aparecen en el relato. El primer punto es de competencia de lingüistas no siempre interesados en el mito como tal; pero no obstante la opinión de Levi-Strauss, que ha escrito que el valor mítico del mito se conserva aun en la peor traducción, creo que si no se conoce la lengua original del mito estudiado es necesario tratar de obtener las mejores traducciones disponibles, de acuerdo al juicio de idóneos. El segundo punto es de particular interés para los críticos literarios. El tercero, para los folkloristas. Y sin duda pueden ocurrir otros temas, pero no hace falta más para dar por cumplida la primera ronda del método mitoanalítico que se viene practicando desde hace años en la Universidad de Pittsburgh.

APENDICE

Traducción española de "The Steps of Mythanalysis", guía didáctica utilizada por los estudiantes de Mitología americana de la Universidad de Pittsburgh desde 1975, que ha servido de base al artículo "Esquema del Mitoanálisis".

LOS PASOS DEL MITOANÁLISIS

El método de mitoanálisis comprende diez pasos dirigidos a la comprensión de algunos importantes aspectos del mito, y finalmente a la reintegración de todos ellos en una interpretación global de su totalidad.

1— Ante todo concebimos al mito como un pequeño drama en el que los personajes desarrollan una historia a través de una serie de actos y parlamentos. A veces podemos descubrir interrupciones en el desarrollo, señaladas por un cambio de lugar, el comienzo de otra edad del mundo o algún otro jalón. Esto nos permite visualizar el drama como dividido en escenas, cada una de las cuales en el papel no ocupa más de unas pocas líneas o un breve párrafo. Desde luego, esto puede ser distinto en el caso de mitos más largos, pero por ahora nos limitaremos a considerar ejemplos de mitos breves. Para representar las escenas y para identificar cada paso del drama utilizamos números. El contenido del mito puede entonces descomponerse en oraciones que representan las escenas y las unidades de la siguiente manera: 1.1, 1.2, 1.3, 1.4, 1.5, 1.6, 2.1, 2.2, 2.3, 2.4.

Este análisis nos permite observar mejor cada segmento del desarrollo de la acción dramática. También nos permite referirnos a cualquier parte o fragmento del mito citando el número correspondiente.

2— Cuando releemos el mito dividido en oraciones (a veces complejas), que representan los segmentos o unidades de la acción dramática, reconocemos fácilmente los personajes del drama. Entonces hacemos una lista de estos "actores", indicando por medio de una flecha cualquier transformación que tenga lugar a ellos. Así, si una niña se convierte en la luna, señalamos este hecho de la siguiente manera: niña → luna. La práctica de aislar y catalogar los personajes es corriente en la literatura dramática y puede adaptarse con provecho en el mitoanálisis. Como los personajes del mito tienen siempre una significación simbólica, un elenco de ellos nos será útil en el estudio subsiguiente.

3 y 4— Otra práctica corriente en la literatura del teatro consiste en indicar el tiempo y lugar de la acción. Así también lo hacemos en nuestro análisis. Las indicaciones de tiempo y lugar son requisitos necesarios para determinar uno de los puntos principales del mitoanálisis: la estructura cosmológica que puede detectarse en el mito.

5— Para establecer la imagen cosmológica o imagen del mundo que se manifiesta en el mito debemos concentrar nuestra atención en aquellas acciones y objetos que describen o representan simbólicamente diferentes niveles cósmicos, como el inframundo, la tierra y el cielo. No siempre los tres están representados; pero, por otra parte, puede haber más de tres. Otro punto esencial es el *axis mundi*, marcado por un montículo, montaña, Arbol de la Vida, liana u otra planta, o una columna, o escalera, u o-

tro similar objeto vertical. También puede ser indicado por medios más sutiles, como una soga, una cadena, o aun por una corriente ascendente de humo.

Aunque el *axis mundi* basta para determinar el centro sagrado, a veces se refuerza la indicación del centro mediante un objeto próximo al eje, y en ocasiones puede reemplazarlo si no se menciona ningún símbolo axial.

El cambio de los períodos de tiempo (por ejemplo: "día y noche", "a la mañana siguiente", "más tarde") generalmente señalan el comienzo de nuevas eras cósmicas y son un rasgo notable en muchos mitos cosmogónicos. Tales cambios a veces indican el paso de un tiempo primordial a un tiempo histórico y en muchos casos son sugeridos por las transformaciones que sufren los personajes.

6— Ahora estamos en una posición más favorable que al principio para examinar la acción dramática en busca de los principales opuestos que se enfrentan mutuamente y que posiblemente serán superados por el desenlace del mito. La cuestión de si los opuestos existen por sí mismos en la realidad o si nacen de una tendencia instintiva de nuestro espíritu es algo discutible. Aunque sería imposible discutir este problema aquí, al menos podemos decir que oposiciones que parecen irreductibles, contradicciones que parecen insuperables para la lógica y para nuestro tiempo histórico, son trascendidas por la lógica del mito que opera *in illo tempore*.

7— Habiendo establecido los opuestos, podemos ver fácilmente que la totalidad del mito (y a veces también partes de él) pueden considerarse como expresión de tres movimientos dialécticos: tesis, antítesis, y síntesis; o bien: una situación inicial, un desarrollo conflictivo, y un resultado final, que a su vez puede ser punto de partida o tesis de otra serie dialéctica.

A cada serie dialéctica le asignamos una letra (A, B, C, D. . .), y a cada término de la serie un número. Los números son normalmente sólo 1, 2, 3, pero en ciertas ocasiones encontramos un paso lateral que señalamos usando una letra minúscula (1a., 2a., etcétera).

8— El análisis de las operaciones dialécticas y un nuevo examen de la acción dramática probablemente pondrán de relieve todas las transformaciones que ocurren en el mito, no sólo las que afectan a los protagonistas. En los mitos cosmogónicos, por ejemplo, grandes cambios en los períodos de tiempo a menudo sugieren el comienzo de una clase de tiempo cualitativamente diferente, o de una nueva edad del mundo.

9— El próximo paso del mitoanálisis es la importantísima identificación de los símbolos y de su significado. De esta manera individualizamos para su estudio a los dioses, héroes, seres humanos, animales, espíritus, fenómenos naturales, y todos los actos y acontecimientos pertinentes. Con este fin hay que observar cuidadosamente no sólo los sustantivos sino también los verbos. Todos los pasos precedentes deben habernos preparado para encontrar el simbolismo del mito, pero las etapas de la acción dramática, la lista de personajes, el estudio de la estructura cosmológica y las transformaciones son por sí mismas de la mayor importancia.

10— Nuestro punto final es la interpretación general o exégesis, un resumen de todos los puntos previamente examinados. Aquí culmina el análisis y vuelve sobre la totalidad del mito yendo más allá de todas sus partes, que ahora se sintetizan en una sola entidad. Hay muchas maneras de hacerlo, y probablemente algunas de ellas han sido sugeridas por los procesos de la dialéctica sobrenatural. Aquí el mitoanalista debe tomar sus decisiones personales con respecto a cuál es el mensaje más importante

del mito, o por lo menos cuáles son los niveles significativos de mayor relevancia. Es difícil establecer directrices en el vacío, pero al menos cabe destacar dos puntos: (1) el enfoque sociológico siempre ayuda a establecer conexiones entre las frases del texto mítico y el contexto de hechos humanos al que pertenece; (2) como el mito es una historia sagrada, corresponde determinar el significado esencialmente mítico (es decir, religiosos) del cuento para aquellos que lo cuentan o que lo escuchan de una manera tradicional.

Estos son los puntos principales del mitoanálisis; pero no constituyen una lista acabada. Por lo menos tres otros aspectos del mito son también valiosos, especialmente para lectores con inclinaciones lingüísticas y literarias: la exploración del significado de ciertas palabras en el lenguaje original del mito, el estudio de las imágenes literarias más notables en el texto, y la compilación de una lista de los motivos literarios y folclóricos más importantes.

Una nota final sobre el término mitoanálisis. No estoy seguro de haber visto u oído esta palabra antes. Desde luego ha sido acuñada en analogía a psicoanálisis. Y así como psicoanálisis significa no solo el análisis de la psique sino también una interpretación de sus contenidos, del mismo modo el mitoanálisis trata del análisis e interpretación de los mitos. En ambos casos, el descubrimiento de símbolos es de la mayor importancia.

ANTECEDENTES Y FUNDAMENTOS DE LA "TECNOLOGIA APROPIADA"

LUIS TRIVIÑO (*)

MARIA D. PANNUNZIO DE MULLE (**)

1- Primer acercamiento

Hacia la segunda mitad de la década del 60, en algunos círculos académicos se comienza a agregar ciertos adjetivos calificativos a la palabra "tecnología", con los que se aspiraba no sólo a delimitar y precisar el contenido semántico de ese concepto, sino también a postular algunos alcances y derivaciones del proceso tecnológico real. Es así como en 1965 se constituye en Inglaterra el "Grupo de Desarrollo de Tecnología Intermedia"(1), (p. 324).

Con el correr del tiempo, y de acuerdo a las preferencias teóricas o prácticas de cada autor o escuela, van apareciendo otras denominaciones similares aunque no sinónimas, tales como tecnología "alternativa", "a-

(*) Profesor Titular Efectivo de Antropología Social y Cultural, en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (U.N.C.), Investigador especializado en Antropología de Zona Árida.

(**) Antropóloga. Jefe de Trabajos Prácticos de Arqueología Prehistórica, en la Facultad de Filosofía y Letras (U.N.C.).

El presente artículo constituye un anticipo teórico del trabajo de investigación sobre el tema "Tecnología Apropriadada: instrumento para mejorar la nutrición infantil y la alimentación de poblaciones marginales", que los autores están realizando con un subsidio del Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Cuyo (CIUNC).

(1) TOFFLER, Alvin: *La Tercera Ola*. Plaza y Janés S.A., Barcelona, 1980.

propiciada”, “adecuada”, “blanda”, “dulce”, “flexible”, etc. La problemática designada con estas denominaciones interesó e interesa a especialistas de distintas ramas de la ciencia: bastantes antropólogos, no muchos sociólogos, varios ecólogos, algunos economistas y diversos tecnólogos (en especial, arquitectos, ingenieros agrónomos, nutricionistas y sanitaristas).

De tal diversidad de orientaciones y especialidades surgió una nutrida variedad de definiciones, alguna de las cuales abordaremos más adelante en forma comparativa. Por ahora, y a título de primer acercamiento al tema veremos la que propone Merlino y Rabey (2):

“La tecnología apropiada puede ser definida de acuerdo con los siguientes rasgos: a) es una tecnología integral; b) responde sólo a las necesidades básicas del grupo; c) se fundamenta e integra con la cosmovisión local; d) usa preferentemente recursos naturales y humanos de la zona; e) introduce innovaciones en forma armónica; f) requiere la participación de la comunidad en su generación”.

1.1. Antecedentes (síntesis)

La lectura inicial de ésta u otra definición parecida sugiere un planteo sin duda novedoso, en especial si se la confronta con los estereotipos vigentes de la vida urbana moderna, que implican una marcada, difundida y casi no discutible preferencia por la tecnología “de punta” o “de avanzada”, el máximo desarrollo posible, la mayor perfección técnica, etc., como valores absolutos válidos para todas las sociedades humanas por igual.

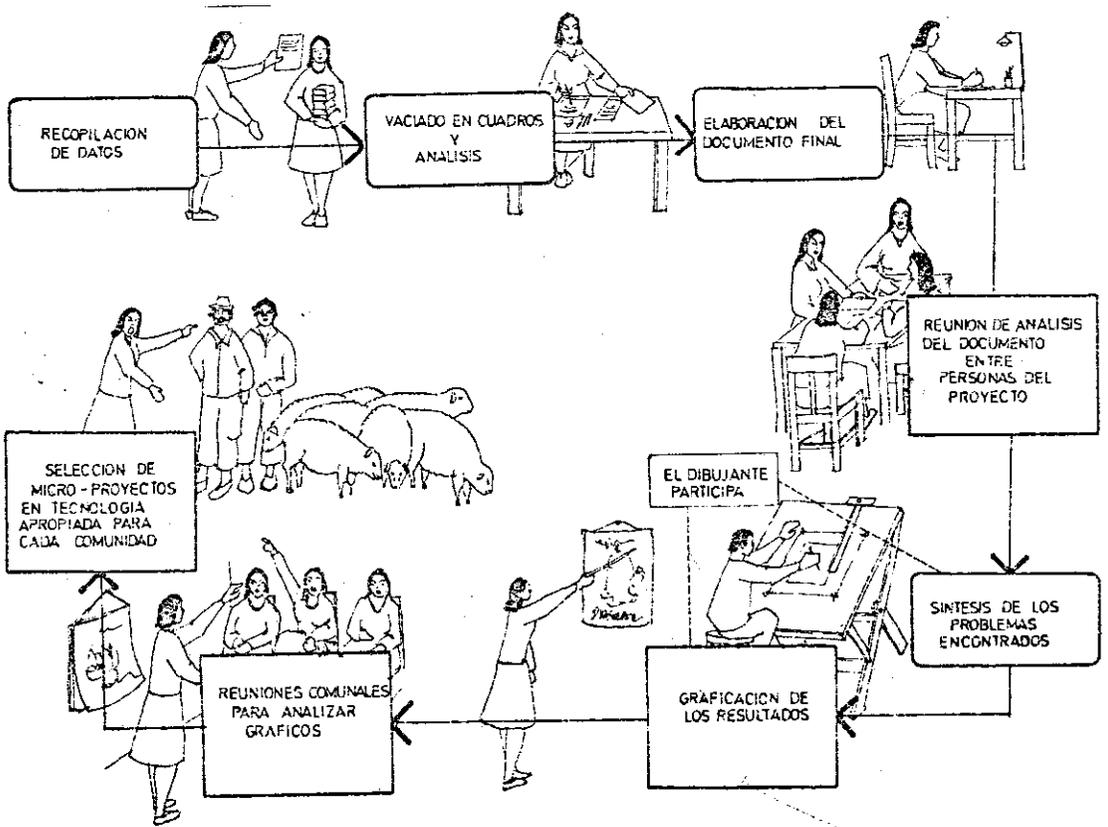
Pero un análisis detenido, aunque no menoscaba su novedad, evoca inevitablemente, por un lado, conceptos teóricos elaborados en distintos momentos del proceso de elaboración científica, y por otro, experiencias sociales llevadas a cabo hace algunas décadas. Tales conceptos y experiencias convergen, como un abanico de aportes múltiples, hacia la idea de tecnología apropiada, con lo que al mismo tiempo se enriquecen, se revitalizan y se actualizan. Desglozemos algunos conceptos de la definición citada antes:

a) “responde sólo a las necesidades básicas del grupo”; “se fundamenta e integra con la cosmovisión local”. Estas formulaciones llevan implíci-

(2) MERLINO, Rodolfo y RABEY, Mario: *Antropología Aplicada a la Investigación y Desarrollo de Tecnología Apropiada*.

(En: Primera Reunión Nacional de Ciencias del Hombre en Zonas Áridas. Actas en prensa, Mendoza, 1982).

Gráfico n° 1: Ejemplo de Tecnología Apropriada.



Proceso de búsqueda de tecnología apropiada en el marco de la participación comunitaria.

(Tomado del "Manual" n° 1. Proyecto de tecnología apropiada para la Mujer Campesina-OEA-CIM-, Ecuador-Bolivia, 1983, p. 44).

tas de alguna forma la teoría ya clásica del "relativismo cultural".

b) "requiere la participación de la comunidad en su generación". Este postulado responde a las experiencias conocidas como "Desarrollo de Comunidades", ampliamente difundidas en numerosos países (incluido el nuestro) entre las décadas del 40 al 60.

c) "usa preferentemente recursos naturales y humanos de la zona". Esta característica se entronca con el concepto de "ecodesarrollo" que comenzó a difundirse en el mundo académico hace algunos años.

Precisamente estos autores, en el despliegue del trabajo que inician con la definición citada, señalan la relación que se da entre esas áreas temáticas.

1.2. Fundamentos

Por otra parte, son varias y harto diferentes entre sí las fuentes de inspiración o motivaciones para la búsqueda de este tipo de tecnología.

A) En algunos casos se basan en un marcado sesgo ideológico, una actitud crítica frente a la tecnología moderna cuyos efectos se estiman nocivos para el hombre. En este sentido pueden considerarse precursores, por ejemplo, a Lewis Mumford (con su concepto de que la tecnología actual equivale a un auto con acelerador pero sin frenos ni dirección) (3) o, más radicalmente, al Mahatma Gandhi (con su doctrina del retorno a la tierra, a la rueda de hilar, etc.) (4).

B) Buena parte de los “movimientos ecologistas” actuales parten de ideas parecidas: la industria moderna sería “la” responsable del deterioro ambiental. Schumacher procura una técnica y una organización económica a escala humana —preocupación expuesta por Sábato en nuestro país en la década del 50 (5)— y postula que “lo pequeño es bello” (6).

C) En otros casos consisten en planteos evolutivos, “etapistas”, del desarrollo tecnológico y su adaptación a las necesidades humanas. En un pueblo en donde las etapas evolutivas, por ejemplo, del piso de la vivienda sean 1a) la tierra apisonada, 2a.) el cemento enlucido, 3a.) la baldosa simple, 4a.) el mosaico con dibujos y 5a.) el “parquet”, resultaría inadecuado —al margen de los problemas de costo— ofrecer pisos de “parquet” (etapa 5a.) al estrato social que en ese momento usa pisos de tierra apisonada (etapa 1a.). Hay razones psicológicas y socioculturales para conjeturar que ese “salto tecnológico” puede traer más problemas que soluciones, o cuando no, problemas imprevistos que de alguna manera enturbian la solución que pueda lograrse. Lo adecuado sería eventualmente ofrecer pisos de cemento o baldosas según sea el caso concreto (etapas intermedias) para que en sucesivos progresos se pueda llegar a la etapa final del “parquet”.

(3) MUMFORD, Lewis: *Arte y Técnica*. Nueva Visión, Buenos Aires, 1958.

(4) FISCHER, Louis: *Gandhi*. Ed. J. Vergara, Buenos Aires, 1984.

(5) SABATO, Ernesto: *Hombres y Engranajes*. Ed. Emecé, Buenos Aires, 1950.

(6) HODA, M. S. et al: *¿Quién fue Fritz Schumacher?*.
(En: *Rev. Mazingira*. Pergamon Press Ltda., 1978, n° 5, p. 35-46).

D) En otros casos, en fin se evalúa la adecuación o inadecuación de una novedad técnica al estado sociocultural concreto de cada pueblo, sector, región, o estrato social, sin considerar si se trata o no de una etapa intermedia hacia una tecnología más perfecta, y sin juzgar filosóficamente si se trata de una técnica buena en sí misma por el hecho de ser pequeña o simple. Es la aplicación práctica del ya citado relativismo cultural a la elección de innovaciones tecnológicas, tema al que nos referiremos de inmediato (7).

No podemos finalizar este esbozo de los fundamentos de la tecnología apropiada sin asumir por lo menos una de las críticas que se le ha hecho. El ya citado Toffler entre las págs. 324 a 326 de su libro imputa a la tecnología apropiada el constituir una "estrategia de la primera ola"... "en definitiva, una receta para el estancamiento..."

Sin pretender profundizar ahora el debate sobre el particular, puede este autor tener parte de razón si a la tecnología apropiada se la postula como un ideal de limitación tecnológica frente a una realidad mundial donde el poderío de cada nación se basa en la tenencia y elaboración continuas de una ciencia avanzada y de una tecnología de "punta". En ese caso la promoción de una tecnología apropiada en los países pobres podría implicar la ampliación de la brecha entre éstos y los países ricos. De todas maneras, la prédica Gandhiana sigue siendo válida como un llamado de atención a la humanidad como un todo, acerca de los posibles excesos de un desarrollo tecnológico incontrolado.

Pero si entendemos a la tecnología apropiada como "intermedia" (esto es, como parte de un criterio etapista) o como "adecuada" (esto es, como la más conveniente para un determinado contexto socio-cultural y ecológico), la crítica de Toffler pierde validez. Más aún en estas dos situaciones la tecnología apropiada constituye un elemento que tiende a evitar la dependencia de las zonas menos desarrolladas respecto de los centros hegemónicos, ya que les evita a aquéllas la importación de insumos provenientes de estos últimos.

2— Análisis de los Antecedentes

2.1. Relativismo Cultural

Esta teoría antropológica surge en torno a principios del siglo XX, en especial por impulso de los trabajos de Boas (8) y sus discípulos. Destaca

(7) TRIVIÑO, Luis: *Tecnología Apropriada*.

(En: De Rosa, Carlos et al: *Energía y Diseño Urbano*. Rev. a/ambiente, La Plata, dic. 1982, n° 35).

(8) BOAS, Franz: *Cuestiones Fundamentales de Antropología Cultural*. Ed. Solar-Hachette, Buenos Aires, 1964.

la importancia del respectivo contexto sociocultural donde se dan los valores, hechos o conductas que sean motivo de análisis, postulando que la interpretación de éstos sólo puede hacerse válidamente teniendo en cuenta aquel contexto y la relación entre ambos términos (de allí la denominación de relativismo).

Niega así la legitimidad epistemológica de cualquier intento de analizar —y menos juzgar— hechos, valores o conductas en función de supuestos patrones universales de valor absoluto tales como, por ejemplo “naturaleza humana”, “derecho natural”, “escencias permanentes” etc. Como fundamento de tal negativa se juzga que esos patrones supuestamente universales y absolutos son en realidad pautas de la cultura del observador, proyectado por el etnocentrismo de éste a otras culturas distintas de la suya. De allí que esta teoría pudo sintetizarse en la fórmula “todo lo cultural es relativo”, que con el tiempo se la juzgó exagerada y fue sometida a duras y variadas críticas.

Como resultado de esas críticas y de los replanteos subsiguientes el relativismo cultural es considerado hoy más que una teoría antropológica propiamente dicha, un criterio metodológico para la investigación de los fenómenos culturales en tanto que vivencias. Ya no “todo es relativo”, pero los hechos culturales no pueden entenderse sino es en función de su respectivo contexto; en otras palabras, deben ser estudiados “como si” fueran relativos.

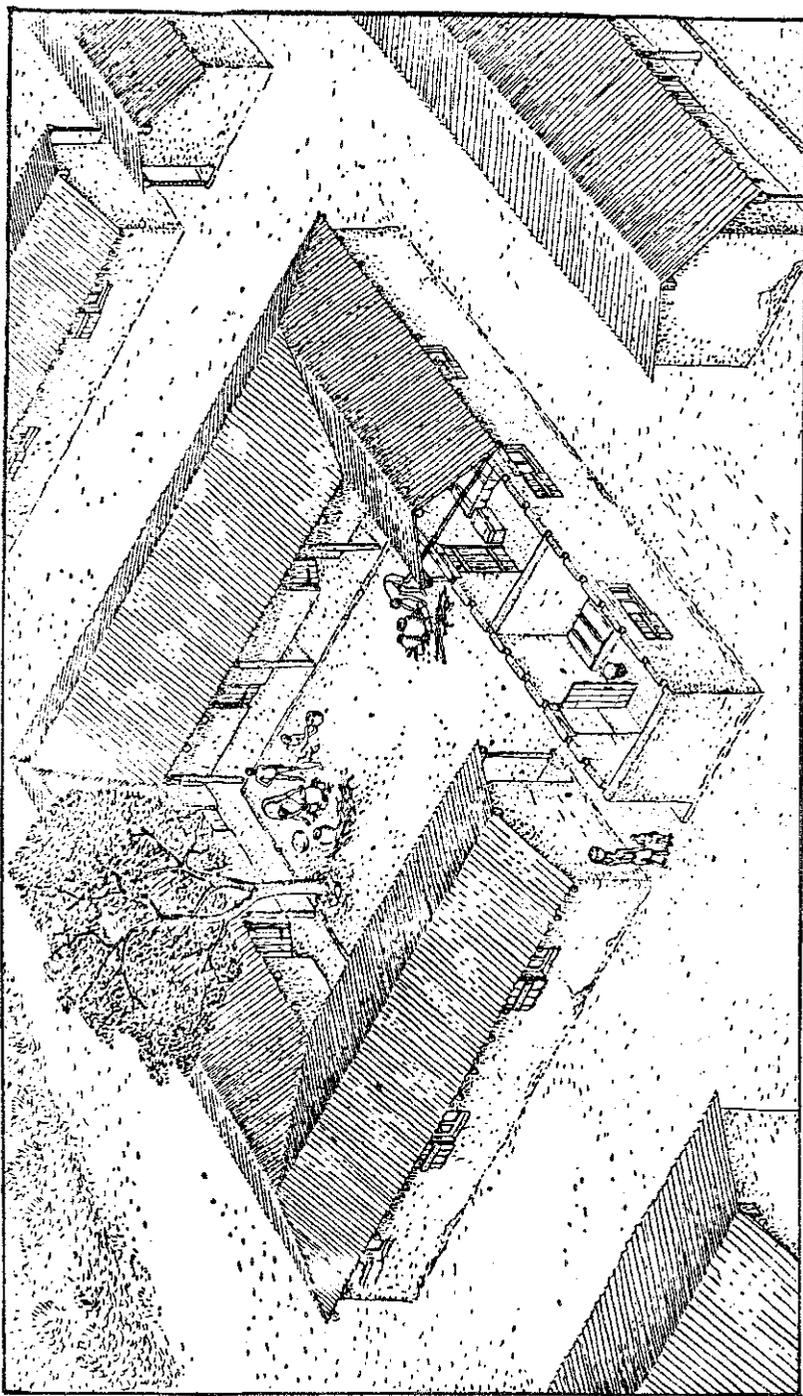
No nos extendemos más sobre el tema ya que hace un tiempo hemos expuesto nuestro enfoque al respecto (9). Sin haber cambiado de opinión en este lapso. Sólo importa ahora reiterar lo señalado en aquel artículo sobre la aplicación del criterio relativista cultural al área tecnológica. Al negar valor absoluto y universal a la “mejor tecnología”, postula que a cada contexto sociocultural corresponde funcionalmente, o mejor sistémicamente, determinada modalidad tecnológica. Tal postulado constituye el punto de partida para la búsqueda de tecnologías apropiadas.

2.2. Desarrollo de Comunidades

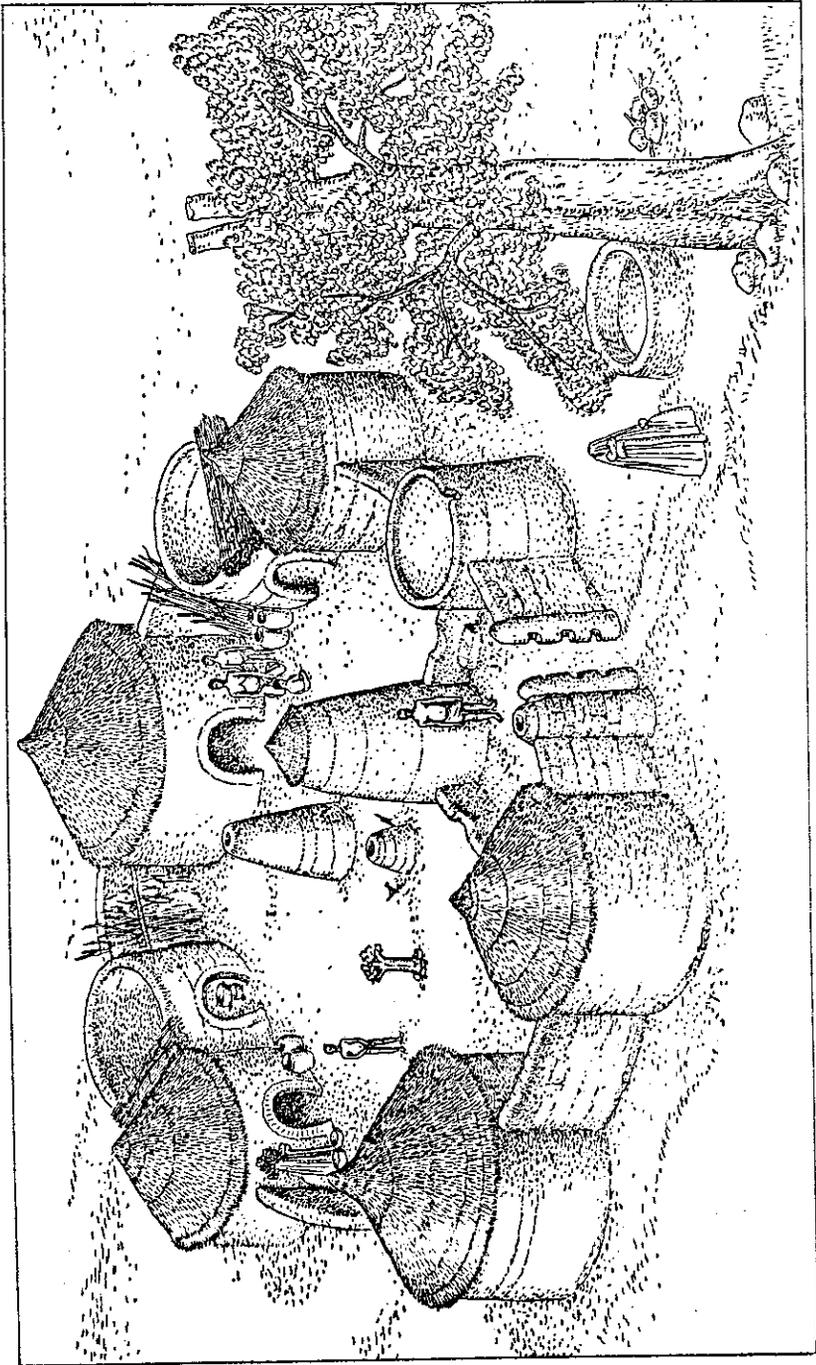
Si nos ajustamos a la información ofrecida por Ander Egg (10) la expresión de Desarrollo de Comunidades (o su casi equivalente “Organización de la Comunidad”) fue usada por el gobierno inglés en 1942, y a partir de allí se difundió en los ámbitos académicos de las ciencias sociales y en las instituciones administrativas de Bienestar Social. Con esa denominación se

(9) TRIVIÑO, Luis: *Vigencia del Relativismo Cultural*.
(En: Rev. Serie Científica. Mendoza, jun—jul., 1981).

(10) ANDER EGG, Ezequiel: *Metodología y Práctica del Desarrollo de la Comunidad*.
Humanitas, Buenos Aires, 1965.



LA CASA MATRILINEAL es característica de la tribu de los Ashanti en Ghana, África Occidental. En una típica casa Ashanti viven una abuela, sus hijos e hijas y los hijos de éstas. Cada adulto ocupa una habitación. Sus esposos viven aparte, en sus propias casas matrilineales que suelen estar cerca. En este dibujo aparece levantado parte del tejado de hojalatas, mostrando el interior de las habitaciones de adobe.



LA TRIBU TALLENSI, también de Ghana, es un caso típico de casa patrilineal. Aunque son más primitivos que los Ashanti tienen casas más estructuradas que estos. Fuera de la puerta, al lado del árbol sagrado y del túmulo cónico de los antepasados, hay un área social para los hombres de la casa. Dentro, el patriarca de la casa se encuentra en el corral, su especial dominio, de pie. A la derecha está el cobertizo de techo plano para el ganado, donde moran los espíritus de sus antepasados. Detrás de él, en el centro de la finca, hay un granero de cuyo grano sólo él puede disponer. Siguiendo las agujas del reloj alrededor de la finca y comenzando a la izquierda de la puerta, se encuentran una habitación para los muchachos adolescentes, la alcoba, despensa y cocina descubierta para el buen tiempo, de la madre del patriarca, y la alcoba, cocina y despensa de la mujer de éste, de él mismo y de sus hijos.

designaron procesos espontáneos y técnicas de acción social, a través de los cuales un grupo humano identificado como una "comunidad" experimentaba algún tipo de mejoramiento en su modo de vida, con la participación activa de sus integrantes.

Como técnica de acción social programada el desarrollo de comunidades fue abundantemente utilizado por gobiernos interesados en promover la superación social de poblaciones marginales de sus respectivos países. Inclusive organismos internacionales, como la O.E.A. y otros, lo adoptaron como metodología propia. De esa forma, conoció su época de crecimiento y auge que culminó en torno a los años 60: la India, por ejemplo, programó la transformación de sus innumerables aldeas campesinas a través de este procedimiento, instituyendo un Ministerio a tal efecto. Por su parte, los países latinoamericanos ensayaron múltiples cursos de acción en el mismo sentido; el caso más destacado fue Chile durante la gestión de Frei Montalva con una legislación que ponía al Desarrollo de Comunidades bajo la jurisdicción directa del presidente de la República.

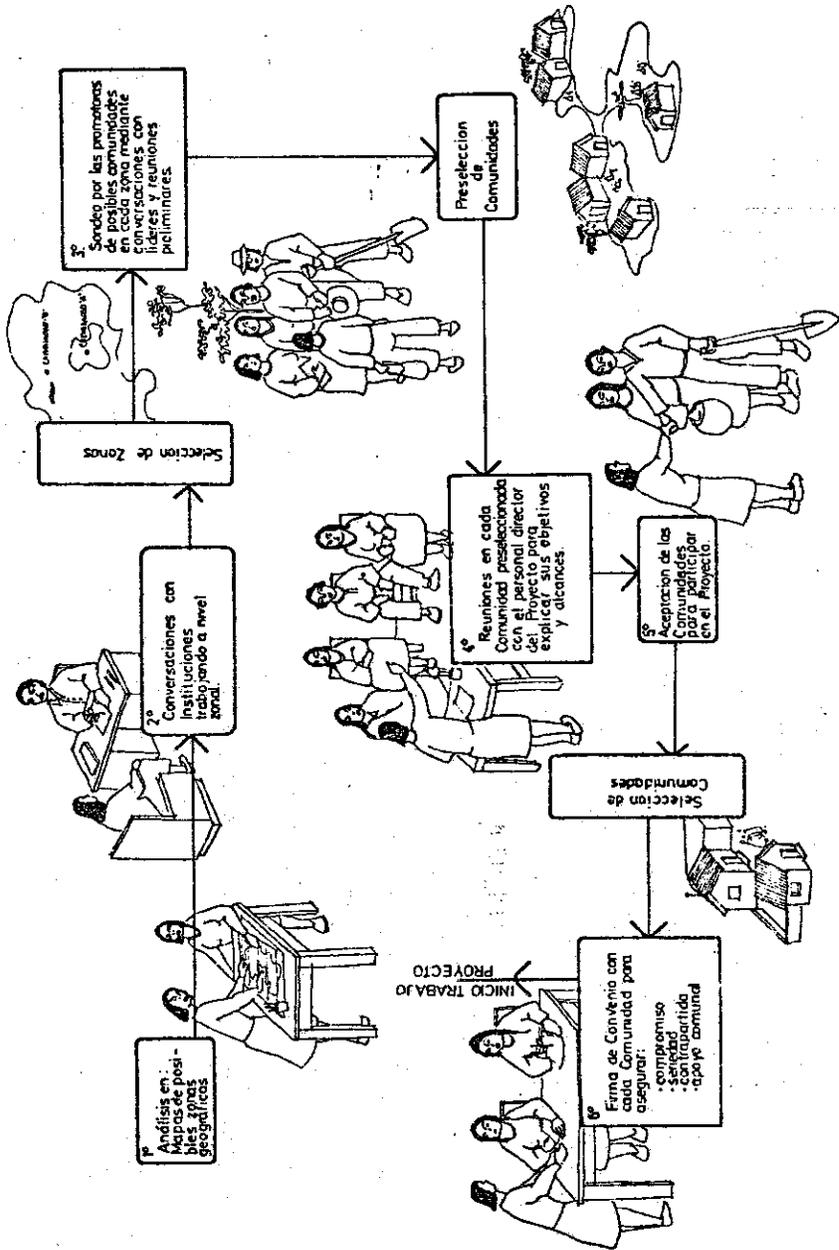
En algún momento la expresión Desarrollo de Comunidades llegó a constituir una suerte de panacea. Pero por variadas causas de carácter político, financiero y tecnológico que no es el caso de analizar ahora, no llegó a satisfacer las expectativas creadas; paulatinamente se lo fue utilizando cada vez menos, hasta casi caer en desuso y quedar apenas como tema académico de los estudios de Servicio Social. Inclusive en algunos casos se lo excluyó de tales estudios por considerarlo "subversivo" como ocurrió en algunas universidades argentinas a partir de 1976.

Pero recientemente se lo está revalorizando a través de un análisis crítico de sus éxitos y fracasos, y de las causas internas y externas, que influyeron en su decadencia. Dentro de este análisis el aspecto tecnológico implícito en el Desarrollo de Comunidades adquiere un nuevo cariz, a la luz precisamente del concepto de tecnología apropiada.

Ocurre que en las formulaciones teóricas y prácticas del Desarrollo de Comunidades elaboradas en aquellas épocas de éxito, no encontramos la expresión "tecnología apropiada" ni similares, pero en varias definiciones esta idea está implícita o larvada. Así, por ejemplo, tras la Conferencia Nacional de Servicio Social de Estados Unidos en 1943, se proponen definiciones que incluyen conceptos tales como ". . .talentos y recursos de los grupos. . .dirigidos hacia la realización de los ideales del mismo grupo y hacia el desarrollo de las potencialidades de sus miembros. . ." o ". . .dirigir. . . los recursos sociales hacia las necesidades específicas o totales de un área determinada". Similarmente, en el Seminario realizado por la O.E.A. en 1950, en El Salvador, se postulaba que el Desarrollo de Comunidades debe realizarse ". . .sobre la base de los propios recursos. . ." (11) (p. 23). La

(11) ANDER EGG, Ezequiel: obra citada, p. 23.

Gráfico n° 3: Desarrollo de Comunidades.



La técnica de acción social programada conocida como “desarrollo de comunidades” implica la previa selección de las zonas a promover.

(Tomado del “Manual” n° 1. Proyecto de tecnología apropiada para la Mujer Campesina—OEA—CIM—, Ecuador-Bolivia, 1983, p. 15).

misma línea de pensamiento seguía en nuestro país hacia mediados de la década del 60 al postular el “. . . óptimo aprovechamiento de las potencialidades y recursos propios (humanos, naturales, técnicos y económicos). . .” (12) (p. 13).

Por su parte, Pozas Arciniega elaboró en México un esquema de indicadores para la investigación social de comunidades, basado en la correspondencia del nivel tecnológico existente en una población y el resto de los elementos de la vida comunitaria (13) y en nuestro medio Molina Cabrera adoptó el criterio de que “Todo sistema de política tendiente a provocar el desarrollo, tiene que tener en cuenta las realidades socio-regionales del país en donde se aplica. . .” (14) (p. 7).

Señalemos finalmente uno de los tantos ejemplos clásicos en los que —sin la terminología actual y sin una conceptualización muy elaborada— se observa una notable cercanía a la idea de tecnología apropiada. Se trata de una experiencia de búsqueda y elaboración de elementos sanitarios familiares adecuados a una población marginal de Filipinas, tras el fracaso que significó el intento de aplicar a ese objeto una tecnología urbana de avanzada (15).

Como hemos podido ver a través de este rápido “racconto” de los conceptos vinculados al Desarrollo de Comunidades “clásico”, el aspecto tecnológico no fue lo suficientemente explicitado, ni siempre puesta en práctica su eventual adaptación al respectivo grupo social. En algunos casos, como el antes citado de Filipinas o la conocida experiencia de Fathy en materia urbanística (16), el acercamiento a lo que hoy llamamos tecnología apropiada fue resultado más bien de la fuerza de los hechos que de la explicitación teórica: entre esos hechos que llevarían a la búsqueda de alternativas tecnológicas, estaba la participación de la propia comunidad en la realización de la respectiva obra. La tecnología apropiada, pues, estaba larvada

(12) TRIVIÑO, Luis: *Desarrollo de Comunidades. Perfil Doctrinario.*

(En: Primer Seminario Provincial de Intendentes. Corrientes, 1967, p. 13).

(13) POZAS ARCINIEGA, Ricardo: *El desarrollo de la Comunidad.*

Ed. Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma, México, 1964.

(14) MOLINA CABRERA, Orlando: *Modelos y Desarrollo Comunitario.*

CEPAL, *Cursos y Documentos* n° 19, Mendoza, 1969, p. 7.

(15) OGDEN, Jean: *Desarrollo de la Comunidad y Cambio Social.*

Agencia para el Desarrollo Internacional (AID), México, 1965.

(16) FATHY, Hassan: *Construire avec le Peuple.* Ed. Dérôme Martineau-Sindbad, París, 1970.

en el Desarrollo de Comunidades no sólo en las referencias a “recursos propios” o conceptos similares que hemos señalado más arriba, sino sobre todo en la propia metodología participativa que le es inherente.

En síntesis, el Desarrollo de Comunidades al mismo tiempo que constituye un antecedente de lo que hoy llamamos tecnología apropiada, puede encontrar en ésta uno de los posibles elementos de revitalización y actualización de sus postulados.

2.3. Ecodesarrollo

La ecología, como disciplina de síntesis en la que convergen aportes de varias ciencias exactas, naturales y humanas (biología, teoría sistémica, antropología, geografía, etc.) se estructuró ante la necesidad cada vez más sentida en el mundo de la ciencia de interpretar la realidad observable como una unidad sistémica de partes interrelacionadas en mutua e inextricable interacción. Esta forma de observar la realidad permitió detectar y visualizar fenómenos que, antes de este enfoque, quedaban ocultos o inadecuadamente interpretados. Surgieron así, por ejemplo, conceptos tales como “cadena trófica”, “arquitectura del ecosistema”, “feed-back”, “equilibrio ecológico”, “morfogénesis”, etc. Las especies animales y vegetales, al igual que la “naturaleza inerte”, dejaron de ser “reinos” susceptibles apenas de una clasificación u ordenamiento según sus características morfológicas, fisiológicas, químicas, físicas, etc. Sin merma de su clasificabilidad, mostraron su imbricación mutua, dialéctica, en el marco de un sistema ordenado no por las características formales de cada parte sino por los modos de interacción a través de los cuales se relacionan y se transforman. Se rescataron teorías como la de la “gestalt” que privilegia la totalidad como objeto de estudio; se tomaron en cuenta, superando sus limitaciones, los conceptos de función, estructura, causalidad, etc. No corresponde ahora que nos detengamos en ello; abundan los buenos libros de ecología a los que el lector puede recurrir para informarse ampliamente al respecto (17).

Lo que nos interesa indicar a los efectos de este artículo es que, a medida que avanza la elaboración de la ecología, se va ampliando el panorama problemático analizable (contaminación ambiental, desequilibrio ecológico por extinción de especies, etc.). Por otra parte, esa nueva problemática va haciendo cada vez más nítida la inserción, dentro del ecosistema total, de una singularísima especie zoológica, dedicada hasta entonces a observarse a sí misma y al resto de la realidad como dos cosas inevitablemente se-

(17) a.— Para nivel elemental:

KORMONDY, Edward: *Conceptos de Ecología*. Ed. Alianza, Madrid, 1978.

b.— Para niveles más avanzados:

MARGALEF, Ramón: *Ecología*. Ed. Omega, Barcelona, 1974.

paradas, y poco conciente en consecuencia de su rol ecológico: la especie humana.

Fundamentalmente dos enfoques se disputaban la interpretación de la relación entre el hombre y su medio: o aquél era una suerte de minidios casi absoluto, a cuyo servicio estaba el medio ambiente para brindarle “recursos naturales” (¡qué significativa la expresión! : el hombre “recurre” a la naturaleza para satisfacer sus necesidades, y en ello se agota la relación), o por el contrario, el hombre y su cultura eran en última instancia un mero epifenómeno, resultado pasivo y fatal de los mecanismos del medio ambiente (el “determinismo geográfico”) (18).

Al ir adquiriendo la conciencia de su rol ecológico (al menos en los círculos científicos) el hombre va percibiendo que el proceso de desarrollo que caracteriza su historia —o, en homenaje a la precisión etnográfica, algunas etapas de la historia de algunos pueblos— no puede seguir siendo ajeno a las inevitables implicaciones ecológicas de su accionar. Contaminación ambiental, desertificación, agotamiento y extinción de recursos, degradación de ecosistemas, etc., son las sonoras respuestas que da la rebelde naturaleza (a la que se la creía una sorda, sumisa y muda oferente de recursos) frente a determinadas experiencias del desarrollo incontrolado. Así como juzgábamos recién el acierto semántico de la expresión “recursos naturales” no podemos menos que celebrar otro ejemplo de significativa exactitud: “explotación” de recursos naturales. Es que efectivamente se explotaba y se explota al recurso, como se lo hacía con el esclavo o el siervo, o como se lo hace con el trabajador o con un pueblo colonizado. Hasta que un día la naturaleza comenzó a dar muestras de rebeldía para terminar con esa explotación. Los científicos que comprendieron el mensaje arribaron así a un concepto que implicaba la “colaboración con el ambiente” y acuñaron el valioso neologismo “ecodesarrollo”.

Aunque sin utilizar expresamente ese término, al analizar el modo de vida de una población lacustre tradicional, Bourgoignie (19) explicita:

“Conviene. . . profundizar el asunto poniendo de relieve cuánto esta utilización está dominada por la búsqueda de tres óptimas: un óptimo ecológico, otro étnico, y, en fin, un último de orden económico” (p. 143).

Por cierto que este pueblo lacustre es “primitivo” y —según el infor-

(18) TRIVIÑO, Luis: *Antropología del Desierto*. FECIC, Buenos Aires, 1977, cap. 1.

(19) BOURGOIGNIE, George, et al: *Perspectivas en ecología humana*. Nuevo urbanismo 17, Madrid, 1976, cap. 4, p. 107-148.

me del autor— está en vías de “modernización” a través de diversas modalidades aculturantes. Con un criterio “desarrollista” estrecho, no exento de alguna dosis de cinismo, podría despreciarse el ejemplo de Bourgoignie a la espera de que cuando estos lacustres se modernicen del todo, tiraran por la borda las dos primeras óptimas para quedarse sólo con la tercera. Cabe señalar empero, que de acuerdo a lo informado por el citado autor, en las sucesivas incorporaciones de elementos modernizantes y los cambios consecuentes, ese pueblo ha tenido la precaución de ir manteniendo el equilibrio entre las tres óptimas indicadas. De todas formas, más allá del eventual resultado último que desconocemos, la observación hecha por Bourgoignie constituye un camino hacia la formulación del concepto de ecodesarrollo.

Por su parte Odum (20) aborda el fenómeno en la época moderna y, frente a los manifiestos desequilibrios de origen antrópico, reflexiona así:

“Una idea mejor es planificar con las fuerzas /“proyectar con la naturaleza” como lo diría Mc. Harg (1969)/ más que hacerlo en contra de ellas”. (p. 200)

Estamos, pues, en el nudo de un encuentro interdisciplinario ineludible, donde ciencias de diversa índole y origen se conjugan en la búsqueda de esquemas que integren al hombre y a la naturaleza. Y que no lo integran sólo en el nivel de la observación de las realidades dadas, sino también en el nivel de la praxis —para usar un término caro al marxismo— o si se prefiere, de la proyectación —como dicen ahora los eco—urbanistas—. Resulta irrefrenable la tentación de copiar textualmente, in extenso, la propuesta conceptual analítica y descriptiva con que se inicia una ponencia presentada en el Primer Congreso de Ecodesarrollo de México en 1976 (21):

“El ecodesarrollo como un proceso dinámico y complejo requiere de un marco conceptual del cual sea factible sustraer criterios guías bajo los cuales puedan llevarse a cabo los trabajos específicos que demandan los diferentes ecosistemas. Este marco debe ser el resultado de la síntesis de los conceptos básicos de la ecología y las ciencias sociales. De manera general, es posible caracterizar el ecodesarrollo de la siguiente forma:

(20) ODUM, E.: *Ecología*. Nueva Ed. Interamericana, S.A., México, 1972.

(21) ARMIJO, Roberto, et al: *Ecodesarrollo como un proceso de transformación de ecosistemas*. (En: Proyecto de Desarrollo de zonas áridas y semiáridas. OEA. Universidad Autónoma A. Narro. Monografía Técnico—Científico, México, 1977, v. 3, n^o 4, p. 305-342).

Definición realista y autónoma de las necesidades de las poblaciones específicas.

Valorización de los recursos naturales específicos de cada eco-región.

Valorización de la primacía del recurso humano dirigiendo toda producción a su realización.

Identificación, valorización y administración de los recursos naturales en una perspectiva de solidaridad diacrónica con las generaciones futuras.

Reducción de los impactos negativos de las actividades humanas sobre el medio ambiente.

Utilización de procedimientos y formas de organización de la producción que permitan el aprovechamiento de las complementariedades.

Valorización de la capacidad natural de la región para la fotosíntesis bajo todas sus formas, reduciendo al máximo el consumo de energía.

Compatibilización de los objetivos diversos, económicos, sociales, ecológicos, a nivel de la creación y adopción de estilos tecnológicos particulares.

Consideración del cambio tecnológico como variable multidimensional y como eje de la planificación sin reducir el ecodesarrollo a un estilo tecnológico. Implementación de un cuadro institucional definido por una autoridad horizontal, una participación efectiva de las poblaciones, una organización eficiente del esfuerzo colectivo y una nueva educación que cambie las actitudes frente a la naturaleza y frente a la comunidad” (p. 305-306).

Toda definición (por ser expresión verbal tentativa y sintética de realidades extensas y complejas) es susceptible de críticas; posiblemente la que acabamos de transcribir también lo sea. Por ejemplo, no encontramos sino muy veladamente (“Definición realista y autónoma de las necesidades de las poblaciones específicas”) alguna resonancia del relativismo cultural. Al respecto se nos ocurre que debería insistirse más en la colaboración entre antropólogos y ecólogos para lograr en estos temas formulaciones más explícitas. Pensamos que resulta útil retomar la línea iniciada en la década del 50 por Steward (22) quien al imbricar el relativismo cultural con un neoevolucionismo social pluralista, y al privilegiar el papel del contexto ecológico, produjo una renovación teórica de gran valor heurístico que sigue inspirando trabajos actuales (23).

(22) STEWARD, Julian: *Theory of culture change*. Urbana, University of Illinois Press. 1955.

(23) HARRIS, Marvin: *Introducción a la antropología general*. Ed. Alianza, Madrid, 1982, cap. 19, p. 363-388.

Pero al margen de esa discreción, a los efectos de nuestro análisis, la definición transcripta tiene como mínimo dos valiosos aportes que corresponde destacar:

- a) cuando requiere “. . . una participación efectiva de la población. . .” está retomando el tema central del desarrollo de comunidades y está evocando una de las condiciones de la tecnología apropiada que señalan Merlino y Rabey.
- b) cuando requiere “. . . la adopción de estilos tecnológicos particulares. . .” y por lo tanto supone una planificación “. . . sin reducir el ecodesarrollo a un estilo tecnológico. . .”, está de lleno en la temática de la tecnología apropiada.

La convergencia conceptual pues, es evidente: el ecodesarrollo se combina con el relativismo cultural y con el desarrollo de comunidades tras la búsqueda de tecnología apropiada.

3— Definiciones comparadas.

Completando este panorama sobre la “tecnología apropiada”, estimamos pertinente ofrecer al lector algunas definiciones propuestas por diversos autores y ensayar una comparación entre ellas. Habida cuenta del estado de elaboración conceptual en que actualmente se encuentra la tecnología apropiada, esta comparación nos permitirá clarificar similitudes y diferencias pudiendo así en alguna medida vislumbrar qué rumbos teóricos y prácticos se están intentando en esta materia. Por lo demás, la cantidad de definiciones que ahora incluimos está dada por el espacio disponible para el presente artículo, y su selección obedece estrictamente al puro azar. En el cuadro comparativo agregamos la propuesta de Merlino y Rabey señalada al principio.

a) *Pellegrini* (24)

“. . . la tecnología debería ser considerada “apropiada” cuando su introducción dentro de una comunidad crea un propio proceso interno reforzando a la misma comunidad, la que mantiene el desarrollo de las actividades autóctonas y la explotación de las capacidades locales decididas por la misma comunidad” (p. 1)

(24) PELLEGRINI, V.: *The problem of appropriate technology.*

(En: Di Giorgio y Roveda: *Criteria for selecting appropriate technologies under different cultural technical and social conditions.* USA, 1981, p. 1-7).

b) Neira Alba (25)

“Como [la tecnología] no es universal, sino que depende fundamentalmente de su adecuación al contexto específico dentro de la cual se producen y distribuyen [los] bienes y servicios, es necesario definir en cada caso tecnologías apropiadas, es decir conjuntos de técnicas organizadas en sistemas de producción y distribución en los cuales la naturaleza, calidad y “quantum” de BYSA [bienes y servicios de apoyo] son los más adecuados para cada contexto social, cultural y ecológico. En consecuencia, las opciones tecnológicas deben definirse y seleccionarse dentro de criterios inspirados en el contexto específico de cada realidad particular y en los objetivos de desarrollo social, económico y político de cada comunidad. De este modo, la participación colectiva se convierte en un componente indispensable del proceso de selección de tecnologías apropiadas” (p. 17).

c) Mondragón Illescas (26)

“La tecnología adecuada deberá tener ciertas características especiales, que la hagan herramienta fundamental para promover el desarrollo del medio en donde se aplica y favorecer la permanente evolución de la propia tecnología.

Así, esta tecnología debe modificarse continuamente de acuerdo con las mejoras dictadas por la experiencia, en busca del perfeccionamiento y simplificación de su empleo y el mejoramiento de su eficiencia; es decir, a partir de una tecnología inicial en la que el usuario debe sugerir e intentar reformas dirigidas a lograr una tecnología adecuada;. . . debe concordar con los recursos naturales, materiales y humanos, sin que su aplicación dañe el medio ambiente, sino, más bien que sirva, hasta donde sea posible, para renovarlo y mejorar las condiciones de vida de los usuarios y de los habitantes de la región, ya que toma en consideración tanto el medio como las costumbres y las formas de organización de los habitantes del área en que se aplica” (p. 133-134).

(25) NEIRA ALBA, Eduardo: *Tecnologías para el asentamiento humano.*

(En: La tecnología latinoamericana. Seminario sobre nutrición y vivienda. CIFCA, Madrid, 1979, v. IV, p. 17).

(26) MONDRAGON ILLESCAS, Julio: *Proyecto de investigación “Casa ecológica”.*

(En: La tecnología latinoamericana. Seminario sobre nutrición y vivienda. CIFCA, Madrid, 1979, v. IV, p. 133-134).

d) *Villa García* (27)

"Entendemos por tecnología apropiada aquella que mejor se adapta a las condiciones de una situación dada en términos económicos, sociales y culturales, por lo que su aplicación debe ser compatible con los recursos disponibles en la zona" (p. 58).

e) *Delgado* (28)

"...entendemos por tecnología apropiada: aquella tecnología básicamente simple, de bajo costo, donde la inversión sea en mano de obra y no en maquinaria sofisticada, de fácil acceso, de fácil difusión y que pueda encontrar una buena acogida dentro de la comunidad" (p. 47).

f) *Gouffay* (29)

"...existen otros grupos que insisten en que las actividades deben basarse en la generación de tecnologías que sean sencillas y económicas, dirigidas a los sectores más necesitados, que maximizan el uso de materiales locales y aumentan la intensidad de mano de obra. Además, . . ., es común encontrar criterios sobre aspectos ecológicos y sociales, . . ., donde juegan papeles importantes criterios acerca de la participación de las comunidades en la generación y el control de las tecnologías, así como en relación con la cultura local" (p. 70).

g) *Merlino y Rabey* (ver punto 1).

A los efectos de realizar lo más sintéticamente posible la comparación entre las definiciones anotadas, extraemos de éstas sus conceptos más significativos, a saber:

(27) VILLA GARCIA, Carlos: *Desarrollo de tecnologías apropiadas para el aprovechamiento de recursos nativos alimenticios*. (En: La tecnología latinoamericana. Seminario sobre nutrición y vivienda. CIFCA, Madrid, 1979, v. III, p. 58).

(28) DELGADO, Luz Marina: *Experiencias de tecnología apropiada sobre nutrición y vivienda en el Altiplano de Guatemala*. (En: La tecnología latinoamericana. Seminario sobre nutrición y vivienda, CIFCA, Madrid, 1979, v. II, p. 47).

(29) GOUFFAY, Lee de: *Criterios para la generación de tecnologías apropiadas en vivienda y materiales de construcción. Experiencias colombianas*. (En: La tecnología latinoamericana. Seminario sobre nutrición y vivienda. CIFCA, Madrid, 1979, v. IV, p. 70).

I) *Características básicas.*

Utilizando palabras no siempre iguales, casi todas las definiciones coinciden en destacar el carácter "simple" de la tecnología apropiada, lo que implica bajo costo de inversiones y preferencia por los modos de producción autóctonos (sometidos, por cierto, a transformaciones pero bajo las condiciones que se explicitarán luego).

II) *Recursos*

Coincidente con las características anteriores, también concuerdan la mayoría de los autores en señalar el carácter "artesanal" de este tipo de tecnología; esto es, el predominio de la mano de obra sobre la maquinaria. Por lo demás este recurso humano, al igual que los naturales, deben ser preferente o exclusivamente locales.

III) *Adaptabilidad.*

Existe concordancia total entre los autores vistos sobre la necesidad de que las técnicas buscadas en el proceso de desarrollo local se adapten con facilidad al contexto global, incluyendo en éste el ambiente natural con todas sus características y exigencias ecológicas. Este criterio implica también el fácil acceso, acogida y difusión en la respectiva comunidad.

IV) *Innovaciones*

La noción de tecnología apropiada no significa en absoluto conservar intactas las técnicas "primitivas" o tradicionales. Por el contrario esta noción exige innovaciones en el campo tecnológico, pero ellas deben ser armónicas, graduales y orientadas hacia la promoción del desarrollo endógeno. Cuando las exigencias del mejoramiento comunitario indiquen la necesidad de aporte exógeno, éste deberá ser lo menos perturbador y lo más "adecuado" posible al proceso endógeno.

V) *Participación.*

Coherentemente con los rasgos señalados en los puntos anteriores, la tecnología apropiada requiere que la propia comunidad tome parte activa en las decisiones sobre la génesis y la adopción de nuevas modalidades productivas. Son varios los autores que no explicitan esta característica, pero de una forma u otra se encuentra en todos los planteos sobre el tema. Lo que cabe destacar como apreciación muy general es que las técnicas puramente autóctonas suponen una participación espontánea, casi inherente, de la respectiva comunidad; a medida que se produce un proceso de desarrollo, por muy endógeno que sea, la cambiante tecnología requiere modalidades más formales y deliberadas de participación comunitaria.

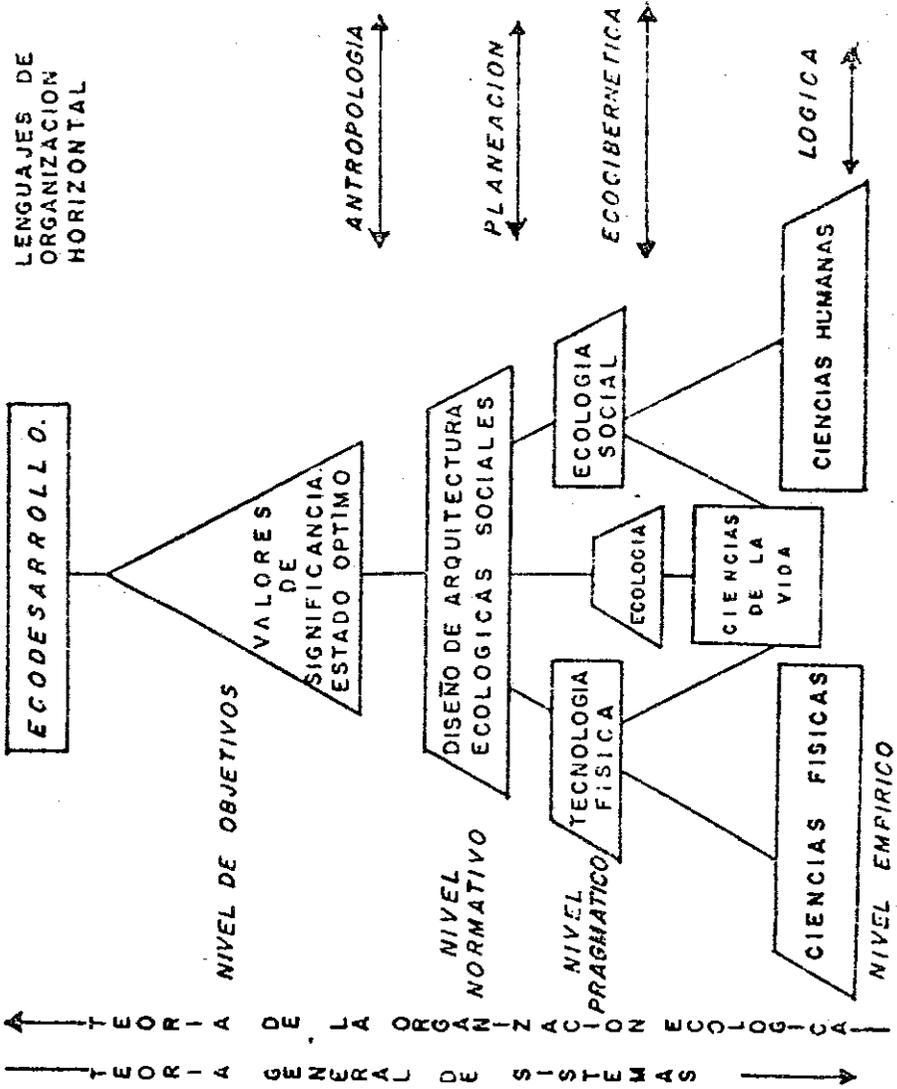
VI) *Relativismo.*

Con la tecnología apropiada se suele buscar el cumplimiento de objetivos y la satisfacción de necesidades de la propia comunidad, con ajuste a su cosmovisión, costumbres y tradiciones. Tal búsqueda y tal ajuste implican un reconocimiento manifiesto o subyacente de los principios sustentados por la teoría del relativismo cultural.

A modo de síntesis de lo expuesto ofrecemos a continuación el siguiente cuadro comparativo, donde las letras minúsculas (a, b, . . . , g) indican las definiciones de los autores citados, y los números romanos (I, II, . . . , VI) corresponden al desglose conceptual anteriormente realizado.

	a	b	c	d	e	f	g
I	*			*	*	*	*
II	*		*	*	*	*	
III	*	*	*	*	*	*	*
IV	*		*				*
V	*	*				*	*
VI		*	*	*		*	*

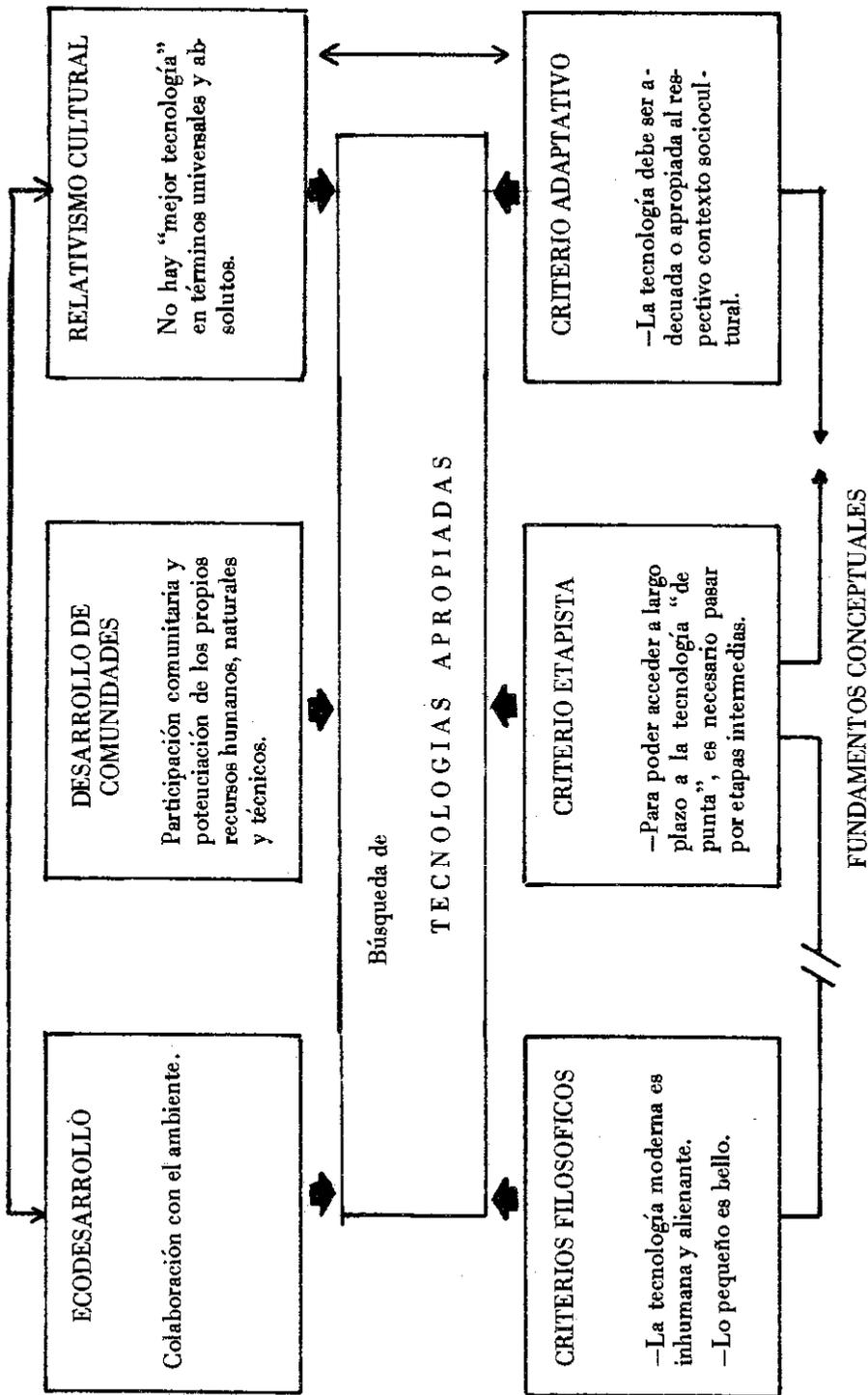
Gráfico n° 4: Ecodesarrollo



El concepto de ecodesarrollo abarca no sólo el ambiente geográfico sino también el contexto socio-cultural. De allí la convergencia interdisciplinaria de ciencias naturales y humanas.

(Tomado de Armijo, R. et al; ob. cit. p. 317. Adaptado de Jantsch, 1975).

CONVERGENCIA INTERDISCIPLINARIA (ANTECEDENTES)



4— Conclusiones

Hemos señalado al principio que, al menos por el contenido de una definición, el concepto de “tecnología apropiada” evoca postulados teóricos y prácticos del “relativismo cultural”, el “desarrollo de comunidades” y el “ecodesarrollo”.

Al exponer luego las características fundamentales de esas tres áreas temáticas, pudimos ver efectivamente:

—que el criterio relativista es aplicable al sector tecnológico de la cultura, y que al hacerlo se abre el camino hacia la búsqueda de tecnologías apropiadas;

—que en el desarrollo de comunidades “clásico” estaba implícita —y por lo tanto no claramente definida— la idea de adecuar las innovaciones tecnológicas buscadas a la respectiva comunidad con la que se trabaja;

—que el concepto de ecodesarrollo va inherentemente ligado a un concepto de tecnología que se adecue al ecosistema y al contexto sociocultural respectivos.

Por otra parte, la comparación que hemos hecho entre las siete definiciones de tecnología apropiada, permite ver significativas afinidades entre ellas, diferenciándose por la mayor o menor incidencia de algunos aspectos o detalles de sus respectivos contenidos, y no por el eventual carácter mutuamente excluyente de éstos. Por el contrario, aún cuando no todos los aspectos o detalles están igualmente explicitados o formulados, se trata de contenidos conceptuales que se suponen inherentes los unos a los otros. Tal inherencia mutua puede constatarse más nítidamente cuando, más allá de la respectiva definición se recurre al despliegue temático que cada autor realiza, donde ya no rigen los límites que su carácter sintético le impone a toda definición. De toda forma, cabe señalar que la comparación realizada es solamente ilustrativa y no demostrativa, ya que las definiciones de tecnología apropiada son varias más que las aquí transcritas, y su análisis comparativo completo exigiría mayor extensión.

No hemos hecho este análisis por la mera gimnasia académica y gratuita de descubrir “antecedentes” o “precursores”, sino porque entendemos que explicitar la existencia de relaciones o de núcleos conceptuales comunes entre postulados, hipótesis, hechos o procesos aparente o parcialmente heterogéneos, limita la dispersión temática, facilita la unificación de enfoques y, en fin, permite detectar similitudes y hasta identidades tras la pluralidad de elementos en juego. Con frecuencia se ha señalado que uno de los objetivos del conocimiento científico consiste en hallar la unidad latente bajo la diversidad aparente. En este caso, estamos ante cuatro áreas

temáticas que habitualmente se estudian por separado (relativismo cultural, desarrollo de comunidades, ecodesarrollo, y tecnología apropiada), no obstante compartir núcleos conceptuales y empíricos comunes (participación, adaptabilidad, endogénesis, etc.), y a pesar de que tales núcleos conceptuales suelen ser señalados y estudiados en cada una de esas áreas temáticas, pero sin explicitar el hecho de que son compartidos por ellas, salvo la referencia ya hecha al valioso trabajo de Merlino y Rabey.

Además, estimamos que en el nivel práctico de la acción social programada, y en homenaje a un uso más racional de recursos teóricos y experienciales en dicha acción, es pertinente poner de relieve esta imbricación de áreas temáticas, pues de esta forma se logra un enriquecimiento mutuo. A título de ejemplo, es legítimo pensar que un plan de desarrollo de comunidades estará mejor orientado si en él se tiene en cuenta la adecuación de la tecnología, las características específicas del respectivo contexto socio-cultural y los requerimientos del ecosistema.

De la misma manera una eficaz búsqueda de tecnologías apropiadas requiere la aplicación del relativismo cultural, la práctica de la participación comunitaria y el respeto a los requerimientos ecológicos.

“LA COMUNIDAD SEMIFOLK DEL VALLE DEL GUALCAMAYO”

PABLO SACCHERO (*)

PROLOGO

No es común que una persona confiese públicamente su amor por algo o por alguien. Pero en este caso debí alertar al lector que estoy enamorado del Valle del Río Gualcamayo. Esta prevención se hace necesaria, pues, tal vez, no haya sido del todo objetivo, como el método de este tipo de investigación indica.

He viajado asaz por las zonas desérticas de la precordillera y cordillera sanjuanina y mendocina. Casi todos los panoramas me han agradado y exultado, lo que ha contribuido, no poco, a llenar de placer mi trabajo en esas comarcas. Sin embargo, este valle, desde el mismo momento de mi arribo, ejerció un encanto especial en mi espíritu. A menudo me pregunto cuál ha sido la causa.

Es sabido que una zona desértica —o cualquier otra— puede ofrendar o no atractivos. Esto se debe a que los diversos matices que descubre el observador se encuentran condicionados por la experiencia personal y por un especial estado de ánimo en el momento de la primera impresión, que fija una singular óptica para evaluar el conjunto.

La huella que conduce hasta el valle condiciona, poco a poco, este ánimo. Desde una pampa baja y boscosa (1) se ingresa en una profunda quebrada, en parte umbrosa, hasta trepar a una “pampa alta” ventosa y yerma. Al llegar al borde de esta especie de meseta y cuando ya se ha habitua-

(*) Profesor de la Universidad Nacional de Cuyo.

(1) Hoy, desgraciadamente, el bosque ha sido talado por una explotación irracional.

do a este panorama, de súbito, en un bajo abrupto, aparece el valle. Es el momento en que se genera el sentimiento de haber llegado a una meta.

Desde una posición intelectualista y visto en detalle, el valle puede no ser tan agraciado como a primera y lejana vista hubiera parecido. Pero aún así, aquella repentina aparición de ese plano bajo, con pequeñas elevaciones montañosas, esas gradaciones cromáticas vegetales y minerales, todo enmarcado por los picos precordilleranos y el conjunto envuelto en un vaho tan particular, imprimen un sentimiento de deleite que acompañará al visitante en su itinerario y que difícilmente se borre de su memoria.

INTRODUCCION

Antecedentes:

El autor de este artículo visitó por primera vez el valle del Gualcamayo (2) y sus zonas aledañas en 1966, al aceptar una amable invitación por parte del incansable vecino de la ciudad de Jáchal, don Isidoro Luján. En aquella oportunidad el objetivo era realizar una prospección arqueológica de la zona aludida y la excavación de una cueva conocida con el nombre de "El Peñoncito".

La consiguiente permanencia en el sitio, durante las dos campañas efectuadas ese año, determinó el conocimiento de los diversos ecosistemas y particularmente el de sus habitantes. Finalizada la misión arqueológica, la corriente de simpatía que se había generado con aquellos hombres se transformó en un deseo de escribir sobre ellos.

Muchos otros factores concurrían para hacer aún más interesante una investigación sobre aquella comunidad. El principal residía en el aislamiento pretérito y actual en que forzosamente se desarrollaba este tipo de vida. No existían rutas ni huellas para vehículos; el tráfico se efectuaba con el concurso de equinos y el transporte de ganado se realizaba en pie. Además, el núcleo del valle se encuentra rodeado de serranías de regular altura que, condicionado a otros elementos climáticos, conforman un sistema independiente.

El espacio había sido ocupado desde muy antiguo; lo testimonia la presencia de una industria lítica de cazadores especializados que se remonta a los 6.000 a.C. Todas las fases de cazadores con o sin agricultura —con

(2) Proviene de "walkka": collar, brazaletes, cadena. Dícese a cualquier prenda que se lleva como adorno y lujo; y "mayu": río. (Lira, Jorge A.: *Diccionario KKECHUWA ESPAÑOL*. Universidad Nacional de Tucumán, 1944).

o sin cerámica— están presentes, incluida la última etapa cerámica conocida como Cultura de Angualasto-Sanagasta. El período hispano indígena no es conocido; no se ha estudiado en qué momento se afincan los primeros pobladores no indígenas. La más remota historia oral llega hasta mediados de siglo pasado.

Los ancianos relatan la época dorada del valle y de toda la región. Lاپso que, según se infiere, transcurrió entre las dos o tres últimas décadas del siglo pasado y los primeros veinte, quizá veinticinco, años del presente siglo. Era el momento del gran tráfico de ganado en pie hacia Chile. Las tropas de vacunos provenían de los llanos de La Rioja y de Córdoba, penetraban en San Juan por Ichigualasto (3) y cruzaban la Sierra de Cháves para llegar a Jáchal. En esta localidad o en otras situadas más hacia el oeste (4), se procedía al engorde y herrado de los animales, antes de iniciar la última etapa de camino por los pasos cordilleranos.

En Chile, este aporte de ganado era canalizado hacia el comercio interno o bien para exportar. Un buen mercado lo constituía el consumo de carnes que se realizaba en los centros de explotación del salitre, en el Norte del país. El gran volumen de exportación del salitre, utilizado como fertilizante en agricultura y como materia prima para la fabricación de pólvora, requería gran cantidad de mano de obra y por ende, bocas para alimentar.

Finalizada la primera guerra mundial, se comenzó en Europa a producir artificialmente este tipo de nitrato con tanto éxito, que prácticamente paralizó la exportación chilena. En pocos años volvió a los dominios del desierto una amplísima zona, que se había caracterizado por su dinamismo minero y comercial.

Este hecho, más la creciente utilización del ferrocarril y la disminución de las precipitaciones, con la consecuente degradación de los pastizales, trajo la paulatina ruina económica y el despoblamiento de toda la comarca del N. de la Prov. de San Juan.

Es lícito pensar que las observaciones realizadas en esta comunidad corresponden a un período aciago de su historia, respecto a otros tiempos pasados. También es necesario hacer notar, que si en un futuro inmediato se comenzaran a explotar los grandes yacimientos de uranio, este grupo humano cambiaría rápidamente su estilo de vida.

Agradecimientos:

(3) Superpuestos a petroglifos indígenas, se puede observar fechas y marcas de propiedad, esculpidas en los grandes bloques de piedra.

(4) Tocota, Rodeo, Cerro Negro, Colola, Gualcamayo, etc.

A los habitantes del Valle del Gualcamayo por las amabilidades y la colaboración prestada.

A los miembros del equipo de investigación: profesores Daniel Ortiz y Olga R. Rodríguez; a los señores Eduardo Moyano y Luis Carrizo.

De manera especial al Consejo de Investigaciones de la Universidad Nacional de Cuyo (C.I.U.N.C.) por el apoyo financiero y la confianza depositada en el proyecto.

METODOLOGIA

El objeto de este trabajo no tiene otra pretensión que el de presentar en forma sintética los diversos aspectos culturales de una pequeña comunidad afincada en una zona, desde épocas remotas y en donde desarrolló su actividad hasta hace muy poco tiempo en un nivel folk. Actualmente se observan significativos cambios, tendientes a organizarse como sociedad rural dependiente.

Se reserva para posteriores acciones los estudios para comprender la estructura del grupo y su posible ubicación en un contexto teórico. Por lo tanto, no se presentarán como conclusiones específicas problemas sobre valores, integración interna o interrelaciones entre comunidades.

También es necesario consignar que, para la recolección, elaboración e interpretación de los datos no se ha tenido en cuenta ninguna escuela, doctrina, tendencia o filosofía en especial. Tampoco se ha pretendido a través de la aplicación del marco teórico de la investigación demostrar o justificar tal o cual teoría de las que se encuentran en boga.

El primer problema que se debía resolver, antes de adoptar una metodología, radicaba en como categorizar a la comunidad objeto de estudio. La visita preliminar realizada en 1966 indicaba, como hipótesis de trabajo, considerar a este grupo humano como perteneciente al nivel cultural folk, según la definición formulada por el autor de estas líneas (5).

El segundo problema residía en elegir un método conveniente para rescatar este tipo de idiocultura en vía de rápida desaparición. En este empeño varias veces se hizo presente la afirmación de Mortimer Wheeler en el plano arqueológico: "No hay una forma correcta de excavar, pero sí muchas erróneas". Con los arreglos del caso, este concepto puede transferirse a la investigación de comunidades humanas.

(5) "El folklore es una disciplina de la Ciencia Antropológica que tiene por objeto el estudio de una estructura cultural dependiente de una civilización, generada y sustentada por la tradición asentada en un área cultural determinada". En: Seis temas en torno al problema del folklore. Seminario de Licenciatura de Olga Rodríguez. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, 1975.

No existe excesiva abundancia de textos que tratan la metodología de la investigación en la esfera humana. Sólo modernamente se estila referirse al método utilizado, aunque esta costumbre no se ha generalizado del todo. Ayudan también al método las referencias sobre ciertas pautas por tener en cuenta y los inconvenientes que se le presentan al investigador.

Si se analizan los textos y recomendaciones de los diversos tratadistas sobre el tema, se puede constatar que difieren entre sí y a veces se contraponen. También es observable que los partidarios de una acción rigurosa y poco flexible son los que menos experiencia "de campo" han tenido.

En la búsqueda de una concordancia de tipo general o unidad de criterio se obtiene, por lo menos, dos conceptos muy importantes: 1º) el logro de una buena información es vital para la investigación. 2º) las técnicas que se deben emplear dependerán, tanto del tipo de comunidad y del género de vida que hayan adoptado, como de las exigencias de la situación a la que se enfrenta el investigador.

Considerada la comunidad del Gualcamayo como perteneciente a un nivel cultural folk y de escasa población, el método de investigación que más se adecuaba era el etnográfico. Este era el que garantizaba la obtención de la mayor y mejor cantidad de datos para el estudio integral de una comunidad. A su vez, posteriormente, estos testimonios, aplicando los análisis específicos, podrían orientarse hacia las categorías de acción según lo enunciado por Nadel (6) o a las categorías sostenidas por Herskovits (7) o a las preferidas por otros autores.

Consecuentemente el eje de la investigación de campo sería la observación directa y participante. Debido a que se hablaba la misma lengua y el grupo humano era reducido, no se utilizarían informadores seleccionados. Los informantes podrían llegar a ser, en el mejor de los casos, hasta la totalidad de los habitantes del valle. De esta manera se eliminaba el problema denominado "el prejuicio del informador". También como medida precautelar—para evitar la desconfianza y la suspicacia de los lugareños— la comisión de investigación se haría pasar como un equipo de arqueología en una misión de prospección. A la postre se halló cuatro yacimientos arqueológicos de superficie que no se habían descubierto en 1966.

Las técnicas de pesquisa y obtención de datos si no llevan a extremos de prevención, no son eficaces. Aun así, no se puede afirmar que existan u-

(6) Nadel, S. F.: *Fundamentos de la Antropología Social*. Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1974. p. 43.

(7) Herskovits, M.: *El hombre y sus obras*. Fondo de Cultura Económica, Méjico, 1968. pp. 645 y s.s.

na serie de técnicas completamente perfectas. Hace ya mucho que se conoce la imposibilidad de transferir un sistema humano a unas cuantas hojas de papel, a una serie de fotografías, filmes y a grabaciones magnetofónicas.

Aceptados estos límites, impuestos por el tipo especial de investigación, lo conveniente era aplicar y experimentar sobre las sugerencias y consejos de los autores que han escrito sobre la materia. Al respecto, los integrantes del equipo de investigación fueron entrenados influidos por este precepto: "Observa lo más que puedas, participa en todo lo que te permitan y arregla tus experiencias discutiéndolas formal e informalmente con los nativos todo lo que más puedas" (8).

Lo primordial era, durante la observación participante, tratar de rescatar la totalidad de los datos y evitar la primera "natural" interpretación, con el objeto de eliminar la posible exclusión por selección. Las interpretaciones provisionales se realizaban en cortas reuniones entre los miembros del equipo y de este seno surgían las hipótesis parciales que reordenaban las observaciones.

Debido a que el tiempo de permanencia en el campo era corto y con el objeto de obtener el máximo provecho, los criterios que orientarían la observación debían ser previamente estructurados. Para ello se había confeccionado una guía sobre la base de cierto orden de fenómenos, por lo cual no constituía una "lista de rasgos". La idea era partir pertrechados de una clasificación temática amplia y flexible, en la que se insertaría tanto la "forma" como el "proceso" de los fenómenos factibles de ser observados.

Para la confección de la guía se tuvo en cuenta las preocupaciones de tratadistas como Wissler (9) y Murdock (10), para organizar comparativamente los datos etnográficos. Sin embargo, la estructura general, que desembocaría en un orden lógico de fenómenos, se orientó conforme a los universales culturales definidos por Herskovits (11).

En otro orden de problemas, era importante conocer el medio geográfico donde desarrollaba su actividad esta comunidad, para poder comprender su adaptación y su consecuente interrelación. Para ello se contaba con el trabajo de Guillermo Furque (12) y de las observaciones efectuadas por

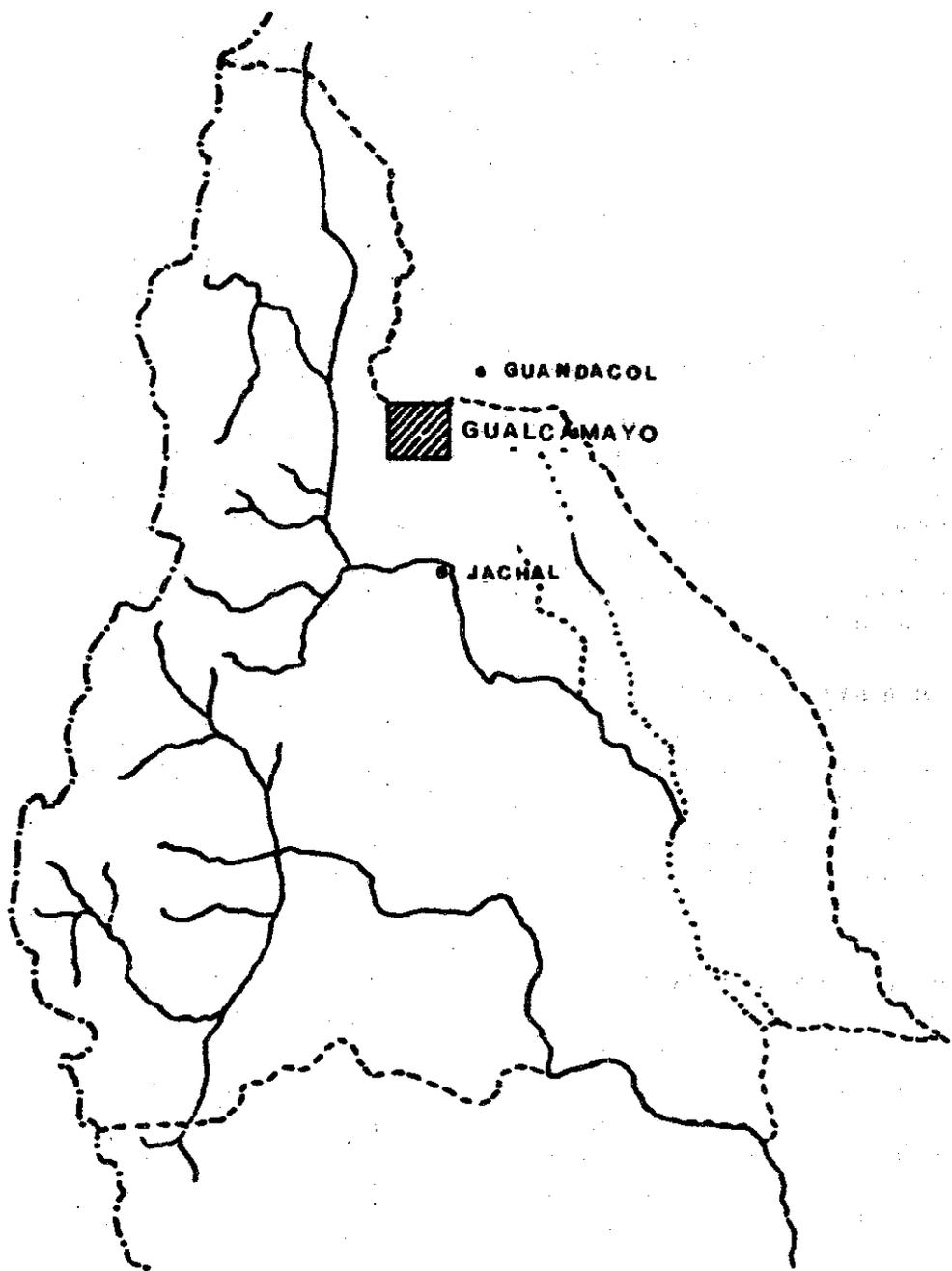
(8) Herskovits, M.: Op. Cit. p. 99.

(9) Wissler, C.: *Man and Culture*. N. York, 1923.

(10) Murdock, G. P. y otros: *Guía para la investigación etnológica*. Publicación N° 259. Notas del Instituto de Antropología. T.I. N° 2. Universidad Nacional de Tucumán, 1939.

(11) Herskovits, M.: Op. Cit.

(12) Furque, Guillermo: *Carta geológico-económica*. N° 17—b. Boletín N° 93.



PROVINCIA DE SAN JUAN

el autor de estas líneas durante las campañas arqueológicas realizadas diez años antes.

El equipo de investigación fue seleccionado según la preparación académica, edad, sexo, experiencia y habilidades manuales. Como era de esperar, se sintió la ausencia de otros especialistas que tuvieran experiencia en la aplicación de técnicas que no pertenecen a la esfera de la antropología. Integraban la comisión tres profesionales —dos varones y una mujer— un alumno y un idóneo.

Ya sobre el terreno no se presentó ninguna dificultad. El recuerdo de un foráneo que diez años antes trajinaba en “la búsqueda de las cosas de los indios” se encontraba presente. No son muchos los extraños que transitan por ese valle. Inmediatamente se actualizaron los viejos lazos de amistad y como “los amigos de mis amigos son también amigos”, rápidamente aceptaron con muestras de afecto a los restantes miembros del equipo.

La cooperación participante fue muy activa e integrada. El campamento base se instaló en el predio de la escuela. Oportunamente se organizó un acto escolar con variadas actividades, al cual concurren los padres y parientes de los alumnos desde los lugares más alejados. En esa ocasión se conocieron muchas personas con las que se acordó ir “de visita”. Las visitas se realizaron, a través de un viaje por sendas de herradura, por el valle y las zonas aledañas.

DESCRIPCION GEOGRAFICA

El valle del Gualcamayo se encuentra situado en el Departamento de Jáchal, Provincia de San Juan. Dista de la ciudad cabecera 62 km. y de Guandacol, Provincia de La Rioja, 50 km. Su situación absoluta es 29° 30' 29° 45' de latitud sur y 68° 45' - 69° longitud oeste.

El valle propiamente dicho lo constituye un bolsón intermontano de forma alargada con una orientación N.O. - S.E. y con un declive que decrece de los 3.000 a los 2.500 m. s.n.m. Lo limitan por el oeste el cerro Aspero -3.900 m. s.n.m.— y la Sierra de la Yerba Loca. El límite este está formado por un cordón montañoso con una gran cantidad de cerros dispuestos en forma desordenada de un ancho que oscila entre 12 a 14 kilómetros. Entre ellos se puede citar de norte a sur el Imán, del Bordo, Peñas Negras, Madril, Peñon, Catitas. El límite norte lo forma la unión de estos dos cordones y el sur, una planicie alta conocida como Pampa de Panacán.

El lecho del Gualcamayo cruza el bolsón como río seco, haciendo las veces de desagüe pluvial. Comienza a tener aguas permanentes a partir de una vega que se encuentra en Chepical. Posee una especie de afluente, el

Punta del Agua, que nace en la Sierra de la Punilla, cruza la Sierra de la Yerba Loca y se insume inmediatamente al llegar al bolsón. El resto de la red fluvial corresponde a torrentes del régimen estival que aportan caudales en el período de lluvias.

El clima es semiárido con gran amplitud térmica diaria y entre estaciones. La falta de estaciones meteorológicas impiden precisar la frecuencia y la cantidad de precipitaciones, así como también las oscilaciones térmicas. Las lluvias por lo general son veraniegas, estimándose entre 150 a 220 mm. anuales. También se presenta la precipitación nival sin llegar a ser muy significativa.

Los vientos pueden soplar del N., del S.; también existen los descendentes, generadores del conocido viento Zonda. Los dos últimos son extremadamente fríos desde mayo a setiembre, lo que determina el abandono de los puestos situados en el bolsón, con excepción del Chepical.

“Los suelos en general son esqueléticos, pedregosos en la falda de las montañas y en los conos de deyección proximales, donde los fuertes vientos y las lluvias torrenciales arrastran todo el material liviano. . .”

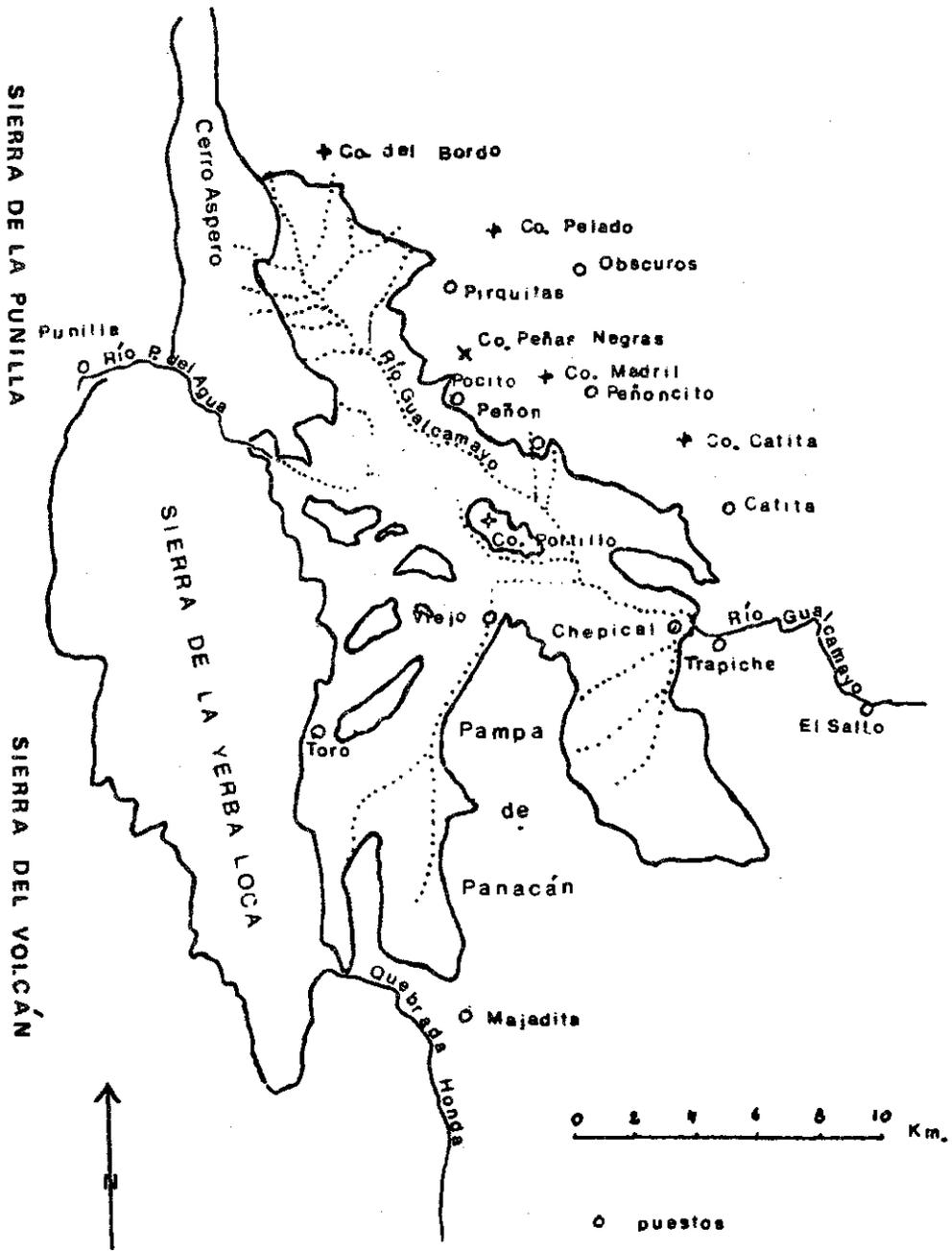
“El del Gualcamayo es bastante arenoso y, en la parte central, dada la extensión de esta cuenca, su material es muy fino. Entra en su composición en forma pronunciada el material proveniente de la destrucción de la serie volcánica que se extiende en el borde occidental de la cuenca, produciendo como resultado un suelo poco fértil.”

“La parte fértil se debe principalmente al aporte de esquistos y lutitas que originan abundante material arcilloso, así como también a la destrucción de stock granodiorítico del cerro Madril que produjo un suelo granítico proximal y se encuentra en la zona centro—meridional de la cuenca” (13).

Aparte de los ecosistemas que ofrecen las quebradas más protegidas de los vientos y con mayor aporte de humedad, la causa de que el bolsón denote dos ecosistemas se debe precisamente a la calidad del suelo.

Esta característica incide en la vegetación. Si bien en general la vegetación es pobre, representada por arbustos, subarbustos y hierbas, en el sector N. del bolsón se nota el dominio de las gramíneas duras.

(13) Furque, Guillermo. Op. Cit. pp. 14-15.



VALLE DEL GUALCAMAYO

I. EL ASPECTO TECNICO

Alimentación:

Si se analiza el sistema alimenticio en forma global, se podría afirmar que está en todo de acuerdo con los principios sostenidos actualmente por los dietólogos. Debe observarse sin embargo que, en forma particular, existen fallas en cuanto a la periodicidad del ingreso de energía en relación con las materias primas elegidas para la alimentación. Es decir, los alimentos vegetales frescos se consumen sólo durante un corto período del año, en coincidencia con el ciclo de maduración o de estado apto de consumo. Pasado ese tiempo, dichos vegetales deben consumirse luego de la previa realización de tareas de deshidratación. Por fuerza, llegado el momento de consumirlos, para su ingestión deberán ser previamente hidratados y cocidos. Como consecuencia, durante la prolongada época invernal y aun la primavera, la alimentación acusa un déficit vitamínico, mientras que las otras sustancias de base se encuentran en una cantidad aceptable.

La satisfacción y el control del hambre tiene sus variaciones con dependencia al trabajo cotidiano programado, por lo tanto, es más homogéneo para la mujer adulta pero no para el hombre y los adolescentes que atienden los rebaños. Todos los componentes del grupo social que desarrollan su actividad en las cercanías de la morada cumplen con cuatro comidas: desayuno, almuerzo, merienda y cena.

El desayuno está compuesto de la siguiente manera: para los adultos, mate con pan, torta o tortitas de leche de cabra al rescoldo; para los niños, mate cocido o bien leche pura, cruda o hervida con azúcar, acompañada de pan o torta. Merienda: para los adultos, idem que el desayuno o bien con "frito" ("sopaipilla"); para los niños, mate cocido, pan, torta o "frito". La escuela por su parte, introdujo la costumbre de dar a los niños el café con leche; esta última es de vacuno y en polvo (deshidratada).

Cuando la actividad lleva a los hombres a alejarse en misión de recorrida para las diversas tareas pecuarias o para cacería, las comidas quedan reducidas a dos, una en horas de la mañana y otra al anochecer. En estos casos lo que se consume es carne caprina asada.

En una proporción abrumadora el tipo de comida que se prepara es de corte tradicional: "puchero", asado, "pasteles" (empanadilla frita), sopas, torta el rescoldo, "fritura" ("sopaipilla"), "charquicán", chicharrón (de vacuno), "quesillo", "locro", torta de cuajada, "api", "chuehoca", "cocho", chanfaina y guisados (de lentejas, de avestruz, etc.). Desde hace poco, se introdujo un plato de origen italiano, pero de gran difusión en la Argentina como la "pizza".

Las bebidas alcohólicas que se consumen tienen la característica de ser muy poco variables. El vino es de aceptación unánime y está presente con la frecuencia que lo requieren las diversas circunstancias, tanto en lo que se refiere a agasajos y festejos, como en la posibilidad de adquirirlo, debiendo viajar muchas horas para ello. Con respecto a bebidas de mayor grado alcohólico, se ha gustado el licor de anís o el aguardiente anisado, pero su utilización es poco usual.

Las infusiones, por el contrario, se preparan sobre la base de una gran cantidad de vegetales, ya sea con fines medicinales o bien por placer. La yerba mate (*Ilex paraguayensis*) es la de mayor preferencia y se consume en algunos casos acomodada en el calabazín o, en otros, previamente hervida (mate cocido).

No se utilizan drogas, narcóticos ni estimulantes, pues los condimentos con esas propiedades sólo cumplen función de adobo; lo mismo se puede afirmar sobre la utilización de la yerba mate, que posee elementos estimulantes si bien no se tiene conciencia de ello.

Las materias primas para la alimentación de origen animal están constituidas por las obtenidas mediante la cacería o la domesticación. De la variada fauna silvestre, son apetecidos únicamente el guanaco (*Auchenia guanacus*), el ñandú (*Rhea americana*) y el ñandú petizo (*Pterocnemia pennata*); excepcionalmente se prefiere la liebre y los pequeños peces que prosperaron penosamente en los remansos de los diminutos arroyos. Los animales domésticos más utilizados son los caprinos y los ovinos; en algunas ocasiones se sacrifican bovinos, gallináceas, patos y pavos. No se consume carne porcina. Leche de cabra, sus derivados y, a veces, huevos, completan esta lista.

Las materias primas de origen vegetal están representadas por una variedad algo mayor que las de origen animal. En estado fresco se consumen papas, cebollas, zapallos, choclos, lechugas, zanahorias, remolachas, berros, tomates. Deshidratados, porotos, lentejas, maíz blanco y, en forma de harina, el trigo.

Entre las frutas puede mencionarse el durazno, higos, manzanas, sandías, peras, nueces; es muy apetecida la uva y con no poco esfuerzo se la adquiere en zonas lejanas al valle.

Gustan condimentar bien las comidas —aunque no en mayor grado que en las zonas urbanas —y poseen la virtud de distribuir armoniosamente los diversos aromas como el ajo, orégano, ají, pimentón y albahaca de tal forma que las amas de casa pueden lucirse halagando el paladar de los visitantes, tanto locales como ajenos al valle.



Fot.Nro. 1: Valle del Río Gualcamayo.



Fot.Nro. 2: Sección media del Valle del Río Gualcamayo.



Fot.Nro. 3: Construcción habitacional abandonada.



Fot.Nro. 4: Construcción habitacional.

No se utilizan instalaciones complicadas para la preparación de las comidas. Por el contrario, son muy sencillas: un fogón en el suelo, en donde se alterna la llama y el rescoldo según convenga. Se complementa con algunas pocas ollas, cacerolas, sartenes y la infaltable "pava" (especie de tetera, calderillo con pico corto) que se disponen en la cercanía del fuego.

La preservación de alimentos está representada únicamente por la preparación del tasajo (charqueado), sin acecinar, es decir, con la aplicación de la técnica del salado y oreado. La sequedad del clima facilita y acelera esta tarea, por lo que no hay necesidad de mantener un depósito abundante. No hay evidencias de utilización de alimentos envasados y en las zonas bajas donde se cultivan frutales se desecan duraznos, higos y manzanas.

Los edificios:

Las viviendas que pueden observarse en el valle del río Gualcamayo, tanto actuales como antiguas, están constituidas por una sola planta y tienen la característica de ser inmuebles.

Resulta imposible clasificarlas en un único tipo de planta, pero se mantiene un esquema básico a manera de canon que es el rectángulo. Estos rectángulos pueden estar ubicados en forma paralela, separados por un patio central; el conjunto de dos puede disponerse en ángulo; también puede estar configurado por tres cuerpos en forma de U, con patio central, o bien en un solo cuerpo, en este último caso con patio abierto. Esos rectángulos básicos no tienen una orientación definida, sino que guardan relación con la topografía del terreno que determina la dirección de las masas de aire más bajas. Esos rectángulos se orientan en búsqueda de una mayor protección de los vientos fríos que se desplazan quebradas abajo o del temible Zonda frígido del período invernal. La cantidad de recintos que componen el conjunto no es uniforme, pero, en las más espaciosas, puede distinguirse uno o más dormitorios; la sala, que oficia de comedor en caso de recibir visitantes y de dormitorio a los dueños de casa; la cocina; el depósito y la despensa (en algunos casos un cobertizo que cumple esas funciones). No es común hallar recintos para taller ni letrinas. Los diversos ámbitos no se comunican entre sí: a todos se accede por el patio, salvo casos excepcionales.

La mayoría de las viviendas abandonadas muestran dimensiones más modestas. Es usual observar dos o tres recintos de tamaño pequeño, uno de ellos reservado para cocina.

La casa habitación se construye, por lo general, al constituirse la pareja, y el tiempo de ocupación coincide con los años de vida de los habitantes dueños de casa, aun después de la muerte de uno de los dos cónyuges. No es de uso corriente la reocupación de los puestos abandonados.

De las construcciones no habitacionales la más importante es el corral, al cual le siguen el horno, las casuchas para cabras, gallinas y, a veces, los cobertizos y talleres. La planta de los corrales depende de la situación donde se decide construirlos; los hay cuadrados, rectangulares, circulares, ovales o amorfos. Se aprovechan los faldeos rocosos, las hondonadas, barrancas de los ríos, etc. Las paredes de 1,50 m. de altura pueden ser de piedra (en su mayor porcentaje) para ganado mayor o menor, o bien de palos y ramas. En los primeros, y siempre que se realicen faenas pecuarias con vacunos, está presente en el centro el clásico palo vertical.

Las casuchas para las cabras son rectangulares y bajas; las de las gallinas, cuadradas y también bajas. Estas son utilizadas para el empollado o bien para proteger al grupo. Los hornos no presentan variaciones. La planta de los sustentadores es cuadrada, rematada por una cúpula.

Los materiales de construcción, con excepción, a veces, de los troncos de árboles, son de origen autóctono y se encuentran en las inmediaciones de los emplazamientos. En forma burda, se puede clasificar a las viviendas en dos tipos: las de paredes de adobe y las de piedra. Aquellas se ubican en las zonas de suelos aluviales; estas en terrenos pétreos, que son los más abundantes.

Previo confección de la zanja de fundación se elevan los muros de adobe o de piedra, con o sin cimientos; la pared de sostén de la cumbreira se remata en triángulo, punto donde se apoya la viga, en general de aire. Sostenida por ésta parten los tirantes que se fijan en la pared de mayor longitud, formándose de esta manera el techo a dos aguas. Sobre los tirantes se apoya una ramada de arbustos, la cual, a su vez, sustenta un mediano espesor de "yuyos del campo" (carrizos, cortaderas, coirones). Sobre ella se colocan hasta tres capas de "torta de barro" para asegurar la impermeabilidad.

Por regla general no hay ventanas, a lo sumo, alguna abertura para dar paso a la luz. La iluminación natural de las estancias se introduce por las puertas, las cuales, en el caso de poseer hojas, son utilizadas para seguridad y no para protegerse de la inclemencia del tiempo. En las cocinas se practica un orificio en la techumbre a manera de tirador de humo. Al ser el tiraje siempre insuficiente, es necesario permanecer en ellas sentados lo más cerca posible del suelo. Como consecuencia de la permanente humareda, se acumula en las paredes y techos una considerable costra de tizne.

La materia prima utilizada para la construcción de los hornos es muy similar a la de las viviendas, es decir, de adobe o piedra. La altura total del horno es variable entre 1,50 a 1,75 m.; la altura de la boca es de 1 m. En los hornos de barro, la bóveda es de forma de cúpula, mientras que en los de piedra se utiliza la técnica de "falsa bóveda".

No existe una especialidad profesional para la construcción de edifi-

cios. Todos los hombres mayores conocen la técnica y durante la obra son asistidos por los menores, familiares y amigos.

En el interior de los edificios las salas tienen adosadas a las paredes de menor longitud (puede ser a la inversa) muretes de 0,40 m. de altura por otro tanto de ancho, que cumplen función de asientos, previa colocación de cueros de oveja ("pellones"), o bien de diversos paños. En las cocinas es típico de la región el fogón en el suelo, de planta circular, formado por una sola hilera de piedras. Se ubica en el centro del recinto o desplazado hacia algún costado, pero generalmente nunca contra los muros.

El mobiliario está compuesto por pocos elementos, cama camera —únicamente para los cónyuges—; mesas de madera chicas y grandes siempre rectangulares; sillas convencionales para la sala y más bajas para la cocina, con asientos de totora o tablillas de madera; a veces armarios y más usualmente sogas fijadas entre dos paredes, que sirven de colgadero de ropa; repisas en la sala y cocina; cajones para guardar vestiduras. Completa la lista trozos de troncos o grandes piedras que se utilizan como asientos en la cocina.

Los solteros "tienden" la cama formada por cueros de oveja, a manera de colchón, directamente en el piso, cubriéndose luego con gruesas mantas muy abrigadas. Las camas cameras de madera o metal poseen colchones de lana y almohada, mantas, mantas—colchas y a veces sábanas.

También la decoración es muy sencilla; en las paredes se observan hojas de papel de diario, revistas, almanaques, fotografías de familiares, artistas y deportistas, estampas de santos, collares, juguetes de niños; percheros de tablas de maderas y palos, o de tablas y cuernos de cabra; espejos pequeños. Sujetado a los travesaños del techo pende una cola de caballo para fijar el peine en las cerdas.

Es de hacer notar que el mobiliario no es construido por sus usuarios, sino que es adquirido en las zonas urbanas más cercanas.

Se puede afirmar que no existe conglomerado habitacional, con excepción de Chepical, en donde habitan dos familias y está edificada la escuela; las viviendas se encuentran aisladas y muy distantes entre sí. Los emplazamientos de las viviendas están regidos por dos requerimientos: la cercanía del agua (arroyos o vertientes) y la protección contra los vientos.

El vestido:

Casi la totalidad de la indumentaria se adquiere en Guandacol o en San José de Jáchal. Las prendas que se elaboran totalmente en el valle son los ponchos y las mallas tejidas. Las mujeres, para su propio vestuario, com-

pran las telas industriales en el comercio y luego proceden a cortarlas y coserlas. Estas tareas se realizan a mano, pero en dos "puestos" se había adquirido máquina de coser. Los varones fabrican una especie de sandalias ("ojotas") a partir de una cubierta de neumático de automóvil en desuso, a la que fijan varias tiras de cuero.

Textilería:

Se utiliza la lana de guanaco, vicuña y en mayor medida la de la oveja. La lana es objeto de un proceso previo a su hilado con vistas a una primera limpieza. Esta operación la denominan "aliño" y consiste en tomar la lana recién esquilada y abrirla para sacarle las motitas de suciedad. Consecutivamente se arma un copo, el que se envuelve en el brazo o en un tarro y se termina con un lavado desengrasante. Este lavado es suave en relación a los que son sometidas las lanas industriales y por lo tanto conservan parte de la lanolina; a la postre las prendas serán más abrigadas y menos hidrófilas.

Para el hilado propiamente dicho se emplea un huso compuesto de un palo corto y delgado, en cuya base está insertado, una rodaja de huso ("tortero", "fusaiola") que puede ser de piedra, caucho o madera, según el estiramiento que se desee dar al hilo. La torsión se produce al lanzar —rodando sobre su eje— el huso al vacío, recogéndolo antes de que deje completamente de girar y luego se arma la madeja. La técnica usual consiste en hilar un cabo en S y luego las dos puntas en Z.

Antiguamente el hilo se teñía con pigmentos que se preparaban caseroamente; hoy se utilizan las tinturas industriales.

Los implementos que se utilizan para tejer son los siguientes: agujas —para tejer con dos agujas—; gancho "croché"; semitelar y telar horizontal con pedales. Los enseres que sirven para operar las cabalgaduras, en general de hilos gruesos, se confeccionan en semitelar. Mientras que las mantas, jergas y ponchos de hilos delgados se tejen con el telar horizontal. También se sirven de bastidores pequeños para confeccionar redes, "vinchas", fajas, etc.

La cestería está muy poco desarrollada. Se confeccionan costureros con la técnica en espiral mediante la cual los haces de coirón (*stipa* sp.) se fijan con hilos de lana hasta darle una forma esferoidal. Se le agrega una tapa plana realizada con la misma técnica. Se remata la obra al decorar el cesto con bordados de motivos geométricos, de hojas, con hilos de lana de diversos colores.

El trabajo del cuero se inicia con el desollado para luego pasar al estirado, donde se clava la piel en una tabla o bien en una pared de barro du-



Fot.Nro. 5: Hilado de la lana.



Fot.Nro. 6: Telar horizontal.



Fot.Nro. 7: Restos de un molino plano.



Fot.Nro. 8: Molino de minerales rotativo.

rante tres o cuatro días hasta que se seque. Al mismo tiempo se le agrega sal gruesa y alumbre. A veces se le adiciona alcohol para aumentar la absorción. Una vez seco, se lo lava —aunque esta operación se puede realizar antes del secado— y la tarea termina con el sobado, hasta darle la flexibilidad deseada.

Para confeccionar lazos, frenos, taleros, boleadoras, etc. se corta el cuero en hojas finas, se tuercen y se tranzan de 4 a 8 de estas hojas sobre un alma de alambre.

Salud:

El estado de salud de los habitantes del valle es, en general, bueno; aunque no posean datos numéricos, la mortalidad infantil no es elevada y existen casos de extrema longevidad. El autor del presente trabajo tuvo la ocasión de conocer a una anciana a la cual se le atribuía una edad de 114 años. Aún en el caso de suponer que la cifra fuese exagerada, la señora recordaba hechos que certificaban una edad centenaria.

Los decesos en la niñez, adolescencia, juventud y madurez se producen, la mayoría de las veces, por enfermedades agudas de las que se desconoce el síndrome, y aún superada esta circunstancia, no se posee el medicamento apropiado en el momento preciso. En el período de senectud es mayor la mortalidad causada por enfermedades crónicas.

Existe un desconocimiento muy marcado de la etiología de las enfermedades; generalmente se resuelve el problema aplicando el término *pasmo*, o bien adjudicando la causa al haber comido o bebido en demasía. Con respecto a la sintomatología, el conocimiento se reduce a evidencias externas o al dolor que se siente sobre el área de alguna viscera mayor. Como ejemplo ilustrativo se puede consignar que las picaduras de insectos se reconocen en determinados casos.

Los métodos terapéuticos se basan casi exclusivamente en la ingestión de preparados y en menor medida de la aplicación de masajes, cirugía menor y psicoterapia. Aquellos pueden ser de origen animal, vegetal o mineral. De origen animal se utiliza el buche de avestruz ("panza"), la grasa de oveja, el guano de mula hembra, la cerda de equinos y lana. De origen vegetal los siguientes:

- Ajenjo. *Artemisia mendoziana*.
- Alcachofa. *Cynara scolymus L.*
- Atamisa (Atamisque?) *Atamisquea emarginata Miers ex Hook et Arn.*
- Baila bueno. *Calycera sinuata*.
- Barba e' peña. (Barba de la piedra). *Usnea durietzii Most.*

- Cayampa.
- Cepa de caballo o Clonque. *Xanthium spinosum* L.
- Contrayerba. *Tricholine parviflora*.
- Chachacoma. *Senecio uspallatensis* Hook et Arn. *Senecio* sp.
- Granadilla. *Multisia* sp.
- Inca o enca (henca) yuyo. *Virginiae exelcis*.
- Huevil, Uevil o güevil. (?)
- Muña—muña. *Micromeria eugenioides*.
- Nencia. *Gentiana gilliesii*.
- Paico. *Chenopodium ambrosioides*.
- Panul o pañul. *Apium sellowianum* Wolff.
- Papa. *Solanium* sp.
- “Pelo” (Barba de choclo)
- Retamilla. *Neosparton aphyllum* (Gill. et Hook) Kuntze.
- Sacanza. *Gochnatia glutinosa*.
- Salvia blanca. *Salvia gilliesii* Bonth.
- Tabaco.
- Tola (?)
- Topasaire
- Tramontana o añañuca (?)
- Trebol verde. *Melilotus indicus* (L) All.
- Yerba del ciervo (?)
- Yerba del Pollo. *Polygonum aviculare* L.
- Yerba del Sapo. *Marrubium vulgare*.
- Yerba del Soldado. *Mulinum famatinensis*.
- Yerba mate. *Ilex paraguayensis*.

(14)

Se utilizan, como medicamentos de origen mineral, la sal (Cl Na) y el querosene.

Con los elementos consignados se tratan una veintena de dolencias, a saber:

—*Digestivos:*

Se prepara una infusión de buche (panza) de avestruz secado al sol o a la parrilla y molido. Se le agrega azúcar tostado.

Infusión teiforme de yerba del soldado, huevil o contrayerba.
Agua fría a la que se dejó remojar un trozo de rama de huevil.

(14) Es necesario hacer notar que los nombres vulgares de los vegetales muchas veces son locales y que por lo tanto se desconoce su correspondiente en otras localidades. Los nombres científicos fueron extraídos de la obra de Adrián Ruiz Leal “Flora Popular Mendocina” en Deserta N° 3, 1972.

—Dolores de estómago:

Infusión teiforme de baila bueno, yerba del solado (se le agrega limón), contrayerba, atamisa, nencia o chachacoma; las tres últimas se preparan sin azúcar.

Infusión teiforme de ajeno (pequeño y blanco) con limón y sal.

—Empacho:

Infusión teiforme de semilla de paico tostada o yerba del pollo.

Infusión teiforme de hojas de alcaucil con “pelo” (barba) de chocho y pañul. Se debe tomar tres veces diarias, durante quince días y luego con purgante.

—Trastornos intestinales:

Infusión teiforme de atamisa.

—Trastornos hepáticos:

Infusión de ajeno.

Agua donde se dejó remojar huevil durante varias horas.

—Resfriado:

Infusión teiforme de salvia blanca junto con incayuyo o bien incayuyo solo; también se utiliza la chachacoma para el resfriado y las dolencias bronquiales.

—Pasma:

Infusión teiforme de retamillo.

—Trastornos renales:

Infusión teiforme de sacanza o tramontana; como diurético, cepa de caballo y, como antidiurético, yerba del ciervo o bien verbena, (ésta se utiliza para los niños).

—Dolencias de la vejiga:

Infusión teiforme de sacanza o cepa de caballo.

—Reuma:

Infusión teiforme de baila bueno.

Emplastos de tola o topasaire.

Friegas de un específico cremoso compuesto de grasa de oveja, semilla de castor, mostaza y trebol verde; todos ellos majados.

—*Ovarios:*

Infusión teiforme de granadilla.

—*Fiebre:*

Agua de pañul (panul)

Tisana de agua de huevil.

Rodajas de papa cruda en la frente del paciente.

—*Jaqueca:*

Infusión teiforme de baila bueno.

Preparado compuesto de agua hirviendo, guano de mula hembra, molido y tostado con baila bueno y azúcar.

—*Dolor de oído:*

Colocación en el conducto auditivo externo de un cucurucho de papel con yerba mate, café y humo de cigarrillo.

—*Dolor de muelas:*

Buches con tisana de yerba del sapo o barba de peña.

—*Tratamiento para heridas:*

Se aplica sobre la zona afectada una tisana de barba de peña con sal (Cl Na).

—*Luxación:*

Emplasto de tola o topasaire.

Friegas de querosene para torceduras, anudamientos de nervios y tendones.

—*Dolor óseo:*

Aplicaciones de lana quemada para tratar el “aire en los huesos”.

La mayoría de las infusiones se preparan sin hervir los vegetales. Otra

forma de preparación es dejar macerar hojas o ramas en agua fría y tomar el líquido. En los casos de infusión teiforme, se le agrega azúcar tostado.

Las amas de casa son las encargadas de preparar y suministrar los específicos. Únicamente los maestros, especialistas u otros visitantes de la zona urbana manipulan fármacos alopáticos.

Con respecto a la cirugía (si cabe la palabra) lo único que se realiza es la extirpación de verrugas, con un sistema muy sencillo. Se ata una cuerda en la base de la verruga, la que termina por cortarse luego de transcurrido un tiempo.

No existen métodos preventivos para conservar la salud puesto que, como se consignó anteriormente, es desconocida la etiología y aun la semiología es muy deficiente. De todas las dolencias posibles, las personas del valle declaran su preocupación por las afecciones del hígado y sobre todo de los riñones. Al respecto de esta última, una de las causas sería la calidad del agua, argumento no muy convincente, puesto que no todos obtienen agua suministrada por el mismo río. Aun más, muchos "puestos" se encuentran emplazados en las surgentes del agua que son generadas a partir de cerrilladas y suelos de distinta litología.

Modernamente han conocido la existencia del hospital y la medicina científica, y la han adoptado en la medida que comprendieron que la farmacopea tradicional no era efectiva para los casos de urgencia. Además la concentración de niños en la escuela—hogar de Chepical, los colocó frente a una realidad desconocida: la existencia de la epidemia.

Todo ello, adicionado a la carencia de típicos curanderos, determinó una aceptación de la medicina no tradicional, aceptación tan abierta que se lamentan de no tener servicio asistencial más cercano, ya que la ciudad de Jáchal dista 60 km. y Guandacol 50 km. y el valle no tiene vehículos.

Herramientas, Instrumentos y aparatos:

El instrumental tecnológico consta de pocos elementos, sin embargo son singulares; exceptuando el cuchillo, no se observan instrumentos múltiples. Pacíficos y respetuosos, no portan ni son tenedores de armas para la lucha personal; para la defensa, basta el cuchillo, sin hacer ostentación de destreza. Poseen armas para la cacería como la boleadora; algunos tienen rifles calibre 22 o escopetas (en los últimos tiempos ya no se usa) y antes de las prohibiciones actuales, se cazaba el puma y el guanaco con carabina o rifle de alto calibre.

El equipo de herramientas está representado por martillo, yunque, tenaza, pinza, cincel, escofina, machete, hacha, cepillo almohadera, pico, pa-

la, azada, hoz y guadaña. Los que trabajan el hierro tienen fraguas del tipo convencional o bien con fuelle tradicional conocido en castellano con el nombre de barquín o barquinera.

Las cocinas están equipadas con ollas, "pavas" (calderillo con pico corto) y sartenes de hierro o aluminio; cacerolas de aluminio y baldes de zinc; fuentes, tazas, jarros, cucharón y espumadera de hierro enlozado; platos de loza; vasos de vidrio; "batea" (artesa) de madera de algarrobo o molle; saleros y chifles (para líquidos) de astas de bovinos, cubiertos de mesa metálicos y el auxilio de todo tipo de envases de latón.

Es conocido, aun cuando ya no se utiliza, el "llisquero" (yesquero) para producir lumbre, compuesto de pedernal, hierro, mecha y asta; el "culero", especie de cinto ancho, doblado y cosido con tapas (se usa como cartuchera y se coloca entre la camisa y el cinturón).

La antigua tradición de la explotación de metales finos tiene su testimonio en la cantidad de molinos de mineral que se pueden encontrar en el Valle. El término para designarlos varía entre "maray" y "maralle"; la primera es una voz chilena, mientras que la segunda es utilizada en la región de Cuyo. También se emplea el término "trapiche", aunque la función es la de moler minerales.

Existen dos tipos de molinos: la plana y la rotativa. Aquella está compuesta por un lavadero de planta circular, rodeada de un pequeño murete, al que se le practicó dos pequeños orificios en diámetro opuesto para la circulación del agua. En el centro del lavadero se encuentra emplazada la muela, que no es nada más que una roca de buen tamaño (1,50 x 0,60 x 0,60 m.). Esta, en su parte media, posee un agujero por donde se fija un madero a manera de vástago. Este madero está unido a un balancín, que a su vez se apoya en una muesca en la parte superior de la roca.

El procedimiento es sencillo e ingenioso: la base de la roca no es perfectamente plana, de manera que al mover ligeramente el balancín ésta se bambolea y muele, por presión de su propio peso. El hilo de agua que penetra por el orificio del murete mantiene el nivel del líquido dentro del lavadero, ya que la descarga se encuentra algunos centímetros más alta; de tal forma que los elementos más finos producidos por la molienda se eliminan al ser arrastrados por el agua y esta misma reparte armoniosamente el material dentro de la solera.

El molino rotativo es similar al anterior y su diferencia estriba en la forma de la muela. Esta es cilíndrica, de su centro parte una palanca fijada en un eje que se encuentra en el centro del lavadero. En el otro extremo de la barra se encuentran los arneses para que un equino ejecute el tiro mediante un movimiento circular alrededor del lavadero.

Obtenido el producto de la molienda, éste se pasa a la pila de lavado, construida también de piedra y circulación de agua regulable. En el sector distal se aplica una plancha de madera con tabiques, lugar donde se efectúa el procedimiento de amalgama.

Pesas y medidas:

Si bien actualmente se utilizan las medidas que son de uso legal en la Argentina, los habitantes de edad madura de Gualcamayo, están familiarizados con el valor fanega, onza y especialmente libra y legua. Además conocen la medida de capacidad denominada "almudo" (almud en castellano), especial para medir cargas de trigo, con los siguientes guarismos:

—Una carga = 12 "almudos" = 180 kgs.

—Media carga = 6 "almudos" = 90 kgs.

II. ECONOMIA

Soporte económico:

Dos actividades económicas fundamentales se realizan en el Valle. Estas concuerdan con los requerimientos del ecosistema, de tal suerte que la cota de 2.500 m.s.n.m. deslinda dos zonas perfectamente determinables. Por arriba de ella el soporte económico es decididamente pastoril; por debajo, es mixto, agrícola y pastoril, con cierta predominancia del primero. Complementarias a estas actividades económicas, se puede consignar, en orden de importancia, las siguientes: comercio, minería, cacería, recolección de vegetales silvestres y pesca.

El comercio, entendido como una entidad dedicada a la compra y venta, no existe como una acción corriente. A lo sumo recorre el valle, a lomo de mula, alguno que otro buhonero, o bien, algún residente compra un lote de alimentos o vestuario y lo revende a sus vecinos.

Explotación de recursos:

La cacería, si bien es utilitaria en primer grado, se la practica con cierto espíritu deportivo y festivo. Solitarios o en grupos, los varones jóvenes y adultos, gozan con el rastreo, persecución y obtención de la presa. El guanaco es el animal preferido; su rapidez y adaptación al medio geográfico pone a dura prueba la sagacidad del paisano. El arma elegida es el fusil, la carabina, o bien perros entrenados especialmente para tal faena. La vicuña, por ser menos numerosa y ocupar espacios ecológicos más reducidos, no es tan apetecida.

Otro animal, cuya cacería es prestigiosa, es el ñandú ("choique", "su-

ri", "shuri" o "churi"); en este caso el instrumento usado es la boleadora compuesta de tres guascas de cuero trenzado rematadas con piedras de mediano tamaño. Si bien existe una fauna menor para ser cazada, es ínfima la utilización de ese recurso. Los animales predadores como el zorro y el puma son atrapados con trampas metálicas dentadas. También se utiliza el veneno para eliminar el puma.

Es mínima la actividad pesquera; el caudal de los arroyos no permite el desarrollo de una fauna ictícola variable y de un porte aceptable. Por esta causa no se utiliza el anzuelo, ni remotamente el arpón. La pesca se realiza con una red confeccionada a partir de un aro de alambre, al que se fija un trozo de arpillera. Una variante la constituye la pesca con la mano; para este caso se aprovecha el estrechamiento de los cursos de agua o bien se desvían los cauces alimentadores de los remansos.

Practican la recolección de vegetales medicinales, aromáticos y comestibles; también cangrejos de ríos, con los cuales se prepara una sopa. Otra actividad importante es la obtención de la leña.

La domesticación de animales es la principal actividad económica del Valle. El hombre del Gualcamayo siente un real placer al realizar las diversas tareas del pastor. Habla de ellas con entusiasmo y hasta con emoción. El, al trazar una comparación con el accionar del labriego, reconoce las ventajas y los inconvenientes de su tarea. Este análisis finaliza en torno a esta idea: "vivo así porque me gusta la crianza".

Diversas son las clases de animales que se crían para los variados usos. Se distinguirán animales para el alimento, el comercio, el trabajo y ornamentales y placenteros:

- animales para el alimento: caprinos, gallináceas, patos, pavos. Ocasionalmente ovinos y vacunos.
- animales para el trabajo: caballos, asnos, mulas y perros.
- animales para el comercio: caprinos, ovinos, vacunos.
- animales ornamentales y placenteros: loros, zorzales, garzas, gatos y "chinchillón" (vizcacha de la sierra).

Es difícil obtener una información certera sobre la cantidad de ganado existente. Algunos lugareños calculan alrededor de 20.000 cabezas de ganado menor y relativamente un pequeño número de ganado mayor. El lego que recorra el Valle le parecerá el conjunto un tanto exagerado.

La calidad del suelo, los crudos períodos invernales y especialmente la disminución de precipitaciones pluviales, han determinado la disminución de la producción ganadera de los últimos cincuenta años. Obviamente la causa apuntada repercute más sobre el rendimiento del ganado mayor, no así del menor, que por su mayor adaptabilidad ocupó los espacios dejados

vacíos. Según relatos de antiguos residentes de la zona, el valle y sus adyacencias llegó a poseer 150.000 animales, allá por el año 1928.

A partir de esa fecha se inicia una creciente sequedad, brevemente interrumpida en 1943 y 1944. Para estos años se estima que las cabezas de ganado habían descendido a cifras en el orden de los 50.000.

Como ya se indicó, la acción cultivadora es reducida y no sobrepasa el nivel de horticultura. Suelo, clima y el tipo especial de hombre no contribuyen en absoluto a dar un mayor desarrollo a esta actividad. No existe excedente de producción, por lo tanto, el recurso obtenido se lo utiliza en el consumo doméstico.

Se cultivan los siguientes vegetales:

1º) alimentos para el hombre:

a) Cereales; trigo, maíz blanco

b) Hortícolas: zapallo, papa, zanahoria, cebolla, ajo, remolacha, lechuga, albahaca, orégano, chauchas, arvejas, sandía.

c) Frutas: manzanero, duraznero, nogal, peral, higuera, membrillo.

2º) Forrajeras: alfalfa.

3º) Industriales: álamo.

4º) Ornamentales: flores: chinita, girasol, amapola, gladiolo, cala, crisantemo y clavelinas.

El concepto de forestación está ausente en la mente de los pobladores; aún para aquellos que habitan las zonas más favorables para el desarrollo de la arboleda. Como ya se señaló, se plantan algunos álamos para obtener el recurso de la madera y también puede observarse la presencia de sauces para disponer de algún sitio umbrío.

Desde tiempos remotos, el laboreo de minerales fue tradicional en el Valle. Esta actividad ya no se practica en la actualidad, con excepción de una persona que la realiza en forma esporádica. Sin embargo varios comarcanos de edad madura, fueron durante algunos años de su juventud, obreros mineros en la vecina República de Chile.

En el Gualcamayo se explotó en la modalidad de "pirquén", oro, plata, hierro y manganeso; actualmente existe interés, por parte de la Comisión Nacional de Energía Atómica, para aprovechar los grandes yacimientos de uranio. La industrialización de los minerales, en su forma tradicional, fue muy rudimentaria y en general de escaso volumen. El laboreo del oro fue

la tarea más importante, por ser la más redituable. Se sospecha que los yacimientos de ese mineral se deben encontrar en zonas relativamente cercanas a los molinos, pues el lugar preciso es celosamente guardado.

Trabajo:

Dentro del concepto de trabajo, se puede afirmar que toda la población es activa. Existe una división de tareas determinadas por sexo y edad, aunque para algunas actividades esta distribución no es muy rigurosa.

Los hombres se dedican a: 1) ayuda en las pariciones, arreo, recuento, "junta", marcado y venta de animales. 2) carneo, esquila, traslado y campeado de vacunos. 3) roturación y preparación de la tierra, siembra y cosecha. 4) Curtidería, minería, herrería y carpintería. 5) Compra de alimentos y venta de la producción. En ocasiones, especialmente cuando no hay niños ni adolescentes en la casa, se dedicarán al pastoreo y al acarreo de leña. Algunos hombres hilan fibras de lana y tejen en telar.

Las mujeres se dedican a los quehaceres de la casa: limpieza, preparación de los alimentos, amasado, ordeñado, hilado, tejido, confección de ropa y cestos. A veces cuando hay escasez de varones, colaboran en las tareas agrícolas, en el arreo y pastoreo.

La tarea del niño es para ambos sexos: el arreo del ganado menor hacia el corral, la recolección de vegetales silvestres, el suministro de agua y leña. El pastoreo lo ejecutan los varones, pero en caso de que no se encuentren disponibles o no existan, este trabajo lo realizan las niñas. Además éstas ayudan en los quehaceres de la casa, preparación de alimentos, limpieza, ordeñado, etc.

Por tratarse de una organización económica familiar, no existe forma de retribución pecuniaria por el trabajo realizado. En caso de ausencia prolongada por parte de algún miembro de la familia, el cuidado de los animales quedará a cargo de otro pariente, el cual será retribuido con la entrega de algunas cabezas de ganado —según el régimen de mediero— o bien con ropa de vestir. En muy pocos casos se contrata algún jornalero para ejecutar determinados trabajos; en esta eventualidad, la retribución se realiza con entrega de dinero.

La cantidad de tiempo dedicado al trabajo es generalmente irregular. Depende de las estaciones del año la mayor o menor exigencia horaria. Como no existe especialización laboral y las tareas son sumamente variadas, la frecuencia del trabajo es permanente, aunque se lo realice sin ninguna prisa.

La actividad y el desarrollo económico se cumplen de acuerdo con el

número de integrantes de la familia, con la dimensión y riqueza del espacio económico. En los “puestos”, donde los miembros de la familia son numerosos en relación con la poca potencia de la producción pecuaria y adicionado el hecho de la inexistencia de contratación de personal, la emigración es el único camino a seguir. El problema de la falta de trabajo determina que sean los hombres y mujeres jóvenes los que se marchan. Con demasiada frecuencia la mujer joven soltera, residente por causas laborales en las ciudades, vuelve al Valle para dejar en manos de los abuelos o tías sus hijos sin padre conocido.

Industria:

En el valle del Gualcamayo no existe industria manufacturera. Esta afirmación sería válida aún cuando se conviniera en incluir las artesanías en este rubro, ya que no existe excedente de producción. El trabajo artesanal no se extiende más allá de las necesidades domésticas y puede colegirse que tiende a desaparecer. La más notable e importante es la artesanía textil. La materia prima utilizada es la lana, que puede ser de oveja o de guanaco. También se trabaja la lana de oveja de procedencia industrial o la lana de vicuña en forma ocasional.

Las prendas que se confeccionan son: mantas, jergas (jergones), “pele-ros”, ponchos, chalinas, alforjas, sacos, camperas, medias y “chasnas” (bolsa que se usa para transportar cargas sobre los equinos).

La artesanía del cuero se orienta fundamentalmente al trabajo del apero de las cabalgaduras y a los arneses de carga de los equinos. También se trenzan lazos y boleadoras. La materia prima utilizada es el cuero de cabra y en lo posible el del guanaco.

Comercio:

El comercio se realiza con o sin el uso de moneda. En el primer caso se truecan productos primarios por manufacturados —cabezas de ganado, lana, cerda, plumas, por ropas de vestir y alimentos—. En el segundo caso el producto se vende en almacenes de ramos generales situados en las localidades de San José de Jáchal o de Guandacol.

La frecuencia de las transacciones es irregular y depende de la misma actividad productiva y de las necesidades de dinero o productos manufacturados. De no intervenir estos determinantes, la época de preferencia para las transacciones es la primavera y el verano.

Transporte:

Todo el transporte se realiza sobre equinos o a pie. El caballo y la mu-

la son utilizados por los adultos, tanto para la movilización personal como para las cargas. El asno es empleado para ser montado por algunos niños —contra su gusto— y excepcionalmente para llevar alguna ligera carga. En el caso de tener que trasladar algún enfermo se improvisa una camilla, la que es arrastrada por caballos o mulas.

Propiedad:

La delimitación de la propiedad inmueble resulta casi imposible de precisar. La situación se presenta caótica por varias razones: salvo dos residentes, el resto no posee escritura del terreno, ni documentos de valor legal como para cumplir con los trámites pertinentes. Es más, se ignora el nombre y apellido o la determinación de la familia que alguna vez, en el pasado, ostentaba títulos de derecho sobre esas tierras. Los comarcanos consideran que son dueños de hecho, por la simple circunstancia de haber habitado ellos y sus antepasados un espacio territorial. Tampoco pagan impuestos como para poder reclamar la propiedad por derecho treintañal. Inclusive se ignora si en el valle existen o no terrenos fiscales.

Otro aspecto para tener en cuenta es el sistema de determinación de límites. Las propiedades no se encuentran mensuradas ni delimitadas por alambrados o hitos. De tal suerte que los puntos de referencia son aproximados y lo constituyen los accidentes geomorfológicos, que por su magnitud son visiblemente evidentes. Pero esta laxa forma trae aparejada también otro tipo de problema; no todos los pobladores utilizan —o quieren utilizar— la misma denominación topográfica. En consecuencia un cerro, una quebrada o una torrentera pueden tener más de un nombre, o bien, la misma denominación es transferida a otro accidente geográfico, quizás a varios kilómetros de distancia.

Por suerte, el tipo de litigios que genera esta situación no es en absoluto violento, pues están acostumbrados a considerar los límites de la propiedad con una tolerancia de varios kilómetros.

Existe una buena cantidad de habitantes que no son propietarios de la tierra —propiedad de hecho—. En estos casos se puede observar varios tipos de tenencia: por arrendamiento, por aparcería o por otras formas convenidas entre tenedor y propietario.

La pertenencia del patrimonio de semovientes se encuentra perfectamente definido. Los niños a temprana edad reciben en concepto de regalo por parte de sus parientes —también de algunos allegados—, cierto número de cabezas de ganado de distinto género. Aquellos tienen la obligación de proceder a su atención. El receptor de la donación pasa a ser propietario también de las crías, posesión testificada por las marcas personales del pa-

dre y una variación que identifica la de sus descendientes.

El padre de familia se hace cargo de los gastos de alimentación de los hijos hasta el momento del casamiento de éstos. Sin embargo, cuando efectúa erogaciones que no corresponden a este rubro, descuenta el gasto de "stock" de la majada del o de los hijos. Como estos gastos son relativamente de poca monta, en el lapso transcurrido desde que el niño recibió los regalos hasta la fecha de su casamiento las sucesivas crías le otorgan un patrimonio que posee un valor realmente apreciable. Cálculense en veinte o veinticinco años cuántos animales pudieron reproducirse a partir, en el peor de los casos, de seis a diez cabezas en su origen.

Hipóticamente podría pensarse que la totalidad de los habitantes del valle deberían ser propietarios de una holgada cantidad de ganado. Esto es verdad hasta cierto punto, pues las majadas bien pueden perderse o menguarse por desidia, mala administración, juego de azar o bien por venta o cesión.

También para las mujeres rige este sistema de origen y desarrollo de bienes patrimoniales semovientes. Pero, en general, reciben menos cantidad de cabezas de ganado en el inicio del proceso y, por una u otra de las causas apuntadas, al llegar a la mayoría de edad, gran parte de las majadas han sido transferidas a los varones.

Producido el casamiento de un hijo, el padre no se hace cargo de su alimentación. Si este hijo decide seguir conviviendo en la casa paterna, deberá aportar cierta cantidad de animales u otros productos para compartir los gastos generales de la familia.

Si una familia o persona dueña de un rebaño no puede atender a éste —el caso se presenta por ausentarse del valle— y no desea venderlo, puede entregarlo al cuidado de otro individuo por convenio de mediero. También por este sistema un lugareño se hace cargo de un rebaño cuyo dueño es extraño al Valle.

Toda transacción comercial se realiza de acuerdo con un compromiso expresado verbalmente; en consecuencia, no se utilizan documentos comerciales ni contables. Si a este hecho se le añade la casi inexistencia de títulos de propiedad inmueble, el aislamiento geográfico, el escaso volumen de ventas y un desdibujado concepto de la existencia de un estado nacional que se rige por leyes, se hallará la causa de la total inexistencia de pago a la contribución impositiva.

Algo similar ocurre con la herencia del patrimonio. Los lugareños desconocen la existencia de un Código Civil, y por lo tanto se conducen de acuerdo con lo dispuesto por la tradición. Como la propiedad inmueble y a-

quella que no lo es, no está registrada, ni declarada o contabilizada legalmente, la herencia se reparte de acuerdo a los deseos del tenedor del bien.

En general, la mayor porción del beneficio es heredado por el cónyuge supérstite y el resto por los hijos. Sin embargo, éstos pueden recibir su parte en el momento de contraer enlace, sin mediar la desaparición física de alguno de sus padres.

III ORGANIZACION SOCIAL

La rutina diaria se cumple con una marcada lentitud de movimientos. Los matrimonios de edad madura se levantan del lecho, en general, a horas muy tempranas —a las 5 en verano y algo más tarde en el invierno—. La primera tarea que realiza el varón es prender el fuego y colocar el agua a calentar. Luego de una breve atención a su aspecto personal comienza a sorber el mate, acción que continúa sin solución de continuidad hasta el momento del desayuno.

Esta primera alimentación en el día, a la cual se ha agregado el resto de los componentes de la familia, termina alrededor de las 8. A partir de esta hora comienzan a hacerse cargo de las diversas tareas sin estar muy diferenciadas respecto al sexo y a la edad. Los niños reúnen y sueltan los animales del corral; las mujeres ordeñan, limpian la casa, lavan la ropa, preparan el almuerzo y ayudan a los hombres. Los varones supervisan algunas tareas, reparan enseres, eligen, sacrifican y desollan a los animales que serán consumidos y todo otro trabajo de su competencia.

Luego del almuerzo algunas personas mayores duermen la siesta. Durante las horas de la tarde suelen atender trabajos mas específicos: textilería, herrería, carpintería, herrado de equinos o búsqueda de vegetales silvestres. Todos los días también se campea y arrea el ganado menor hacia el corral.

Los varones adultos rompen la rutina diaria en ocasión de ir de cacería, campear el ganado mayor, realizar actos de compra y venta en las localidades vecinas o practicar visitas a algún vecino que tenga su domicilio un tanto alejado.

El recreo personal consta de muy poca variabilidad. Fundamentalmente se basa en la conversación entre los comarcanos, a la que se acompaña con largas rondas de mate. Este tipo de comunicación es sumamente importante, ya que se intercambian noticias e ideas y se debate sobre todo aquello que sea de interés personal y de la pequeña comunidad.

En ciertas circunstancias, tal como en las fiestas de carnaval o bien en la Semana Santa, se reúnen en alguna casa varias familias, donde se come,

se bebe —corrientemente hasta la embriaguez— se baila, se juega a los naipes, a la taba y se realizan carreras de caballos.

Organización familiar:

La organización de la pareja se realiza libremente. Lo más frecuente es el enlace entre personas que habitan el valle. Dado el escaso número de familias casi todas ellas están emparentadas y a menudo la unión se lleva a cabo entre primos o primos hermanos.

No existe una norma establecida para la consecución del cónyuge, aunque las madres de los futuros novios, a veces, se convierten en embajadores de Cupido. Se observa también que numerosos hijos varones de una familia se unen con, a su vez, numerosas hermanas de otra familia. Este caso sucede favorecido por la estrechez de relaciones de ambas parentelas a partir del primer enlace.

Del noviazgo al matrimonio se puede pasar sin mediar un hito definido, pues no se practica ritual o ceremonia especial, ni existe concepto de dote, ni el novio aporta algún tipo de prestación, servicio o recompensa. Las uniones se realizan de hecho; más tarde —a veces nunca— se formalizan ante el poder civil de la ciudad de Jáchal o de Guandacol. Lo mismo sucede con la sacralización del matrimonio, aunque en este caso se puede esperar la llegada de algún sacerdote al Valle.

La residencia conyugal está signada por el patrilocalismo, en el caso que los recién desposados decidan habitar en la casa paterna. Sin embargo, existen algunos casos en que no se cumple con esta costumbre. También es usual que los cónyuges se radiquen en otro punto del valle, totalmente independientes.

El patrilinealismo es aún más fuerte que el patrilocalismo. Es frecuente en las conversaciones referir anécdotas o sucesos sobre la familia del padre. En tanto que respecto a los antepasados de la madre este tipo de referencia es muy menguada o directamente nula.

Respecto al incesto, no se podría totalmente asegurar que no exista debido al recato de hablar sobre el tema. Pero las investigaciones realizadas indican que no se producen acciones incestuosas.

Es normal la existencia de una forma de adopción muy particular. Los abuelos crían a un nieto de cualquier sexo, como si fueran sus propios padres. Al nacer el bebé solicitan a sus hijos la cesión de sus derechos sobre el recién nacido. Este más tarde llamará mamá o papá a sus abuelos. Reconocerán, por cierto, a sus padres biológicos; pero el tratamiento y el afec-

to filial se orientará hacia los abuelos.

Las relaciones personales entre los componentes de la familia se encuentran signadas por un paternalismo dominante, con fuerte dominio del marido sobre la esposa. Los cónyuges se tratan de "ustés" (usted), de esta misma manera los hijos se dirigen a sus padres. Estos, a su vez, tutean a los hijos, mientras que a menudo no lo hacen con sus sobrinos. Los hermanos, primos hermanos y primos lejanos se tutean entre sí, sin distinción de edades.

Es observable cierta sobreprotección de los padres hacia los hijos favoritos. A su vez los hijos sienten un especial aprecio hacia los abuelos; mientras que no es el caso frente a los tíos.

Las asociaciones libres

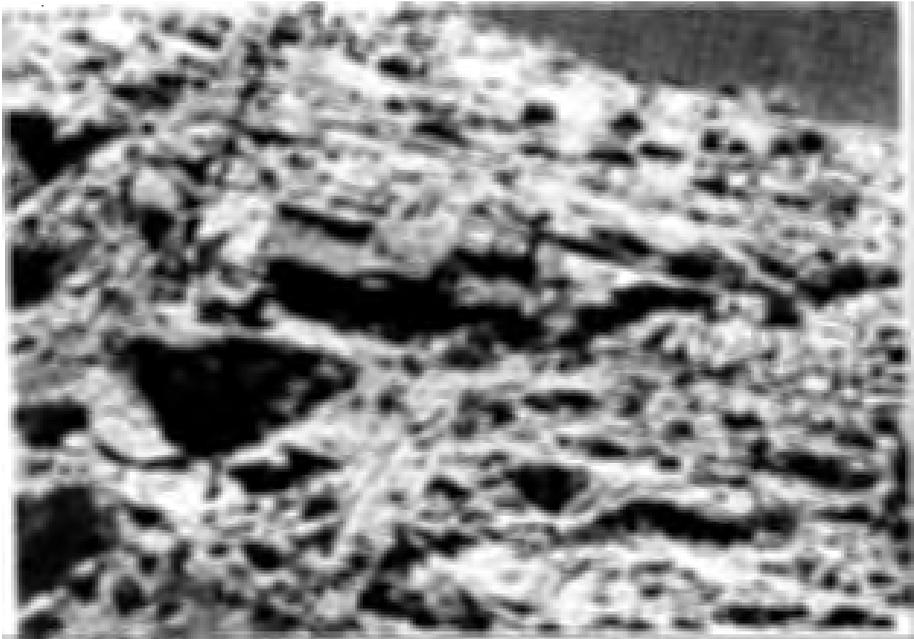
Las asociaciones libres, es decir, las no parentales, son escasas. Excluyendo la amistad y las asociaciones comerciales, tales como los medieros y aparceros, no existen asociaciones de otro tipo.

La amistad es muy estimada y se fija básicamente en los valores que evidencian la presencia de la sinceridad. La persona mentirosa no es bien vista. Esta amistad se patentiza a nivel individual en las visitas periódicas que realizan los comarcanos entre sí aún cuando la ocasión la brinde una etapa de un viaje, el campeado de los animales, la búsqueda de una información o noticia, más que por un puro programa de sociabilidad. En un nivel colectivo se demuestra en las reuniones circunstanciales como bautismos, nacimientos, cumpleaños y en los festejos o conmemoraciones como el carnaval o Semana Santa.

Otro valor importante es la hospitalidad. El amigo, el comarcano y aún las personas que son ajenas al valle gozan de la hospitalidad del lugareño. Por supuesto que el protocolo a seguir es distinto según el caso, aún cuando, merece mencionar, nunca llega a situaciones extremadamente incómodas.

La poca velocidad del transporte montado y las amplias distancias, convierten a los "puestos" en una especie de parador, donde el viajero sin mediar contribución alguna, recibe albergue y alimento.

El protocolo es sencillo pero rígido, especialmente al llegar el viajero hasta la puerta de la casa en la que va a complimentar o alojarse. Luego de intercambiar en forma atenta los saludos, la visita debe esperar la invitación de "apíese" (haga pie, desmonte de la caballería). De ahí en más el anfitrión



Fot.Nro. 9: Tumba en alero rocoso.



Fot.Nro. 10: Tumba de cementerio.

se mostrará cordial y hospitalario y lo demostrará de inmediato al invitarlo a tomar mate en recipiente y bombilla de plata —este hecho es usual en caso de que el visitante sea un extraño a la familia—.

En el Gualcamayo no existen estratos sociales determinados explícitamente. Como ya se ha apuntado anteriormente la falta de especialización y profesionalismo, la semejanza de la actividad productiva y no productiva, conducen necesariamente a una homogeneidad social. Se puede afirmar que, dentro de un estrato único, hay núcleos de jerarquización que funcionan implícitamente. El pasaje de un nivel inferior a otro superior se efectúa teniendo en cuenta el prestigio personal más que el familiar. Este prestigio personal, que otorga un grado de ascendencia sobre el resto de la comunidad, se funda en las virtudes personales, inteligencia y patrimonio económico. Cabe agregar lo siguiente: 1º) existe discriminación sexual; la mujer no es tenida en cuenta; 2º) los hombres maduros y ancianos, si bien gozan de respeto general, no alcanzan de por sí, a causa de su edad, el más alto prestigio, si no reúnen las características enumeradas más arriba. En suma en el valle hay hombres prestigiosos y no prestigiosos, ésto se hace evidente en el tratamiento diferencial para unos y otros, existiendo una especial amabilidad para los primeros.

Funebrería

Producido el fallecimiento de un individuo, se procede al velatorio. El cuerpo del difunto es colocado en una mesa o tabla vestido con sus mejores ropas y velado a la luz de las velas. El féretro lo constituye un cajón de madera atado con lonjas de cuero de confección casera. Al retirar el finado de la casa, los deudos llevan el féretro un trecho a pie, hasta depositarlo en una carretilla que lo conducirá hasta el lugar del entierro. En esta procesión marchan adelante del grupo los familiares más allegados y más atrás los otros parientes y demás deudos.

Antes de 1946, una de las formas de inhumación consistía en depositar el ataúd en un alero de la falda de un cerro y recubrirlo con piedras pequeñas. En este caso no se colocaban flores ni siquiera cruces. Otra forma era colocar el féretro en una fosa, practicada para tal fin y luego se rellenaba con tierra.

El sitio de la inhumación era elegido un tanto al azar, pero nunca cercano a una vivienda. Con posterioridad a la fecha indicada se inauguró un cementerio, instalado en un predio un tanto alejado de cualquier "puesto". Este cementerio se utilizó durante un breve lapso pues las autoridades civiles de Jáchal establecieron la obligatoriedad de que se valieran de la necrópolis de la ciudad.

Las inhumaciones practicadas en tumbas aisladas llevan cruces de maderas, mientras que las del cementerio son de hierro. En éste la tumba está delimitada por una hilera de piedras de pequeño tamaño y en yuxtaposición se ha erigido, también con piedras, una bovedilla en donde se colocan las velas conmemoratorias.

IV. INTEGRACION POLITICA

Desde el punto de vista de la acción externa al valle, la subordinación política se realiza a través de la escuela, el servicio sanitario y en cierto modo la recepción de la radiodifusión de emisoras comerciales. En cuanto a la acción generada internamente se puede mencionar los viajes que realizan los vallinos hacia las localidades de San José de Jáchal y a Guandacol.

Si se compara esta realidad, no ya con los grados de integración de una comunidad urbana, sino con las rurales ubicadas en zonas bajo riego, se podrá observar la pobreza de elementos respecto a la subordinación política.

En consecuencia la integración del hombre del Gualcamayo en el sistema nacional existe en una forma sumamente débil y difusa. Este hombre identifica en forma precisa su nacionalidad, pero su conocimiento o preocupación de lo que es el estado nacional es prácticamente nulo.

Los más jóvenes, aquellos que han tenido ya acceso a la escuela, poseen un conocimiento más amplio en el concepto teórico de la pertenencia política. Pero este conocimiento no cumple ninguna función en el seno de esa comunidad, pues la nación jurídicamente constituida es una realidad demasiado alejada de su "modus vivendi" como para ser aprehendida.

Aunque en menor grado, sucede lo mismo con respecto a la integración provincial. El valle, si bien administrativamente pertenece a la Provincia de San Juan, tiene dos polos de atracción: San José de Jáchal en esa provincia y Guandacol que se encuentra en La Rioja. Esta posición geográfica en horcajo determina un estado de confusión respecto al sentimiento de pertenencia provincial.

En el Gualcamayo no existe algún tipo de infraestructura político-administrativa, instituciones económicas, asistenciales, de correos, ni una red de circulación practicable. Desde San José de Jáchal se puede ingresar al valle en vehículo, a través de una senda que no siempre es transitable. Desde Guandacol la comunicación se puede realizar solamente por caminos de herradura. Dentro del valle la red caminera vehicular es sumamente pobre: desde El Chepical a Punta del Agua y a las Catitas.

De las instituciones que representan la subordinación política enun-

ciadas "ut supra", la escuela es la única permanente. El servicio sanitario está presente en las visitas periódicas de un médico y un dentista que llegan a El Chepical desde Jáchal. En el edificio de la escuela se congregan los individuos que necesitan la atención médica. En caso de enfermedad grave se despacha un mensajero al hospital de Jáchal para que solicite el envío de una ambulancia.

El contacto del valle con el mundo exterior se produce a través de la radiodifusión. La presencia de receptores de radio es bastante reciente, pues debe entenderse que siempre es posterior a la época de la divulgación del radio transistor accionado por baterías eléctricas. A través de ella el comarcano recibe noticias, publicidad y música. Debido a la situación topográfica del valle, durante las horas diurnas se hace difícil la recepción de emisoras argentinas, no así de las chilenas.

Como sucede en otras comunidades similares, la escuela, el radioreceptor y los viajes a los centros urbanos, son los elementos que producen el cambio de conducta de los vallinos.

V. EL ASPECTO RELIGIOSO

Exceptuado el caso de una sola familia que profesa el culto evangelista, los habitantes del valle son católicos. Aún cuando corrientemente no sea especialmente evidente el ánimo devoto, en especiales situaciones o estados psíquicos, se puede observar cuán hondo caló el espíritu religioso y qué profunda es su fe. Es de hacer notar que este estado permanece a pesar de la falta absoluta de autoridad religiosa, aún de un laico que ejerza el liderazgo o influencia pía.

Según los datos obtenidos, las visitas de los sacerdotes al valle son muy pocas y no muestran regularidad ni frecuencia. Entre 1947 y 1976 se recuerda la llegada de cinco sacerdotes, uno de los cuales lo hizo en tres oportunidades.

Hasta hace no mucho tiempo la exteriorización del culto se realizaba en Semana Santa con el objeto de venerar fundamentalmente a la Virgen de Andacollo, llamada por ellos Nuestra Santa Madrecita de Andacollo. Según un informante la historia de la Virgen de Andacollo es la siguiente: "Un coya encontró una virgen de bulto (*una estatua de bulto*), en el tronco de un retamo. Parece que la habían llevado o intentado llevar tres veces a La Serena y como siempre se volvía le hicieron el templo allí (15). Y se llama

(15) *Andacollo*: localidad de la República de Chile, ubicada a 50 km. al sur de La Serena. Se efectúa la fiesta de Nuestra Señora del Rosario, en Andacollo desde el 24 al 26 de diciembre de cada año. Esta fiesta es la más famosa de la región de Coquimbo y se piensa que se remonta tal vez al año 1584.

Andacollo por el indio coya que la encontró”.

El culto consistía en una reunión de los comarcanos en algún “puesto”, donde una señora de Jáchal o de Guandacol rezaba la novena y el rosario hasta el Sábado Santo, día en que podía llegar algún sacerdote desde Jáchal.

El Domingo de Pascuas se ejecutaba una procesión, en la que se llevaba la estatua desde el “puesto” hasta un lugar no expresamente determinado y cercano, para luego regresar al puesto. Luego se llevaba a cabo un gran asado, una carrera de caballos y un baile. Este era el día para efectuar los votos y en contracambio se le prometía a la Virgen bailar en su fiesta durante una cierta cantidad de años.

Sin haberse podido obtener una información concreta sobre las causas, la estatua de la Virgen fue llevada a Jáchal en 1974 y por lo tanto ya no se lleva a cabo la procesión.

En las habitaciones de las casas se encuentran fijadas a las paredes crucifijos y figuras impresas de Jesucristo, la Virgen María y algunos santos. Pueden verse las figuras de San José y San Cayetano, los cuales, según los lugareños, protegen los hogares.

Como consecuencia de la carencia de un eclesiástico, el sacramento del bautismo —el más importante para los vallinos— lo administra solamente un vecino, a quien un sacerdote le enseñó el modo. El bautizo se realiza colocando al individuo que recibirá el sacramento en el río —el Gualcamayo—. Curiosamente el resto del ritual no es revelado a nadie, ni siquiera a los padres del bautizado. Este acto, a veces, es presenciado por una tercera persona, la cual oficia como ayudante del encargado del bautizo.

El agua del río es considerada como la más pura y por lo tanto equivalente al agua bendita. Al preguntársele al responsable de los bautizos por qué se realizaban en el río en vez de llevar el agua en un recipiente hasta la casa, contestó: ¿Y acaso a Jesucristo no lo bautizaron en el agua del río? ”.

Por lo general, los residentes del Gualcamayo —especialmente los de edad madura— no reciben otros sacramentos. Aquellos que poseen parientes o allegados en Jáchal o Guandacol, en donde pueden alojarse durante un tiempo para cumplir con los cursos preparatorios, son los que acceden a recibirlos. Existe un caso en que una persona tomó la confirmación al cumplir los cincuenta años.

Es creencia generalizada entre los pobladores que hay sitios por donde vagan algunas “almas en pena”, que de vez en cuando aparecen a la vista de algún transeúnte. En estos casos se solicita la realización de un exor-

cismo extraordinario. El ritual que se sigue es el indicado por la Iglesia y es practicado únicamente por algún sacerdote.

No se ha registrado la existencia de sentimientos o la presencia de rituales mágicos en el sentido estricto. Como excepción puede consignarse el conocimiento del pacto o contrato que puede realizarse con "mandinga" (el diablo), para mejorar la situación económica. Es interesante hacer notar que el término "mandinga" se utiliza en este único caso.

El tabú, considerado como una prohibición de carácter mágico religioso que puede afectar a lugares y cosas, se encuentra presente en el Gualcamayo. Puede ser de dos tipos o una combinación de ambos.

Se tiene como hecho seguro que en el valle hay enterrados muchos tesoros. El sitio se lo denomina "entierro" y los objetos "prendas". El alma del finado, dueño en vida de las "prendas" y ejecutor del "entierro", vigila que los objetos no sean hurtados. Ahora bien, si algún irreverente se acerca para hurgar el sitio, el alma toma forma corpórea y hace súbitamente evidente su presencia al rebuseador, produciendo en éste el consecuente espanto. A este tipo de apariciones se lo denomina "asusto". A pesar de lo afirmado, hay lugares con "asustos" aun cuando se infiera que el "entierro" contenga "prendas" de poco valor.

Otros lugares tabuados son aquellos donde murieron individuos que no fueron inhumados o sitios donde se produjeron asesinatos. Hasta que no se entierre el esqueleto, o se practique un exorcismo, o se ponga una cruz en el lugar, o bien se construya una bovedilla de barro con una cruz en el techo para que la habite el alma del muerto, este no cesará de molestar a quienes pasen por el lugar.

VI. EXPRESION ESTETICA

Dentro de la marcada pobreza en la expresión estética, que caracteriza a los pobladores del Gualcamayo, lo más fecundo es la leyenda oral. Aún así, no todas las leyendas pertenecen al patrimonio de la totalidad de sus miembros. Algunos las conocen íntegramente, otros nada más que fragmentos y otros las desconocen. También se da el caso de leyendas que nadie conoce enteramente, como si hubieran existido en épocas pretéritas y que van camino a su total olvido.

Estas leyendas no poseen un valor educativo, no están mantenidas para formar moralmente a los jóvenes, no contienen mensajes. El interés radica en su contenido fantástico, en lo insólito, que llevan a vigorizar los tabúes y a soñar con fabulosos tesoros.

La leyenda de los "Duendecillos"

Se trata de una de las más difundidas y conocidas por todos los lugareños; en ella intervienen uno o tres duendes aficionados a trenzar crines y la cola de las caballerías. De esta leyenda se han relevado cinco casos:

1) Un niño de ocho años o nueve marchaba desde El Trapiche a El Chepical, cuando reparó en la presencia de tres niños desconocidos que jugaban con un caballo o, tal vez, una mula macho. El juego consistía en trenzar la crin y la cola, para formar luego estribitos (figuras en forma de estribos). Cuando el niño se acercó al lugar los desconocidos desaparecieron.

El hecho fue relatado por la madre del niño unos diez años después de haber ocurrido.

2) Una niña de cinco a siete años conducía una carga de leña hacia su casa. Al pasar por un pequeño arroyo vio a un niño de unos tres o cuatro años que le sonreía. El cuerpo era de un infante pero la cara era de un adulto. Llevaba en banderola una bolsa de "refinada" (se alude al azúcar refinada). La niña se asustó y corrió hacia donde se encontraba su madre. Al volver al lugar con ésta el duendecito había desaparecido. El hecho fue relatado por la misma persona que la había ocurrido el suceso, en ese momento ya anciana.

3) Una niña entre dos y tres años de edad, jugaba en una esquina de su casa. Al rato los padres se extrañaron de su presencia y no la hallaron. Iniciaron una búsqueda más extensa sobre la base de tres o cuatro pasos dejados por ella como huella (16). Por último fue encontrada a muchos kilómetros de distancia (tal vez 8 o 10), en el faldeo de la sierra de la Yerba Loca, sentada sobre un hormiguero sin que los insectos la picaran.

El relato fue hecho por el padre de la niña, cerca de veinte años después de ocurrido.

4) Una señora viajaba a San José de Jáchal montada en una mula; cuando llegó a destino la mula tenía la crin y la cola trenzada. Supuso que un duendecillo realizó la tarea mientras iba en marcha.

Narrado por la persona a la que le ocurrió el hecho.

5) Un niño estaba jugando en el patio de su casa; también en un momento dado desapareció; sus huellas eran pocas e interrumpidas. Los familiares lo buscaron durante toda una tarde por las inmediaciones de la casa, sin poder hallarlo. El padre y varios vecinos comenzaron una búsqueda nocturna y fue encontrado con las primeras luces del día camino a Santa Clara (La Rio-

(16) Los hombres del Gualcamayo son excelentes rastreadores.

ja). Interrogado acerca de su desaparición y de cómo había llegado hasta ese punto, respondió que lo condujo un "chanchó" o tal vez una "chancha". Otros informantes añadieron que lo encontraron jugando en ese lugar con una "chancha".

Según la descripción del panorama del lugar donde fue encontrado el niño, realizada por los paisanos, se puede inferir que este había recorrido entre 30 y 35 km. Este hecho fue relatado por la maestra de la escuela y testimoniado posteriormente por algunos miembros que integraban la partida que fue en busca del niño.

Si bien en las de los niños no aparece explícitamente el personaje del duende o de los duendecillos, los lugareños opinan que algo tienen que ver con estas desapariciones.

La leyenda de "El pecho e'lata"

Ningún vallino supo narrar esta leyenda, argumentando que no la conocían bien o que la habían oído relatar de muy niño. Sin embargo cuando los niños realizan alguna travesura o se encaprichan, se los asusta amenazándolos con que va a llegar o van a llamar al "pecho e'lata". Se trata de un ser sin una configuración precisa, pero que atemoriza enormemente a los infantes. Interrogado un niño acerca de cómo se imaginaba el "pecho e'lata", contestó que se trataba de un hombre con el pecho brillante y que era muy malo. Y punto final a la descripción.

La leyenda del "Potrillo Blanco"

Este relato fue obtenido por una vecina, la que afirmó que cuando era niña y vivía cerca de la serranía de la Yerba Loca un día vió a un potrillo blanco junto a una mula, propiedad de su padre. Le llamó la atención el pequeño equino y cuando quiso acercarse este desapareció, como si se desvaneciera la figura.

La creencia sobre el "tropol de caballos en la Punta del Agua"

La señora que reside ya hace muchos años en ese lugar relató lo siguiente: "cuando me quedo sola con los niños me da miedo, porque oigo ruidos, silbidos. Los niños de "diya" (día) salen a jugar afuera y a veces un perrito chiquito les silba y los niños salen corriendo. Otras veces de noche, siento ruidos alrededor del rancho como de un tropel de caballos que corren y me asusto".

La leyenda del "entierro en Los Portillos"

Fue dicha por la misma señora que relató lo anterior. La leyenda sos-

tiene que en Los Portillos hay una piedra negra con una escritura que narra el lugar donde está enterrado un difunto y con él la corona de oro de "Nuestra Señora Madrecita de Andacollo y otras prendas". El padre de esta señora encontró la aludida piedra negra que, según dijo, mira hacia el valle en dirección a la Pampa del Cementerio. Este hombre "escarbó por arriba y no se animó a buscar debajo y así lo dejó". Según la informante su padre fue el único que ha encontrado la piedra negra y el difunto.

La leyenda del "entierro en el Puesto Viejo"

Esta leyenda fue narrada por varios paisanos y si bien la historia es la misma, existen diferencias de detalle.

En el Puesto Viejo hay un entierro con una "prenda". La señora del Puesto de Abajo (?) —se debe suponer que se trata de la persona que en aquella época habitaba en Los Chiqueros— encontró el entierro. Consistía en una fuente de plata. No hay referencias precisas si en ese momento apareció una víbora, un ñandú o si oyó un grito. Posteriormente, el marido de esta señora y un hermano de aquel continuaron con la remoción del terreno en busca de más "prendas" y en el momento que realizaban esta tarea "le cruzó una víbora por la mano" y desapareció al instante. Otros afirman que los asustó un ñandú, mientras que hay algunos que hacen referencia a un aullido o grito desgarrador.

Sea cual fuere la causa, la impresión sufrida determinó la rápida retirada del lugar.

La leyenda de "El Descabezado"

Mucho tiempo atrás merodeaba un chileno que se dedicaba a asaltar y robar a los encargados de transportar ganado en pie a Chile. Un día tres bandoleros le robaron, lo asesinaron decapitándolo y enterraron el dinero en tres lugares distintos a saber: Las Catitas, El Salto y el tercero fue olvidado. Este hecho de sangre ocurrió camino a El Trapiche; de ahí que este cuerpo sin cabeza, elegantemente vestido, con una gran capa negra al viento —otros afirman que es blanca— y montado, aparece de vez en cuando recorriendo el río en busca de sus asesinos.

Un puestero que habitaba en Las Catitas desenterró la "prenda". Se trataba de monedas de oro y plata.

La leyenda de la aparición de "la rubia de El Pocito"

Esta leyenda también consta de pocos elementos. Se trata de una difunta sepultada en un alero de la falda del cerro que se orienta hacia el pues-

to de El Pocito. Se llama de esta manera porque la única provisión de agua se obtiene de una pequeña surgente de agua que tiene forma de lagar. El sitio es muy sugestivo por la forma de la surgente y el panorama circundante. Según la leyenda, a orillas de esta fuente aparece una mujer joven y muy bonita, peinando su pelo largo y rubio. Obviamente se trata de la difunta cuya tumba se encuentra en la ladera del cerro.

Cierta vez uno de los comarcanos subió hasta el alero donde se encuentra depositado el féretro. Es un cajón de manufactura casera, construido de tablas dispuestas verticalmente y otras pocas horizontalmente. Las tablas están bien juntas tanto de la parte correspondiente a la cabeza como en los pies y están ligados con tientos de cuero. Al abrir el ataúd encontró huesos largos y excrementos de ratones.

Esta leyenda tiene amplia difusión y todas las versiones son iguales.

La leyenda del Puesto de la Higuera y del Peral

Esta leyenda es confusa y totalmente imprecisa, pues cada vallino la relata de modo distinto. Se hace alusión al asesinato, a veces por causas pasionales, cometido en el sitio, sin una argumentación o hilo conductor. Posee una amplia difusión, pues el sitio es paso obligado para dirigirse a la ciudad de Jáchal.

Ningún transeúnte pernocta en el lugar. El “asusto” consiste en que el viajero oye gritos que producen espanto, pero no hay apariciones.

Se debe destacar que estas leyendas pierden gran parte de su valor, al ponerlas en el papel o relatarlas fuera de su contexto geográfico. La topografía de la región con profundas quebradas carcomidas por la erosión, sus estrechos llanos interrumpidos a veces por pequeños cerros, la existencia de vegetales nocivos tanto para hombres como animales —tal el caso de la yerba loca (*astragalus sp. (?)*) / que le dio nombre a las serranías homónimas— y lo desértico de la zona que acentúa el sentimiento de soledad, son los elementos que dan vida a los relatos.

El visitante que transita sin conocer las leyendas puede o no gustarle tal o cual panorama. Pero su ánimo cambia cuando se detiene a observar el “entorno” recreado por la narración legendaria. Minerales, vegetales y animales en su natural disposición y orden, sugieren nuevos contenidos que provocan nuevas sensaciones.

Se puede mencionar otro aspecto literario existente en el Gualcamayo: ellos lo denominan “relaciones”. No concuerda con ninguno de los varios significados del término castellano, pero indudablemente se origina desde alguno de ellos.

La "relación" es una forma poética de pocos versos, que se recita mientras una pareja baila y con una intencionalidad determinada. Constituye una de las formas del galanteo para establecer relaciones amorosas entre miembros de distinto sexo. Este intento de vinculación no necesariamente está encauzado hacia la búsqueda de la constitución de una nueva familia; puede no pasar de un simple devaneo.

Los mensajes así entregados pueden tener una gran cantidad de matices, podrán ser directos o bien transitar por caminos disimuladamente tortuosos, con el objeto de aumentar la seducción.

El éxito de la "relación" radica tanto en lo ingenioso de su contenido como en la picardía puesta de manifiesto al recitarla.

Como ya se ha dicho el mensaje es intercambiado entre los integrantes de una pareja de baile, pero como se declama en voz alta en un momento en que la música calla, tiene alcance y validez social. Tal es su intervención, que el público presente festeja más o menos ruidosamente el desarrollo de esta especie de lid verbal. Al varón le toca iniciar la "relación" la que luego es contestada por la mujer.

"Relaciones" que pudieron colectarse:

- | | |
|--|--|
| 1. <i>"Vengo a llevar mis pilchas
y también mis envoltorios
no estoy por criar gallinas
con tantos pollos"</i> | <i>"No vas a llevar tus pilchas
ni tampoco tus envoltorios.
Si has querido gallinas
tendrás que llevar los pollos"</i> |
| 2. <i>"Salgo al campo y verdeo
cuando la veo a usted
me lambo y me baboseo"</i>
(presumiblemente falte un verso) | <i>"Aunque te andís baboseando
como mancarrón cansao
tengro otro amor
que de amor mi'a pialao".</i> |
| 3. <i>"La albaquita que me diste
se me voló en hoja en hoja.
Como querís que te quiera
si tu mamá se enoja".</i> | <i>"Viniendo de San Juan
pasando por Albardón
traigan una carretilla
pa' llevar este "güevón".
(mojón)
(señor)</i> |
| 4. <i>"En la puerta de mi casa
hay una planta de ají
todas las chicas que pasan
se enamoran de mí".</i> | <i>"Pañuelito que me diste
se voló en tira en tira.
Como querís que te quiera
si vos andás con mentiras"</i> |

5. *"En la puerta de mi casa
había (o tengo) una planta de té
todas las hojas me dicen
que me case con usted"*. *"En el campo hay una flor
que le llaman azulillo
pa' que venís pintando
muchacho sin calzoncillo"*.
6. *"Soy como el piquillín
que adora la medreselva
por más que me aborrezca
su mamá va' ser mi suegra"*. *"Por esta calle me voy
por est'otra pego la vuelta
la relación que me dijo
es como su abuela la tuerta"*.
7. *"En la puerta de mi casa
tengo un planta de remolacha
todas las hojitas me dicen
que te bajís las bombachas"*. (¿respuesta?)
8. *"De arriba cayó un carnero
(o del Cielo bajó un carnero)
de los corrales de Dios
del manso suelazo que se dio
(o del manso golpazo que se dio)
se largó uno para vos"*. (¿respuesta?)
9. *"En la puerta de mi casa
tengo una planta e'jarilla
como querís que te quiera
si no te lavás las canillas"*. (¿respuesta?)
10. *"Hay amores tan constantes
cuando uno está presente
y cuando uno está ausente
tienen otro reemplazante"*. (¿respuesta?)
11. *"Hacen días, hacen noches
que andaba por hablarte
la vergüenza me retira
y el amor me hace llegar"* (¿respuesta?)
12. *"Una vieja en una planta e'quebracho
que de abajo se le veía
la fábrica de muchachos"* (¿respuesta?)
13. *"Allá en la pampa dei Chañar
donde relinchan los sapos
'staba tu amor de espalda
con una flor en el papo"* (¿respuesta?)

14. (¿?) *“Ayer pasé por tu casa
tu mamá estaba lavando
eran los calzoncillos tuyos
que estaban amarillando”*
15. *“Ayer pasé por tu casa
me tiraste con un cascote
si no lo esquivo
me pega en el cogote”* (¿respuesta?)
16. (¿?) *“De arriba viene una estrella
formando el número dos
no quiero palabras falsas
ni compromiso con vos”*
17. (¿?) *“Me has dicho lo que has querido
y te has quedado muy ancho
las orejas como burro
y la trompa como chanco”*
18. (¿?) *“De dónde salió este gato
si la paré no está rajada
de dónde salió este tonto
bragüeta desconsolada”*
19. (¿?) *“Sos como el pavo real
la cola te hace sombra
si negra tenís las patas
cómo tendrás las bolas”*

Los vallinos no son propensos a recitar refranes. De hecho, no existe un refranero. El único que se rescató fue el siguiente: “Se vende la mujer pero nunca la montura. Se deja de ser hombre cuando se pierde la montura”. Intercalado el dicho en una conversación, por el contexto se infiere que se trata de una forma velada de referirse a la hombría tanto física como psicológica.

Respecto a la música, puede afirmarse que no existe ni una producción o interpretación con características locales. En todo el valle se registró solamente la presencia de dos guitarras. La música que se escucha y la que se baila se obtiene a través de algún aparato eléctrico a pilas.

La danza tampoco ofrece coreografía de origen local. Durante las fiestas se baila música vernácula argentina, tangos y temas modernos originados en otros países, como por ejemplo la música “beat”.

No existe un gusto arquitectónico, las viviendas se construyen nada

mas que para proporcionar un cobijo. Los interiores se encuentran decorados con fotografías de familiares, recortes de revistas, estampas religiosas, flores artificiales, collares y espejos.

VII. EDUCACION

Las instituciones educativas existentes en el Gualcamayo son: la familia—nuclear o extensa—, la comunidad y más recientemente la escuela y la radiodifusión. De todas ellas la más importante cuanti y cualitativamente es la familia.

La figura del padre domina en el proceso de enseñanza—aprendizaje sobre los hijos varones; mientras que la de la madre rige la formación de las niñas.

El fin educativo, tomado en sentido general, es de tipo universal: formar individuos que sepan ocupar su lugar como miembros adultos de su sociedad. En consecuencia hay una conciencia y una real preocupación para que los niños aprendan rápido y bien cómo desempeñar los roles que les tocará asumir en el futuro.

Los niños, a su vez, aunque no siempre concientes de la finalidad educativa, disponen de buena voluntad para el aprendizaje, y, según las circunstancias y tipo de tarea, lo llegan a realizar con entusiasmo, inteligencia y hasta con ardor. Es el caso, por ejemplo, de los niños varones cuando realizan las diversas tareas pecuarias.

La escuela:

Distintas escuelas provinciales han funcionado en la zona a través del tiempo. El primer establecimiento escolar fue instalado en el río Panacán, donde funcionó durante varios años.

La infraestructura era muy sencilla: una habitación de paredes de adobe, techo de palos, pasto y “torta de barro”. Se trataba de una escuela de nivel primario de enseñanza común. No tenía características de internado, ni comedor escolar, aunque los alumnos, la gran mayoría habitantes de la Pampa del Chañar, se domiciliaban bastante lejos del establecimiento.

Según los datos obtenidos por los pobladores, esta escuela se habría cerrado por falta de alumnos. Esto muy bien pudo haber sucedido, ya que el valle del Gualcamayo se encuentra retirado del río Panacán y los niños que viven en la Pampa del Chañar fueron ubicados en la escuela de Chañi que tiene la modalidad de ser un internado.

Posteriormente —no se conoce la fecha— se estableció en Punta del

Agua una nueva escuela, con una infraestructura similar a la anterior, en la que funcionaba un grado anexo. Se impartía la enseñanza según los requerimientos y disponibilidad del alumnado y más tarde como complementaria de la fundada en Chepical.

Luego de reiterados pedidos por parte de algunos pobladores y la desinteresada gestión de personas e instituciones de Jáchal, se inauguró en 1967 la Escuela Provincial N° 65 "Provincia de Entre Ríos".

Esta escuela contaba, en sus comienzos, con dos barracas de paredes y techo de zinc y piso de maderas y de una construcción de adobes que hacía las veces de cocina y comedor. Posteriormente se edificó una amplia habitación que pasó a funcionar como aula y comedor.

Más tarde se mejoraron las condiciones físicas del establecimiento con la construcción de dos habitaciones de "block" y techo de zinc. Una de ellas se reservó como aula, la otra como dormitorio de varones. La vieja aula quedó como vivienda del maestro y comedor, una de las barracas como dormitorio de las niñas y la otra como depósito y escritorio del director.

El número del personal de la escuela es variable y depende fundamentalmente del interés de los docentes de ocupar un cargo de maestro en un lugar apartado, de difícil acceso y mínimas comodidades. Por lo tanto, durante la época más feliz, la escuela ha contado con una maestra directora, una maestra, un celador y una cocinera. De los cuatro, los dos últimos eran vecinos del valle.

En su momento, la escuela se fundó como de nivel primario y tipo común con comedor escolar incluido. Pero de hecho se transformó en internado para los alumnos que vivían en lugares lejanos. Los alumnos "tenían" la cama en el piso del aula. El déficit presupuestario creado por la necesidad de otorgar una comida más fue solventado por los padres de los niños.

A pesar del interés de los padres para que se otorgue instrucción a los niños, uno de los grandes problemas existentes es la deserción escolar. Se puede afirmar que el 50 o/o de los alumnos no completan el año lectivo. En 1976 de 56 alumnos inscriptos, los que realmente asistían no llegaban a la cifra de 30.

La causa de la deserción es de variado tipo. Por un lado, la escasa aplicación en la vida cotidiana de los contenidos curriculares; el único interés es saber "hacer cuentas" y algún rudimento para poder leer. Por otra parte, los padres necesitan de la ayuda de sus hijos para las faenas pecuarias. Los efectos son casi palpables: escasa escolaridad y marcado analfabetismo.

VIII. EL LENGUAJE

Este importante tema se consignará muy brevemente, puesto que el equipo de investigación no contó con personal especializado y el equipo magnetofónico tuvo grandes problemas.

Los habitantes del valle se expresan en general, en un buen castellano. Utilizan algunos arcaísmos, pero en una medida menor a la que hipotéticamente debía esperarse de acuerdo con el aislamiento en que viven.

Las voces de lenguas indígenas están ausentes, salvo algunas que identifican plantas o animales. Están presentes sí, modismos y connotaciones zonales que corresponden a la zona cuyana y que a menudo son originarias de Chile —chilenismos—. Es notable la tendencia a las contracciones apostroficas y por supuesto la pérdida de la “d” en toda terminación “-do”, ya sea verbal o no.

En el aspecto fonológico, se apartan de la dicción cuyana, asemejándose en mucho, aunque sin la misma intensidad, a los provincianos del N.O. argentino. Existe una disposición a la acentuación esdrújula en palabras que no lo son. Este hábito es más acentuado entre los pobladores septentrionales del valle que en los meridionales. También tienen la característica de restringir el movimiento de apertura de la boca y de los labios para pronunciar las palabras, de tal forma que los sonidos se oyen muy poco diferenciados.

Estilísticamente, gustan de usar diminutivos como para suavizar o hacer más gentil el discurso. Son pausados en el hablar y lo hacen de frente ante el interlocutor, pero a veces bajan la vista como si hubiese timidez o reserva, o bien ambas cosas.

Las mujeres son muy poco locuaces en presencia de varones que no pertenecen a la familia. También son recatadas con las mujeres a las que poca relación social las une. Sin embargo, esta situación se puede revertir en la medida en que toma mayor confianza a través del trato cotidiano.

En general, el discurso se apoya en pocas señas y ademanes. Aquellas se utilizan cuando se debe hacer referencia a un “aquí” o “más allá”.

Vocabulario

“ha menguado la luna”: ha comenzado el cuarto menguante.

“ya no va llover”:

“se han mojao”:

“yo le hago mucho al mate”: soy muy adicto al mate.

- “se puede joder”: que se fastidie o bien que se puede lastimar o accidentar.
- “se escuende”: se esconde.
- “apíase” o “apíese”: imperativo usado por el dueño de casa al llegar una visita; indica hospitalidad pues lo invita a pasar a su casa.
- “más mucho”: mucho
- “chumao”: borracho
- “voy a venir a llevarlo o traerlo”:
- “por trás”: por detrás
- “la cabra lleva mucho afán”: la cabra dá mucho más trabajo.
- “ir por trás”: ir por detrás
- “ola que rica esa”: huela que rica esa.
- “ovejuno”: lanar, oveja, carnero.
- “vacuno”: toro, vaca.
- “mulo”: mula macho.
- “churi”: avestruz, voz de origen Aimará.
- “choique”: avestruz, voz de origen Mapuche.
- “fritura”, “sopaipilla”, “frito”
- “se frita”: se frie.
- “descuerao”: deshollado.
- “pauto: estomatitis.
- “yuyos del campo”: expresión usada para referirse a las plantas de uso medicinal o culinario.
- “llisquero”: yesquero
- “culero”: cinto ancho doblado y cocido con tapas; especie de cartuchera para revólver y cuchillo.
- “taraville”: instrumento que sirve para cortar al ras.
- “almudo”: cajón de madera usado para medir el trigo.
- “maraye”: molino de minerales.
- “pilón”: balanza de 150 kg.
- “alfa”: alfalfa.
- “chasma”: bolsa de lana tejida al telar, usada para transportar cargas en las mulas. “chasmas de pelón”.
- “prestigiosos” y “no prestigiosos”: palabra con que califican a las personas según sea el aval con que cuentan dentro del valle, o sea, por la cantidad de amigos y capital que tengan.
- “echar el agua”: bautizar.
- “oleada”: óleo, bautismo.
- “mandinga”: el diablo, el demonio.
- “alma en pena”: un difunto al que no se enterró como debía.
- “estribitos”: se refiere a las trenzas que aparecen en las crines y colas de los caballos y mulas, hechas, según la leyenda, por los duendecitos.
- “carguita”: carga de leña.
- “refinada”: usan el calificativo sustantivado, o sea que el sustantivo no aparece. Hace alusión al azúcar refinado.
- “diya”: día.

- “prenda”: algo valioso que se encuentra en los entierros, sea de difuntos o de objetos, ya sean de valor o no, aunque generalmente usan el término para referirse a cosas de valor encontradas enterradas.
- “entierro”: lugar donde se ha enterrado a una persona o bien donde alguien enterró objetos de valor o no.
- “asusto”: lugar donde se producen apariciones de animales o personas; también lo usan para aplicarlo al hecho en sí de la aparición o los gritos, aullidos o ruidos raros que se sienten en determinados lugares, sin que haya causa lógica.
- “usté”: usted
- “lambo”: lamo
- “en hoja en hoja”: de hoja en hoja
- “querís”: querés
- “va’ ser”: va a ser
- “Bajís”: bajés
- “manso”: gran
- “e’ ”: de
- “remplazante”: reemplazante
- “veía”: veía
- “mia”: me ha
- “pa’ ”: para
- “es’ totra”: esta otra
- “chuspas”: tabaqueras bordadas con lana o con tientos
- “aliñar la lana”: abrirla y sacarle las impurezas, lo sucio, antes de lavarla para hilarla.
- “copo”: madeja de lana hecha después del aliño
- “shulco”: último hijo
- “hacer cama”: guardar cama en situación de enfermedad
- “tronadero”: hueco del techo de la cocina para tiraje del humo del hogar.
- “soplador”: dos caños unidos con un cordel y en un extremo aplastado, dejando sólo un pequeño orificio para salida del aire producido al soplar por el otro extremo. Usado para encender el fuego.
- “catear”: espiar u observar a la distancia.
- “en armonía”: estar todos en paz, llevarse bien.
- “despiada”: despedadura de los equinos.
- “cuando yo he nacido”: cuando nací.
- “yo no he sido”: no había nacido.
- “marucho”: nombre que se le da a un niño que va adelante de los mulares para tirar (guiar) la madrina.
- “chifle”: botella de astas para guardar líquidos y sólidos en polvo.
- “carga”: una carga equivalente a 180 kg.
- “media carga”: 90 kg.
- “fanega”: medida de peso, equivalente a 100 kg.
- “torada”: manada de toros compuesta por 300 ó 200 toros.

- “jagüel”: lucha fronteriza, ocurrida en el siglo pasado.
 “gringos”: inmigrantes.
 “finao”: finado, muerto.
 “cuartilla”: medida de vino.
 “viruela brava”: viruela negra.
 “añapa”: añicos.
 “bordo”: loma, o colina alargada.
 “pasma”: espasmo.
 “chuchoca”: comida tradicional a base de trigo o de maíz.
 “cocho”: harina de trigo o de maíz tostada con azúcar y agua.
 “charqui”: tasajo
 “salpición”: comida a base de papa, zapallo (calabaza), zanahorias; todo hervido y picado junto con uno o dos tomates crudos y huevos duros.
 “tumiñico”: picaflor.

CONCLUSION

La conformación de la ocupación del espacio por parte de la comunidad del Gualcamayo demuestra una vez más hasta que punto es posible la adaptación del hombre al medio geográfico. Si se adiciona el repertorio material y el dominio de ciertas técnicas a los factores históricos y de aislamiento, se puede afirmar que la adaptación al medio ha sido todo un éxito.

Esta aseveración se confirma al observar, desde el punto de vista demográfico y a través del tiempo cronológico, cómo esta comunidad dependió de las vicisitudes y variaciones del medio geográfico. Referente al aspecto técnico y económico —y sus repercusiones indirectas— este grupo humano ha sido y sigue siendo fuertemente influido por la calidad de los suelos y por los agentes climáticos. También es necesario mencionar que tal situación no ha sido exageradamente crítica. La información obtenida no presenta particularidades como para colegir que las variaciones del medio geográfico han incidido en un cambio cultural. Deberá pensarse que, si bien existen variaciones climáticas, nunca fueron lo suficientemente poderosas como para llegar a producirlo.

En el momento de iniciar esta investigación, al proyecto se lo denominó “La comunidad folk del Valle del Río Gualcamayo”. Se otorgó esta denominación puesto que aquella primera aproximación realizada en 1966, suponía un nivel cultural funcionante como un sistema cerrado y por ende autárquico y autónomo. Posteriormente, en poder ya de la información se pudo constatar la existencia de éste —dentro de razonables límites— y la ausencia de aquél.

El estudio del contexto general cultural lleva a inferir que, en un momento histórico dado, esta comunidad era técnica y económicamente auto-

suficiente. Es decir que no necesitaba ser auxiliada desde afuera para cubrir con todos los requerimientos materiales para su vida. Hoy las condiciones son distintas: parte del alimento, el vestuario, el mobiliario, las herramientas y los equipos no son producidos por el grupo social, sino que son adquiridos en los comercios de las localidades urbanas más cercanas y por lo tanto dependen de ellas. Aunque en otro orden de fenómenos, lo mismo sucede con la expresión estética, la educación, el lenguaje, etc.

Consecuentemente con la definición de folklore ya antes consignada, para considerar a una comunidad insertada en el nivel folk la dinámica del cambio debería hacer las veces de transformador o adaptador de los rasgos y complejos culturales que se reciben desde afuera.

Pero esto no sucede enteramente. Por un lado se observa una serie de conductas que han permanecido estables o sutilmente modificadas por procesos de cambio internos. Independientemente y como yuxtapuesta existe otra serie de hábitos adquiridos de procedencia foránea y no enteramente asimilados. Esta situación en horcajo, explica la decisión de considerar a este grupo como semifolk.

Actualmente, las presiones que en mayor medida influyen para el cambio cultural son, en primer lugar, la radiotelefonía, y en menor medida, el medio cultural periférico y la presencia de la escuela.

Si bien en un principio el interés por las audiciones radiales se concentraba en el placer de escuchar música, a la postre se amplió a la publicidad comercial y algo de noticias periodísticas. De esta manera se estableció un puente de enlace con la realidad exterior. Cabría preguntarse si a partir de este momento no se racionalizó el sentimiento de aislamiento. De todas maneras se debe atender que una masa de información es recibida y que ésta afecta los diversos aspectos culturales, en la mayoría de las veces subconscientemente.

Los complejos culturales que más propicios se encuentran para ser modificados pertenecen al dominio de la economía. La publicidad comercial crea la necesidad de adquirir mayor cantidad de bienes de consumo. Si bien el impacto publicitario no posee la misma fuerza de recepción que en las sociedades urbanas o rurales dependientes, no por eso se puede afirmar que no se encuentre presente este fenómeno.

En forma similar, aunque en menor medida, influye el medio social periférico; tal es el caso de las poblaciones de Guandacol y de San José de Jáchal. Allí el hombre del Gualcamayo realiza sus transacciones comerciales o debe recurrir en caso de enfermedades graves. Este es el momento en que se pone en contacto con la realidad cultural, que si bien no le es del todo extraña, es distinta.

Por último, la escuela. Como principio, debería suponerse que es la institución que ejercería la mayor influencia de cambio, destinada a realizar una acción de integración al contexto nacional, encargada de formar un hombre con cierta personalidad típica, que aunque variable, poseyera una serie de valores generales que caracterizaran un "modus vivendi" nacional. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos realizados por los docentes, es poco el resultado obtenido. Como ya se apuntó anteriormente, el currículo elaborado conforme con los fines educativos para los niños de los sectores urbanos y rurales dependientes, no tienen "sentido" para éstos otros educandos, ya que su realidad cotidiana, su experiencia y educación familiar es distinta. En consecuencia, su interés escolar se centra en el aprendizaje de las cuatro operaciones fundamentales, que es el conocimiento que utilizarán cuando sean adultos.

Ya se ha referido sobre la coexistencia de dos corrientes de comportamiento existente en esta comunidad: una que puede denominarse "moderna" y otra tradicional. Esta es aún dominante sobre aquella de tal modo que, si se fuera capaz de abstraer o ignorar la serie de rasgos "modernos", se podría afirmar que uno recorre el valle y convive con sus habitantes como si se hubiera trasladado al siglo pasado. Si se le perdona al autor de estas líneas el pecado formal —que es un verdadero pecado— de identificar comunidades vivientes actuales con las pasadas, se podría asegurar que este grupo humano con su escenario natural constituyen un verdadero museo viviente. En este sentido, esto es de indudable interés para los historiadores que dedican su afán, no tanto a la investigación de los grandes personajes, sino de todos aquellos que contribuyeron en forma anónima a sustentar un medio cultural, desde donde se gestó y se nutrió cada uno de los protagonistas de la historia.

EL SITIO ARQUEOLOGICO MOLINOS I (Prov. SALTA) NOTA PRELIMINAR

RODOLFO A. RAFFINO y LIDIA N. BALDINI(*)

PRESENTACION

Ofrecemos aquí los resultados preliminares de nuestras investigaciones llevadas a cabo en una instalación prehispánica ubicada en el Departamento de Molinos, valle Calchaquí medio, Provincia de Salta. El sitio aludido —inédito hasta el momento— responde a la denominación “Molinos I”, o SSaIMol 16 tomando como marco de referencia un reciente aporte nuestro, realizado en función del registro de sitios arqueológicos propuesto por el Museo de Cachi (M. Tarragó y P. Díaz, 1972 y 1977; R. Raffino y L. Baldini, 1982). (1)

La región Calchaquí media, pródiga en vestigios prehispánicos, ha sido revitalizada arqueológicamente a partir de la segunda mitad de la década de 1970. Entre los aportes que nos involucran debemos mencionar: R. Raffino, E. Cigliano y E. Mansur (1976), E. Cigliano y R. Raffino (1975), R. Raffino (1983 a y 1983 b), R. Raffino y L. Baldini (1982), L. Baldini (1980), R. Raffino, G. Raviña, L. Baldini y A. Iácona, (1983), G. Raviña, A. Iácona y A. Albornoz (1983).

(*) De la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata.

(1) El presente aporte ha sido realizado mediante los apoyos financieros del CONICET. Los dibujos a cargo del Arq. Ricardo J. Alvis.

La presentación de Molinos I, o SSaIMol 16, se basará en el análisis de dos conjuntos de variables arqueológicas registrados, el concerniente a la infraestructura y patrón de poblamiento, y el de la alfarería. Al mismo tiempo ofrecemos una ajustada cronología del sitio producto de tres nuevos fechados radiocarbónicos procesados en el INGEIS. (2)

Arquitectura y patrón de poblamiento de Molinos I.

La instalación se ubica a los 25° 24' de Lat. S. y 66° 13' de Long. O., sobre la cota de 2020 m.s.n.m. Está parcialmente sepultada por sedimentos desprendidos del Cerro de La Cruz, que han formado el pie de monte donde se emplazó. El Cerro de La Cruz es integrante de una cadena que con dirección E—O limita, por su margen derecha, al valle del Río Molinos; éste último recibe como principales tributarios a los ríos de Colomé y Luracatao, para desembocar posteriormente sobre el río Calchaquí. Las ruinas están separadas de la actual localidad homónima por unos 500 metros, distancia que es superada por el camino carretero que une el pueblo actual con la Ruta Nacional Nro. 40. Entre la instalación prehispánica y la actual se extienden los campos agrícolas de la última, emplazados sobre el fondo de valle.

Tres factores antrópicos han contribuido al deficiente estado de conservación de Molinos I, el primero, acaecido en épocas de la colonización hispánica del Valle Calchaquí medio, a partir de 1659 y que alcanza su clímax durante los siglos XVII y XVIII, período en el que se construyen la famosa iglesia de San Pedro Nolasco de Los Molinos, y la finca del feudatario español Domingo Isasmendi. Estas fundaciones perjudicaron el paisaje de Molinos I, cuyos lienzos pétreos debieron servir como materia prima para muros y cimientos de las nuevas estructuras. Ya en el siglo actual la instalación sufre dos nuevas perturbaciones, la primera con la construcción del aludido camino de acceso desde la Ruta 40, que prácticamente cercena toda la parte baja o N. del pie de monte donde se emplaza y, muy recientemente, la de una represa para riego, instalada en el extremo E. del sitio, que ha destruido una buena parte del sector identificado con la letra D en el plano correspondiente. (3)

Condicionada por un factor topográfico dominante, el pie de monte, la instalación Molinos I adquiere un aspecto de trazado lineal, dispuesta a lo largo del faldeo sobre cuatro niveles diferentes. Dentro de esa concep-

(2) Los autores desean expresar su agradecimiento a las autoridades del INGEIS, Instituto de Geocronología y Geología Isotópica, dependiente del CONICET, por el procesamiento de las muestras de carbón, cuyos resultados radiométricos acompañan esta nota.

(3) El relevamiento del sector D se realizó apenas un año antes de su parcial destrucción con motivo de la construcción de la represa.

ción lineal, las resoluciones arquitectónicas para las viviendas han sido sobre la base de formas cuadrangulares y rectangulares, que le confiere un tipo de planta identificada como en damero o tablero irregular. Además, falta en Molinos I un contexto edilicio, definido por la articulación de partes construidas con espacios libres y también por vías de desplazamiento o calzadas que articulen las partes edificadas entre sí. Tampoco se observa en Molinos I un foco de crecimiento o quizás centralizador de las actividades urbanas, usualmente identificado como plaza. Todas esas características presentes y las significativas ausencias de elementos urbanos, nos permiten definir a Molinos I como una instalación generada por agregados de partes construidas en forma espontánea, sin planeamiento previo y con un sentido de crecimiento lineal, a lo largo del pie de monte, que pasó a constituirse como factor topográfico condicionante.

Esta ausencia de factores urbanísticos integrativos se observa también a nivel unitario, por cuanto las unidades residenciales son simples agrupamientos espaciales de recintos aislados, no intercomunicados por vanos (salvo dos casos localizados en los sectores C y D del sitio).

Tres accidentes topográficos configuran los límites E. O. y S. de la instalación, en tanto que por el N. el mencionado camino de acceso al poblado actual corta la parte más baja del pie de monte, dejando un perfil de hasta 2 m. de altura, en el que se observa un claro nivel de ocupación arqueológica. Algunos vestigios aislados de lienzos, sugieren que el sitio ocupó también originalmente el sector del fondo de valle confuguo al río Molinos.

La observación de los rasgos arquitectónicos por sectores, y el posterior análisis de las muestras de cerámica colectada en superficie sobre cada uno de ellos, evidencian una ocupación homogénea y poco potente, presentando como únicas diferencias aquéllas derivadas de la topografía condicionante, o de la mayor disponibilidad de uno u otro tipo de materia prima para la construcción.

El diseño arquitectónico es el típico de los Desarrollos Regionales durante su momento o fase inicial, su diagnóstico y el preliminar análisis de la alfarería nos permitieron esa ubicación cronológica relativa, con anterioridad a los resultados de los fechados de C₁₄ (R. Raffino y L. Baldini; 1982). Está integrado por recintos de paredes dobles de piedra con relleno interno, de piedras menores y sin argamasa. La planta de las unidades constructivas es rectangular y cuadrangular, siempre con los ángulos redondeados; cuando la topografía fue un factor limitante, las plantas son aún más irregulares, pero nunca circulares. En muchos casos estas construcciones están totalmente enmascaradas, sobre todo en la sección más baja del pie de monte.

Sobre la base de las dimensiones, se pueden distinguir dos categorías de recintos, el tamaño de los mayores oscila entre 15 a 20 por 20 a 25 m., en tanto que los menores miden entre 5 a 10 m. por 15 a 20 m., ambas categorías se presentan aisladas o adosadas. Muy probablemente estas diferencias obedezcan a distintas funcionalidades, que no es posible determinar sin excavaciones orientadas a tal fin. El ancho de los lienzos oscila entre 1 y 2 m. y cuando se trata de recintos adosados, uno de ellos es compartido a modo de medianero. En cuanto a la altura, actualmente sólo sobresalen pocos centímetros del terreno circundante, estando los pisos por debajo del nivel actual del terreno.

A pesar de que no pocos recintos comparten una pared medianera, no poseyeron vanos de intercomunicación, ni tampoco hacia el exterior. Las únicas excepciones se observaron en un recinto rectangular de la zona central del sitio (sector B), que presenta una puerta hacia el exterior ubicada hacia el N., y los ya mencionados en los sectores D y C.

Los lienzos se levantaron mayoritariamente con rodados del río, sin embargo, donde hay afloramientos de los esquistos que componen el cerro, se utilizaron las lajas que se forman por el clivaje natural de esta roca. La técnica de construcción, según las observaciones realizadas durante la excavación de un recinto, fue colocar un cimientado de piedras, algunas ligeramente canteadas, en sentido vertical y sobre ellas hiladas horizontales de piedras de menor tamaño.

Además de los recintos, en el extremo S.O. del Sector A se construyó una muralla perimetral a un afloramiento rocoso elevado y, en una cota más alta, un muro de unos 20 m. de largo con la evidente funcionalidad de contener derrumbes desde la cumbre del cerro; si bien la técnica de construcción de estos muros es la misma que en el resto del sitio, en ambos casos se utilizaron lajas de esquisto. (Sector A, 1 y 2).

No se observaron indicios claros de enterratorios en el área residencial. Las zonas monticulares que se destacan donde confluyen los ángulos de dos o más recintos, podrían indicar que allí se encuentran, tal como sucede en muchos asentamientos de los Desarrollos Regionales. Sin embargo, dos sondeos realizados con el propósito de constatar esa función fueron infructuosos. Además, sobre el faldeo de la margen opuesta del río Molinos se hallaron restos de cistas circulares de paredes de piedra (saqueadas), lo que nos permite considerar que el sitio de inhumaciones de Molinos I estuvo situado en esos sectores, que distan poco menos de 1 km. hacia el O. de la instalación residencial.

Los depósitos de basura no se presentan claros y durante las excavaciones se evidenció su relativamente baja potencia cultural, ya que abarcando Molinos I un área de aproximadamente 4 has., excluyendo la par-

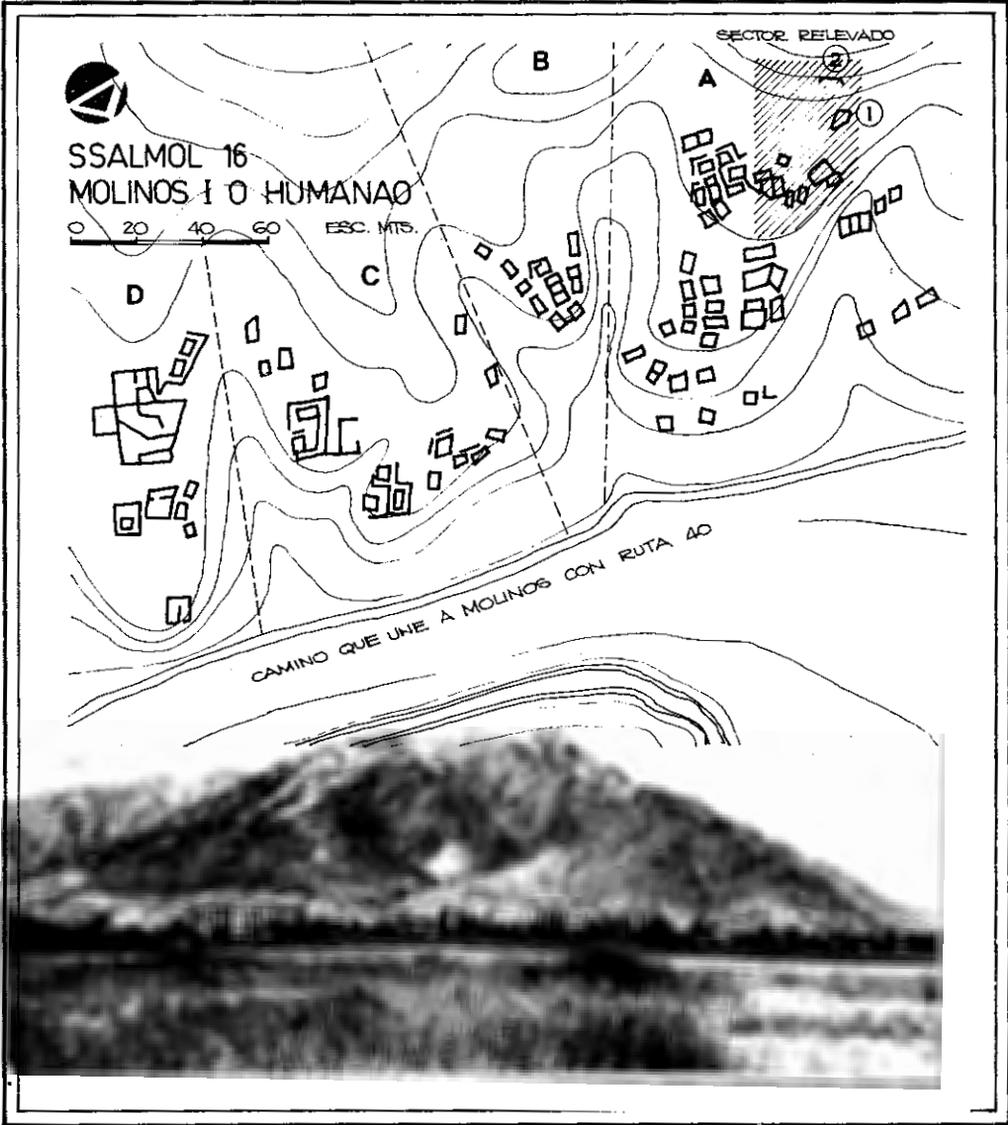


Lámina I

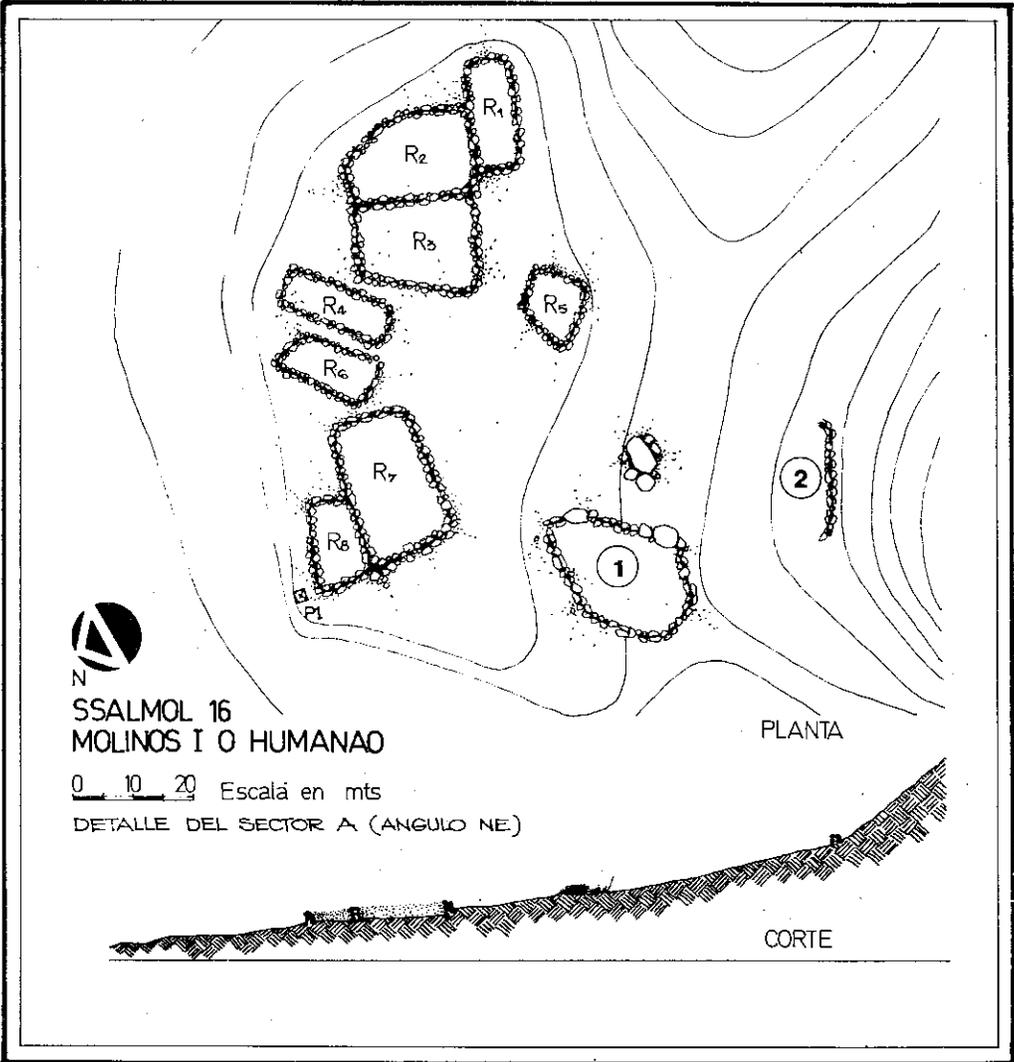


Lámina II

te perturbada por la construcción del camino de acceso a Molinos, el material cerámico fragmentario es escaso en relación a sitios similares, en tanto que los restos óseos se limitan a pequeñas astillas y se presentan en muy mal estado de conservación.

Las tareas realizadas en Molinos I comprenden recolecciones superficiales y excavaciones diagnósticas en el Sector A, además del relevamiento de las estructuras con la técnica de brújula, nivel y cinta métrica.

Las recolecciones superficiales se realizaron por sectores arbitrarios y en forma discriminada abarcando todo el sitio. Otras recolecciones, exhaustivas e indiscriminadas, se hicieron donde se practicaron excavaciones, pero abarcando un área más amplia que las cuadrículas trazadas. Las recolecciones discriminadas tuvieron por finalidad diagnosticar el sitio, las indiscriminadas obtener un muestreo representativo de todos los tipos alfareros.

Se excavaron estratigráficamente cuatro basureros y un recinto (Nº 1 del Sector A), este último por medio de tres trincheras, en las que no se recogieron más que escasos fragmentos cerámicos y óseos. En los basureros se aislaron capas artificiales horizontales de 10 cm. de espesor hasta llegar a sedimento culturalmente estéril, en el que se efectuaron sondeos para constatar la ausencia de acumulaciones arqueológicas subyacentes. Los niveles de depositación natural se coordinaron con las capas artificiales. La Estratigrafía I, excavada en un montículo—basurero ubicado en el ángulo N. del R.8 (Sector A), presentó tres niveles lenticulares de acumulación de cenizas y carbón, de ellos proceden las tres muestras fechadas por radio—carbono.

La muestra cerámica obtenida puso de manifiesto la presencia de un grupo alfarero homogéneo, y diferenciado de los tipos cerámicos comunes a los sitios de los Desarrollos Regionales de la zona, como por ejemplo los de la tradición “santamariana—calchaquí”, a ese grupo lo denominamos “Molinos” y lo segmentamos en cuatro variedades: Molinos bicolor, Molinos tricolor, Molinos negro sobre rojo y Molinos Liso. La alfarería Molinos se asocia a cerámica santamariana—calchaquí, bicolor y tricolor, cerámica negra pulida y cerámica de filiación San José—Hualfín, representadas todas éstas en bajas frecuencias, además de los tiestos de tipo ordinario.

Descripción del grupo Molinos

Las divisiones internas de este grupo se derivan de la presencia o no de decoración, y de los colores con que se realizó esta última, ya que las restantes características son las mismas para toda la muestra.

Nº de fragmentos de la muestra: 1.168

Pasta: de textura uniforme y compacta, de color predominantemente ro-

jo—anaranjado, aunque puede ser gris o presentar zonas rojizas y grises en algunos casos; con antiplástico de tamaño fino compuesto de cuarzo, vidrio volcánico, mica, distribuidos regularmente, y a veces clastos aislados de tamaño más grueso. El análisis mineralógico reveló una elevada proporción de arcilla y baja frecuencia de los componentes del antiplástico, en contraste con tiestos de tipo santamariano analizados con la misma técnica (4).

Superficie: ambas superficies están bien alisadas y varían de tonos rojizos a pardo—rojizos, pero son comunes las superficies internas de color gris. Pueden o no presentar un baño de pintura desleída, o tener zonas con o sin ese baño.

Cocción: en atmósfera oxidante, regular, con baja frecuencia de manchas por deficiencias en el horneado.

Formas:

bases: cóncavo—convexas, bien diferenciadas del cuerpo en el contorno insinuando un “pie”, rasgo que se acentúa con el mayor tamaño de las vasijas.

asas: 1. mamelonares pequeñas, 2. labio adheridas, de sección elipsoidal (un solo caso), 3. doble remachadas o doble adheridas, de inserción horizontal y sección subrectangular o elipsoidal, en algunos casos similares a las de las urnas de tipo santamariano.

bordes: directos —evertidos o invertidos—, o evertidos, con labios planos o convexos, predominando los segundos.

Dimensiones:

espesor de las paredes: 0,5 a 1 cm., aunque puede haber fragmentos más delgados o espesos.

alturas: en los pucos varían entre 12 y 20 cm. y en las urnas entre 40 y 60 cm.

diámetros: en los pucos el diámetro máximo coincide generalmente con la boca, oscilando entre 15 y 30 cm., aunque es más común entre 20 y 30 cm.

A partir de fragmentos significativos se reconstruyeron las siguientes formas:

(4) Las muestras fueron procesadas por la Lic. A. Blasi de la Cátedra de Sedimentología de la Fac. de Ciencias Naturales de la UNLP, a quien expresamos nuestro agradecimiento.

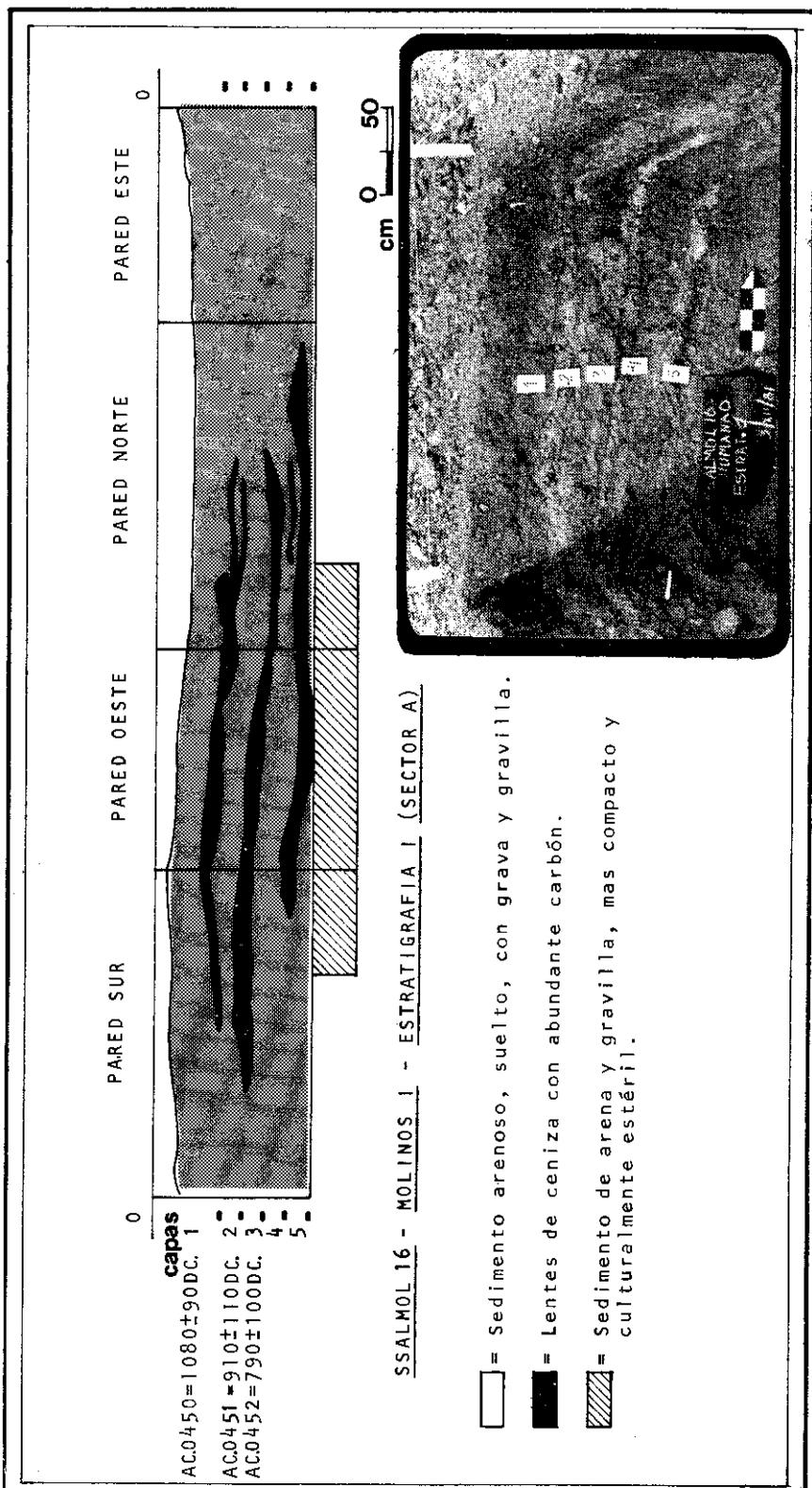


Lámina III

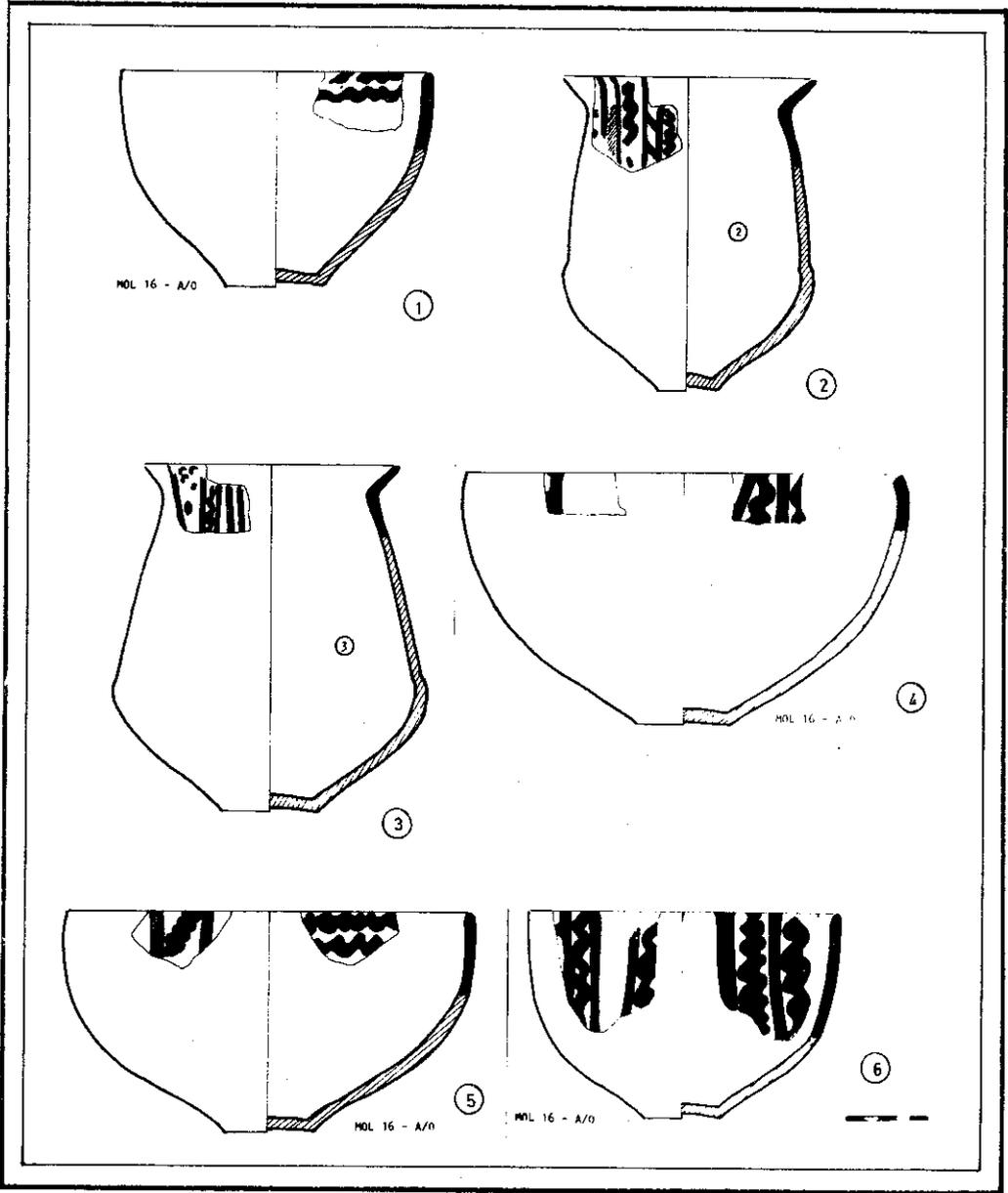


Lámina IV

1. vasijas no restringidas de contorno simple o compuesto, caracterizado este último por la presencia de un punto de inflexión que determina una parte superior más o menos cilíndrica. (LAM IV, 1 - 5 y 6)
2. vasijas restringidas, de cuerpo globular y borde evertido (escasamente representadas).
3. vasijas restringidas de contorno simple y borde levemente invertido. (LAM. IV, 4)
4. vasijas de gran tamaño (urnas) de cuerpo troncocónico y bordes evertidos similares a las urnas de tipo Chiquimil geométrico y de estilo Hualfín (LAM. IV, 2 y 3). Descartamos la posibilidad de mayores semejanzas con las urnas San José tricolor por la inclinación que poseen los bordes, de acuerdo con E. Perrota y C. Podestá (1973 y 1975).

Decoración:

técnica: pintura desleída, de tres colores: blanquecino, rojo y gris—negro.

motivos: geométricos, con total ausencia de figurativos. Hay líneas onduladas y rectas, verticales u horizontales, paralelas o no, a veces formando ángulos, fajas anchas, triángulos con la base en el borde a la manera de la decoración de las urnas de estilo Hualfín negro sobre rojo. (5)

Las divisiones internas de este grupo son:

Molinos bicolor: La denominación "bicolor" obedece a que el baño de color de fondo presenta tonos variados, en algunos casos es el color natural de la arcilla y en otros el más común blanquecino adopta tonalidades más oscuras. La superficie interna presenta los mismos motivos que la externa, aunque la decoración parece estar limitada en mayor parte a las adyacencias del borde, otra peculiaridad de esta superficie es el mayor porcentaje con que carece de baño de color de fondo.

Molinos tricolor: Sólo se distingue del anterior por presentar el color rojo en la decoración. El rojo se usó en bandas verticales que alternan con líneas negras rectas y onduladas, o llenando espacios entre líneas curvas.

Molinos negro sobre rojo: Se distingue por el uso del color rojo como fondo de la decoración, realizada en negro, con igual iconografía que los anteriores.

(5) Hasta el presente el estilo Hualfín posee lacónicas descripciones (A. R. González, 1960 y 1977) por lo cual para nuestra comparación nos remitimos especialmente a la observación de piezas depositadas en el Museo de La Plata.

como fondo de la decoración, realizada en negro, con igual iconografía que los anteriores.

Molinos liso: Carece de decoración.

COMENTARIOS

La hipótesis preliminar acerca de la cronología del sitio Molinos I, es-tribó en su posición inicial dentro del Período Tardío o de Desarrollos Regionales de la región Calchaquí. La misma ha sido confirmada por la analítica de dos grupos de variables, uno concerniente a la infraestructura, arquitectura y patrón de poblamiento, y el otro a las formas e iconografías registradas en la cerámica exhumada en el sitio.

En el patrón de poblamiento de Molinos I se comprueba la presencia de unidades constructivas aisladas, con ángulos romos y carentes de intercomunicación por vanos, realizadas a bajo nivel, lo cual significa que están ausentes las combinaciones de recintos asociados desiguales intercomunicados, como formalización de una residencia que es típica, y frecuentemente representativa, de los momentos medio y tardío de los Desarrollos Regionales en el valle Calchaquí medio. Estas últimas se presentan, entre numerosos sitios registrados, en El Churcal (R. Raffino, 1983) y Tero (excavaciones realizadas por el Museo Arqueológico de Cachi). También faltan en Molinos I las respuestas arquitectónicas regionalizadas al S. del valle Calchaquí y consideradas cronológicamente más tardías, como las típicas "casas comunales" del valle de Santa María o Yocavil, en el que se las registra para la segunda mitad del Período.

Tampoco se presenta en Molinos I la asociación directa entre el sitio residencial y el sector de inhumaciones (de adultos en cistas y párvulos en urnas) sino que éste, como sucede en los enclaves iniciales de los Desarrollos Regionales, se sitúa fuera de aquél. Esta situación se comprueba en otros sitios con una posición temprana dentro del Período, como El Carmen I, o SSalSac 5 (R. Raffino y L. Baldini, 1982) y quizás La Arcadia. La vinculación directa entre el espacio residencial y el reservado para las inhumaciones aparece también durante las fases medias del Período, como sucede en El Churcal, provisto de un registro radiométrico de 1210 ± 50 D. C. (CSIC-434) (R. Raffino y L. Baldini, 1982 y R. Raffino, 1983).

El crecimiento y trazado urbano de Molinos I nos enfrenta a una instalación que se desarrolló en forma espontánea, a lo largo de un factor topográfico condicionante, el pie de monte del Cerro de La Cruz. Carece de foco de crecimiento, de espacios libres que pudieran haber sido usados como plazas, de un contexto edilicio formado por la articulación entre las partes construidas por medio de calzadas o vías de desplazamiento.

Estos cuatro rasgos urbanísticos, significativos en función del desa-

rollo de los patrones de poblamiento en el ámbito Calchaquí aparecen, al menos en la región media del valle, recién en El Churcal, es decir a partir del siglo XIII, instalación en la cual, apelando a los datos del análisis ceramológico se comprueba una clara correspondencia, dado que los rasgos de la instalación se yuxtaponen contextualmente con los elementos cerámicos atribuibles a las fases II-III de la seriación de urnas y pucos santamarianos elaborada por E. Perrota y C. Podestá (1973 y 1975) para el valle de Santa María. (6)

No obstante la clara ubicación de Molinos I dentro de los Desarrollos Regionales, no abunda en él la cerámica "santamariana-calchaquí" como se constata en otros asentamientos del mismo Período y emplazados en la región. La frecuencia del registro de las típicas urnas y pucos de filiación santamariana alcanza sólo al 2 0/o de la muestra total obtenida (1.860 fragmentos). Similares frecuencias presentan otros tipos, como por ejemplo Puerta de La Paya negro pulido que, con un comportamiento francamente intrusivo, se asocia a la cerámica santamariana en contextos funerarios exhumados en El Churcal y en depósitos de basura del sitio Molinos I.

Por otra parte, la cerámica del grupo Molinos se aparta con nitidez de la de estilo santamariano constituyendo una entidad especial, diferenciada de ella por la pasta, más compacta y de mayor calidad general, las características mineralógicas separan ambos grupos por la diferente relación cuantitativa entre la arcilla y el antiplástico, así como por la cantidad y los componentes del último. Resulta muy significativa la similitud existente entre la pasta del grupo Molinos con la propia de los tipos La Aguada colectados por nosotros en sitios cercanos al que aquí presentamos (R. Raffino, G. Raviña, L. Baldini y A. Iácona, 1983).

Otros rasgos de la alfarería que separan los grupos Molinos y Santamariano son, el acabado de la superficie; los motivos de la decoración, geométricos simples con total ausencia de representaciones figurativas, y, finalmente, las formas y el tamaño de las vasijas. Es significativo el hecho de que estas diferencias coinciden, en términos generales, con las enunciadas por E. Perrota y C. Podestá (1973) como distintivas entre la alfarería del tipo santamaria y las de los Chiquimil geométrico y San José tricolor del valle de Santa María.

De la comparación entre los materiales alfareros de Molinos I y los de Puerta de La Paya y El Churcal —sitios representativos de los lapsos pre inka y con ocupación inka en el valle Calchaquí— surge como diferencia más notable la ausencia en el primero de las típicas urnas para párvulos de tipo santamariano, sobre todo teniendo en cuenta la presencia, en el grupo ce-

(6) Uno de nosotros (L. Baldini, 1981 y 1982 —MS—) está realizando una monografía que se utilizará para optar al Doctorado en Ciencias Naturales de la Fac. de Cs. Nat. de la UNLP, en la que se refiere con mayor detenimiento a este tema.

rámico Molinos, de otra forma de vasijas que reproducen estilos próximos a los tipos Chiquimil geométrico y Hualfín negro sobre rojo, que se utilizaron seguramente para esa misma función. Además, la comparación en términos tipológicos y estilísticos entre la cerámica Molinos y otros tipos alfareros, nos permite afirmar que las mayores similitudes se observan con los tipos Las Pailas del valle Calchaquí (M. Tarragó, 1980 b) y Chiquimil geométrico del valle de Santa María. En este último ámbito las formas reconstruidas —así como algunas piezas halladas en sitios cercanos— y los motivos de la decoración, descartan la posibilidad de semejanzas con el tipo San José tricolor, concordando con la propuesta de E. Perrota y C. Podestá (1973) de una mayor extensión temporal y areal del Chiquimil geométrico, por medio de sus relaciones con tipos afines. Fuera de la región Calchaquí, en los valles meridionales de Catamarca, hallamos interesantes similitudes entre nuestro grupo Molinos y el estilo Hualfín negro sobre rojo del valle de Hualfín, así como con los tipos Punta Colorada negro sobre crema y Huanchín negro sobre fondo anaranjado de la fase Punta Colorada del valle de Abaucán. (M. C. Sempé, 1976 y 1980).

La cronología temprana de estos tipos cerámicos, asignados al comienzo de los Desarrollos Regionales, o al momento de transición entre los Períodos Medio y Tardío en el caso del valle de Abaucán, sumada a la asociación entre tiestos Molinos con los de la tradición La Aguada registrada en muestras superficiales de sitios del valle Calchaquí medio como San Rafael, La Represa de Colomé y Brealito 2 (R. Raffino, G. Raviña, L. Baldini y A. Iácona, 1983) nos permite proponer que la alfarería Molinos tipifica el inicio de los Desarrollos Regionales en el sector medio del valle, o al menos en la cuenca del río Molinos.

La cronología absoluta confirma esta ubicación temporal, ya que tres fechados radiocarbónicos, procedentes de muestras de distintos niveles de la Estratigrafía I, dieron los siguientes resultados:

AC N° 0450: 870 ± 90 A.P. (1080 ± 90 D.C.), capa 1.

AC N° 0451: 1040 ± 110 A.P. (910 ± 110 D.C.), capa 2.

AC N° 0452: 1160 ± 100 A.P. (790 ± 100 D.C.), capa 3.

Las evidencias alfareras recolectadas en Molinos I sugieren la existencia de un horizonte cerámico tardío—inicial, con distintas expresiones locales —regionalizadas— en el área valliserrana, e incluso dentro de categorías espaciales menores, como el valle Calchaquí en el cual se registran las cerámicas Molinos y Las Pailas (Cachi Adentro). Este horizonte inicial dentro de los Desarrollos Regionales se extiende desde La Rioja y Catamarca hasta Cachi Adentro según el registro actual.

La presencia de piezas cerámicas completas —halladas de modo aislado en sitios de los alrededores de Molinos— asignables al estilo Hualfín ne-

gro sobre rojo, aparentemente más representadas en la zona que otros tipos similares al Molinos, y su asociación recurrente con tuestos del estilo La Aguada, en muestras superficiales, sugieren que las manifestaciones tardío—iniciales del valle Calchaquí medio e inferior, se relacionan más con los valles de Hualfín y Abaucán que con el de Santa María, y que esas afinidades se vinculan, a su vez, con la presencia de la tradición La Aguada en el límite más septentrional de su expansión, que no parece transponer hacia el N. la cuenca del río Molinos (R. Raffino, G. Raviña, L. Baldini y A. Iácona, 1983).

BIBLIOGRAFÍA

- AMBROSETTI, J. B.: *La Hacienda de Molinos. Valles Calchaquíes* (Provincia de Salta). 1903 En: Estudios, t. VI, N° 22. Buenos Aires.
- BALDINI, L.: *Dispersión y Cronología de las Urnas de Tres Cinturas en el Noroeste Argentino*. En: Relaciones de la Soc. Arg. de Antropología, N. S., T. XIV, N° 1. Bs. As.
- 1981 *Estudio Comparativo de la Cultura Santamariana del Valle Calchaquí respecto de la del Valle de Santa María*. Informe mecanografiado al C.O.N.I.C.E.T.
- 1982 *Estudio Comparativo de la Cultura Santamariana del Valle Calchaquí respecto de la del Valle de Santa María*. Informe mecanografiado al C.O.N.I.C.E.T.
- CIGLIANO, E. y RAFFINO, R.: *Arqueología de la Vertiente Occidental del Valle Calchaquí*. En: Relaciones de la Soc. Arg. de Antropología, N. S. T. IX, Bs. As.
- GONZALEZ, A. R.: *Nuevas Fechas de la Cronología Argentina Obtenidas por el Método del Radiocarbón* (III). En: Ciencia e Investigación, T. 16, N° 4. Buenos Aires.
- 1977 *Arte Precolombino de la Argentina. Introducción a su Historia Cultural*. Filmediciones Valero. Bs. Aires.
- PERROTA, E. y PODESTA, C.: *Relaciones entre Culturas del Noroeste Argentino. San José y Santa María*. ANTIQUITAS, XVII. Bs. Aires.
- 1975 *Arqueología de la Quebrada de Shiquimil. Actas y Trabajos*. Primer Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Rosario.
- RAFFINO, R.: *Excavaciones en El Churcal (Valle Calchaquí; Rep. Argentina)*. M. S. 1983a M. S. En prensa en: Rev. del Museo de La Plata, N. S., Antropología, T. VIII.
- 1983b *Etnohistoria y Arqueología de la Región Calchaquí*. M. S. En prensa en: Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina. Resistencia.

- RAFFINO, R. y BALDINI, L.: *Sitios Arqueológicos del Valle Calchaquí Medio* (Departamentos de Molinos y San Carlos). M. S. En prensa: Museo Arqueológico de Cachi, N° 3.
- 1982
- RAFFINO, R., CIGLIANO, E. y MANSUR, E.: *El Churcal, Un Modelo de Urbanización Tardía en el Valle Calchaquí*. Actas y Memorias del IV Cong. Nac. de Arq. Argentina (Primera Parte). T. III, N° 1.
- 1976
- RAFFINO, R., RAVIÑA, G., BALDINI, L. y IACONA, A.: *La Expansión Septentrional de la Cultura La Aguada en el N. O. Argentino*. M. S. En prensa: Cuadernos del Inst. Nac. de Antropología.
- 1983
- RAFFINO, R. y Col.: *Los inkas del Kollasuyu. Origen, Naturaleza y Transfiguraciones de la Ocupación Inka en los Andes Meridionales*. Ed. Ramos Americana. La Plata.
- 1981
- RAVIÑA, G., IACONA, A. y ALBORNOZ, A.: *Una fortaleza prehispánica en el N. O. argentino: Hualfín*. Presencia Hispánica en la Arqueología Argentina. Resistencia.
- 1983
- SEMPE, M. C.: *Contribución a la Arqueología del Valle de Abaucán*, Dpto. Tinogasta, Catamarca, Tesis. Fac. de Cs. Nat. UNLP.
- 1976
- 1980 *Caracterización de la Cultura Abaucán* (Dpto. Tinogasta, Catamarca) Rev. del Museo de La Plata, N. S., T. VIII, Sec. Ant. N° 58, La Plata.
- TARRAGO, M.: *Los Asentamientos Aldeanos Tempranos en el Sector Septentrional del Valle Calchaquí, Provincia de Salta, y el Desarrollo Agrícola Posterior*. Estudios Arqueológicos N° 5. Chile.
- 1980b
- TARRAGO, M. y DIAZ, P.: *Sitios Arqueológicos del Valle Calchaquí*. En: Estudios de Arqueología N° 1, Cachi, Salta.
- 1972
- 1977 *Sitios Arqueológicos del Valle Calchaquí, II*. Estudios de Arqueología, N° 2, Cachi, Salta.

ESTUDIO ARQUEOLOGICO DEL VALLE DE LA CIENEGA (Departamento Tafi, Provincia de Tucumán)

MARIA T. BERNASCONI DE GARCIA

ANA N. BARAZA DE FONTS

La Ciénega es desde el punto de vista de los estudios arqueológicos un terreno virgen desde 1899, por lo que tomamos, desde un comienzo, conciencia de las dificultades y de los interrogantes sin contestación que surgirían a cada paso.

Esta investigación representa un primer comienzo de exploración metódica de un área que, por la profusión de construcciones, desempeñó un papel de importancia en el desarrollo cultural del departamento de Tafi y del Noroeste.

Todas las conclusiones son tentativas y apenas sugieren lo que posteriores investigaciones corroborarán o corregirán.

Nuestro trabajo se inicia en La Ciénega, valle ubicado al Oeste de Tucumán, y se continuará por Mala Mala, Anfama, Ancajuli y San José de Chasquivil, lugares todos localizados en la prospección aérea y local.

Esta primera etapa fue posible gracias a un subsidio otorgado por el Consejo Provincial de Difusión Cultural de la Provincia de Tucumán y la colaboración de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán, la Dirección Provincial de Aeronáutica, el Servicio Nacional Minero Geológico, las secciones de Geología y Botánica del Instituto Miguel Lillo, la familia Terán, que nos permitió la entrada en la estancia y los alumnos de la Universidad Nacional de Tucumán Roberto Alderete, Do-

ra Ostengo, María Esther Páez de la Torre, Beatriz Garrido, Luisa Suriani, Silvia Rueda y Jorge Biazzo.

CARACTERISTICAS GEOGRAFICAS

El valle de La Ciénega, de una superficie de 15 km², está situado a 45 km. en línea recta al Oeste de San Miguel de Tucumán, a una latitud de 25° 48' Sur y a los 65° 38' longitud Oeste. El cerro Pabellón (3.770 m) lo delimita por el Oeste y las cumbres de Mala Mala y el Alto de las Aguadas por el Este. Hacia el Norte no existe límite definido ya que el valle orientado Norte-Sur cambia su rumbo hacia el Noreste. El límite Sur lo constituyen las últimas estribaciones que derivan de las cumbres antes mencionadas.

Es un valle de altura (2.500 m.s.n.m.) con clima típico de montaña de características húmedo-templado, con lluvias estivales e inviernos rigurosos y de escasas precipitaciones. Su vegetación es la Subalpina con praderas de altura constituidas por hierbas, gramas blandas y duras, y cactáceas bajas.

HISTORIA DE LAS INVESTIGACIONES

La primera información sobre esta región arqueológica es la de Adán Quiroga: "Ruinas de Anfama. El pueblo prehistórico de La Ciénega" en el Boletín del Instituto Geográfico, Tomo XX. Buenos Aires, 1899. Este trabajo es el clásico informe de un viajero del siglo XIX que sabe observar con inteligencia y describir con precisión lo que encuentra a su paso. Así nos dice: "La Ciénega arqueológica es el lugar de las grandes construcciones de roca y de piedra, de las grutas naturales y artificiales, que constituyen dólmenes, de los menhires, de los morteros de todos tamaños y de los sepulcros de piedras sagradas. Son numerosas las rocas caladas ó inclinadas, aprovechadas para viviendas, así como las casas circulares de piedra, muchas de ellas con una roca parada al centro, como si se quisiera hacer una gráfica reproducción sobre el terreno de los círculos con punto de las petrografías calchaquinas. . . Las construcciones toman la forma ovalada, sin que en caso alguno, aunque se trate de una simple trinchera, hayamos podido constatar la existencia de una sola línea recta, cosa que es la primera vez que se ve en las ruinas, lo que no acontece ni en Anfama, ni en Tafí, limítrofes de La Ciénega. Los círculos son generalmente perfectos, y sólo los accidentes del terreno suelen obligar a que las construcciones afecten una forma más o menos ovalada". (p. 99-100)

Pero Quiroga va más allá de la simple descripción y agrega: "Para constatarlo con evidencia, ordené una excavación lateral, que diera por resultado encontrar el esqueleto correspondiente a la cabeza. . . dimos con los huesos casi desmenuzados del cadáver, y con un tinajón gris, de greda muy gruesa y granulosa, de material muy ordinario y mal cocido. . . Se cavó

en otro sepulcro, y se dió con la urna funeraria de la figura 16, exactamente del mismo estilo y forma que la anterior, llena de huesos de párvulo, al parecer mezclados con huesos de huanaco" (p. 115).

Eric Boman en *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama*, 1908, menciona La Ciénega basándose en el trabajo antes citado. Interesa señalar que Boman acota respecto a la descripción que Quiroga hace de los dólmenes "je suis tout à fait convaincu que ces "dolmens" ne sont que des pierres tombées les unes sur les autres, naturellement, sans l'intervention de l'homme. Je ne crois pas qu'il existe de vrais dolmens dans ces régions" (p. 108).

En el trabajo de Wendell C. Bennett, Everett F. Bleiler y Frank H. Sommer, *Northwest Argentine Archaeology*, 1948, fue Sommer quien entre las cuatro divisiones establecidas encaró el análisis de la parte Centro. Determinó tres sitios en el Valle de Tafí: La Ciénaga (sic), La Toma y Tafí. En su lectura nos asombra encontrar mayor número de datos que los aportados por Quiroga y, hasta diríamos, un análisis más minucioso de los hallazgos en el sitio. Al referirse a la cultura Tafí señala que "its remains are found in or near the Tafí Valley in eastern Tucumán and are limited to three sites: La Ciénaga, the type site; the nearby Anfama (which has been described in this report together with La Ciénaga), and Tafí itself." (p. 89). Extraña especialmente la caracterización de La Ciénaga como sitio tipo.

Odilia Bregante en *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino*, 1926, menciona La Ciénega ubicándola incorrectamente en Catamarca (p. 3).

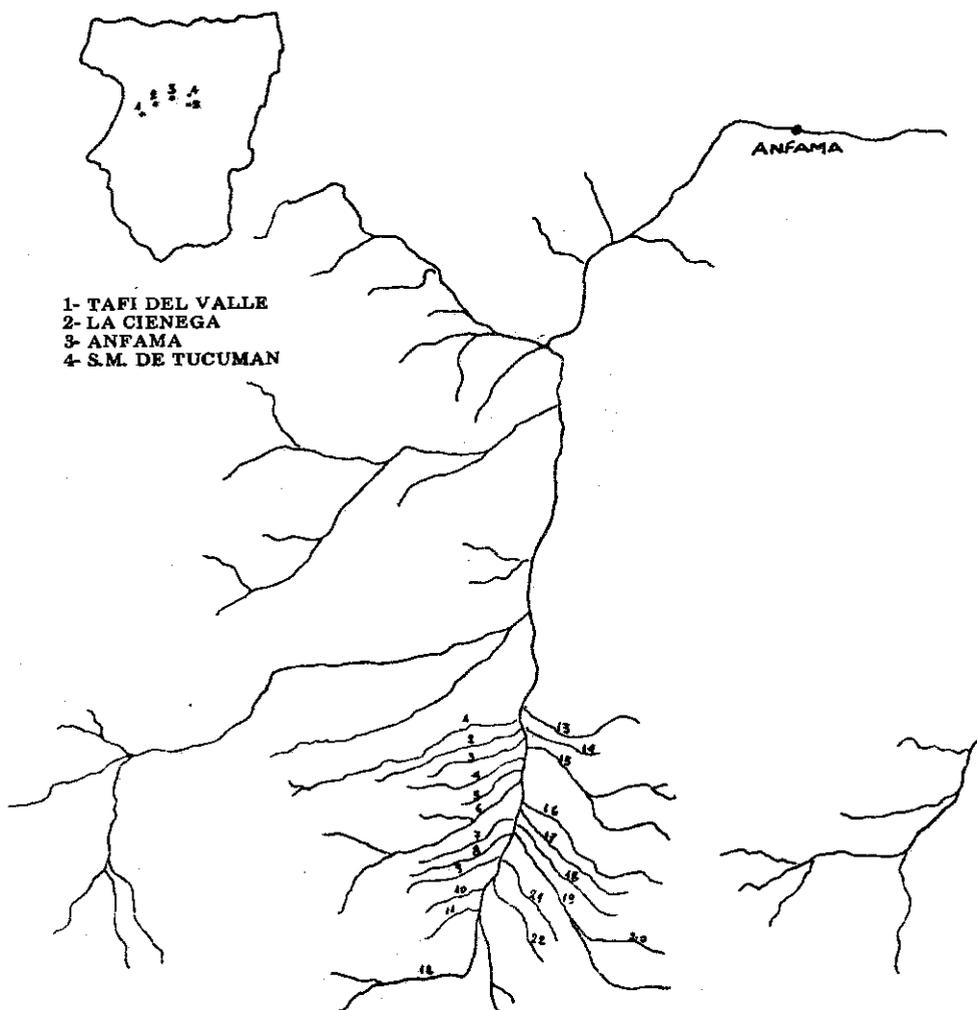
El informe fitogeográfico para la región está dado por Guillermo Rohmeder en *Bosquejo Fitogeográfico de Tucumán*, 1945. El clima fue estudiado por Gomez Omil, Dolores, Barbieri de Santamarina, Estela y Rohmeder, Guillermo (7).

Oscar J. Ruiz Huidobro en *Contribución a la geología de las cumbres calchaquíes y sierra del Aconquija* (Tucumán-Catamarca), 1966, estudió la geología de la zona, lo mismo que Juan Col en *El cuerpo intrusivo Norte de las Cumbres de Tafí y de Mala Mala*, 1970.

METODOLOGIA

Los métodos de trabajo empleados en La Ciénega fueron los siguientes: 1) Aerofotografía (análisis e interpretación); 2) Prospección (regional aérea y directa, y local aérea y directa); 3) Trabajo de excavación; 4) Trabajo de laboratorio (tipología y estadística).

Aerofotografía



- 1- TAFI DEL VALLE
- 2- LA CIENEGA
- 3- ANFAMA
- 4- S.M. DE TUCUMAN

REFERENCIAS

- | | |
|---------------------|----------------------------------|
| 1- A. EL ALISITO | 12- ZANJA LA CRUZ |
| 2- A. LOS BOLUTAS | 13- A. LOS GRINGOS |
| 3- A. NEMESIANA | 14- A. LA JAMPA |
| 4- A. PONCHO BLANCO | 15- A. DEL ALISAL |
| 5- A. MANGA VIEJA | 16- A. CASA VIEJA |
| 6- R. LAS PIEDRAS | 17- A. EL SAUQUITO |
| 7- A. LA QUEBRADITA | 18- A. CARRERITA O DOÑA EDUVIANA |
| 8- A. LA VUELTA | 19- A. LA CANCHA |
| 9- R. LOS PANTANOS | 20- A. LA MESADA |
| 10- Q. LAS OLLITAS | 21- A. EL ARENALSITO |
| 11- Q. TIO BORJAS | 22- Q. DE EL PEDREGAL |

Tomamos conciencia de la extensión de las ruinas arqueológicas existentes en la porción montañosa del departamento de Tafí, y en especial en las cumbres, por la información bibliográfica y la proporcionada por lugareños de diferentes localidades del citado departamento.

El primer viaje aéreo se hizo en un avión Cessna 180, desde el que pudimos observar y fotografiar la profusión de yacimientos que en este vuelo abarcó Ancajuli, San José de Chasquivil, Anfama, La Aguadita, La Ciénega y las cumbres del Mala Mala.

Por colaboración del Servicio Nacional Minero—Geológico tuvimos acceso a los estereogramas obtenidos de la Spartan Air Services S.A., escala 1:50.000 (1968), en los que se estudió una vista de conjunto de la región y se delimitaron las zonas arqueológicas. Las fotografías habían sido tomadas en vuelos a 12.000 metros de altura de modo que sólo podíamos apreciar los yacimientos de mayor magnitud. De allí surgió la necesidad de fotos de escala mayor con el fin de conseguir una observación más precisa de los sitios arqueológicos. Solicitamos para ello la colaboración de la Dirección Provincial de Aeronáutica, la que nos facilitó un helicóptero Bell Ranger II para el rastreo y localización de los sitios de interés. Recorrimos el departamento de Tafí hasta las Cumbres Calchaquíes en vuelos a diferentes horas y a distintas alturas, para lograr la utilización efectiva de la aerofotografía en las investigaciones arqueológicas.

Prospección

Regional: la prospección general facilitada por el empleo del avión, el helicóptero y la aerofotografía, además de prospecciones directas, permitieron delimitar la región precisa de nuestras investigaciones, es decir el valle de La Ciénega como parte del conjunto más amplio que comprende también Ancajuli, San José de Chasquivil, Anfama, La Aguadita y las cumbres del Mala Mala.

Local: esta fase se realizó mediante fotografías aéreas en vuelos de baja altura (100, 300 y 500 m), con el fin de localizar detalles de los patrones de poblamientos. Se incluye un croquis de los sitios relevados a lo largo del río de La Ciénega.

La prospección directa se efectuó desde la confluencia del arroyo del Alisito y del de Los Gringos en dirección sur hasta Los Cuartos, donde nace el río de La Ciénega. En el morro entre el arroyo del Alisito y el de las Bolutas, donde Adán Quiroga ubicaba el Grupo de la Familia se relevó una estructura habitacional compuesta de once recintos; localizamos allí conanas y cerámica en superficie del denominado tipo Tafí. Cercano a ella una gran depresión evidenciaba una antigua estructura de la cual se habían sacado las piedras de las paredes para destinarlas a la construcción de corra-

les modernos. En la margen derecha entre el arroyo de los Gringos y el de la Jampa, desde la casa de Florencio Mamani, las estructuras suben en forma permanente hacia la mesada del Arcayuyo, peña La Colca donde se encuentra la Piedra Campana y peña La Zorra. En la margen izquierda, inmediato a la casa de Don Jerónimo Mamani, se localizaron también restos que comprendían piedras dispuestas en semicírculo con espacios intermedios. Se hizo una amplia y minuciosa recolección en superficie de cerámica y material lítico.

Continuando en dirección Sur nos encontramos con la lomada de El Puentequito, en cuya cima está situado el yacimiento que fue elegido para realizar nuestros trabajos de excavación y del que nos ocuparemos más adelante. Hacia el Oeste en el bordo de El Azafranal aparecen círculos de mediano y gran tamaño aislados y agrupados. Desde allí las construcciones suben por el morro de Las Bolsitas, la cuchilla de Los Terneros hacia el cerro La Horqueta, donde se localizó "La Cueva", y más al Sur, por la mesada de Los Guanaqueros llegan hasta las alturas del Kente, del cual menciona Quiroga importantes ruinas a las que da la categoría de "Pueblo del Kente", las que fueron relevadas aerofotográficamente.

En la margen derecha desde el arroyo de la Casa Vieja hacia el Sur, sobre las lomadas de El Filito y las de la Casa Vieja subiendo hacia las cumbres del Mala Mala hay grupos de estructuras circulares de distinto tamaño.

En la margen opuesta del río, en el llano de El Regao hay un nucleamiento de variados restos que comprenden desde grandes estructuras habitacionales, amplios espacios pircados en líneas curvas, piedras enterradas en semicírculo, otras ubicadas a manera de jambas incluidas en el círculo y abundantes conanas. Suben desde allí hacia las elevaciones de El Caranchi.

En la margen derecha pasando el arroyo de Doña Ediviana se observaron construcciones inmediatas a la casa de José Lizardo Aybar que ascendían en forma rítmica hacia la cuchilla de La Bolsa, donde los lugareños sitúan el Pilar del Oro. Las construcciones del pie de la loma se diferencian en su disposición de las restantes. Se observan círculos y también espacios encuadrados en líneas rectas.

En la orilla izquierda, las construcciones que se detectaron fueron realizadas estructurando las paredes alrededor del basamento natural rocoso y como en las anteriores los restos ascendían hacia los morros de El Ciéneo y de La Pirgua. En superficie se observó gran cantidad de esquirlas de cuarzo y láminas de mica.

En forma similar, las construcciones se prolongan por ambas márgenes del río hasta llegar a un apretado conjunto conocido con el nombre de

la Ciudad Antigua, donde Quiroga ubica el puesto de la Quesería, y actualmente es para los lugareños el puesto de Terán. Allí se exhumó un menhir que alcanza 2 m. sobre el nivel actual del suelo.

Desde el grupo de Las Ollitas, cercano a la casa de Don Borjas Cruz, paulatinamente las construcciones empiezan a disminuir a través de la quebrada del Tío Borjas, la zanja La Cruz hasta llegar a la casa de Polo Díaz, fin del valle de La Ciénega. De allí en adelante, por Encima la Cuesta, y en dirección Sur sólo esporádicamente se encuentran restos arqueológicos.

Trabajo de excavación

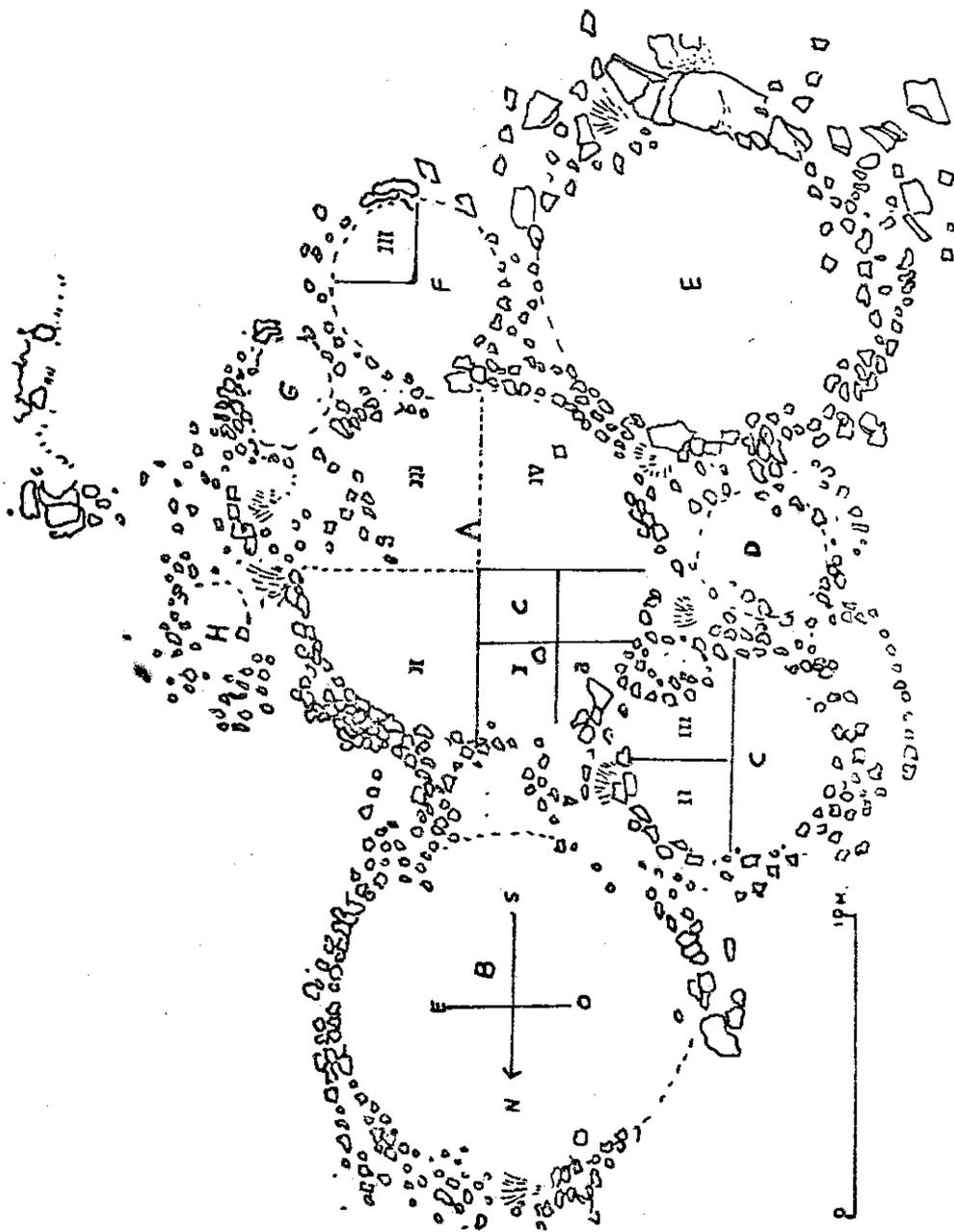
El sitio elegido para iniciar el mismo fue El Puentequito, lomada de unos 300 m. de altura entre los arroyos de El Poncho Blanco y el de La Margá Vieja, tributarios del río de La Ciénega por su margen izquierda. Las cuchillas próximas son las de El Puentequito, hacia el Este, con el que nominamos el lugar y la cuchilla de La Aujeriada hacia el Sur.

Teniendo en cuenta la naturaleza del sitio a trabajar, compuesto de ocho recintos y conociendo nuestras limitaciones de tiempo y económicas decidimos seleccionar los lugares a excavar. Optamos por el recinto A, por su situación de privilegio con respecto a los otros recintos y por haber percibido en superficie la posibilidad de comunicación con los otros. Se seleccionó el C por su menor diámetro y por poseer la pared medianera con A. Idéntico criterio fue el empleado con el F, pero en este caso además nos interesaba la posición del mismo, ya que desde él se dominaba el valle hacia el Sur.

Cada uno de estos recintos fue dividido en cuatro sectores y a su vez éstos en subsectores. (Ver croquis 1)

No se usó la cuadrícula determinada con exactitud puesto que nos enfrentábamos con estructuras habitacionales cuyos muros iban a configurar nuestra metodología de campo. Consideramos por lo tanto que las subdivisiones empleadas participaban de las características de las cuadrículas que se emplean en una excavación en área y no presentaban dificultad con respecto a las paredes.

Se siguió el procedimiento de excavación por niveles artificiales de 0,20 m. por considerarlo material de relleno. En tres de los subsectores se zarandeó la tierra en vistas a recuperar los objetos más pequeños que pudiera contener. El catálogo de campo se confeccionó mediante el sistema aconsejado por Evans y Meggers.



Croquis N° 1

Las tres primeras capas son semejantes. Presentan humus, elementos vegetales y animales, fragmentos de cuarcita rosada y blanca, laminillas de mica y cerámica.

El Puentecito S. I-A-I-a

A los 0.70 m. de profundidad encontramos el piso muy compactado, nivel donde termina el muro de piedras. Localizamos un fogón a 0.90 m. de la pared Oeste, formado por piedras de mediano tamaño. Un segundo fogón situado a 0.95 m. de profundidad casi junto a la pared Este del subsector había sido igualmente delimitado con piedras; de su interior se rescataron fragmentos de hueso anchos y planos (posiblemente costillas de auqué-nidos) algo calcinados y fragmentos de cerámica. Un tercer fogón apareció en el VII nivel (1.20-1.40 m.) que se extendía por debajo de la línea ocupada por la pared medianera de los recintos A y C. De cada uno de estos fogones se obtuvieron muestras para ulteriores fechados radiocarbónicos.

El Puentecito S. I-A-I-c

La capa IV nos da la primera evidencia de carbón en este subsector. En la misma se exhuma un menhir de 1.26 m. de alto, de sección semicircular que yacía horizontalmente a escasa distancia del centro del recinto. Se recoge un trozo de obsidiana.

El Puentecito S. I-C-II

A los 0.70 m. de profundidad en el piso de la habitación se ve bosquejado un círculo de 0.95 de diámetro ubicado a 1 m. del muro Este. Al ser trabajado se evidenció una construcción poliédrica truncada invertida de piedra, cuya base era otra piedra plana de 0.46 m. de diámetro. Está formada por 7 piedras, su profundidad es de 0.60 m. y se nota gran cuidado en su ejecución. Es similar a la descrita por Stig Rydén (18, p. 122-123).

El muro medianero entre los recintos A y C debió haber alcanzado una altura aproximada de 2 m., de los que aún se conservan en pie 1.10 m. Es de 0.60 m. de ancho y ha sido construido sin intermediario.

El Puentecito S. I-C-III

El único dato digno de mención es que a los 0.70 m., como en los demás sectores excavados se encontró el piso correspondiente al último nivel ocupacional.

El Puentecito S. I-F-III

En el IV nivel y a 0.70 m. de profundidad llegamos a un suelo diagé-

nico de arenisca cuarzosa amarillenta, formación que compone el piso de este sector. A esa profundidad y a 0.80 m. del muro Sur se descubrió una cavidad de 0.80 m. de diámetro y 0.60 m. de profundidad en forma de tronco de cono con fondo cóncavo de 0.26 de diámetro, excavada en la formación sedimentaria ya señalada.

Material cerámico

TIPOS

Roja paredes gruesas (Tipo I)

Espesor: 11 mm.

Composición: arcilla limosa fina.

Antiplástico: clastos de cuarzo y escamas de mica blanca

Textura: compacta

Fractura: regular

Cocción: oxidante

Superficie: exterior e interior alisadas

Roja paredes medianas (Tipo II)

Espesor: 7 mm.

Composición: limo arcilloso

Antiplástico: clastos de cuarzo de 1 a 3 mm. de diámetro promedio, escamas de biotitas de hasta 1 mm. de diámetro.

Textura: porosa

Fractura: casi regular

Cocción: Oxidante defectuosa

Superficie: exterior alisada e interior tosco

Roja paredes delgadas (Tipo III)

Espesor: 4 mm.

Composición: arcilla limosa

Antiplástico: clastos finos y medianos de cuarzo y escamas muy finas de mica.

Textura: casi compacta

Fractura: regular

Cocción: oxidante

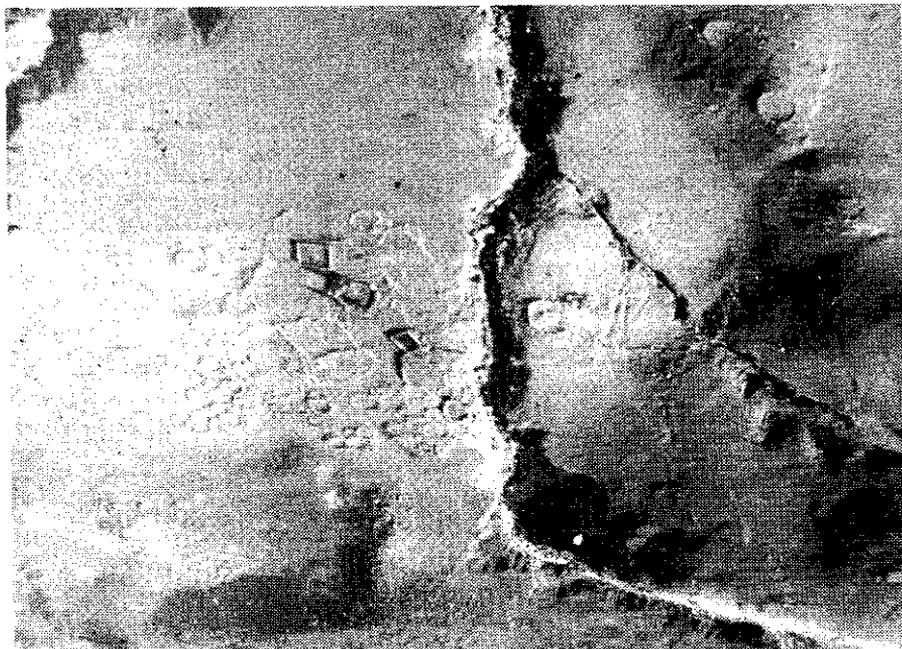
Superficie: exterior e interior muy alisadas, a veces casi pulidas.

Roja pintada (Tipo IV)

Espesor: 6 mm.

Composición: arcilla limosa

Antiplástico: clastos finos y medianos de cuarzo



1. Grupo de recintos pircados de la "Ciudad Antigua", La Ciénega. Tafi - Tucumán. (Fotografía aérea).



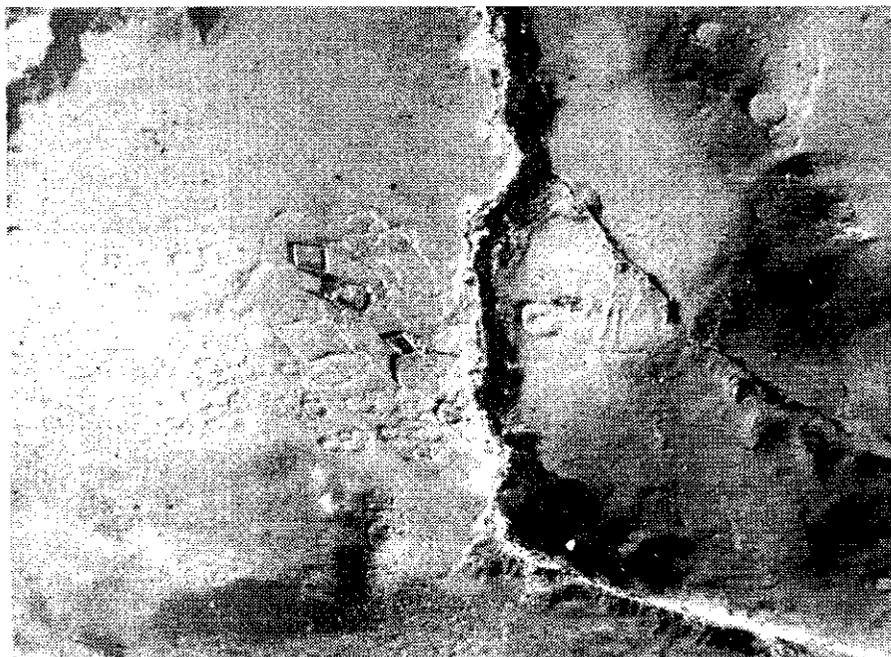
2. La "Ciudad Antigua" desde un ángulo diferente. La Ciénega - Tafi - Tucumán. (Fotografía aérea, visión oblicua).



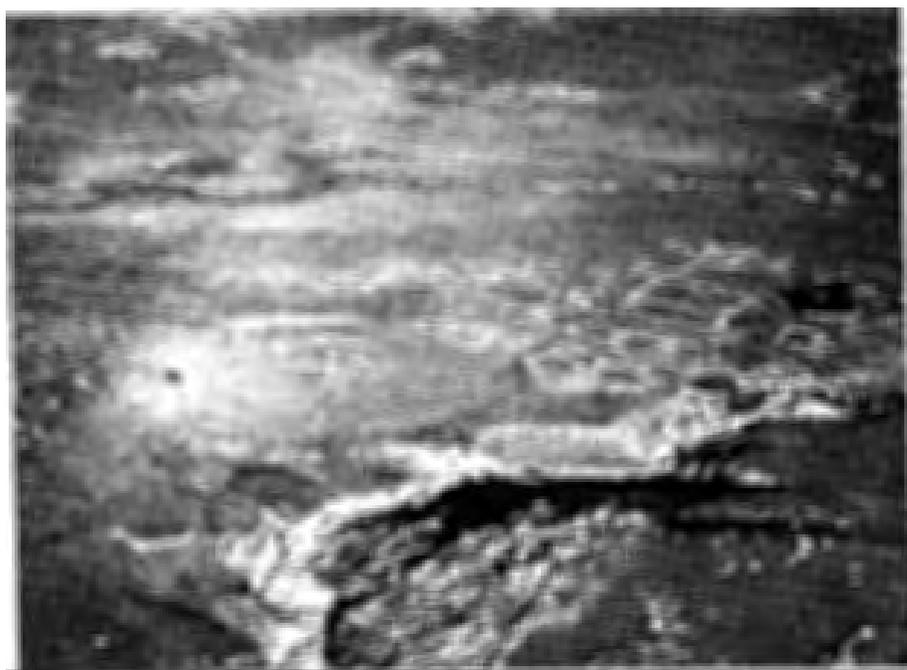
3. *El Puentequito. La Ciénega - Tafí - Tucumán.*



4. *El Puentequito: sector excavado del patio central.*



1. Grupo de recintos pircados de la "Ciudad Antigua", La Ciénega. Tafí - Tucumán. (Fotografía aérea).



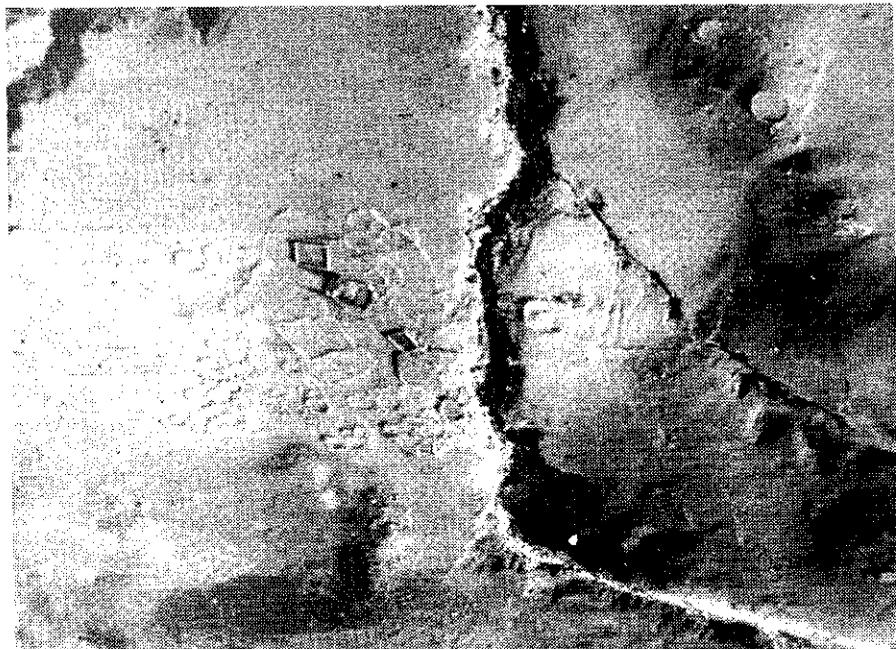
2. La "Ciudad Antigua" desde un ángulo diferente. La Ciénega - Tafí - Tucumán. (Fotografía aérea, visión oblicua).



3. *El Puentecito. La Ciénega - Tafi - Tucumán.*



4. *El Puentecito: sector excavado del patio central.*



1. Grupo de recintos pircados de la "Ciudad Antigua", La Ciénega. Taquí - Tucumán. (Fotografía aérea).



2. La "Ciudad Antigua" desde un ángulo diferente. La Ciénega - Taquí - Tucumán. (Fotografía aérea, visión oblicua).



5. *El Puentecito: menhir localizado en el centro del patio. La Ciénega.*



6. *El Puentecito: recinto C: posiblemente se trate de un reservorio de agua.*



7. *El Puentequito: muro Oeste del recinto C.*



8. *El Puentequito: improntas de cestería en un fragmento de cerámica.*

Textura: porosa
Fractura: regular
Cocción: oxidante defectuosa
Superficie: exterior pulida pintada de rojo e interior alisada

Gris paredes medianas (Tipo V)

Espesor: de 4 a 8 mm.
Composición: arcilla limosa
Antiplástico: clastos de cuarzo de 1 a 3 mm., predominando este último
Textura: porosa
Fractura: regular
Cocción: reductora defectuosa
Superficie: exterior e interior alisada

Gris ceniza (Tipo VI)

Espesor: 4 mm.
Composición: limo arcilloso
Antiplástico: cuarzo muy fino de 1 mm. y mediano hasta 3 mm. Abundante mica.
Textura: porosa
Fractura: regular
Cocción: reductora
Superficie: exterior pulida e interior alisada.

ESTADISTICA DEL MATERIAL CERAMICO

<i>El Puentecito</i>	<i>Los Corrales</i>	<i>La Cueva</i>
Tipo I — 0.0370/o	Tipo II — 0.6240/o	Tipo I — 0.1420/o
Tipo II — 0.2190/o	Tipo III — 0.0500/o	Tipo II — 0.4280/o
Tipo III — 0.3450/o	Tipo IV — 0.0680/o	Tipo V — 0.4280/o
Tipo IV — 0.1930/o	Tipo V — 0.2500/o	
Tipo V — 0.0910/o	Tipo VI — 0.0080/o	
Tipo VI — 0.1130/o		

Material lítico

El material lítico obtenido en El Puentecito durante la excavación del S.I se semejante al recogido en superficie en un amplio sector de Los Corrales. La materia prima empleada con mayor frecuencia es la cuarcita blanca y rosada. La talla ha sido por percusión, los instrumentos —en su mayor parte sobre lascas— han sido igualmente realizados por retoques a percusión. Dicho retoque es escaso, apenas lo imprescindible para configurar el útil. El resto de la lasca carece casi por completo de retoque de acondicionamiento.

Las raederas simples se clasificaron en cóncavas, rectas (laterales y laterales) y convexas. Las dobles en laterales, recta—convexa, cóncava—convexa y cóncava—recta. Generalmente retoque escamoso y menos frecuente el escamoso escalonado.

Los buriles se clasificaron en: sobre láminas fracturadas, doble de ángulo y de eje. Entre los raspadores y perforadores los hay típicos y atípicos. Entre las muescas aparecen las efectuadas por retoque múltiple y fino (muesca verdadera) y las producidas por un solo golpe de percusión (muesca clactoniense).

TIPOLOGIA Y ESTADISTICA DEL MATERIAL LITICO.

El Puentecito

Núcleos.	0.026 o/o
Cuchillos dorso natural	0.019 o/o
Muecas.	0.019 o/o
Raspadores.	0.006 o/o
Raederas.	0.019 o/o
Lascas retocadas.	0.291 o/o
Lascas sin retoque.	0.602 o/o

Los Corrales

Núcleos.	0.008 o/o
Percutores.	0.029 o/o
Bifaces.	0.012 o/o
Monofaces.	0.008 o/o
Cuchillos dorso natural. .	0.012 o/o
Denticulados.	0.016 o/o
Muecas.	0.046 o/o
Raspadores.	0.008 o/o
Raederas.	0.134 o/o
Perforadores.	0.020 o/o
Buriles.	0.012 o/o
Lascas retocadas.	0.393 o/o
Lascas sin retoques.	0.255 o/o

En La Cueva se recolectó cuarcita desbastada y en una lasca se notó evidencia de retoque.

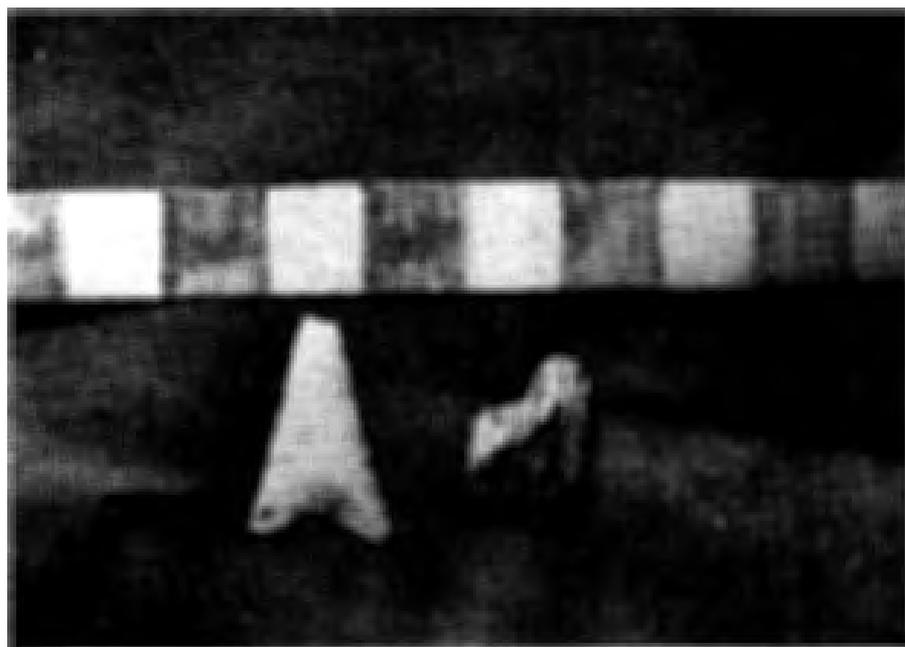
ANALISIS DE MATERIAL BIBLIOGRAFICO

Creemos tener una respuesta con nuestras investigaciones en La Cié-nega a la pregunta que Alberto Rex González (9) formula en p. 311 cuando expresa, si contemporáneos a los restos de Tafi “no había trazos de otras culturas en los valles aledaños de Tafi?”

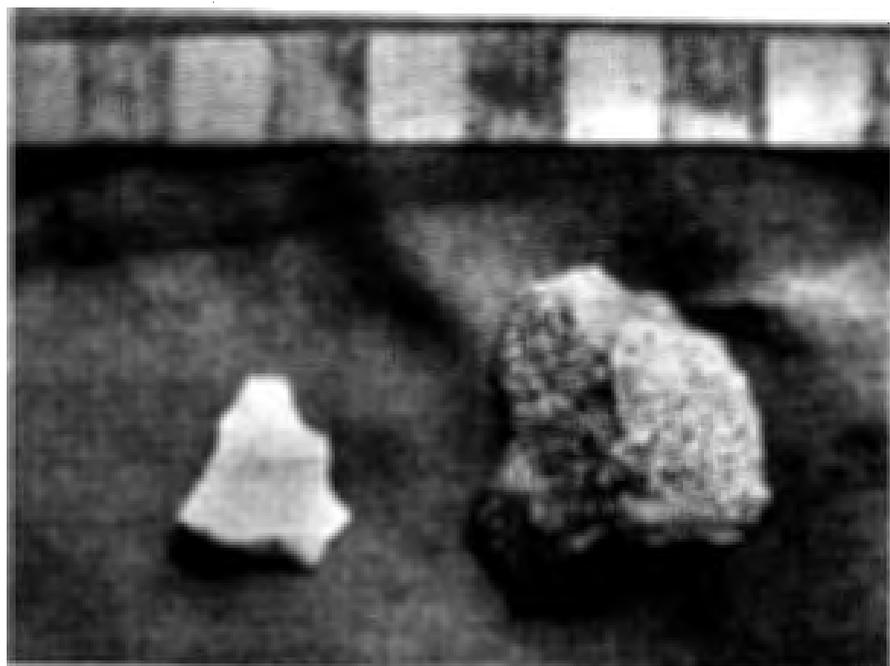
Teniendo en cuenta la cerámica Candelaria recogida y la ausencia de cerámica policroma de El Puentecito, Los Corrales y La Cueva, tenemos base para la ubicación de nuestros restos culturales en el tiempo acorde con lo indicado por González (9, p. 313): “Aparentemente, el centro Candelaria, sin decoración policroma, sería el más antiguo; pero ésto requiere rigurosas comprobaciones en el terreno.”



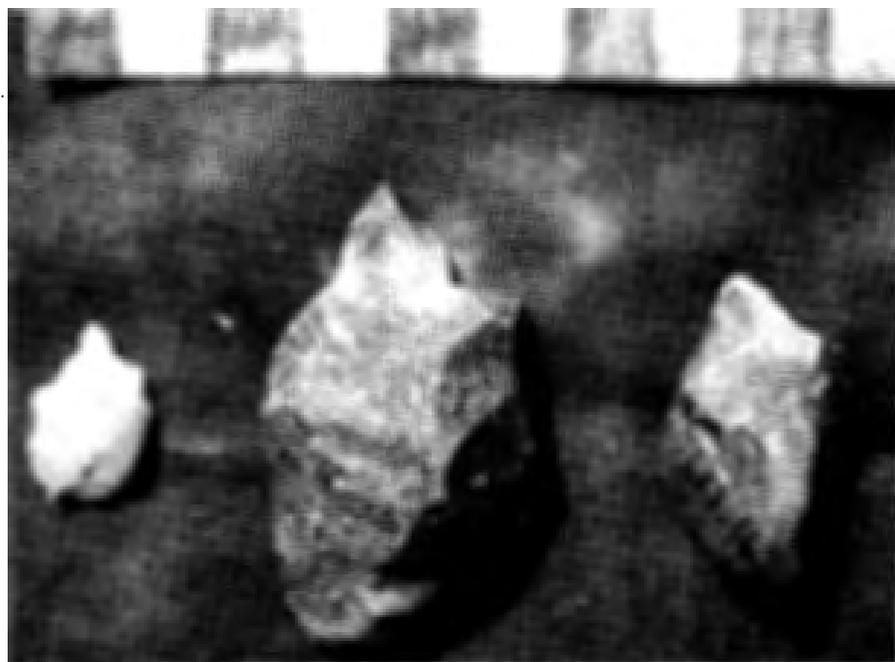
9. El Puentequito: Torteros en cerámica.



10. El Puentequito: Fragmentos de puntas de proyectil.



11. El Puentequito: muesca y denticulado.



12. El Puentequito: perforador, monofaz y lasca.

Si bien este autor (9, p. 310-311) nomina como intrusiva a la cerámica que aparece junto a la típicamente Tafi y a la que a título puramente tentativo la llama Candelaria I, no dejamos de tener en cuenta lo expuesto por Osvaldo R. Heredia (13, p. 391) cuando acepta para Candelaria I, Facie El Mollar, "su separación en un período con valor cronológico propio, ya que su presencia en Tafi necesariamente debe ser considerada como intrusiva dadas las pocas similitudes tipológicas con la cerámica local. Estas similitudes se dan, en cambio, con materiales típicamente Candelaria que nosotros consideramos posteriores y que caracterizan al período siguiente." Con respecto a este último párrafo nos quedan interrogantes que en posteriores investigaciones trataremos de resolver por cuanto en todos los niveles de El Puentequito aparece material Candelaria y en los superiores coexisten el Candelaria y el denominado Tafi.

En lo que respecta a nuestro yacimiento de La Ciénega no compartimos lo afirmado por Antonio Serrano (20, p. 38) cuando dice que "Candelaria I sincronizado con Tafi, sería independiente de la cultura de la Candelaria".

Osvaldo R. Heredia (12, p. 121-122) da cuenta del hallazgo de un menhir, y anota que "la filiación Candelaria de este sitio resulta incuestionable de acuerdo a la gran cantidad de cerámica correspondiente a esa cultura. . . El único elemento excepcional en el contexto Candelaria, según ya lo hemos apuntado, es el menhir grabado". El panorama que tenemos en La Ciénega es la presencia de cerámica Candelaria en tres niveles ocupacionales y un menhir en el tercero. Al respecto cabe apuntar también el hallazgo de un menhir en el valle del Río Medina, por Pedro Krapovickas (14, p. 111).

CONCLUSIONES

1) *Patrón de poblamiento*

Variadas estructuras circulares de piedra. a) Círculos aislados; b) Grupos de círculos aislados unos de otros, compuestos por círculos tangenciales de diámetro y número diferente. Ej. los encontrados en el sector Norte del valle, es decir desde el arroyo del Alisito hasta el de la Manga Vieja; c) Conjuntos habitacionales densos donde se combinan las formas a) y b). Ej. la Ciudad Antigua; d) Grutas. Ej. La Cueva, ubicada por nosotros en las lomas que desde el bordo de El Azafranal suben hacia el Pabellón. También hay estructuras en cuadradas en muros rectos.

En lo referente a la ocupación del sitio el hallazgo de los tres fogones a niveles diferentes corrobora la existencia de tres momentos ocupacionales.

En cuanto a la construcción anotamos la perfección de los círculos

que componen las estructuras, el proyecto previo a la elaboración de los mismos, evidencia reflejada también en el cuidado con que se los ha construido.

2) *Economía*

Los datos que apuntan hacia la organización económica son los aportados por la presencia constante de morteros, de formas y tamaños diversos que indican una significativa labor de molienda.

No obstante el número considerable y constante de morteros en todo el valle, en nuestro trabajo de prospección no se ha observado la presencia de terrazas de cultivo, y aún en la actualidad las posibilidades agrícolas son limitadas. Llama la atención el poco espacio que pudo haber sido destinado a cultivos comparado con la densidad de población que ocupó el valle en un momento dado, lo que nos lleva a deducir que la base de la alimentación, tal como sucede en la actualidad, fue la ganadería complementada subsidiariamente con los pequeños cultivos familiares o de grupos, hecho observado entre los actuales pobladores.

Las construcciones circulares exhumadas dentro de los recintos C. y F, aunque diferentes en su factura debieron cumplir idéntica función: depósitos. Aunque Rydén (18, p. 122-123) desconoce su uso, la del recinto C creemos que fue usada como reserva de agua, idea corroborada por la impermeabilidad dada al recipiente con el uso de una arcilla muy plástica que ligaba los bloques. Creemos que pueden ser datos que apoyen nuestra posición el hecho de que en invierno el lugar se cubre de nieve, que los arroyos tributarios se descongelan los días de fuerte insolación y que la distancia del sitio a los cursos de agua no es despreciable.

Las características de la cavidad exhumada en el recinto F, en cambio, nos lleva a pensar en un uso diferente por la permeabilidad del material (arenisca cuarzosa). Podría haber servido de silo para contener granos. Respecto a ambas construcciones señalamos su ubicación en recintos de menor diámetro en comparación con otros de la estructura. Ello permitiría deducir que por sus dimensiones eran factibles de ser techados.

Dentro de este panorama económico corresponde incluir el hallazgo de huesos de auquénidos. Por otra parte, la presencia en el lugar de puntas pequeñas con retoque a presión evidencian su actividad de caza.

3) *Religión y organización social*

Los menhires ubicados en el centro de los círculos, generalmente en los de mayor tamaño, nos dan pie para conjeturas de orden religioso o referencias socio—políticas dignas de ser tenidas en cuenta. También los en-

tierras exhumados por Quiroga proporcionan pautas sobre sus creencias y su organización social.

4) Técnicas y tipología

Cerámica: Presencia de cerámica Santamariana en los niveles superiores en escasísima proporción. Cerámica del tipo Tafí y coexistiendo con ambos, cerámica Candelaria, que se continúa hasta el nivel VII, recinto A, lo que permite afirmar su mayor antigüedad en el lugar.

Lítico: cuarcita blanca y rosada desbastada, instrumental reducido, pequeñas puntas de proyectil de base escotada, hachas pulidas de cuello incompleto (3/4), morteros individuales y colectivos, y menhires.

Textil: torteros.

Costería: improntas localizadas en la cerámica, posiblemente del pasto de la región vulgarmente conocido como "aibe", *Sporobolus indicus* (L) R. Brown.

EN RESUMEN: Evidencia de filiación con la cultura Tafí y especialmente Candelaria. Dos primeros niveles de ocupación Candelaria, cuyas dataciones serán posibles una vez realizados los análisis del C14, y un nivel —el que sigue inmediatamente— con características semejantes a la clasificada como Tafí. La conexión con esta cultura se da particularmente en lo que respecta a su patrón de poblamiento.

BIBLIOGRAFIA

- (1) Bennett, Wendell C.; Bleiler, Everett F. y Sommer, Frank H. Northwest Argentine Archeology. New Haven, Yale University publications in Anthropology n° 38-39, 1948.
- (2) Boman, Eric. *Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama*. Paris, Imprimerie Nationale, 1908.
- (3) Bregante, Odilla. *Ensayo de clasificación de la cerámica del Noroeste Argentino*. Buenos Aires, Angel Estrada, 1926.
- (4) Bruch, Carlos. *Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca*. Buenos Aires, Coni, 1911.
- (5) Campanella, Andrés. *Enterratorios de adultos en urnas en la Región de la Toma, Departamento de Trancas (Tucumán) y nuevos paraderos en sus alrededores*. Tucumán, Boletín del Museo de Historia Natural de la U.N.T., T. II, 1936.

- (6) Col. Juan. *El cuerpo intrusivo Norte de las Cumbres de Tafí y de Mala Mala*, 1970.
- (7) Gomez Omil, Dolores; Barbieri de Santamarina, Estela y Rohmeder, Guillermo. *Tres contribuciones a la climatogeografía de Tucumán*. Tucumán, Institutos de Estudios Geográficos, Facultad de Filosofía y Letras, 1947.
- (8) González, Alberto Rex, y Nuñez Regueiro, Victor A. *Preliminary report on Archaeological Research in Tafí del Valle, N. W. Argentina*. XXXIV Congreso Internacional de Americanistas. Viena, 1960.
- (9) González, Alberto Rex. *Nuevas fechas de la Cronología Arqueológica Argentina obtenidas por el método de radiocarbón (IV)*. Resumen y perspectiva. Córdoba, Revista del Instituto de Antropología, U.N.C., 1960.
- (10) González, Alberto Rex. *Las tradiciones alfareras del período Temprano del Noroeste Argentino y sus relaciones con las de áreas aledañas*. Antofagasta, Anales de la Universidad del Norte, n° 2, 1963.
- (11) Heredia, Osvaldo R. *Investigaciones arqueológicas en La Candelaria, Departamento La Candelaria, Provincia de Salta*. Comunicación al XXXVII Congreso Internacional de Americanista. Mar del Plata, 1966.
- (12) Heredia, Osvaldo R. *Excavaciones arqueológicas en San Pedro de Colalao, Departamento de Trancas, Provincia de Tucumán*. Anales de Arqueología y Etnología, T. XXIII. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, U.N.C., 1968.
- (13) Heredia, Osvaldo R. *Consideraciones sobre el contexto y la cronología de la cultura Candelaria*, en *Ciencia e Investigación*, 1969.
- (14) Krapovickas, Pedro. *Arqueología de Alto de Medina, Provincia de Tucumán, República Argentina*. Concepción, Chile, Universidad Nacional de Concepción, 1968.
- (15) Quiroga, Adán. *Ruinas de Anfama. El pueblo prehistórico de La Ciénega*. Boletín del Instituto Geográfico. Tomo XX. Buenos Aires, 1899.
- (16) Rohmeder, Guillermo. *Bosquejo fisiogeográfico de Tucumán*. Tucumán, Instituto de Estudios Geográficos, Facultad de Filosofía y Letras, 1945.
- (17) Ruiz Huidobro, Oscar J. *Contribución a la geología de las cumbres calchaquíes y sierra del Aconquija (Tucumán-Catamarca)*, en *Actas Lilloanas*. Tucumán, Universidad Nacional de Tucumán, 1966.
- (18) Rydén, Stig. *Archaeological researches in the department of La Candelaria, provincia Salta, Argentina*. *Etnologiska Studier*, Vol. 3. Göteborg, 1936.
- (19) Serrano, Antonio. *Investigaciones arqueológicas en el Valle del Río San Francisco (Provincia de Jujuy)*. Salta 1962.
- (20) Serrano, Antonio. *Líneas fundamentales de la Arqueología salteña*. Salta 1963.
- (21) Schreiter, Rodolfo. *La civilisation de "La Candelaria" et son extension dans la province de Tucumán*. En *Journal de la Société des Americanistes*, Vol. XXVI, Paris 1934.

NUEVAS CONSIDERACIONES SOBRE LA IRRIGACION ARTIFICIAL PRECOLOMBINA DE MENDOZA

ENRIQUE MAYNTZHUSEN

Los muchos hallazgos arqueológicos de los últimos años hacen presumir que el Mendoza precolombino estaba muy poblado; en cambio la opinión generalizada considera que la población de Cuyo ha sido poco numerosa. Esa discrepancia es llamativa; puede conducir a interpretaciones erróneas y debe aclararse. Afortunadamente tenemos algunos datos históricos sobre la antigua población de Mendoza:

En una relación del gobernador de Chile, Don García Hurtado de Mendoza, al rey de España, anunciándole la conquista de Cuyo, dice: "Teniendo noticia que detrás de la Cordillera había "una provincia que se llamaba de Cuyo, *de mucha gente*, que había "sido sujeta al Inca. . ." (Verdaguer, 1920 p. 27).

El cronista P. Diego de Rosales nos trae el dato de que "en esta provincia (Cuyo) ubo a los principios veintemil indios "reducidos y repartidos en encomiendas" (Canals Frau, 1946, p. 51).

El P. Luis de Valdivia en el prólogo de su obra dice:

"En la provincia de Cuyo se hablaban muchas lenguas, las más generales eran dos" (Canals Frau, 1946, p.100), de lo cual inferimos que había muchas parcialidades y por consiguiente una población numerosa.

Lo antedicho son datos directos sobre la población, pero también existen indirectos como por ejemplo la gran cantidad de pleitos que se suscitaron entre los encomenderos referidos a la pertenencia de indios, los muchos caciques mencionados y los muchos nombres de acequias. Además, los Españoles de Chile estaban muy ocupados en sus guerras con los indígenas y no hubieran destacado gente para conquistar tierras de poco valor y donde no existía oro; la razón era justamente la gran cantidad de mano de obra que hacía falta en Chile.

Queda pues aclarado que la población cuyana era numerosa al irrumpir los Españoles, y que la opinión en contrario tan generalizada parece estar equivocada.

La irrigación artificial está relacionada con la población y no es de extrañar que se considera que era precaria, con unas pocas acequias en la proximidad de agua disponible. Sin embargo se han constatado restos de antiguos canales distantes unos cinco kilómetros de su fuente de agua, el río Mendoza, como también asentamientos agrícolas a mucha mayor distancia. A continuación algunos datos históricos:

En el archivo de Santiago de Chile correspondiente a los años 1562/64 se guarda una merced del Cabildo de Mendoza a favor de Francisco Ortiz de Urbina de una chacra a cinco leguas de la Ciudad en la Acequia Madre del Río (Juan Luis Espejo, 1957). La palabra "acequia" significa un canal por donde se conducen las aguas para regar (Real Academia), y la "acequia madre" sería por consiguiente un curso artificial del cual nacen hijuelas o sean acequias menores. La expresión "del Río" a secas expresa que se trata del río principal o sea el río Mendoza. Existía pues en aquellos tiempos una acequia principal que, partiendo del río Mendoza, llegaba hasta la ciudad de Mendoza y de la cual salían otras acequias menores. Debemos pues inferir que estamos en presencia de un sistema de irrigación de gran envergadura.

Otra mención, más reciente, encontramos en el informe de José A. Palacios, Ministro de Real Hacienda en Mendoza, al Marqués de Sobremon- te de fecha 14 de Diciembre 1791 (Draghi Lucero, 1952) cuyas partes correspondientes dicen:

"No conocemos en esta provincia, monumento alguno enderezado al ramo de Agricultura mas que la principal Acequia que se saca de este Rio, a distancia de siete leguas cuya toma algo mas arriba de donde al presente se recibe el agua es generalmente conocida con el nombre de "Toma del Inca", desde donde conducían el agua necesaria los naturales que poblaban este suelo en el que aun permanecen otras acequias hijas de la principal conocidas por los nombres de

aquellos indios como la de Guaymallén, Tabalqui y otras por el estilo. No se sabe con que erramienta las abrieron pero cualesquiera que fuese debía ser fuerte para el fin.”

Si bien el informante no concibe cómo los indígenas pudieron abrir los canales, acepta como seguro que ellos lo hicieron.

Estos dos datos históricos se refieren sin duda al hoy en día llamado Canal Caci que Guaymallén, cuya primitiva construcción data por consiguiente de tiempos prehispánicos. Para su construcción los naturales habrán aprovechado desniveles de terreno ya existentes y seguramente no hicieron el canal de una sola vez, sino mediante prolongaciones sucesivas de acuerdo con el aumento natural de su población o con la llegada de nuevos contingentes que se incorporaron al sistema. En Mendoza ya debían existir grandes sistemas de irrigación a fines del primero o principios del segundo Milenio (Mayntzhusen, 1958), de manera que varias generaciones podrían haberse dedicado a estas prolongaciones. La construcción del canal en esta forma se explica fácilmente y no hay necesidad de recurrir a un inverosímil “Brazo del Río”. Las prolongaciones sucesivas son una forma natural de extender un sistema de irrigación, igual como se practica todavía hoy en día. Estas prolongaciones se hacen en línea más o menos recta y su dirección es generalmente perpendicular a la pendiente general del terreno para poder aprovechar mejor el agua. Todo esto está dado en el Canal Caci que Guaymallén y no puede dudarse de que siempre fue artificial.

Esto implica por lógica que las tierras situadas entre el río y la ciudad de Mendoza también estaban cultivadas. Lo confirma ya la Merced que mencionamos más arriba, pues la chacra en cuestión se encontraba a dos terceras partes de distancia desde la ciudad hasta el río o sea a unos veinte kilómetros. Francisco Ortiz de Urbina será idéntico con Francisco de Horbina, el escribano quien junto con Pedro del Castillo firmó el acta de fundación de Mendoza (Verdaguer, 1920 p. 261). El mismo se habrá reservado tierra en buena posición y no alejada de todo el mundo. El conjunto de lo regado por este sistema de irrigación formaba el así llamado Valle de Güentota.

Ya en tiempos coloniales se atribuyen a los Incas las obras de riego o por lo menos su mejoramiento. Es sabido que los Incas dominaron el Valle de Uspallata así como gran parte de la Cordillera con los pasos que enlazan Chile con la Argentina, pero no existe constancia de que ellos controlaran los sistemas de irrigación del llano, es decir del curso medio del río Mendoza; tampoco se conocen restos arqueológicos en este sentido. La creencia de que los Incas hubieran construido o mejorado la irrigación del llano se debe seguramente a una mistificación involuntaria que ya se produjo poco después de la conquista: La ocupación Española tenía por fin principal hacerse de mano de obra que escaseaba en Chile y en cambio a-

hundaba en Cuyo. Los naturales fueron obligados a cumplir su mita en Chile y existen muchos datos de la forma inhumana con que procedían los nuevos dueños. La mortandad era grande tanto en el trayecto sobre los Andes como en el trabajo forzado y había muchos indígenas que, una vez en Chile ya no pudieron volver a sus pagos. A esto hay que agregar la mortandad por enfermedades que los Españoles introdujeron y a los cuales muchos nativos sucumbieron por falta de la resistencia necesaria. Dentro de pocos años habría desaparecido la mitad de la población cuyana y el resto no podía mantener en debida forma sus sistemas de irrigación, presentándose por consiguiente harapientos y de aspecto inferior. Los Españoles no concibieron que esta gente pudiera haber hecho obras mancomunadamente y así surgió la idea infundada de que los Incas habrían intervenido en sus obras de irrigación. Si el informe arriba insertado del año 1791 menciona una "Toma del Inca" podemos concluir que esta data de tiempos prehispánicos; pero la intervención incaica es, a mi juicio, problemática.

El clima de Mendoza nunca ha permitido una agricultura en seco por falta de las precipitaciones necesarias. La agricultura debe haber sido importada junto con la irrigación artificial, pues es difícil imaginar que las dos invenciones se hayan hecho allí simultáneamente. Existen dos formas de irrigación: en terrazas y en el llano; la primera en terrenos más o menos desparejos y la segunda en las llanuras con declives reducidos. En Mendoza no conocemos restos de terrazas aunque es posible que también se practicara esta forma de riego. De la irrigación en la llanura existen, aunque pocos, restos inmobiliarios; ya Canals Frau y Semper (1956, p. 176) mencionan rastros de antiguos canales en Agrelo y de mi parte he constatado antiguos canales que corrían perpendicularmente a la pendiente general del terreno (en analogía con la irrigación actual serían canales principales), lo que ha contribuido a su conservación. En cambio las acequias que corren en el sentido de la pendiente se ahondan y ensanchan con las lluvias y no son reconocibles; muchas veces se han transformado en zanjas hondas con barrancas altas.

Un poco al Sud de la calle Brandsen (Perdriel, depto. Luján) y a unos doscientos metros al Oeste del canal Flores apareció en una cantera de tierra un corte transversal mostrando los típicos sedimentos de un canal que corría de Norte a Sud. Este antiguo canal tenía un nivel más alto que el actual canal Flores indicando que su toma se encontraba más río arriba que el Dique Cipoletti y también que sus aguas podrían haber llegado con relativa facilidad hasta el yacimiento de "Agrelo-Patronato".

Otro corte transversal también debido a una cantera de tierra apareció al Sud del "Carril a las Minas" frente al camino que lleva al Parque Petroquímico. También estos indicios de canal indican dirección Norte-Sud y el mismo parece acompañar al paradero Y.P.F.1 que es angosto y se extiende unos 1300 metros hacia el Sud.

También constaté restos de un antiguo canal en el yacimiento Y.P.F. 2 (ver más adelante), esta vez en superficie. Su dirección igualmente es Norte-Sud; y está cortado por dos zanjas de casi dos metros de profundidad y ocho de ancho, lo que indica que el canal existía antes de que se formaron estas zanjas. Las mismas se originan cerca de este lugar, convirtiéndose hacia el Este en zanjas grandes y hondas. Estoy bajo la impresión de que son una evolución de antiguas acequias secundarias que salían del canal mencionado. He podido seguir los trazos del canal por unos quinientos metros. (1)

Los tres canales constatados corrían de Norte a Sud, o sea perpendicularmente a la pendiente general del terreno en Uco Norte (Oeste-Este), lo que concuerda con las apreciaciones arriba vertidas. Los restos de los canales distan del río Mendoza en línea recta: el primero y segundo 2 a 3 kilómetros y el tercero 5 a 6 kilómetros.

Los antiguos canales vienen acompañados de albardones, o sea elevaciones longitudinales, que se forman artificialmente con los embanques de los canales. Los indígenas no tenían desarenadores eficientes en sus tomas de agua y el embanque en los canales ha sido importante, haciendo necesario una continua limpieza para no obstruir la corriente y para que las aguas no sobrepasen el borde de los canales. El producto de esta limpieza se deposita a lo largo de los canales con preferencia en su lado Oeste, formando estas elevaciones longitudinales que al mismo tiempo servían de defensa contra aluviones. Si los canales borran se quedan sus albardones por algún tiempo, ya que son más resistentes a la erosión. Sus bordes occidentales atajan el agua aluvional de crecientes que pueden originarse hasta en los cerros de Potrerillos aportando gran cantidad de sedimentos. (Hoy en día existe un colector que desvía estas aguas al río Mendoza). Las aguas, al disminuir su velocidad, depositan los sedimentos al pie occidental de los albardones, elevando el suelo paulatinamente hasta llegar a la altura de los mismos. En este estado el albardón, si bien muestra una elevación visto desde el Este, está a un mismo nivel con el suelo del Oeste y aparenta una elevación general del terreno. Futuros aluviones sobrepasarán el antiguo albardón, nivelando todo y haciéndole desaparecer con el tiempo.

Es de suponer que la irrigación con agricultura empezó en reducida escala cerca de manantiales y hasta en el lecho del río Mendoza. Ella obliga a cierto sedentarismo, formándose una economía mixta prevaleciendo probablemente la caza y recolección siendo los productos de la agricultura una agradable variación. No sabemos cuándo la irrigación hizo su aparición en Mendoza y tampoco hasta qué medida fue adoptada por la población autóctona.

(1) Durante el verano 1980/81 muchos buscadores de tesoros han aparecido en esta zona y casi todos los vestigios se han borrado.

Humberto A. Lagiglia (1962-68), basándose en análisis de carbono 14, sitúa una agricultura incipiente al principio de la era Cristiana o algo antes. El hallazgo simultáneo de semillas de un árbol que no existe en nuestras latitudes sino en el Norte de Sud América demuestra que aquellas poblaciones no quedaban encerradas en sus contornos si no que estaban abiertas al mundo, facilitándose de este modo la importación del riego/agricultura. La falta de cerámica al comienzo de esta cultura (Atuel II) significaría a mi juicio que la misma población cazadora/recolectora habría agregado a su dieta esta nueva forma de alimentación y que ella no pertenece a una inmigración. Esta adopción de agricultura en pequeña escala habrá influido en la forma de vida de la población, pero sería un cambio que se ha producido lentamente y no en forma pronunciada.

La situación cambia profundamente al aparecer los grandes sistemas de irrigación: *Estos sistemas no pueden desarrollarse a partir de sistemas chicos o medianos y desde un principio deben ser proyectados y ejecutados como grandes sistemas.* El agua tiene que sacarse del lecho del río Mendoza venciendo su barranca de unos 15/20 metros de altura. Esto se consigue, aprovechando la pendiente natural del terreno, mediante un canal de aproximadamente tres mil metros de largo ejecutado, respectivamente inserto, en la barranca. Donde este canal sale a la "superficie", o a alguna distancia si el terreno es accidentado, empieza el canal principal que mediante sus hijuelas y demás subdivisiones lleva el agua a los cultivos. La implantación de un sistema bajo estas condiciones es una obra mayor de ingeniería hidráulica que no puede efectuarse por ni para un número relativamente reducido de futuros regantes. Para su ejecución se necesitan entendidos que sepan planificar y superar los problemas que se presenten como así también organizar un movimiento de tierra en gran escala con la consiguiente dotación de mano de obra y su dirección. Es necesario que se forme una organización hidráulico/agrícola que subsistirá al terminar las obras para dedicarse a la agricultura mediante los nuevos canales. Esta comunidad deberá tener una población bien jerarquizada con una organización rígida ya que sin esto no podrá ejecutar las obras mencionadas ni mantener el sistema de irrigación, especialmente en un río de montaña como es el Mendoza. La sociedad puede crecer mediante prolongaciones del canal principal por aumento natural de su población o agregándose otras parcialidades en cuyo caso deberían encontrarse en un mismo sistema de irrigación paraderos con distintos acervos culturales.

La población autóctona, que si bien se dedicaba en pequeña escala a la agricultura, habrá seguido siendo en principio cazadora/recolectora y no se concibe que ella haya tenido los dotes para desarrollar una sociedad como la antedescrita. Los entendidos y organizadores deben haber venido de afuera, de partes donde ya existían sociedades hidráulico/agrícolas. ¿Y de dónde provenían los muchos trabajadores y regantes necesarios para formar una de estas sociedades? Es difícil creer que cazadores hayan tenido

la mente de dedicarse a trabajos pesados y monótonos y que se sometían a una disciplina rígida obedeciendo órdenes de gente extranjera. Así debemos considerar la posibilidad o más bien probabilidad de que estos trabajadores y regantes inmigraron bajo las órdenes de sus jefes entendidos, formándose equipos con el fin de implantar esos grandes sistemas de irrigación.

La implantación de sociedades hidráulico/agrícolas en Mendoza significaría entonces una migración cuya causa desconocemos.

La evolución de estas sociedades hacia una "Civilización Hidráulica" parece haber quedado en sus principios. Un interesante artículo de Carl Troll (1967) relacionado con los problemas sociológicos de las sociedades hidráulicas me indujo a las siguientes comparaciones: La concentración del poder con su correspondiente jerarquización ya existía y se confirma con datos históricos: el cacicazgo era hereditario (Canals Frau, 1946, p. 91); la encomendación de los indígenas se hizo por medio de los caciques, los mismos mandaban sus súbditos hasta Chile por pasos de 4000 metros de altura para que allí cumplieran su mita con los Españoles. No nos constan obras colectivas aparte de los canales de riego; el "pucará" en las cercanías de Mendoza mencionado antiguamente es considerado por algunos autores como obra hispánica (Canals Frau, 1946, p. 134, y 1942, p. 21). Obras susceptibles de ser consideradas como trabajos colectivos de sociedades hidráulicas serían los varios bloques erráticos con morteros diseminados en el paraje Fuerte de San Juan (Paso de las Carretas); asimismo en el valle de Uspallata un conjunto de petroglifos del cerro Tunduqueral, y un Mirador sobre un cerrillo, el mismo que Rusconi denominara, exageradamente, "pucará" (Schobinger, 1975). Como primer paso hacia la urbanización podría considerarse el yacimiento de "Agrelo-Patronato", que representaría los restos de una antigua aldea (Canals Frau y Semper, 1956, p. 171), y asimismo "Y.P.F. 2" que mencionaré más adelante. También debe haber existido alguna división del trabajo, la que, si bien no se proyecta hacia afuera, puede ser de importancia para las investigaciones relacionadas por ejemplo con la cerámica gris/negra utilitaria, ya que es distinto si cada familia produce sus cacharros o si existe un artesano que provee a varias familias o a una aldea.

Volviendo a la población autóctona, podemos decir que los grandes sistemas de irrigación significaban para la misma un cambio revolucionario en su forma de vivir y su economía. No sabemos si ellos llegaron a una convivencia pacífica con los inmigrantes o si se vieron obligados a retirarse de sus tierras. Es difícil que lleguemos a saber lo que pasó, pues los restos arqueológicos no dirán nada al respecto y no existen datos protohistóricos para aquella época. Al Sud del río Diamante existían tribus que hablaban un idioma distinto a los indígenas de los alrededores de Mendoza y los datos históricos también mencionan Indios Algarroberos. ¿Serían acaso reminiscencias de la población cazadora y recolectora?

Por muchos años he realizado exploraciones en la zona de los grandes sistemas de irrigación derivados del curso medio del río Mendoza, o sea: Valle del Güentota, Barrancas-Maipú y Uco Norte. El área queda cerca de la ciudad, facilitando así repetidas visitas a los distintos paraderos, y a la vez era la parte más populosa al irrumpir los Españoles incluyéndose el ya desaparecido yacimiento de "Agrelo-Patronato". En cambio existe la desventaja de una erosión muy pronunciada producida por las tormentas de verano con sus crecientes, cuyos accidentes representan todavía hoy en día un gran problema para la economía de Mendoza. Las crecientes no han dejado vestigios de las antiguas viviendas y son caprichosas: hora cubren un paradero con sedimentos, hora lo ponen otra vez a descubierto arrastrando el suelo y trasladando artefactos, produciendo hasta la inversión de estratos. Bajo estas circunstancias es prácticamente imposible encontrar estratos sin perturbar y no he podido valerme de excavaciones estratigráficas teniendo que conformarme con la recolección en superficie. Esta recolección se ve dificultada ya que el continuo andar de hombres y bestias durante siglos ha contribuido a desmenuzar los restos, a lo cual se suman los buscadores de tesoros. Es raro encontrar vasos enteros o reconstruibles. He coleccionado los restos en forma cuidadosa de cada uno de los paraderos de que se componen los grandes sistemas. De la cerámica he levantado la de tipo fino y la gris/negra decorada, pero también me he dedicado a la netamente utilitaria para conocer tipos y calidades de cada paradero. Los artefactos líticos han sido levantados con el mismo cuidado y bajo el mismo punto de vista; así poseo series representativas de la técnica de muchos paraderos.

VALLE DE GUENTOTA. Ya ha sido mencionado bajo los datos históricos. Este sistema posibilitó la agricultura en la margen izquierda, resp. Norte, del río Mendoza y sus aguas llegaron hasta la misma ciudad de Mendoza. Los españoles siguieron sirviéndose de este sistema y hoy en día toda su tierra está dedicada a una agricultura intensiva con una población numerosa quedando muy pocos restos arqueológicos. Tenemos el enterratorio de Chacras de Coria (Schobinger 1969/70). Es del período agro-alfarero, pero no ha proporcionado ningún resto de cerámica, y además es posible que estos entierros no pertenezcan a integrantes del sistema de Güentota. Los hallazgos en las canteras de Blanco Encalada (Mayntzhusen 1968), si bien indican la presencia del hombre, han proporcionado muy poca cerámica sino especialmente piedras de fricción. El único paradero que ha proporcionado una regular cantidad de restos es el llamado "Caracoles", que supongo relacionado con una antigua toma de agua. Está situado cerca de las últimas estribaciones de la precordillera en una terraza del río Mendoza. Hasta hace pocos años existía en este lugar un puesto de cabras visitado durante los días feriados por excursionistas. Estas tierras fueron destinadas a un loteo, las construcciones desmanteladas y todo emparejado mediante topadoras. En esta forma aparecieron restos de cerámica y artefactos líticos.

BARRANCAS-MAIPU. En la margen derecha del río Mendoza, es el sistema de irrigación más castigado por la erosión. Las grandes tormentas de verano pueden generar en las Huayquerías (*Bad Lands*) de las sierras del Carrizal fuertes correntadas de agua de efectos devastadores para la zona de Barrancas, produciendo el consiguiente traslado de tierras y artefactos. No he tenido la ocasión de hacer un estudio detallado y me refiero a los elementos levantados durante los años 1967/69. El Señor Leonardo Alfonso se ha dedicado a reunir una colección amplia de esta zona que luego fuera entregada a la Municipalidad de Maipú como base para un museo regional.

UCO NORTE. Es la parte Norte del antiguo Valle de Uco en la margen derecha del río Mendoza: también se conoce con la denominación "Pampa del Sebo". Por circunstancias fortuitas estas tierras no fueron incluidas en la planificación oficial de riego y habían quedado vírgenes. Durante los últimos decenios el progreso se está adueñando también de esta zona: por un lado está la industria con la destilería de Y.P.F. y el parque petroquímico, y por el otro la agricultura, que con la electrificación del campo puede sacar agua del subsuelo y está ocupando más y más tierras, habiendo ya desaparecido el yacimiento de "Agrelo-Patronato". Es una zona rica en restos prehistóricos y le he dedicado la mayor parte de mis exploraciones. Es seguro que las tierras hoy en día regadas por los canales "Flores", "Corvalán" y "Santander" formaban parte de este complejo que ha sido muy extendido. Habrán existido varias tomas de agua en esta parte del río, tanto en el espacio como en el tiempo.

Dejo aclarado que las ruinas de un canal marginal mencionado en mi exposición del año 1968 pertenecen a una obra de fines del siglo pasado; por otro lado este canal nunca ha sido utilizado. (Ver más abajo).

DESCRIPCION SOMERA DE ALGUNOS ELEMENTOS ARQUEOLOGICOS ENCONTRADOS

Cerámica fina

Debido a las paredes delgadas esta ha sido muy desmenuzada, teniendo que conformarme con tiestos parcialmente muy reducidos, lo que dificulta su clasificación.

Tipo similar a Aguada: Para separar estos fragmentos me he guiado por:

- 1º) el pulido gris/negro del interior
- 2º) la pasta fina de fractura casi limpia
- 3º) el color ante.

En total he juntado tiestos correspondientes a más de veinte ceramios; la mayor parte con pintura negra y/o rojiza, de motivos geométricos unos po-

cos y otros con motivos inciertos debido al tamaño reducido de los fragmentos, aunque incluyen aparentemente motivos estilizados. Encontré esta cerámica en un solo yacimiento de Uco Norte, el denominado Y.P.F.2, que es extendido y que representa seguramente un conjunto de antiguos poblados en cuya cabecera Oeste corría un canal. No conozco otros lugares con esta clase de cerámica y la concentración de tantos vasos (¿cuántos habrán desaparecido completamente?) en un solo aunque extendido yacimiento indicaría que sus moradores estaban íntimamente relacionados con los portadores de esta cultura. Si la cerámica ha sido importada o si parcialmente fue fabricada en Mendoza es difícil discernir, pero no cambia el problema.

Entre los restos levantados no se encontraron asas. La mayoría de los tientos corresponden a platos, entre ellos uno con una pequeña elevación en el borde, que tiene incisión como de una uña a manera de agarradera. Menciono en este lugar una agarradera de cerámica gris encontrada cerca de cerámica tipo Aguada. Se trata aparentemente de un plato en cuyo borde se ha fijado del lado exterior una pequeña parte de rodete algo curvada para servir de asa. También levanté parte de una cerámica rectangular gris con una pequeña cara humana o de lechuza que pudiera haber sido apéndice vertical de un puco.

Pseudo-Grafitada: Incluyo bajo esta denominación una cerámica en cuya decoración se ha usado Oxido de Hierro Cristalizado (micáceo) en forma de pintura, lo que produce en las partes tratadas un color algo más oscuro con reflejos metálicos como de grafito. El uso de este mineral para pinturas y engobes no es privilegio de una sola cultura. Lo he visto aplicado en cerámica bien distinta proveniente del paradero Retamito (sur de San Juan), y por referencias sabemos que se han encontrado estas pinturas en Chile central correspondiendo aparentemente al período temprano (2). En la "Nomenclatura de las Piezas Cerámicas", editada por el Instituto de Arqueología de San Juan, 1968, se lee en la página 69:

"Plomiza (plumbate): Término aplicado a una cerámica algo vitrificada con engobe en cuya composición entra hierro, un poco de sílice, produciendo reflejos metálicos. Según Shepard no tiene nada de plomo".

Los reflejos metálicos y la composición química indican que se trata de lo que nosotros hemos denominado cerámica pseudografitada. La misma es pues conocida también fuera de nuestro ámbito y tiene antecedentes.

(2) Se trata de la modernamente llamada "Cultura de Llolleo", para la cual hay fechados radiocarbónicos que la ubican en los siglos II y III, prolongándose probablemente hasta el siglo X(Comunicación personal del Prof. J. Schobinger).

En nuestro caso se trata de una cerámica fina, bien trabajada, con dibujos geométricos pintados con una pasta conteniendo el pseudografito y delimitados con líneas grabadas. Un tiesto tiene decoración muy parecida al ilustrado en lámina XXIV, fig. 2, de Serrano (1966), lo que relaciona nuestra pseudografitada con la cerámica "Barreal" del Noroeste Argentino. El color general es rojizo bien bruñido, la pasta fina de cocción oxidante, el núcleo en partes con fina raya negra en el medio debido a falla en la cocción, las paredes interiores alisadas y de color del núcleo, el diámetro de las paredes entre dos y medio y tres y medio milímetros. Encontré esta clase de cerámica en una parte de Y.P.F. 2 relacionado con cerámica tipo "Agua-dá" y también en el paradero Brandsen, distante cinco a seis kilómetros, perteneciente igualmente a Uco Norte.

En un paradero cercano a Y.P.F. 2 levanté fragmentos de un vaso parecido a los anteriores pero sin grabar. La pintura pseudografitada, bastante espesa, se extiende al parecer sobre todo el vaso y ha sido bien pulida de manera que aparenta un vaso metálico si la luz cae en el ángulo correspondiente.

Un caso fortuito proporcionó uno de estos cantaritos, esta vez reconstruible, procedente del ajuar de un enterratorio, lo que es llamativo ya que en Mendoza son raros los entierros con ajuar de cerámica. Fue descubierto en una cantera de tierra situada en las cercanías del paradero Brandsen en una extendida terraza del río Mendoza. Los camioneros al cargar tierra dieron con el enterratorio, juntaron los huesos y lo que quedaba del cantarito, llevando todo a su casa. Como sus mujeres se horrorizaron de los huesos, volvieron estos a su sitio enterrándolos nuevamente y marcando el sitio con ladrillos asentados en mezcla. Esto llegó a mi conocimiento el día siguiente. Se trata de un esqueleto incompleto de adolescente (faltan algunas costillas y huesos menores) y de un párvulo de unos cinco años. El hallazgo me fue descrito como el esqueleto de una mujer *con su niño en brazos*. (3)

La decoración del vaso no es llamativa; su forma en cambio es muy bien proporcionada y de fabricación esmerada. Su altura: 95 mm., su ancho: 102 mm., ancho de la boca 61 mm., su color: rojo cobrizo con terminación opaca. Las dos asas en forma de correa están insertadas mediante prolijas excavaciones en la pared del vaso sin perforar la misma. La decoración consiste de dos rectángulos grabados que contienen cuatro rayas verticales con la pintura pseudografitada y separadas del fondo con líneas grabadas.

(3) Los huesos tienen cierto tinte rojizo y supongo que se trata de un entierro secundario.

En el año 1938 Carlos Rusconi exhuma en el valle de Uspallata el esqueleto de un hombre de unos 60-70 años acompañado de dos esqueletos de niños. Rusconi describe la posición de los esqueletos en la siguiente forma:

“El esqueleto en cuestión tenía unos de sus brazos extendidos, y un poco más abajo, o bien a la altura del tórax, se comprobaron los despojos de dos esqueletos de niños, dispuestos en tal forma, que parecían hallarse bajo la protección del padre o dicho de otro modo, que éste parecía estar cuidándolos después de muertos”.

Rusconi no levantó los esqueletos de niños y no conocemos su edad. Este enterratorio estaba acompañado de dos ollitas pertenecientes a la misma cultura del cantarito antedescrito. El vaso principal es negro y en vez de pintura pseudografitada está ricamente adornado con líneas y puntos grabados, actualmente llenados con pasta blanca. La forma y fijación de las asas, así como la boca y el fondo son iguales al cantarito de Uco Norte. Sus dimensiones: Altura: 118 mm; Diámetro: 125 mm; Boca: 74 mm. La mitad del segundo vaso aparenta ser pintada con pseudografito; sus dimensiones: Altura: 142 mm; Diámetro 140; Boca: 110 mm, y también tiene dos asas en forma de correa (Rusconi, 1962, p. 186, 202 y sig.).

Llama la atención el aparente ritual de entierro; Rusconi, arqueólogo de oficio, nos da detalles exactos mientras que el otro cantarito fue exhumado en forma precaria por personas sin los conocimientos respectivos. Habrán excavado cuidadosamente a su manera, lo que por supuesto no satisface. Sin embargo, conociendo las personas intervinientes, admito que debe existir también en este caso alguna relación entre huesos de brazo y el esqueleto de niño.

Los cantaritos de los dos entierros demuestran que sus fabricantes tenían recursos amplios y sabían fabricar vasos de distintas calidades. Por otro lado llegamos a la conclusión importante de que portadores de esta cultura han estado en Mendoza.

Decoraciones varias: Entre las varias piezas únicas encontradas menciono las siguientes: varios tiestos, aparentemente de un puco, con la pared de cerámica gris que ha recibido en su parte exterior un revestimiento relativamente grueso de color ante en el cual se han ejecutado incisiones de ángulos agudos. Un tiesto negro de pared delgada con líneas y puntos grabados aparentemente llenados con pasta blanca. Otro tiesto con superficie negra pulida en la cual se han grabado en forma tenue una guarda de pequeños triángulos llenados con puntos. También hay restos de platos grandes (fuentones?) pintados, y tiestos con engobe rojo hasta sobre cerámica negra, amén de engobe marrón y negro-verdoso.

Considero que la mayor parte de la cerámica descrita como fina pertenece a la cerámica "Barreal" (Aguada y similares). La misma fue levantada casi exclusivamente en Y.P.F. 2 y alrededores. Este yacimiento es un conjunto de poblados en cuya extremidad Oeste corría un antiguo canal, lo que demuestra que formaba parte de un gran sistema de irrigación. Su situación queda relativamente cerca de la fuente de agua, el río Mendoza (4 o 5 km.), y es posible que sus moradores fueron quienes iniciaron este sistema, ya que extensiones posteriores se encontrarían más alejadas del río y con cerámica más reciente. Se llega a la conclusión de que ya a principios del II^o milenio de nuestra era existía en Mendoza una sociedad hidráulico/ agrícola con su organización correspondiente.

Parece que portadores de las culturas "Barreales" dejaron su patria en busca de nuevas tierras costeano la cordillera hacia el Sud y asentándose donde encontraron condiciones parecidas a las de su procedencia. Se ha encontrado cerámica "Aguada" en el Norte de San Juan: Pachimoco e Iglesia. Teóricamente deberían haberse asentado también en tierras regadas por el río San Juan. El no haber encontrado la cerámica correspondiente no excluye esta probabilidad. El hallazgo de cerámica "Barreal" en Mendoza obedece a afortunadas circunstancias fuera del ámbito arqueológico. El Poder Ejecutivo de Mendoza había dado el permiso de construir un canal de riego para las tierras de la Pampa del Sebo (1881); al terminarse el canal marginal correspondiente, construido en la barranca meridional del río, hubo un vuelco en la política y la concesión de agua fue anulada (1885/86) (4). De esta forma las tierras no fueron regadas ni trabajadas, salvándose milagrosamente los restos arqueológicos y por ende los tuestos de cerámica. Por muy poco no se hubiera conocido la presencia de cerámica de tipo "Aguada" en Mendoza. Es probable que en San Juan no se haya producido un milagro similar.

No he constatado cerámica tipo "Angualasto", y no conozco hallazgos de esta cerámica en Mendoza. ¿Será porque los portadores de la cerámica temprano—media pasaron a Mendoza antes del asentamiento en San Juan de los portadores "Angualasto"?

Se ha sostenido la preponderancia de culturas chilenas en la formación de la población mendocina precolombina. No cabe duda de que existían vinculaciones entre los pueblos de ambos lados de la Cordillera, pero no sabemos hasta qué forma hubo un intercambio de población o migraciones. Ya Debenedetti (1917, p. 395/99) relaciona la cultura "Barreal" con grandes obras de riego, y aparentemente la misma cultura ha formado en Mendoza sociedades hidráulico—agrícolas. Es posible que además haya habido un aporte del otro lado de la cordillera, lo que debería poder llegar a comprobarse mediante minuciosas investigaciones de campo.

(4) Ver Apéndice.

APENDICE

En el anterior trabajo sobre la irrigación prehispánica publicado en estos "Anales" (Mayntzhusen, 1968) había quedado abierta la pregunta de si las ruinas de un canal de toma descubierto en la margen Sur del río Mendoza son prehispánicas o de fines del siglo pasado. Después de pacientes investigaciones se ha podido aclarar que efectivamente corresponden a una obra moderna. Los detalles documentales se consignan en un texto inédito (MS, 1970) del que hemos entregado una copia al Instituto de Arqueología y Etnología y otra a la Junta de Estudios Históricos de Mendoza. (5)

Las ruinas del canal deben su existencia a una obra de los señores Francisco Lencinas y Francisco Ragondet, quienes en el año 1881 habían conseguido del gobierno provincial la concesión de abrir un canal en el río Mendoza para el regadío de sus campos. Estas tierras formaban la mayor parte de lo que habíamos denominado Uco Norte; se trataba de un conjunto de unas 6.400 hectáreas cuyo límite Sud llegaba hasta el conocido yacimiento arqueológico "del Patronato", donde Canals Frau y Semper (1956) descubrieron su Cultura de Agrelo. La concesión mencionada fue anulada antes de que el canal hubiera sido terminado, y por consiguiente esta toma de agua fue abandonada y nunca llegó a utilizarse. Las causas de esta anulación no están del todo aclaradas, pero el hecho mismo es una feliz circunstancia para las investigaciones arqueológicas: al quedar intactos esos campos se han preservado numerosos vestigios culturales en su superficie y con ello, de un antiguo sistema de irrigación, los que de otra forma hubieran desaparecido al igual que en otras zonas de la provincia.

El hecho de que el canal nunca haya sido utilizado explica algunas cosas, como ser:

Que en el Departamento General de Irrigación de Mendoza se desconoce e incluso se niega su existencia.

Que en las vías del Ferrocarril que corren allí paralelamente a la barranca del río y que fueron construidas alrededor del año 1888 no existe ninguna obra para dejar paso a un canal.

Que en la probable zona de influencia de esta toma no existen vestigios de una agricultura de tipo europeo.

Los restos de habitaciones mencionados en el artículo de 1968 también los podemos atribuir a los constructores del canal, ya que están hechas con la misma técnica de las paredes de la parte mejor conservada del canal, es decir, excavadas y las paredes afirmadas con mampostería de guijarros adosada a la tierra. También su disposición i-

(5) El "Decreto Ley" con la concesión de este canal a favor de los Sres. Francisco Ragondet y Francisco Lencinas está firmado por el entonces Gobernador, el Señor Elfas Villanueva, con fecha 13 de Febrero 1881 o sea dos días antes de que entregara el gobierno a su sucesor, el Señor José M. Segura. El texto de este "Decreto Ley" es un tanto extenso pues trata de eludir las disposiciones de una "Ley Pública" del año 1870, que prohibía la construcción de nuevos canales de riego en los ríos Tunuyán y Mendoza. El 15 de Febrero 1884 el Señor Segura entrega el poder al nuevo Gobernador electo, el Señor Rufino Ortega. Algo después empiezan las impugnaciones por la construcción del canal. (Los datos son tomados de los códigos respectivos y de Agustín Alvarez, 1910).

irregular bien puede atribuirse a la estada semipermanente de una cuadrilla de trabajadores.

Lo que queda por explicar es la presencia cerca de esas habitaciones de lascas atípicas de basalto gris, parecidas a las que se encuentran en muchos yacimientos de nuestros sistemas de irrigación. Aparte de estas lascas atípicas hay otro horizonte de lascas de basalto negro—liso y de tamaño más reducido. Este incluye restos de puntas lanceoladas; levantamos la base de una punta tipo Ayampitín y la parte anterior de una punta. Pero estas lascas se encuentran en una zona mucho más amplia, tanto río—arriba como río—abajo, mientras que las lascas atípicas se encuentran únicamente en las cercanías de las habitaciones. El no haber encontrado restos de cerámica indígena podría ser razón para atribuir estas lascas atípicas a una industria precerámica; pero, antes de aceptar esta posibilidad por cierta, preferimos otra investigación más amplia tomando en cuenta nuestros nuevos conocimientos sobre la edad del canal de toma.

BIBLIOGRAFIA

- ALVAREZ, Agustín: 1910. *Breve Historia de la Provincia de Mendoza*. Talleres de Publicaciones de la Oficina Meteorológica Argentina. Buenos Aires.
- CANALS FRAU, Salvador: 1942. *Tres estudios de Etnología de Cuyo*. Mendoza.
1946. *Etnología de los Huarpes*. Anales del Instituto de Etnología Americana de la Universidad Nacional de Cuyo, t. VII. Mendoza.
- CANALS FRAU, Salvador y SEMPER, Juan: 1956. *La Cultura de Agrelo*. Runa, Volumen VII, Parte Segunda. Buenos Aires.
- DEBENEDETTI, Salvador: 1917. *Los Yacimientos arqueológicos occidentales del Valle de Famatina*. Physis III. Buenos Aires.
- DRAGHILUCERO, Juan: 1952. *Sucinta relación de Cuyo de fines de 1791*. Revista de la Sociedad de Historia y Geografía de Cuyo, tomo III. Mendoza.
- ESPEJO, Juan Luis: 1954. *La Provincia de Cuyo del Reino de Chile*. Santiago (Chile).
- INSTITUTO DE ARQUEOLOGIA DE SAN JUAN: 1968. "Nomenclatura para descripción del material lítico" y "Nomenclatura de las piezas cerámicas". San Juan.
- LAGIGLIA, Humberto: 1962-1968. *Secuencias culturales del Centro Oeste Argentino: valles del Atuel y del Diamante*. Revista Científica de Investigaciones del Museo de Historia Natural de San Rafael, t. I, N^o 4, San Rafael (Mendoza).

- MAYNTZHUSEN, Enrique: 1968. *Los grandes sistemas de irrigación prehispánicos del río Mendoza*. Anales de Arqueología y Etnología, tomo XXIII, Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.
- MS (1970). *Documentación histórica acerca de un canal de toma descubierto en la margen Sur del río Mendoza* (6 pp. mecanografiadas).
- RUSCONI, Carlos: 1962. *Las Poblaciones Pre y Posthispánicas de Mendoza*. Vol. III, Arqueología. Mendoza.
- SERRANO, Antonio: 1966. *Manual de la Cerámica Indígena*. 2a edición. Córdoba.
- SCHOBINGER, Juan: 1969-1970. *Un osario prehistórico en Chacras de Coria* (Mendoza). Anales de Arqueología y Etnología, tomo XXIV-XXV. Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza.
1975. *Prehistoria y Protohistoria de la Región Cuyana*. Publicación del Museo de Ciencias Naturales y Antropológicas "J. C. Moyano". Mendoza
- TROLL, Carl: 1967. *Techniques agricoles, Milieu naturel et Histoire de l'humanité*. Bulletin de la Société Géographique de Liège, N° 3, 3^e année. Lieja.
- VERDAGUER, Pbro. José Aníbal: 1920. *Lecciones de Historia de Mendoza*. Mendoza.

SOBRE LAS CREACIONES PLASTICAS DE UN "AREA MARGINAL" DE LA PREHISTORIA: EL ARTE PRECOLOMBINO DE LA ARGENTINA.

JUAN SCHOBINGER

Al comienzo de su excelente libro "Arte y Antropología" (1982), José Alcina Franch expresa con vehemencia hispánica una opinión corriente entre los cultores de las ciencias antropológicas pero no del pueblo en general: "La historia del arte occidental, en especial desde el Renacimiento hasta nuestros días, se enseña con detalle, y hasta con delectación en los más nimios y en ocasiones innecesarios pormenores: Praxiteles y Rafael, Fidias y Rembrandt, serán nombres conocidos por los niños y niñas de catorce años, casi con valor comparable al de los soberanos y políticos de épocas y lugares. A la busca de los antecedentes de ese arte "occidental", el arte por antonomasia, el más *excelso* de todos los conocidos, se incluiría en los textos de enseñanza media el arte de Creta, o quizás de Egipto y Mesopotamia. La educación artística que recibe el ciudadano medio, tanto en los Estados Unidos de Norteamérica como en Francia, o en Grecia, o lo que es más significativo y desgraciado, en México, Bangkok o Honolulu, es este esquema mínimo, parcial, deformante, incompleto, desproporcionado del que nunca más podremos librarnos: la única estética válida será la occidental, la única historia del arte digna de ser considerada como tal será la historia del arte occidental. Todo lo demás, en el tiempo o en el espacio, es perfectamente despreciable o ignorable". (P. 21). A las ciudades mencionadas podríamos, naturalmente, agregar "Buenos Aires", o "Mendoza".

Se dice que, en las escuelas impuestas por los franceses en sus antiguas colonias del Africa, se les hacía decir a los chiquillos: "Nos ancêtres les gaulois. . ." No tan ilógico como este caso, sería el de los países cuya colonización se produjo a base del traslado más o menos masivo de población europea, como lo es el de la actual República Argentina.

(1) Versión algo ampliada de una nota que aparecerá en idioma inglés en la revista "Latin American Indian Literatures" (director, Juan Adolfo Vázquez), Pittsburgh.

Ahora bien, tanto en las zonas sudamericanas en donde se produjo mestizaje con población aborigen, como en donde esto no se dio, la nueva población es continuadora en lo espacial y heredera en lo histórico de las poblaciones precolombinas y por lo tanto llamada a realizar la gran síntesis cultural en que se amalgama el peculiar mundo mítico americano con la racionalidad de lo europeo. Tomar conciencia de esto es un proceso largo, que recién está comenzando: ¿quién no está familiarizado con las expresiones peyorativas para con nuestros "indios", surgidas en siglos anteriores a raíz de los enfrentamientos y de la decadencia cultural provocada, precisamente, por el avance de la conquista y de la colonización?

Decimos todo esto porque, para la superación de lo antedicho, obras como la que comentaremos son de gran importancia. (2)

La investigación arqueológica argentina tiene tradicionalmente dos vertientes principales: la naturalista y la "humanista"; pero en ambos casos, surgió de una preocupación antropológica (es decir universalista) y no nacionalista o indigenista. Así es como el conocimiento de las obras de arte proporcionado por las excavaciones —no siempre hechas por instituciones oficiales— quedaba reducido al "círculo de iniciados" (incluyendo aquí tanto a profesores como a coleccionistas) y no trascendía al gran público ni a los programas de enseñanza. Las dos únicas obras con características gráficas de libro de arte publicada antes de 1967 fueron: la de G. Gardner sobre las pinturas rupestres del Cerro Colorado en el norte de la provincia de Córdoba (1931), *impresa en Oxford*, y la de los hermanos Wagner sobre la arqueología de Santiago del Estero, de características sensacionalistas y a la vez localistas (y por ello edición oficial de la Provincia de Santiago del Estero, 1934). A éstas habría que agregar una de la serie *Arts Americana* (dedicada a ilustrar una exposición realizada en París): "L'ancienne civilisation des Barreaux du Nord-Ouest argentin" (1931), obra póstuma de Salvador Debenedetti. La situación comienza a cambiar a raíz de unas muestras de arte precolombino argentino realizadas en 1963 y en 1966, patrocinadas por el Instituto Di Tella, la segunda en ocasión del 37^o Congreso Internacional de Americanistas que tuvo lugar ese año en Buenos Aires y Mar del Plata. Como asesor y autor del prólogo de los respectivos catálogos actuó Alberto Rex González. El interés despertado por estas y otras exposiciones puede tomarse como síntoma del cambio de conciencia, aludido más arriba. Ello llevó a este profundo conocedor de las culturas andinas a concebir una gran obra sobre el Arte Precolombino Argentino cuyo énfasis mayor estuviera en las culturas del Noroeste del país, zona andina y subandina de mayor avance en variedad y calidad tanto en el aspecto de las artes plásticas como en las realizaciones culturales en general. Para ello obtuvo la colaboración del editor—fotógrafo César Valero, quien primeramente publicó dos libros que incluían una serie de diapositivos: "Arte rupestre del Cerro Colorado", por José A. Pérez, discípulo y colaborador de aquél (1970), y "Primeras culturas argentinas", por A. R. González y J. A. Pérez (1971). Finalmente, tras algunas postergaciones, apareció en 1977 la obra que comentamos, y de la cual hace poco se ha impreso una segunda edición.

(2) GONZALEZ, Alberto Rex: *Arte precolombino de la Argentina. Introducción a su estudio cultural*, XIII y 469 pp., 375 figuras (12 de ellas láminas en color). Filmmediciones Valero, Buenos Aires, 1977.

Desde el punto de vista arqueológico, tendríamos que mencionar antecedentes de otros dos autores que se preocuparon por el tema. Uno es Antonio Serrano, con tres folletos publicados en 1943, 1953 y en 1961, dedicados al "arte indígena del Noroeste argentino", a lo cual habría que agregar un libro dedicado especialmente a la cerámica indígena, cuya primera edición data de 1958 y la segunda, actualizada, de 1965. El otro autor es D. E. Ibarra Grasso, gran erudito y "enfant terrible" de la antropología americana, quien en 1967 publica una extensa obra sobre la "Argentina Indígena", que incluye también la etnografía y la lingüística, y que proporciona excelentes ilustraciones en gran parte inéditas de piezas precolombinas. Lamentablemente, su farragoso y poco didáctico texto carece de objetividad en la parte arqueológica, lo cual conspira contra su eficacia para una divulgación de los conocimientos acumulados. Todo lo contrario del libro de González, modelo de orden, claridad y puesta al día; por lo demás, no es un mero libro descriptivo de obras de arte, sino una verdadera "introducción al estudio cultural" de la Argentina prehispánica (como lo indica el subtítulo), y útil por lo tanto también como libro de texto.

Lo dicho vale, estrictamente hablando, para el Noroeste y zonas llanas adosadas, incluida la región serrana central; en cambio observamos falencias para la Patagonia y sobre todo para el Area Cuyana o Centro-Oeste, cuya riqueza en sitios con petroglifos es ignorada.

Pero dejando esos y otros detalles, vamos a lo fundamental: el libro se ocupa del arte de un sector *marginal* del ámbito americano precolombino. No se trata de las áreas nucleares, no se trata de los bien conocidos reinos e imperios que por 2500 años se desarrollaron en Mesoamérica y en Perú y sobre cuyo arte se publicaron ya muchas obras en distintos idiomas. Explicando el propósito y la metodología de la obra, dice el autor: "El estudio de las obras plásticas que aquí se presentan, y por lo tanto de los estilos a los que las mismas pertenecen, se relacionan con la estética y tienen, dentro de ésta, un sentido de universalidad. Por otra parte el proceso de origen, evolución y desaparición de esos estilos, se relacionan estrechamente con el proceso histórico de las culturas locales a las que esos estilos pertenecen. No pueden ser explicados sino por el conocimiento científico que brinda la arqueología y por ende la antropología. Los dos aspectos a partir del mismo interés común, están inevitable e indisolublemente unidos" (p. 5). "No pretendemos en estas páginas traducir la emoción de la vivencia personal contemplativa. Menos aún pretendemos tratar de recuperar las vivencias creadoras que impulsaron en el pasado la creación de las obras que aquí aparecen. Intentarlo será caer de lleno en el terreno de la especulación imaginativa y literaria. Sólo tratamos de dar a conocer algunas de las tantas formas que, en el transcurso de la historia de la humanidad, sirvieron de expresión a una serie de pueblos y culturas afines, hasta hace muy poco casi desconocidas, pero de las que tenemos conciencia que lo conocido es muchísimo menos de lo que nos falta aún por conocer" (p. 4).

Lograr una suma equilibrada entre el enfoque puramente arqueológico y el estético es una preocupación constante del autor, y creemos que lo ha logrado. Pero hay un elemento más, y es la captación del *simbolismo*, presente en tantas obras sobre todo del Noroeste argentino. El arte nace, en realidad, como expresión simbólica; como un lenguaje que intenta satisfacer "la necesidad de dar forma perceptible a lo imperceptible" (S.

Giedion, 1981, p. 107). Esto se mantiene a través de múltiples transformaciones, y llega a esa región extrema del mundo habitado que es la América del Sur, en donde comprobamos una vez más que esa peculiar fuerza creativa —paralela a la *póiesis* de los griegos— no se circunscribe a las altas culturas de raíz teocrática, sino que se da también entre las sociedades tribales y señoriales del actual territorio argentino. Falta, claro está, la gran arquitectura; pero bastan las abundantes piezas de cerámica más las de piedra, hueso y metal; así como el rico arte rupestre de ciertas zonas, para que ese desconocido universo mítico se trasunte de algún modo.

Veamos dos ejemplos correspondientes al *fuerte* de Alberto Rex González, el sector “valliserrano” del Noroeste argentino. Refiriéndose a una de las culturas del período Agro—Alfarero Temprano, la de La Ciénaga (ca. 200-650 A. D.), a su vez predecesora del principal exponente del llamado Período Medio (cultura de La Aguada, ca. 650-900), resume sus características de este modo: “Tuvo en comparación con Aguada, un arte eminentemente decorativo y [aparentemente] profano, de carácter no figurativo inspirado en gran parte en los motivos nacidos de las técnicas textiles y cesteras. El objetivo fundamental de su decoración era el producir un agradable efecto, y no el transmitir a través de su simbolismo, ideas trascendentes, religiosas o míticas; esto fue así por lo menos en las primeras etapas del desarrollo de Ciénaga. Si bien existe una gran fuerza expresiva en las complejas imágenes del estilo de La Aguada, la sencillez decorativa de La Ciénaga se impone de una manera más directa. El efecto visual de armonía y equilibrio simétrico que buscaba el artista primitivo, nos impresiona hoy con toda la fuerza de su geometrismo. Por otro lado, en el estilo de La Aguada la expresión artística estaba ligada a un complejo juego de imágenes simbólicas cuyo significado nosotros desconocemos. Este significado debió hablar directa y profundamente a los iniciados en los secretos del culto o del mito.”

“La dualidad expresiva, decoración pura a través del diseño geométrico versus imágenes simbólicas figuradas, se da constantemente en la América precolombina. Compárense por ejemplo las complejas escenas de los vasos Mochicas con los diseños del estilo Maranga, o las figuras mitológicas policromas de las telas Parakas con los dibujos geométricos que colman la superficie de los ceramios de Ica” (pp. 167-168)

“La Aguada presenta un predominio de elementos figurativos sobre los geométricos; con profusión de imágenes naturalistas o fantásticas, que reflejan, al parecer, sus ideas religiosas. En efecto, desde este punto de vista Aguada tiene una cierta analogía con otras culturas precolombinas como la Olmeca, Chavin, San Agustín, Paracas, Pucará y Tiahuanaco, cuyo arte y artesanía están básicamente influidos por su iconografía religiosa, netamente significativa, que constituye la base de su expresión. Los motivos de origen simbólico utilizados por este estilo, repetidos y estabilizados, se mantuvieron en forma constante durante cierto lapso, probablemente mientras se mantuvo en vigencia el culto que proporcionaba las imágenes reproducidas. Por otra parte, la recurrencia de viejos temas de las culturas andinas, como el personaje de los “dos cetros”, el del “sacrificador” o el “personaje flanqueado por felinos” (o motivo heráldico), permiten afirmar su carácter simbólico” (p. 173).

“La repetición consecuente de las mismas formas y temas, por momen-

tos extremadamente complejos, no puede explicarse sino a través de la persistencia de significados religiosos precisos, que el artista tradujo al vocabulario de su lenguaje plástico. Este lenguaje simbólico no ocurre en forma esporádica y anárquica, sino que hace su aparición solamente dentro de un grupo pequeño de culturas emparentadas, pertenecientes a un determinado período, en las que no por pura coincidencia se dan también las más altas expresiones de creación artística" (p. 283).

Importante es la señalación de probables prácticas rituales con utilización de sustancias alucinógenas, sobre todo en el caso de la cultura guerrero—shamánica de La Aguada, principal exponente del "complejo felínico" en el área andina argentina. Esto se muestra también en las pinturas rupestres del S. E. de la provincia de Catamarca (dadas a conocer en 1970), a las que el autor dedica un acápite especial.

El arte extra—europeo no tiene por qué ser inferior al greco—romano—occidental, sino que sigue su propio camino de acuerdo con la mentalidad y las concepciones religiosas de sus portadores. Del mismo modo, el arte de las regiones marginales como el N.W. y el Oeste de la Argentina, no es inferior al de los grandes centros de civilización del continente. (Si carece de su monumentalidad, es debido a que su nivel cultural no le proporcionó la necesaria base técnica y funcional). Esta es una de las enseñanzas que nos deja el libro de Alber Rex González, que contribuye así significativamente a la revalorización del mal llamado "arte primitivo" en general, y del arte precolombino argentino en particular, explicándolo como parte orgánica de los diversos grupos que se extendieron y desarrollaron en las regiones ecológicamente tan diversas del actual territorio argentino. Aunque su finalidad primordial fue hacer conocer este patrimonio al "hombre culto" argentino, no cabe duda de que su edición en otras lenguas se justificaría ampliamente.

Digamos todavía, para finalizar, que durante el período de elaboración de la obra que comentamos, el autor realizó un curioso (pero acertado) "salto" paralelo a la investigación arqueológica tradicional, de carácter interpretativo, que cristalizó en el librito "Arte, estructura y arqueología" (1974). Sobre la base de la documentación arqueológica, completada por la etnográfica de las florestas tropicales y de ciertas supervivencias folklóricas del N. W. y N. E. argentino, se deduce la importancia del *sistema dual* tanto para la organización social y política, como para ciertos aspectos mítico—religiosos, manifestados sobre todo en el "complejo de transformación" del shamán. Las *fuerzas* "se encarnan y se representan, ora en el jaguar—hombre, ora en el hombre—felino, el shamán que los domina o dirige. Pero el pasaje entre uno y otro se cumple a través de un complicado proceso. En este proceso el uso de la droga cumple un papel decisivo" (p. 103). Imagen típica es la *split representation* de una vasija grabada de la cultura de La Aguada, en que dos cabezas de felino yuxtapuestas, que miran en sentido contrario, determinan un rostro humano visto de frente. Algunas cabezas o figuras anatómicas representadas en vasijas y petroglifos constituirían otro aspecto de este para nosotros extraño complejo ideológico—vivencial. Como lo señala con razón el autor, se trata de indicios, que plantean una interesante problemática que deberá ser ahondada por las investigaciones del futuro. (Esta deberá ser —agregamos nosotros— interdisciplinaria, con la colaboración de psicólogos y de especialistas en Historia Comparada de las Religiones).

BIBLIOGRAFIA

- Alcina Franch, José. *Arte y antropología*. Madrid: Alianza Editorial, 1982. 302 p., 90 figs. y 22 gráficos.
- Debenedetti, Salvador. *L'ancienne civilisation des Barreales du Nord-Ouest de l'Argentine*. Ars Americana, 2. Paris: Les Editions G. van Oest, 70 p. y numerosas láminas.
- Gardner, G. A. (with the collaboration of S. E. Gardner). *Rock-Paintings of North-West Córdoba*. Oxford: At the Clarendon Press, 1931. XVI, 148 p., 172 figs., 45 plates.
- Giedion, Sigfried. *El presente eterno: Los comienzos del arte*. Madrid: Alianza Editorial, 1981, 641 p., 453 figs. (Original: *The eternal present—The beginnings of art*. London: Oxford University Press, 1962).
- González, Alberto Rex. *Arte, estructura y arqueología, Análisis de figuras duales y anatómicas del Noroeste argentino*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión (Fichas, 35), 1974. 153 p., 25 figs.
- González, Alberto Rex, y Pérez, José Antonio. *Primeras Culturas Argentinas*. Buenos Aires: Filmediciones Valero, 1971, 82 p., ilustraciones y 72 diapositivos en sobre adosados.
- Ibarra Grasso, Dick Edgar. *Argentina indígena y prehistoria americana*. Buenos Aires: Tipográfica Editora Americana, 1967. 685 p., numerosas ilustraciones. (Hay 2a edición).
- Pérez, José Antonio. *Arte rupestre de Cerro Colorado*. Buenos Aires: Filmediciones Valero, 1970, 28 p., ilustraciones y 18 diapositivos en sobres adosados.
- Serrano, Antonio: *El arte decorativo de los diaguitas*. Universidad Nacional de Córdoba, Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore, Publicación N° 1, 1943, 137 p., 20 figs., 43 láminas.
- Id. *Consideraciones sobre el arte y la cronología de la región diaguita*. Universidad Nacional del Litoral. Instituto de Antropología, Publicaciones, 1, Rosario, 1953. 54 p., ilustraciones.
- Id. *Introducción al arte indígena del noroeste argentino*. Universidad Nacional de Tucumán. Facultad de Ciencias Naturales, Salta, 1961. 46 p., 13 figs., 13 láminas.
- Id. *Manual de la cerámica indígena*. Córdoba: Editorial Assandri. 2 ed. 167 p., ilustrado (1 ed. 1958).
- Wagner, Emilio R. y Wagner, Duncan. *La civilización Chaco-Santiagueña y sus correlaciones con las del Viejo y Nuevo Mundo*. Tomo I. Buenos Aires, 1934 (Con numerosas ilustraciones).

OBSERVACIONES AL TRABAJO DE GORDON C. POLLARD TITULADO "NUEVOS APORTES A LA PREHISTORIA DEL VALLE CALCHAQUI, NOROESTE ARGENTINO."

LIDIA RALDINI (*)

El trabajo que nos proponemos comentar fue publicado inicialmente en "*Journal of Field Archaeology*" (Tomo 10, N^o 1, marzo de 1983) y reimpreso en castellano en "*Estudios de Arqueología*" (Nos. 3 y 4, Museo Arqueológico de Cachi, 1983) (1). En él se expone una seriación de la cerámica Santamariana del valle Calchaquí (Salta) que nos resultó muy sugestiva al diferir, en diversos aspectos, de los resultados que nosotros obtuvimos hasta el presente en la investigación de la misma tradición alfarera, motivo por el cual nos parece de sumo interés plantear una discusión del tema.

El objetivo de la investigación de Pollard fue definir el contenido cerámico de los asentamientos Tardíos de los sectores central y norte del valle Calchaquí, para lo cual analiza una muestra de fragmentos recolectados en 24 sitios arqueológicos, entre 44 investigados, conocidos y diagnosticados anteriormente como representativos de la ocupación Santamariana durante el Período Tardío (Tarragó y Díaz, 1972 y 1977). De los 24 sitios, 7 se emplazan en el Depto. de La Poma, 15 en el de Cachi y 2 en el de Molinos.

De los 6473 fragmentos que componen la muestra, 1549 proceden de la superficie de Borgatta y 2142 de un sondeo practicado en un basurero

(*) CONICET. División Arqueología del Museo de La Plata.

Agradecemos a los Dres. R. Raffino y B. Dougherty la lectura crítica y las interesantes observaciones que hicieron al manuscrito.

(1) Las citas de texto y los números de los motivos ilustrados serán referidos a la publicación en castellano, pero la numeración de las figuras corresponde a la publicación en inglés.

del mismo sitio, 1160 se recolectaron en la superficie de Valdez y el resto, 1622 fragmentos, en la superficie de los otros 22 sitios; se puede entonces calcular una muestra poco representativa, con un promedio de 73 fragmentos por sitio, que en algunos desciende incluso a cantidades que oscilan entre 23 y 43. Es decir que fuera del ámbito del Depto. de Cachi se utilizó una muestra pequeña y estadísticamente criticable para el de La Poma y mínima para el de Molinos.

La colección de tiosos fue analizada tomando en cuenta las formas, reconstruidas a partir de bordes, la decoración, incluyendo las distintas combinaciones de colores y una minuciosa segmentación de los motivos para cada una de esas combinaciones y un estudio mineralógico de las características de la pasta y sus inclusiones. La seriación se estableció usando el criterio de presencia o ausencia de combinaciones de clase decorativa, motivos y forma, en tanto que las variantes de pasta se analizaron de modo separado para luego correlacionar ambos resultados en términos cronológicos y espaciales.

Los 24 sitios fueron separados en dos grupos, denominados "*temprano*" y "*tardío*" y se aislaron dos sitios con componentes de ambos. Entre los grupos se observó una continuidad general en la cerámica y, en el caso de las urnas, se utilizó el término "*transicional*" para indicar la ocurrencia de determinados motivos tanto en el grupo temprano como en el tardío.

La cronología fue establecida a partir de cinco fechados radiocarbónicos de muestras tomadas en la excavación del sondeo realizado en Boragatta y las relaciones entre esta seriación y las realizadas por Weber y Perrotta y Podestá para urnas y pucos del valle de Santa María. De esta manera, el grupo tardío es asignado al Período Tardío (1000-1470 DC) y el temprano al Período Medio (600-1000 DC) del valle Calchaquí.

Los sitios y la alfarería del Período Medio de este valle son muy poco conocidos, en tanto que la Cultura Santamariana siempre se consideró representativa del Período Tardío, por lo cual Pollard manifiesta que los nuevos resultados de su seriación llenarían aquel vacío de conocimiento. Finalmente, propone que la segmentación de la tradición Santamariana en dos Períodos se extienda al valle de Santa María.

La comparación de los datos y la seriación presentados por Pollard con los resultados que nosotros obtuvimos hasta el presente, mediante una seriación de piezas completas —urnas santamarianas— del valle Calchaquí (2), y excavaciones estratigráficas en dos basureros de La Paya, y cuatro basureros y una habitación en Molinos I, además de los resultados logrados por diversos investigadores, serán la base sobre la cual discutiremos el tra-

(2) Las urnas Santamarianas analizadas proceden de sitios arqueológicos emplazados desde Cafayate a La Poma y pertenecen a diversas colecciones, públicas y privadas, de la Provincia de Salta.

Iniciaremos nuestros comentarios comparando las muestras de fragmentos y piezas analizadas por nosotros y el registro alfarero que Pollard adquiere en los 24 sitios arqueológicos; a partir de fragmentos de bordes del último fueron reconstruidas 11 formas de ollas, 16 formas de pucos y urnas, estas últimas sin subdivisiones dada la imposibilidad de distinguirlas mediante esos fragmentos, dificultad que más adelante se extiende a la decoración, en la comparación con piezas del valle de Santa María.

El análisis de ese registro mostró que: "*Aunque los sitios se identifican a base de las combinaciones de atributos cerámicos, también se puede determinar de la seriación la orden cronológica (sic) de formas específicas de vasijas o de clases de decoración. Por lo tanto cuatro formas se ven como tempranas (ollas de borde evertido), cuatro formas son a la vez tempranas y tardías (ollas de borde abocinado, puco forma 1, pucos de poca profundidad, y urnas), y cinco formas son tardías (ollas de cuello estrecho, pucos profundos, pucos de libación, pucos campanuliformes, y puco forma 2). . . Motivos decorativos específicos también tienen asociación tempranas al contrario de (sic) tardías. . .*" (Pollard, 1983: 75-6). A estas diferencias se suman variedades de decoración y acabado de superficie exclusivas del grupo temprano así, como tiestos inka en el tardío, además de haber una serie de combinaciones que ocurren en ambos grupos.

En nuestra muestra, a excepción de un tercio de ollita negra pulida del basurero 2, los bordes de ollas que recolectamos en La Paya pertenecen a alfarería de tipo tosco u ordinario. No intentamos reconstrucciones a partir de bordes debido al considerable tamaño de las vasijas de este tipo, así como a la variedad de formas que puede observarse en piezas completas a pesar de que poseen un aspecto general semejante (cuerpo de contorno simple o con un punto angular que determina cuerpos de contorno compuesto, con asas de inserción vertical u horizontal, con base bien marcada o no, por ejemplo); estas características harían muy subjetivas dichas reconstrucciones. Tampoco registramos ollas de cuello estrecho o cerámica pintada en rojo sobre naranja "*. . . parecida a 'Tastil borravino sobre naranja' de la Quebrada del Toro. . .*" (Pollard, 1983: 87).

Puede plantearse que esas diferencias obedezcan en parte al muestreo ya que nosotros excavamos en sitios del sector central del valle, respecto del cual el sector norte mostró notables divergencias al estudiar piezas completas. Es sugestivo al respecto que al hacer una revisión de los sitios de procedencia de la variedad rojo sobre naranja, se observa que fue hallada en tres sitios del Dpto. de La Poma y dos del de Cachi, situados éstos en las inmediaciones de la latitud a la cual nosotros trazamos el límite arbitrario, y por lo tanto flexible, entre los sectores central y norte del valle. (4)

(3) Sólo se han publicado breves notas debido a que estas investigaciones constituyen el tema de Tesis Doctoral en la Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la UNLP.

(4) Según el estado actual de las investigaciones, hemos trazado el límite entre los sectores central y norte del valle a la altura de la actual localidad de Payogasta; Pollard no especifica donde colocaría dicho límite.

En cuanto a la cronología asignada por Pollard a urnas y pucos, según su morfología y decoración, podemos hacer varios comentarios. Acerca de las urnas, el análisis de piezas completas nos permitió aislar seis formas, dos de ellas del tipo de tres cinturas (Baldini, 1980), así como determinar que la variedad sin cuello, pero con borde evertido de las últimas, puede reconocerse a partir de fragmentos de borde, ya que en este sector poseen una decoración constante, y exclusiva de ellas, que puede ejemplificarse con los bordes de urnas decoradas en negro sobre crema identificados por Pollard con los números 12a, 12b y 12c (Fig. 14), que por lo tanto pertenecerían a urnas de tres cinturas de la variedad sin cuello; estas están siempre decoradas con motivos negros sobre un fondo que alterna sectores de color rojo y crema; es decir que en conjunto presentan decoración tricolor. Por otra parte, dichas urnas se manufacturaron en una pasta más compacta y con antiplástico de tamaño menor, aunque de composición similar, que la de las urnas Santamarianas típicas. (5)

A partir de los motivos ilustrados por Pollard, también podría identificarse otra forma de urna, ya que los números 9b y 11d (Fig. 12) del cuerpo de urnas tricolores (6), así como las representaciones de ojos y lágrimas del cuerpo de urnas bicolors 16b, 16c y 16d (Fig. 16), sólo los hemos encontrado en una variedad de urnas tricolores en las que la representación antropomorfa presenta una decoración de "mejillas" muy especial; esta variedad de urnas fue localizada exclusivamente en el sector central del valle y siempre presenta los siguientes caracteres morfológicos: cuerpo de contorno simple y con proporciones semejantes entre los sectores cuerpo y cuello, en tanto que las asas pueden hallarse a la mitad de la altura del cuerpo, o algo más hacia la intersección del mismo con el cuello.

Ambas formas de urnas se asocian a fechados de 1210 ± 50 DC en El Churcal (Raffino y Baldini, 1983a) y 1330 ± 100 DC en La Paya. Las variedades de tres cinturas se asociaban también con la muestra del basurero 2 de La Paya fechada en el 1120 ± 95 DC, por lo que se puede considerar su persistencia desde esa fecha hasta fines del Período Tardío, extendiéndose probablemente también al Período Inka (Baldini, 1980). La misma cronología es asignada por Pollard a algunos de los fragmentos ilustrados, pero por oposición a otros que cronologiza en el Período Medio.

En la decoración de las urnas Pollard identifica motivos tempranos, transicionales y tardíos. Los bordes del grupo temprano están decorados, según ese autor, con "*... líneas sencillas verticales paralelas rojas y negras, y cuerpos con la misma decoración, con o sin filas de puntitos. Cuando se presenta una cara en el cuerpo de la vasija es con grandes ojos circulares y una boca angosta con una sola fila de dientes. Posteriormente predominan*

(5) Esta diferencia fácilmente observable fue ratificada por un análisis mineralógico microscópico y difractométrico.

(6) Pollard no hace distinción entre los sectores cuerpo y cuello de las vasijas.

en los bordes de las urnas zonas más anchas de líneas curvilineas (sic) en rojo y negro. . ." (Pollard, 1983: 77). (6)

Contrastando estos datos con la colección de urnas analizadas por nosotros, puede advertirse que los diseños de borde señalados como tempranos son poco frecuentes y se registran únicamente en piezas de morfología temprana que proceden de sitios emplazados al norte de Payogasta, y cuya decoración de carácter lineal carece de separación cuerpo/cuello y de la típica representación antropomorfa.

Según nuestras investigaciones, esas urnas parecen constituir una modalidad limitada al sector septentrional del valle Calchaquí, en tanto que hacia el sur (parte del Dpto. de Cachi y Dptos. de Molinos, San Carlos y Cafayate) en el mismo momento se usaban urnas con decoración muy similar a la de las urnas de las fases iniciales del valle de Santa María. La Tabla 2 de la publicación de Pollard muestra que los motivos más tempranos de su seriación se hallaron en sitios ubicados también el norte de Payogasta, a excepción de Guitián que se encuentra a unos 20 km. al sur de dicha localidad. Sería muy interesante conocer las frecuencias con que tales diseños se registraron en la muestra de Pollard, en especial en Guitián, para evaluar aquella hipótesis y la conveniencia de replantear el límite de dispersión de la modalidad o esperar los resultados de nuevas investigaciones.

A diferencia de los anteriores, los motivos de borde de urnas agrupados como tardíos por Pollard, los hemos hallado en piezas por cuya morfología y decoración se pueden colocar en toda la secuencia de urnas Santamarianas de los sectores sur y central del valle Calchaquí (Baldini, 1981).

Al margen de la dificultad inherente a evaluar la cronología de las urnas Santamarianas solamente a partir de la decoración de fragmentos de borde, debería tenerse en cuenta la frecuencia con que tales motivos se presentan en momentos más tempranos y tardíos, a partir de colecciones amplias, para analizar la diacronía.

La Paya fue el único sitio en el cual registramos urnas decoradas en negro sobre rojo, ellas presentan diseños lineales en cada frente y por sus asociaciones parecen ubicarse en un momento tardío dentro del Período homónimo. Pollard, que no menciona esta variedad de urnas para La Paya, halló tiestos en otros sitios que "*. . . parecen ser solamente 'transicionales' y posteriormente, al principio diseños lineales (sic) sencillos llegan a ser cada vez elaborados con volutas cuadradas y cheurones. . .*" (Pollard, 1983: 77). En general las ilustraciones de estos motivos no nos permiten asignarlas con certeza a decoraciones más completas, pero las consignadas como tempranas podrían pertenecer a urnas como las de La Paya, en tanto que las numeradas 6 y 7 podrían pertenecer a urnas de tres cinturas y el N^o 9 (Fig. 17) posee una decoración muy común en piezas locales de filiación Inka (por ejemplo aribaloides como el ilustrado por Ambrosetti en la Fig. 127 de su obra sobre La Paya).

(7) Cuando mencionamos cerámica negra pulida obtenida en nuestras excavaciones, nos referimos exclusivamente a la del Período Tardío, como la hallada en numerosas tumbas de La Paya por Ambrosetti (1907).

Las formas de pucos también son separadas en tempranas y tardías por Pollard. A ambos momentos pertenecerían los *pucos forma 1* y los de *poca profundidad* y serían sólo tardíos los 'de libación', los *pucos campanuliformes*, *pucos profundos* y el *puco forma 2*. (Pollard, 1983: 75).

Con los fragmentos de bordes recolectados en los basureros de La Paya, nosotros reconstruimos 8 formas para los decorados en negro sobre crema, entre las cuales se encuentran las formas 1 y 2 de Pollard; la primera es la única que pudo reconocerse con fragmentos tricolores y con los decorados en negro sobre rojo. El *puco forma 1* se asocia también a la cerámica negra pulida (7) junto con casi todas las formas de la variedad pintada en negro sobre crema, otras tres formas de puco exclusivas del tipo y una forma de ollita. La forma "puco profundo" está ausente en la muestra de 6357 fragmentos que recogimos en las capas de los basureros de La Paya, a través de las cuales ninguna forma mostró variaciones frecuenciales significativas, durante el lapso limitado entre los años 1120 ± 95 y 1330 ± 100 DC, según dos muestras analizadas por C 14. (Baldini, 1980 y 1981).

La forma *puco profundo*, que Pollard asigna a su grupo tardío y, que no integra la amplia muestra de La Paya, es la típica de otro sitio excavado por nosotros, Molinos I, donde se combina con una pasta, acabado de superficie y decoración específicas, que la distinguen con claridad de las piezas de la tradición Santamariana, a la vez que la asemejan a los tipos cerámicos Las Pailas, Shiquimil Geométrico, Hualfín Negro sobre Rojo y los de la Fase Punta Colorada del valle de Abaucán (Baldini, 1982; Raffino y Baldini, 1983b), cuya cronología fue estimada entre el 800 y el 1000 DC. Los diseños ilustrados por Pollard para esta forma de puco son también similares a los de la típica alfarería de Molinos I que se asocia a muestras fechadas por C 14 entre los años 790 ± 100 y 1080 ± 90 DC, es decir, entre fines del Período Medio (650 - 850 DC, según la cronología propuesta para el Noroeste argentino por González, en 1977) y comienzos del Período Tardío (850-1480 DC).

En cuanto a las clases decorativas, Pollard menciona la persistencia de decoración tricolor en ambos grupos de su seriación. En La Paya, nosotros registramos la misma persistencia en toda la secuencia de los basureros, pero con frecuencias bajas —del 3 al 22 % si sólo se toman los fragmentos pintados— en relación a la decorada en negro sobre crema —70 al 93 %—, en tanto que en los dos niveles de excavación más profundos, de donde procede la muestra fechada por C 14 en el 1120 ± 95 DC, se observó una brusca disminución de los tiestos bicolores (20 % en la capa 14 y ausencia en la 15) a la par que aumentaban los tricolores (15 y 40 %, respectivamente).

Esa alteración de los porcentajes sugiere que las frecuencias de tiestos tricolores y bicolores podría ser un indicador de cronología relativa para los distintos momentos de la tradición Santamariana en el valle Calchaquí, a diferencia del de Santa María donde dicha cronología se ha estimado preferentemente por la presencia o ausencia de alguna de las variedades. Sin embargo, esta posibilidad es sólo una hipótesis que debe ser investigada enfatizando en datos estratigráficos.

En la comparación de los motivos que poseen las urnas de ambos valles, estamos de acuerdo en que se observa mayor variedad general en las

del valle de Santa María, pero nosotros encontramos más diferenciaciones en las representaciones de bocas, ojos y lágrimas —para referirnos solamente a los motivos tratados por Pollard— en las piezas del valle Calchaquí, que el mencionado autor.

La forma de boca rectangular con una sola fila de dientes que registra en su grupo temprano, no es ilustrada, ni tabulada, por Pollard. Nosotros hallamos un diseño que puede responder a esa descripción únicamente en una urna de tres cinturas de La Paya, que por haber sido hallada de modo casual carece de datos que nos permitan estimar una cronología más específica que la mencionada más arriba para este tipo de urnas.

La segunda forma de boca mencionada por Pollard, rectangular y con indicación de dientes inferiores y superiores, se encuentra en muchas de las urnas analizadas por nosotros, sin que pueda afirmarse una cronología especial de la misma; pero en otras piezas se observan bocas cuadrangulares, con uno o dos de sus lados curvos, o formando ángulo, etc. Una de las variedades es igual a los motivos de dos fragmentos ilustrados por Pollard para el cuerpo de urnas tricolores (2c y 2d, Fig. 11); esta forma de boca hasta el presente sólo la hallamos en sitios de la cuenca de los ríos Molinos y Luracatao (Depto. Molinos), pero en la muestra de Pollard (1983: Tabla 2) integra un grupo cuya presencia se marca, en conjunto, en un sitio del Dpto. de La Poma y cuatro del de Cachi.

Tampoco las formas de ojos y lágrimas se limitan a diseños de ojos redondos con lágrimas cortas y onduladas (Pollard, 1983: 81), sino que los hay ovales, con o sin lágrimas, en forma de gota, aplicados al pastillaje, etc.

Estas diferencias obedecen a que la muestra investigada por Pollard es muy reducida en el tamaño de las colecciones de tios de la mayoría de los sitios y limitada en la dimensión espacial, ya que sólo abarca aproximadamente la mitad del valle; por tal motivo no es extraño que piezas procedentes de sitios emplazados en todo el valle, muestren un espectro más amplio de motivos.

Al finalizar sus comparaciones entre las urnas de los valles Calchaquí y de Santa María, Pollard (1983: 81) expresa que *"... A base de la evidencia solamente de las urnas, sin embargo, se vislumbra bastante autonomía local en el desarrollo y uso de motivos específicos y formas de vasijas dentro de una red más amplia y común de creencias y simbolismo. . ."* A pesar de la mayor diversificación en nuestra muestra estamos de acuerdo con esta apreciación, que sin embargo nos parece muy general, porque nuestro análisis reveló no sólo cierta autonomía entre las formas y motivos de ambos valles, sino que en los sectores sur y central del Calchaquí, las urnas poseen caracteres propios que manifiestan una progresiva diferenciación respecto del conjunto de rasgos definidos para las urnas del valle de Santa María; en cuanto al sector norte, ya mencionamos que en él se registra una modalidad especial.

Arribamos ahora a la interpretación cronológica propuesta por Pollard para la tradición Santamariana del valle Calchaquí, la cual fue establecida en parte sobre la base de los cinco fechados radiocarbónicos del sondeo realizado en Borgatta, que delimitan su lapso de depositación entre los años 1110 ± 89 y 1257 ± 85 DC (Pollard, 1983: Tabla 5).

En el basurero donde se practicó el sondeo "...*Los dos mil tiestos del montículo claramente pertenecían a la época tardía de la ocupación del sitio, según la seriación general, pero aparentemente antes de la presencia incaica en el sitio. . .*" (Pollard, 1983: 78). Estos fragmentos fueron agrupados en 12 combinaciones tardías, una temprana y tardía, dos exclusivas de sitios transicionales, una temprana y transicional y otra temprana y "...*Notablemente, con la excepción de la ollita de borde evertido, las combinaciones tempranas y de transición proceden solamente de la mitad más profunda del pozo—prueba. . .*" (Pollard, 1983: 78).

En la superficie del sitio Borgatta fueron hallados fragmentos que se integran tanto a la agrupación tardía como a la temprana de la seriación; la última "...*es ilustrada cuando menos por 22 combinaciones cerámicas encontradas en la superficie del sitio que se relacionan con el grupo temprano del sitio de la seriación (sic). . .*" (Pollard, 1983: 78). Por la presencia de esta mezcla superficial, Pollard considera que la ocupación del sitio comienza antes y finaliza después que el lapso representado en el basurero.

Por comparación entre las muestras alfareras, 14 sitios son incluidos por Pollard en el Período Tardío, entre ellos Borgatta que, junto con Choque, Valdez y tal vez La Paya "...*demuestran la transición y continuidad de un grupo más temprano de cuando menos nueve poblaciones cuya cerámica fue la base de la tradición Santamariana en el valle Calchaquí.*"

"*De mayor importancia es que los análisis así revelan una serie de sitios (la agrupación anterior de la seriación) que sin duda pertenecen al Período Medio de la prehistoria de la región, normalmente fechado entre D. C. 600 y 1000. . .*" (Pollard, 1983: 79).

Esta cronología de su seriación es fundamentada por Pollard en dos conjuntos de datos: 1— la relación entre sus grupos cerámicos con los fechados absolutos (C 14) del sondeo de Borgatta, donde encuentra representado al grupo tardío, y con las seriaciones realizadas por Weber (1978) y Perrota y Podestá (1973, 1974) con urnas y pucos del valle de Santa María; 2— la cronología propuesta por Weber para las fases de su seriación.

Respecto del primer punto, resulta claro que al hallar representado en el basurero al grupo tardío, y considerando que el mismo fue fechado entre los años 1110 ± 89 y 1257 ± 85 DC, cronologiza antes del 1000 DC y por lo tanto en el Período Medio —que extiende desde esa fecha hasta el año 600 DC— a los grupos cerámicos temprano y transicional de la seriación, que fueron hallados en la superficie del sitio. Estos, sin embargo, estaban representados en la mitad más profunda del sondeo y se asociarían entonces a las muestras fechadas en el 1202 ± 140 DC y el 1110 ± 89 DC de las "*capas culturales*" 7 y 12 respectivamente (8), que fueron reconocidas, junto con otras cuatro, en los 10 cm. de espesor del nivel 6 de excavación (Pollard, 1983: Tabla 5); además de un fechado para la capa más profunda que resultó levemente más moderno que el de la capa 12.

(8) No hallamos una explicitación del significado de "capa cultural", pero puede suponerse que Pollard hace referencia a niveles de depositación natural.

Utilizando el mismo criterio que Pollard, considerar los lapsos delimitados por cada fecha, puede observarse que el de la capa 7 (1202 ± 140 DC) posee un margen de error muy amplio, por lo cual si se usa con un sigma se superpone a casi todo el lapso de la fecha de la capa 12, en tanto que con dos sigmas la supera en ambos sentidos. La fecha más moderna de la capa 4, por su parte, se superpone casi totalmente con la de 1202 ± 140 DC.

La presencia de seis "capas culturales" en los 10 cm. de espesor del nivel 6 y la superposición mencionada entre los fechados por C 14, sugieren la posibilidad de que haya habido alteraciones mecánicas en la deposición del montículo—basurero excavado en Borgatta y, en otro aspecto, que en él podría estar representado un período menor que los 300 años calculados por Pollard, donde la presencia de los grupos temprano y transicional no parecen asociarse a evidencias que los transporten mucho más que uno, o dos, siglos antes de 1000 DC.

Los grupos temprano y transicional de la seriación fueron hallados principalmente en la superficie de Borgatta, mezclados con fragmentos del grupo tardío de la seriación. La mezcla superficial de tuestos de diversos tipos y cronologías es común a gran número de sitios arqueológicos y puede obedecer, además de a ocupaciones prolongadas y/o superpuestas, a factores mecánicos, especialmente en zonas como en la que se emplaza Borgatta donde además de sufrir intensos procesos de remoción, los sitios se suceden casi sin solución de continuidad, como es el caso de Borgatta y Choque.

Lo expuesto sugiere que la sola presencia de tuestos considerados tempranos por una seriación de muestras superficiales generalmente pequeñas, y usando solamente el criterio de presencia—ausencia, no parecería tampoco ser indicio de una antigüedad tan prolongada de la tradición Santamariana.

Comparando las seriaciones realizadas por Weber (1978) y Perrota y Podestá (1973, 1974), Pollard manifiesta que la progresión de fases tricolores y bicolores no se puede reconocer en el valle Calchaquí, aunque en los sitios más recientes del último " . . . las primeras fases incluyen tanto formas de urna negro sobre crema como negro sobre rojo, además de tricolores. Esta norma parece también estar surgiendo en parte del valle Santa María donde Perrota y Podestá han reconocido más agrupaciones cerámicas que remontan al principio de la cronología Santamariana e incluyen pucos Loma Rica de (sic) negro sobre rojo relacionados con urnas tricolores San José, y urnas geométricas Shiquimil tanto de (sic) negro sobre rojo como de decoración tricolor. . ." (Pollard, 1983: 80).

En el valle de Santa María se asocian urnas Santa María Tricolor y urnas San José Tricolor con pucos Loma Rica Bicolor, pero en ningún caso se hace referencia a asociaciones con urnas decoradas en negro sobre rojo o en negro sobre crema, ya sean de la tradición Santamariana o de tipo Shiquimil Geométrico, como puede verse en los siguientes párrafos: Los pucos Loma Rica Bicolor " . . . acompañan como tapas a las urnas 'San José tricolor' y a algunas urnas tipo 'Santa María tricolor'. . . 'San José tricolor' representaría un 'climax' de una zona geográfica mucho más reducida y con un evidente traslapamiento (overlapping) entre sus etapas finales

y *Santa María tricolor*. . ." a la vez que hay un ". . . tipo cerámico no asociado a ningún otro grupo: el 'Shiquimil geométrico' que se puede colocar en un lugar ocupado cronológicamente por la cultura 'Hualfín' y que creemos se extiende por una amplia zona geográfica. . ." (Perrota y Podestá, 1975: 415 y 420).

Es importante señalar que al referirse a urnas pintadas en negro sobre crema o negro sobre rojo en la parte temprana de su seriación, Pollard parece referirse a piezas de tipo Santamariano; en tanto que en el valle de Santa María las únicas urnas decoradas en negro sobre rojo durante los comienzos del Período Tardío, son las de tipo Shiquimil Geométrico y no se conocen urnas decoradas en negro sobre crema para el mismo momento. Por lo tanto, si nos atenemos a la presencia de urnas similares en momentos básicamente sincrónicos, las similitudes o diferencias entre ambos valles deberían buscarse a través de alfarerías afines a los tipos Shiquimil Geométrico y San José Tricolor, como los hallados en Molinos I y Las Pailas.

Otro elemento de juicio para analizar la cronología de la tradición Santamariana en el valle Calchaquí es la semejanza que poseen los tientos tempranos ilustrados por Pollard con los recolectados en el basurero 2 de La Paya, asociados a una muestra fechada por C 14 en el 1120 ± 95 DC; así como con la cerámica encontrada en El Churcal, sitio fechado en el 1210 ± 50 DC (Raffino y Baldini, 1983a), en cuyo contexto Santamariano se hallaron algunas pocas piezas rojo pulidas, un puco Loma Rica Bicolor y otros de los tipos Molinos Bicolor y Tricolor.

Sin embargo, debe tenerse en cuenta que Pollard no especifica si al extender una parte de la tradición Santamariana al Período Medio, lo hace a la totalidad o sólo a una parte de él; de ser la última posibilidad podría considerarse aceptable ya que registra variedades cerámicas que —por lo que puede apreciarse en su publicación— se asemejarían mucho a los tipos Las Pailas y Molinos Bicolor, Tricolor y Negro sobre Rojo del sector central del valle Calchaquí, que se cronologizan inmediatamente antes del año 1000 DC, aunque Pollard asigna estas variedades a su agrupación tardía.

La posición cronológica que Pollard estima para cada uno de los grupos de su seriación y para algunos tipos cerámicos conocidos anteriormente, puede verse con claridad en la Tabla 6 de su publicación. En ella ubica a la Cultura Aguada en el Período Temprano (500 AC — 650 DC, según la cronología propuesta para el Noroeste argentino por González, 1977), en el valle de Santa María.

El Período Temprano, al igual que los restantes, no se ha definido como un corte temporal, sino que identifica un grado de desarrollo cultural singular; dicho grado de desarrollo fue superado por Aguada, por lo cual debería explicitarse el motivo al que obedece esta modificación.

En la misma columna son colocados los tipos San José Tricolor y Shiquimil Geométrico inmediatamente después del 600 DC y, dadas las asociaciones con el primero, la tradición Santamariana inicial.

En la columna del valle Calchaquí, Pollard deja pendiente la presencia de Aguada, que sólo se conocía por hallazgos esporádicos en el sector sur del valle (Tarragó, 1974), también antes del año 600 DC. En la actuali-

dad contamos con datos que evidencian que si bien Aguada no parece extenderse hacia el norte de Seclantás (al norte de Molinos, en el Dpto. homónimo), hacia el sur las manifestaciones de la presencia Aguada en La Represa, San Rafael, Brealito 2 y La Angostura —para referirnos solamente al sector central del valle—, incluyen alfarería típica, gris grabada o pintada y con su interior negro pulido o no, cuyos fragmentos yacen en la superficie de barreales o en sitios de cronología más tardía, donde se asocian a otros de los tipos Molinos; así como sitios de carácter ceremonial (La Angostura) similares a los allapataucas catamarqueños y a las construcciones de piedras de colores halladas en sitios Aguada de la Provincia de La Rioja.

Esta presencia de Aguada en el valle Calchaquí puede fecharse tentativamente alrededor del año 700 DC, por la asociación que posee en algunos sitios (por ejemplo La Represa donde se registró también en un sondeo) con fragmentos de los Períodos III (400-700 DC) y IV (700-1000DC) de la tradición Candelaria (Heredia, 1974), además de la mencionada asociación superficial entre tiestos Aguada con otros de los tipos Molinos. (Raffino y otros, 1982).

La cerámica de Las Pailas, sitio que integra la muestra de Pollard, no se tabuló en la columna del valle Calchaquí; sin embargo, hace tiempo que se conoce la existencia de un tipo cerámico asociado al Santamariano, e identificado con el nombre de ese sitio (Tarrago, 1974, 1975, 1980), que “... se aleja bastante de los cánones del Santa María Tricolor y Bicolor. En este sentido se puede señalar que los pucos con decoración a) y b) presentan ciertas similitudes con los pucos Shiquimil Geométrico definidos por Perrota y Podestá para el valle de Santa María con una asignación ca. del 900 a. D. . . .” (Tarragó, 1980: 49).

En un momento similar podemos colocar ahora a los tipos cerámicos Molinos Bicolor, Tricolor, Negro, sobre Rojo y Liso; estos fueron hallados más recientemente en Molinos I, donde nosotros excavamos una habitación y varios basureros, obteniendo una muestra alfarera homogénea por su pasta, acabado de superficie, formas y decoración; rasgos por los cuales se distinguen claramente de los tipo de Santamariano. Estos, a su vez, se registraron en Molinos I con frecuencias que les confieren un carácter intrusivo (solo alcanzan al 2 % de la muestra, de aproximadamente 2000 fragmentos), al igual que la cerámica negra pulida (7) asociada a la Santamariana en La Paya y El Churcal, entre otros sitios.

Los tipos Molinos incluyen formas similares a las del tipo Shiquimil Geométrico y el Hualfín Negro sobre Rojo; en tanto que están ausentes las formas de las urnas San José Tricolor y Santa María, según la evidencia de los fragmentos y de las piezas de tipo Molinos depositadas en la Parroquia de la actual localidad homónima.

La pasta (5) de los tipos Molinos posee notables semejanzas con la del tipo Punta Colorada Negro sobre crema del valle de Abaucán y la de urnas y pucos Shiquimil Geométrico, depositados en el Museo de La Plata; en tanto que por morfología y decoración se relaciona con los tipos Las Pailas del valle Calchaquí, Shiquimil Geométrico del valle de Santa María, Hualfín Negro sobre Rojo del valle homónimo y los de la Fase Punta Colorada (tipos Punta Colorada Negro sobre Crema y Huanchín Negro sobre fondo Anaranjado) del valle de Abaucán. Fase cuya cerámica constituye “. . . por

sus características tipológicas un conjunto de transición entre los períodos Medio y Tardío. . ." (Sempé, 1980:76).

La cronología estimada para estos tipos cerámicos, sumada a la asociación de tuestos Molinos con otros Aguada en varios sitios, y la presencia intrusiva de vasijas Molinos Bicolor y Tricolor en El Churcal, sugieren que al menos en el sector central del valle Calchaquí el comienzo del Período Tardío (850-1000 DC) está representado, desde el punto de vista de la alfarería, por los tipos Molinos y Las Pailas.

Esa cronología tentativa se confirma por los fechados radiocarbónicos de muestras obtenidas en tres niveles de cenizas y carbón superpuestos en uno de los basureros que excavamos en Molinos: I: 1080 ± 90 para el más superficial, 910 ± 110 para el segundo y 790 ± 100 DC para el del nivel más profundo (Baldini, 1982; Raffino y Baldini, 1983b)..

El segundo punto que mencionamos como utilizado por Pollard para la inclusión de su grupo temprano en el Período Medio, los encontramos en la siguiente frase: ". . . Si las seriaciones de Weber y de Perrota/Podestá son válidas, la cerámica de los montículos basurales se acercaría más a su fase III. Esto colocaría gran parte de su cronología bien dentro del Período Medio anterior (D.C. 600-1000) según la calculación (sic) de Weber, como también gran parte de la actual serie del valle Calchaquí, como ya se ha propuesto en este estudio. . ." (Pollard, 1983: 81).

Es decir, que Pollard aceptaría la duración de 200 años para cada fase de las urnas del valle de Santa María y la fecha de 650 DC para la asociación entre las urnas de las fases iniciales de la tradición Santamariana con las de tipo San José Tricolor propuesta por Weber, al no advertir el error que éste comete confundiendo el origen de las muestras tomadas en el Cerro Mendocino y fechadas por C 14.

El dato de 650 ± 60 DC, rechazado por Cigliano (1966), procede del piso de la Habitación 1 del Cerro Mendocino, donde los fragmentos asociados a la muestra fechada ". . . pertenecen a los tipos toscó y Santa María y fueron hallados en asociación directa con el piso y el carbón. . ." (Cigliano y otros, 1960: 33); en tanto que la asociación entre San José y Santa María se halló solamente en superficie.

Esa asociación se registró sobre el piso de la Habitación 1, pero del Núcleo C de la Ladera Este del Cerro Mendocino (Cigliano, 1966, Cigliano y otros, 1960) y no como cree Weber ". . . Such a date corresponds well with the A. D. 650 date for the mixed San José and Santa María tricolor component from the floor of habitation 1 at Cerro Mendocino. . ." (Weber 1978: 87). Es decir, que el año 650 DC no puede tenerse en cuenta para la asociación San José Tricolor—Santa María Tricolor y por ende, no apoya la cronología de Weber, ni la comparación que Pollard hace con la misma, extendiendo hasta ese año la antigüedad de la agrupación temprana de su seriación.

Al margen de la presencia de tipos cerámicos cronologizados inmediatamente antes del 1000 DC en el valle Calchaquí, debe tenerse en cuenta que la Cultura Santamariana ha ocupado un ámbito mucho más amplio que los valles Calchaquí y de Santa María (valles del Cajón en Catamarca, de

Lerma en Salta, de Tafi y cuenca de Tapia—Trancas en Tucumán; además de mantener relaciones, en algunos casos muy fuertes, con culturas tardías de otras regiones), presentando siempre un conjunto de rasgos que la adscriben sin dudas al Período Tardío.

De lo anterior se desprende que la inclusión de una parte de la tradición cerámica Santamariana en el Período Medio (650-850 DC), alteraría notablemente los esquemas cronológico—culturales de los valles nombrados en particular y del Noroeste argentino en general. Esta modificación no parecería justificarse con los nuevos resultados de una seriación de la cerámica de parte de un valle que no apoya los actuales conocimientos —producto de numerosas investigaciones— acerca del proceso de desarrollo cultural acaecido durante gran parte de la etapa Agro—alfarera del Noroeste argentino.

En síntesis, el análisis de la publicación de Pollard nos permite señalar:

- 1— Coincidimos con Pollard en dos aspectos; uno de ellos es la aparente persistencia de decoración tricolor en toda la secuencia de la cerámica Santamariana del valle Calchaquí, que Pollard infiere de la presencia de tuestos tricolores en la agrupación tardía de su seriación. Pero debe tenerse en cuenta que nosotros registramos, en las capas más profundas del basurero 2 de La Paya, una inversión de las frecuencias relativas entre tuestos tricolores y bicolores, que se traduce en una notable mayoría de los tricolores, recolectados con muy bajos porcentajes en las capas superiores, motivo por el cual pensamos que esa persistencia debe considerarse aún una hipótesis a investigar.

Otra coincidencia, en términos generales, es la menor diversificación registrada en los motivos de urnas Santamarianas del valle Calchaquí respecto del conjunto de rasgos definidos para el valle de Santa María. Pero también aquí debemos hacer una observación, ya que la restricción espacial de la investigación de Pollard a aproximadamente la mitad del valle, junto con lo reducido de su muestra y la ausencia de un control de las posibles variaciones espaciales de sus combinaciones de forma, clase decorativa y motivo específico, enmascara la existencia de una variación mucho mayor.

Nuestra investigación de colecciones de urnas procedentes de sitios emplazados desde Cafayate hasta La Poma, mediante la cual distinguimos una clara diferenciación entre las que proceden de los sectores sur, central y norte del valle, sugiere la conveniencia de que las seriaciones se efectúen inicialmente por sectores, muy en especial en el norte —de Payogasta a La Poma— y teniendo en cuenta las frecuencias que las variantes alfareras presentan en muestras amplias y estadísticamente significativas, para evitar la posibilidad de confundir variaciones espaciales y temporales. En este aspecto es sugestivo que al separar un grupo de sitios tempranos y otro tardío, utilizando el criterio de presencia—ausencia, Pollard asigna al tardío el 75 % de los sitios del sector central (o el 78 % si tomamos también en cuenta los sitios “tempranos y tardíos”, que alcanza al 83 % si también incluimos al sitio Buena Vista, que se emplaza a muy corta distancia al norte de Payogasta), aunque ello no implique que en tales sitios no estén

representados también momentos más tempranos o tardíos de la tradición.

- 2— Con respecto a la ubicación de la parte temprana de la seriación de Pollard en el Período Medio, creemos que no se ofrecen datos que apoyen la extensión de la tradición Santamariana en el tiempo hasta el año 600 DC, ya que los fechados radiocarbónicos de muestras tomadas en su excavación, aún tomando como válido que representen al lapso entre los años 1000 y 1300 DC no implican necesariamente que su agrupación temprana sea muy anterior al 1000 DC, sobre todo cuando consideramos que se asocia al fechado de 1110 ± 89 DC y que no se ha efectuado un análisis cuantitativo de la ocurrencia de las variedades de ambos grupos en el sondeo, por sitio y en la muestra total, aún cuando para la mayoría de los sitios ellas son estadísticamente criticables.

Por otra parte, la posición cronológica que Pollard asigna a otros tipos cerámicos, así como la inclusión de Aguada en el Período Temprano, no condice con el proceso de desarrollo cultural reconocido a partir de numerosas investigaciones, realizadas por otros tantos investigadores, para los valles Calchaquí, de Santa María y El Noroeste en general; sin embargo no se ofrecen los fundamentos de tales modificaciones.

- 3— Finalmente, la propuesta de Pollard de denominar "*Santamariana Norte*" y "*Santamariana Sur*" a la tradición Santamariana de los valles Calchaquí y de Santa María respectivamente (Pollard, 1983: 82 y Tabla 8) no parece modificar conceptos ni expresiones ya tradicionales en la arqueología argentina; en tanto que la segmentación de la serie de urnas y pucos del valle de Santa María en una parte *temprana* (Fases O-II) es decir tricolores, y otra *tardía* (Fases III-V), mezcla de piezas tricolores y bicolors seguida de dos Fases de piezas bicolors, se asemeja a la propuesta de Márquez Miranda y Cigliano en 1957.

Con respecto a la extensión de su hipótesis —al margen de la validez de la misma— al valle de Santa María, pensamos que si la seriación de la alfarería del mismo no puede transportarse en su totalidad al valle Calchaquí, tampoco puede hacerse la relación inversa, en especial cuando no se llevaron a cabo nuevas investigaciones en el valle de Santa María que sirvan de fundamento para ello.

BIBLIOGRAFIA

- AMBROSETTI, J.; 1907: *Exploraciones arqueológicas en la Ciudad Prehistórica de La Paya (V. Calchaquí, Prov. de Salta)*. Fac. Filosofía y Letras, Publicaciones de la Sección Antropológica, N° 3, Buenos Aires.
- BALDINI, L.; 1980: *Dispersión y cronología de las urnas de tres cinturas en el Noroeste argentino*. Relaciones de la Soc. Arg. de Antropología, N. S., T. XIV, n° 1, Buenos Aires.
- 1981: "Estudio comparativo de la Cultura Santamariana del valle Calchaquí respecto de la del valle de Santa María". Informe mecanografiado al CONICET.
- 1982: "Estudio comparativo de la Cultura Santamariana del valle Calchaquí respecto de la del valle de Santa María, II". Informe mecanografiado al CONICET.
- CIGLIANO, E.; 1966: *Contribución a los fechados radiocarbónicos argentinos (I)*. Rev. del Museo de La Plata (N. S.), Sección Antropología, T. VI.
- CIGLIANO, E; M. AROCENA; B. CARNEVALI; M. CARRARA; G. DE GASPERI; A. LORANDI; S. PETRUZZI; S. RENARD; M. TARRAGO; 1960: *Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María*. Inst. de Antropología, Publicación N° 4; Fac. Fil. y Letras, Univ. Nac. del Litoral. Rosario.
- GONZALEZ, A. R.; 1977: *Arte precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*. Film ediciones Valero, Buenos Aires.
- GONZALEZ, A. R. y PEREZ, J. A.; 1972: *Argentina indígena, vísperas de la Conquista*. Historia Argentina, vol. I, Editorial Paidós. Bs. Aires.
- GONZALEZ, A. R. y COWGILL; G.; 1975: *Cronología del valle del Hualfín, obtenida mediante uso de computadoras*. Actas y Trabajos del Primer Congreso Nacional de Arqueología Argentina; Rosario, 1970.
- HEREDIA, O.; 1974: *Investigaciones arqueológicas en el sector meridional de las Selvas Occidentales*. Rev. del Instituto de Antropología, T. V; Univ. Nac. de Córdoba.
- MARQUEZ MIRANDA, F. y CIGLIANO, E.; 1957: *Ensayo de clasificación tipológico-cronológico de la cerámica Santamariana*. Notas del Museo de La Plata, XIX, Antropología, N° 86.
- PERROTA, E. y PODESTA, C.; 1973: *Relaciones entre culturas del Noroeste argentino. San José y Santa María*. ANTIQUITAS, XVII. Bs. As.
- 1974: *Aplicación de la técnica de seriación a la colección de urnas y pucos santamarianos proveniente del valle de Yocavil (Colección Barreto del Museo de Ciencias Naturales de La Plata)*. Presentado al III Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Salta, 1974.
- PERROTA, E. y PODESTA, C.; 1975: *Arqueología de la Quebrada de Shiquimil*. Actas y Trabajos del Primer Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Rosario, 1970.

- POLLARD, C.; 1983: *Nuevos aportes a la prehistoria del valle Calchaquí, Noroeste argentino*. Estudios de Arqueología, Nos. 3 y 4, Museo Arqueológico de Cachi, Salta. (Journal of Field Archaeology, T. 10, N° 1, marzo de 1983).
- RAFFINO, R. y BALDINI, L.; 1983a: *Sitios arqueológicos del valle Calchaquí Medio (Departamentos de Molinos y San Carlos)*. Estudios de Arqueología, N° 3 y 4, Museo Arqueológico de Cachi, Salta.
- 1983b: *El sitio arqueológico Molinos I*. Nota preliminar. En prensa: Anales de Arqueología y Etnología, T. 36-37, Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza.
- RAFFINO, R., E. CIGLIANO y E. MANZUR; 1976: *El Churcal: un modelo de urbanización tardía en el valle Calchaquí*. Rev. del Museo de Hist. Nat. de San Rafael, T. III (1/4), Mendoza.
- RAFFINO, R., G. RAVIÑA, L. BALDINI y A. IACONA; 1982: *La expansión septentrional de la cultura de La Aguada en el N. O. Argentino. Presentado al VII Congreso Nacional de Arqueología Argentina, San Luis, 1982*. En prensa: Cuadernos del I.N.A. Buenos Aires.
- SEMPE, M. C.; 1980: *Caracterización de la Cultura Abaucán (Dtp. Tinogasta, Catamarca)*. Rev. del Museo de La Plata. N. S., T. VIII, Sección Antropología, N° 58, La Plata.
- TARRAGO, M., 1974: *Aspectos ecológicos y poblamiento prehispánico en el valle Calchaquí, Provincia de Salta, Argentina*. Rev. del Inst. de Antropología, T. V, Univ. Nac. de Córdoba.
- 1975: *Panorama arqueológico del sector septentrional del valle Calchaquí, Salta*. Actas y Trabajos del Primer Congreso Nacional de Arqueología Argentina, Rosario, 1970.
- 1980: *Los asentamientos aldeanos tempranos en el sector septentrional del valle Calchaquí, Provincia de Salta y el desarrollo agrícola posterior*. Separata de "Estudios Arqueológicos", N° 5, Chile.
- TARRAGO, M. y DIAZ, P.; 1972: *Sitios arqueológicos del valle Calchaquí*. Estudios de Arqueología, N° 1, Museo Arqueológico de Cachi, Salta.
- 1977: "Sitios arqueológicos del valle Calchaquí (III)". Estudios de Arqueología, Museo Arqueológico de Cachi, N. 2, Salta.
- WEBER, R.: 1978: *A seriation of the late prehistoric Santa María Culture of Northwestern Argentina*. FIELDIANA, Anthropology, Vol. 68, N° 2. Chicago.

¿VIKINGOS EN SUDAMERICA? UNA ENOJOSA POLEMICA

Uno de los autores criticados en mi libro *¿Vikingos o Extraterrestres? Estudio crítico de algunas teorías recientes sobre el origen y desarrollo de las culturas precolombinas* (Ed. Huemul, Buenos Aires, 1982), así como en el artículo aparecido en estos *Anales* (t. 32-33, pp. 25-73) titulado "Mediterráneos, semitas, celtas y vikingos en América", el Profesor Dr. Jacques de Mahieu, me ha escrito señalando algunos errores y expresiones poco claras que aparecen en dicho libro. Cumpliendo con una promesa, y adelantándome a su corrección en el caso de imprimirse una segunda edición, procedo aquí a formular las consiguientes rectificaciones:

1) Pág. 71: La foto N^o 16 del libro *Drakkars en el Amazonas*, que tal vez por un defecto del clisé parece efecto de un "collage" (como me fue señalado por dos laboratoristas fotográficos que me asesoraron), no lo es, sino que se ha obtenido por "doble exposición". Por lo demás, no he puesto en duda la visita del autor al Piauí en 1974; sólo efectué una pregunta que se hubiera podido evitar si él hubiera señalado dicha manipulación en el epígrafe de la figura.

2) Pág. 74 (abajo): Por expresarme en forma algo imprecisa (lo que por lo general trato de evitar), podría creerse que todos los autores allí mencionados han sido citados alguna vez en sus libros por J. de Mahieu. Se aclara que esto vale sólo para los tres primeros: T. de Alencar Araripe, L. Schwennhagen y B. da Silva Ramos; otros autores más "modernos" sólo son citados circunstancialmente en el libro *El gran viaje del Dios Sol* (M. Homet, P. Honoré), y uno no lo es (E. von Däniken). Estos últimos autores sólo fueron mencionados como otras tantas ejemplificaciones de lo que llamamos "literatura fantamazónica". De cualquier modo, el único autor de los listados en la pág. 74 de mi libro que en ningún momento fue citado por aquél es Erich von Däniken.

3) Mahieu señala que, a diferencia de lo dicho en la pág. 52 de mi libro (en que se niega una base legendaria para la suposición de que el rey vikingo Quetzalcóatl, al regresar a Tula, se haya enojado con sus compañeros por haberse casado con mujeres aborígenes), existe el "Discurso de Moctezuma" a Hernán Cortés, citado en p. 69 de *El gran viaje del Dios Sol*. Aceptando que la transcripción de López de Gomara allí reproducida sea correcta, digamos que en la misma sólo se dice que el Gran Señor —no mencionado por su nombre— se había ido "a su naturaleza"; que "al cabo de mucho años tornó a ellos" (con la intención de llevárselos) y que su enojo se debió a que no quisieron acompañarlo (no por el hecho en sí de haberse unido a las indígenas). Que luego "se volvió". Considero que la formulación, un tanto vaga, de la leyenda de Quetzalcóatl contenida en el Discurso de Moctezuma (y de la que hay otras versiones), no basta para servir de base sería para quitar valor a la crítica expresada por mí. Sin embargo, puede ser admitida como base legendaria para la interpretación de Mahieu, y en ese sentido cabría una rectificación. (Aunque habría que señalar que esta versión se contradice con otras, según las cuales dicho personaje nunca regresó a la zona central de México). No he negado la existencia de "una fuente tan conocida como el discurso de Moctezuma a Cortés", con el fin de hacer aparecer al prof. J. de Mahieu como poco serio (como lo dice éste en su carta del 2.IX.1982). Si no mencioné dicha fuente, es por parecerme poco relevante para el caso.

4) Quedan algunos aspectos más subjetivos. Dice J. de Mahieu que él no debe ser incluido entre los autores que forman parte de una organización "cuyo fin principal es el de ganar dinero". Bien, acepto haber exagerado un poco (en realidad, pensaba sobre todo en Erich von Däniken); creo en su palabra, y lo excluyo de esas dudosas compañías. Pienso que en su caso el fin primordial es la presentación de una *teoría revolucionaria*. (Claro está que presentarla y formularla, aun con toda la erudición de la que hace gala, no significa demostrarla). (1)

(1) Un folleto que llegó recientemente a mis manos demuestra que su tesis no es de nin-

Estoy dispuesto a aceptar también su aseveración de que "no es racista". ("En el sentido inexacto que 50 años de propaganda por parte de las superpotencias y sus amos han dado a la palabra". Cartas del 2.IX. y 14.IX.1982). Aclaro que en ninguna parte de mi libro le "endilgo" ese epíteto, sino que señalo algunas expresiones "de tinte racista" y contrarias al uso antropológico actualmente admitido. (Por ej. la denominación de "arios"). Dejo que los lectores saquen sus conclusiones.

Queda un punto en situación especial: Dice Mahieu que la fotografía que aparece en p. 93 del libro (fig. 18) está dada vuelta, y me acusa de haberlo hecho intencionalmente, "para demostrar de que no se trata de runas" (carta del 2.IX.1982). Niego desde ya esta acusación sólo explicable por una mente ofuscada. Preocupado por el origen de este supuesto error, acepté inicialmente que podría tratarse de un descuido mío o de la imprenta, o aún de la persona que había prestado la foto original. (Por haber sido devuelta, no había forma de comprobarlo). De cualquier modo, acepté inicialmente de que se trataba de un error.

Para quitarme de dudas, escribí al prof. (P.) Afonso de Moraes Passos, del Instituto de Prehistoria de la Universidad de São Paulo, estudioso del arte rupestre del Brasil (a quien conocí en algunos congresos). Poco antes de la impresión de mi libro había publicado un trabajo en el que aparecía el mismo panel grabado del sitio del Cerro Guazú, en la misma posición que la foto que sale en mi libro (que es también la más lógica de acuerdo a las sombras). Le pregunté si había visitado personalmente el sitio y tomado la foto, y si estaba seguro de que esa era la posición correcta. Transcribo su contestación, en lo que a ese sitio se refiere:

"Sohre a foto de "Cerro Guazú", devo dizer que não está trocada, nem invertida, nem o que seja. Esta perfeita. Ful eu mesmo quem tirou. Estive lá em 1975, tirei fotos, filmes, fiz alguns calcos em plastico. E' experiencia pessoal minha. Li o livrinho do Sr. De Mahieu (que é formado, a quanto me escreveu Mme. Emperaire, em economia na Sorbonne). São so tolices, de quem não e arqueólogo". (Carta de 13 de febrero 1984).

Agradezco al colega Passos su valiosa colaboración. No haré comentarios: que los lectores saquen sus propias conclusiones. (Si aún quedaran dudas, guardemos nuestros juicios para cuando se haya efectuado un relevamiento científico completo de ese importante yacimiento de arte rupestre).

No teniendo ningún interés en mantener situaciones enojosas o en caer en discusiones salidas del plano científico, accedí al pedido del Dr. de Mahieu de efectuar una rectificación pública, la que en forma de "Comunicado" fue enviada a 20 instituciones de la Argentina y tres del Paraguay (institutos de investigación, museos y sociedades dedicadas a las Ciencias Antropológicas). Figuraban allí los cuatro puntos anteriormente señalados, más el referente a la foto del petroglifo de Cerro Guazú, que como acabamos de ver, ahora debe ser retirado. Quedan así, para un texto de 80 páginas (primera parte del libro *¿Vikingos o Extraterrestres?*: 1) Una inexactitud técnica. 2) Una leve imprecisión lingüística. 3) Una omisión en una cita. 4) Aspectos más o menos subjetivos u opinables.

Pero el Comunicado no terminaba allí. Las cartas del Dr. de Mahieu exigían algunos comentarios adicionales, que aquí transcribimos en parte. Es que él no se contentó con señalar esos errores (atribuyéndoles una intencionalidad que no acepto). Todo el capítulo dedicado a reseñar sus libros es sólo "un panfleto, con términos agraviantes a mi respecto, cuando no injurias y calumnias", y que se trata de "una agresión repudiable", en un típico operativo de "policía de las ideas" (2.IX.82). Así, me amenaza con el Código Penal por haber señalado con términos algo fuertes, aseveraciones que cual-

gún modo original. La identificación de Quetzalcóatl y de Viracocha con un jefe vikingo ya fue planteada en una publicación argentina del año 1952 (no citada por Mahieu): Camarota, Humberto Raúl: *Quetzalcóatl, Cuculkan y Viracocha ¿fueron un vikingo?* 41 pp. La Plata, 1952, (Conferencia pronunciada ante el cuerpo de cadetes del Liceo Naval Militar).

quier colega consideraría anticientíficas, o al menos no probadas. Reitero aquí lo expresado en mi respuesta (9.IX.82):

“Niego enfáticamente que el capítulo dedicado a sus tres libros no contenga sino términos agraviantes y ninguna objetiva crítica científica. Cuando hago esto último, es siempre *por necesidad*, y no por afán de polémica o de pelea, que no es de ningún modo mi naturaleza. Además, hago la crítica sin ninguna connotación personal, y menos con ánimo insultante. Si los autores no pueden admitir críticas y las toman como ofensas personales, es cosa de ellos”. “No estoy en contra de las hipótesis aventuradas, siempre que no estén en contra de los hechos concretos, y que no se basen en una metodología parcializada”.

No debe olvidarse un principio básico: Corresponde a los “revolucionarios” demostrar la verdad (o al menos, una “mejor operatividad”) de las ideas científicas que sostienen, cuando éstas chocan con las vigentes hasta ese momento. (Por ejemplo, Jacques de Mahieu debería demostrar la falsedad del conjunto de 33 fechados radiocarbónicos y demás indicios arqueológicos que llevan a ubicar la construcción de los grandes monumentos de Tiahuanaco entre unos 200 y 700 años después de Cristo, antes de decir que ello sucedió entre 1050 y 1290 por parte de los “daneses” descendientes de los vikingos desembarcados en México en el año 967).

Me sigue diciendo (en su carta del 14.IX.82): “Ud. es tan incompetente en el doble campo de la antropología y de la runología como yo en el de la arqueología. Con la diferencia de que yo nunca me permitiría opinar sobre sus técnicas y conclusiones”. Sin embargo, el Dr. de Mahieu ¿no está de hecho cuestionando todo el andamiaje científico de la arqueología americana? ¿No está utilizando arbitrariamente datos proporcionados por la arqueología? Para dar otro ejemplo: Frente a la evidencia arqueológica de la existencia de la figura mítica de Quetzalcóatl junto con su símbolo la Serpiente Emplumada en Teotihuacán varios siglos antes del supuesto desembarco del supuesto jefe vikingo Ullmann ¿no está acaso silenciando un dato concreto para apuntalar su indemostrada teoría? Y así podríamos repetir gran parte del capítulo III de mi libro.

Pienso que no es una actitud objetiva y científica enojarse por las críticas que uno recibe. Si éstas son infundadas, hay que demostrarlo mediante una adecuada contra-crítica. Si son fundadas, no hay más remedio que “aguantarse”, y no recurrir al argumento de los agravios e injurias (y aún, pretender que el libro sea retirado de circulación)... (2)

Con estas palabras terminaba el “Comunicado”, fechado el 24 de septiembre 1982. Sabemos que la Editorial Huemul no aceptó la exigencia de Mahieu de retirar el libro de circulación.

Creiendo agotada la polémica, recibo unos meses después de su parte una tarjeta postal venezolana, en la que se ve una pintura rupestre con hombres y animales (modernos: hay un jinete); el epígrafe dice: “Mural de los indios Marikitare representando baile de la tribu”. Esto, para señalar otro error mío, y prueba de mi encono, cuando en el libro (p. 68, nota 17) señalo que se trata de una “gaffe divertida”, ya que a base

(2) Las reseñas al libro han sido unánimemente favorables. Hubo un caso, empero, en que el reseñante era un periodista desconocedor de la Ciencia Prehistórica —y además, descuidado en su lectura—, a quien se le deslizó un error que debe ser señalado. En la nota aparecida en la revista “Somos” (N^o 311, pág. 35) se incluye al profesor Osvaldo Menghin entre los autores de “disparates” criticados por mí (!). Está claro que no lo he mencionado para nada (salvo dos citas bibliográficas); más aún, hacerlo hubiera sido absurdo por parte de alguien que se honra de haber sido su discípulo y amigo. El prof. Menghin fue todo lo contrario de un fantaseador, como que introdujo entre nosotros la moderna metodología prehistórica, y sobre todo, una visión universalista de la Historia en cuanto proceso cultural. Oportunamente envié una nota aclaratoria a esa revista, que fue publicada en el N^o 314 (24.IX.82), pág. 47, un tanto abreviada y suavizada en algunos términos.

de ese nombre (Mariquita—re) Mahieu deducía la homosexualidad o al menos “cierta apariencia afeminada” de esos indígenas, vistos por los españoles.

Perdí una tarde entera buscando en la literatura etnológica la mención del nombre correcto de esta tribu, y fotocopí varias partes en las que estaba escrito (siempre: Makiritare), que además había escuchado de labios de investigadores en algún congreso de Americanistas. Le envié las fotocopias al Dr. Mahieu, diciendo que, si su fuente para una teoría científica era una tarjeta postal, con el epígrafe hecho por un fotógrafo descuidado o ignorante, su “gaffe” no sólo era divertida sino vergonzosa. Aproveché también para contestar algunas cosas de la última carta que me había enviado (3.X.82); por ej.: “Tranquílcese: no ignoro las dataciones radiocarbónicas de materiales orgánicos de Tiahuanacu, ni “silencio” la figura de Quetzalcóatl en una vasija de Teotihuacán. Pero Ud. no tiene autoridad de ningún tipo para tomarme examen”.

Transcribo aquí partes de mi carta (25.XL83): “No creo que sea una buena forma de salir del paso respecto a mis críticas en el plano arqueológico—cronológico, el decir que yo “no tengo autoridad de ningún tipo para tomarle examen”. Todos estamos sujetos a examen por parte de los colegas, sobre todo por parte de quienes están más especializados en determinados temas. Me he enterado de que es Ud. un buen especialista en temas sociológicos y politicológicos, y autor de varios libros antes de embarcarse en la “aventura vikinga”. Ni a mí ni a ningún arqueólogo se le ocurriría emitir teorías “originales” en aquella esfera: y si lo hiciéramos, cuidaríamos de que no estén en contra de hechos objetivos. Si Ud. admite que los fechados radiocarbónicos para Tiahuanaco existen, y que Quetzalcóatl ya fue conocido en la cultura de Teotihuacán —que decayó aun antes de la fundación de Tula— ¿cómo es que pasa tranquilamente por encima para sostener a todo trance su teoría, y después todavía se enoja si alguien lo critica por eso, tildándolo de calumniador, etc.?”

“Ud. dice que sus libros han recibido comentarios favorables en Europa. Pero estoy seguro que no serían especialistas en arqueología y etnología americana. . . Hace mal en decir que yo “desaté una campaña en su contra”. Solo cumplí con mi deber científico y ético de reseñar con cierto detenimiento sus tres primeros libros sobre los Vikingos en Sudamérica, en el marco de un comentario general sobre recientes teorías historicistas de vinculación transatlántica. Tuve la suerte de que una editorial aceptara su inclusión algo abreviada, como parte de un librito de divulgación que no ha sido ningún “best seller” . . . No: la “campaña” no es contra nadie; en todo caso, es a favor de la metodología y de la verdad científica. (Se entiende: en el estado actual de nuestros conocimientos).

“Yo no digo que la selección de signos (que Ud. llama “normalización”) sea hecha con mala fe, sino como consecuencia de un método deductivo que deriva del aferramiento a su “teoría revolucionaria”. Pero, como Ud. mismo lo dice en la p. 168 de su *Drakkares en el Amazonas*: “No basta que un hecho histórico sea posible, ni siquiera probable: hay que traer pruebas”. Y demostrar, además, en forma fehaciente, que los datos conocidos hasta ese momento son erróneos.

“Su pedido de que el libro sea retirado de circulación es tan improcedente como si Bernardo da Silva Ramos, si aún viviera, pretendiera que Ud. retirara su libro *Drakkares*. . . por contradecir sus interpretaciones semitizantes. . .”

En su última carta (16.VII.83), Mahieu reprocha mi “agresividad”, y aclara que su fuente para los “Mariquitares” como “indios blancos” no fue esa tarjeta (que había recibido hacía poco de un corresponsal de Caracas), sino el *Voyage aux régions équinoxiales du Nouveau Continent* de Alexander von Humboldt. . . Sigue diciendo: “El asunto, por lo demás, no tiene mayor importancia, aun cuando me hubiera equivocado yo al seguir a Humboldt; pero sí su agravio para conmigo, sobre un presupuesto inexacto”.

Ojalá pudiéramos decir: Dejémoslo ahí. . . Pero esto depende enteramente del Dr. Jacques de Mahieu. Si continúa publicando libros criticables, no habrá más remedio que

seguirlos criticando. (Aclaremos una vez más: no a él personalmente, sino a lo dicho por esos libros!). (3).

JUAN SCHORINGER

(3) A este respecto, estamos esperando que salga al mercado una traducción castellana de "Die Templer in Amerika" (Tübingen, 1979), en el que —dando por sentado la verdad de lo dicho en sus libros anteriores y retomando el tema de la presencia de normandos cristianizados en el Brasil y el área andina a partir del siglo XI— sostiene que los Caballeros Templarios organizaron la explotación de las minas de plata de Potosí, con lo cual pudo financiarse la construcción de las catedrales góticas francesas en los siglos XII y XIII.

También esperamos a que haya algo más que noticias periodísticas acerca de los "Hombres de Cro-Magnon en Santiago del Estero" (diario El Liberal, 30.X.1982); hiperbóreos y libios llegados de Troya hacia 1200 a.C., fundadores de la Civilización Chaco Santiagueña (*apud* Hermanos Wagner), una de cuyas ramas está representada por los menhires de Tafí en Tucumán (El Liberal, 14.IX.82); el grupo de 27 menhires de El Mollar conforma "un reloj astronómico gigantesco" (Idem, 15.X.82); el descubrimiento, "en las ruinas de dos aldeas fortificadas hasta ahora desconocidas, de 17 inscripciones rúnicas hiperbóreas, idénticas, en cuanto a sus caracteres prealfabéticos, a las que en el norte de Europa, pertenecen a la Edad del Bronce" (Id. 14.IX.82); los indios barbudos de Córdoba vivían "en casas de piedra, semisubterráneas como las de los escandinavos de la Edad del Bronce y provistas de un baño sauna, y utilizaban armas de acero" (Id. 14.X.82, y en La Gaceta, de Tucumán, 3.X.82); el topónimo "Troya" del Noroeste argentino, con el significado de "fortaleza", que no es de origen indígena, se explica por haber sido traído por aquellos inmigrantes, sobrevivientes de la legendaria guerra (Ibidem); etc. El libro respectivo ya se publicó en Alemania (*Die Erben Troyas*), pero a fines de 1982 aún no había sido traducido al castellano.

Creo que a los colegas especialistas en arqueología del N.O.A. y de Santiago del Estero les interesará la forma en que Mahieu echa por tierra el esquema del desarrollo cultural y su correspondiente cronología, para aquella región, y aprenderán que, gracias a la invasión de los "nórdicos-troyanos", la más antigua alta cultura americana no surge en Mesoamérica o en Perú, sino en el ahora reivindicado Imperio de la Llanuras. . .

(Agradecemos el envío de los citados recortes a la profesora Amalia Gramajo de Martínez Moreno, quien como directora del Museo Arqueológico Provincial de Santiago del Estero emitió un comunicado señalando en forma contundente la contradicción de esas teorías con la realidad arqueológica y antropológica. Ver El Liberal, 5.X.1982).

RESEÑAS

KUSCH, Rodolfo: *Esbozo de una Antropología Filosófica Americana*. Ed. Castañeda. 146 pp. Buenos Aires, 1978.

El mundo del pensamiento kuschiano, concretado en numerosas obras, gira sobre un único eje conductor, esto es, el pensar americano. Vale la pena señalar que lo americano ha de entenderse en el sentido de un pensar que se nutre en un universo de raíces precolombinas, pero también de una encarnadura contemporánea. A partir de su propia experiencia vital, viajando e investigando, compartiendo y vivenciando todo el quehacer cultural y humano de estas tierras americanas, Kusch elabora un edificio filosófico que apunta a un comprender antes que un mero entender. De tal suerte, el hombre americano no es un objeto de estudio, sino un sujeto de diálogo, de allí su exhortación al "comprender".

El tema de la presente obra, es concretar lo que indica el título: un "Esbozo de Antropología Filosófica Americana", fundada en un sistemático trabajo de campo, y cuyo material es ofrecido por gente de pueblo. El autor expresa que se trata de "una antropología estudiada a partir del silencio lleno del discurso popular; basada en la ausencia del saber de lo que es el hombre, o, mejor dicho se ubica al margen de la preocupación de una definición del hombre; en todo caso toma en cuenta la pensosa operación con que el pueblo de América afirma su humanidad" (p. 9).

Kusch abre el trabajo, proponiendo una metodología de acceso a las unidades geoculturales, a través de una "comprensión" del fenómeno, en la medida que es necesario admitir que todo grupo humano, entendido como unidad, determina un domicilio existencial, mediante la captura del hábitat por el pensamiento grupal, es decir, un hábitat sometido a la cultura. A su vez trata de un pensamiento condicionado por el hábitat. Esta interacción genera una rigidez cultural estructurada. Cómo penetrar, se pregunta Kusch, a esa totalidad, que constituye el pensamiento grupal. Es para el autor un instrumento apropiado precisamente el análisis de dicho pensamiento, porque: "Es siempre el núcleo seminal que proporciona los contextos simbólicos con que se viste la realidad y el quehacer cotidiano" (p. 15). Ahora bien, el análisis de este pensamiento grupal se hace a través del discurso, entendido como el decir que encierra un "horizonte simbólico que estructura el discurso" (p. 20).

Esto requiere naturalmente una definición de cultura, en el sentido de que no sólo abarca el acervo espiritual que emana del pueblo, sino que es además "el baluarte simbólico en el cual uno se refugia para defender la significación de su existencia" (p. 14). Cultura significa, en este sentido, que necesariamente debemos defendernos "existencialmente" frente a lo nuevo; de allí que a la cultura no se la debe tomar sólo como acervo, sino también como "actitud", que se expresa globalmente en cómo pensamos el mundo. Circunstancia que, siguiendo el método de Kusch, aumenta la rigidez y dificulta aun más el acceso.

En cuanto a este problema, la totalidad de la obra kuschiana gira en torno a esta dificultad inicial, que asola las ciencias humanísticas en su intento de entender la experiencia de la humanidad en América.

Sintetiza también, ciertas características del pensamiento popular en esta parte del mundo, las confronta con los conceptos elaborados en el ámbito del pensar europeo y deduce, no sin cierta violencia, que la experiencia de lo humano en América, constituye un fenómeno inédito que requiere el desarrollo de un instrumental filosófico también inédito, es decir, que en torno al pensamiento grupal no caben sino herramientas de análisis elaboradas por este mismo pensamiento, o cuando menos avaladas por él. En este sentido, son útiles las delimitaciones del pensamiento o actitud mítica y la negación en el pensamiento popular que define como "ontología del pobre", lo cual es una suerte de invalidez esencial, como horizonte de lo humano, que lleva a decantar una lógica de la negación, o lo que es lo mismo, la afirmación sitiada por la negación en la base del pensar popular. Concepto implícito en el discurso de la informante Sebastiana, y su conciencia no racional. En otra informante aparece el mundo pensable sitiando su vivencia existencial y su mundo mítico, dualidad que Kusch extiende a nuestras capas intelectuales escindidas entre un pensar racional y asumido como mito, y un pensar mítico, vivido como rémora.

En el siguiente capítulo "Los arquetipos de la Economía Popular", se refiere una experiencia económica desarrollada en Cochabamba (Bolivia) por Luis Rojas Aspiazú. Esta tarea dio pie al autor para llegar a una nueva interpretación o a las "posibilidades de una reubicación de la economía dentro del marco del pensamiento Latinoamericano" (p. 10). Vale decir, investigar cómo se maneja y controla lo económico a partir de un estudio exhaustivo del pensamiento grupal y su cultura. Abriendo a la posibilidad de un determinante no económico por debajo de la "última instancia" económica.

Hacia el final el autor reflexiona incorporando las experiencias citadas en los anteriores capítulos sobre lo arcaico en el pensamiento popular; el manejo de los símbolos dentro del pensamiento; y presenta nuevamente su ya clásico concepto del "estar", desarrollado en el libro *América Profunda*. Particularmente en el capítulo "Juego y práctica de lo humano en América", Kusch define sus propósitos con toda precisión cuando traza, según sus propias palabras, los lineamientos que podrían llevarnos a "determinar un modelo de lo humano en América, y, recién a partir de allí, aventurar una especulación sobre el tema en el terreno, si se quiere, universal" (p. 135).

En síntesis, se trata de un texto valiente, de conceptos indispensables, sobre todo por su ausencia de academicismos, como toda la obra de Kusch, que requiere un abordaje imaginativo, desprovisto de prejuicios.

ALICIA LINARES

LEMOS, Néstor: *Folklore y Filosofía*. Axioma Editorial. 80 pp. Buenos Aires, 1976.

... "el folklore es una sembrera que viene germinando, floreciendo y sembrando desde las primeras piedras talladas por los pitecántropos. Y seguirá ese proceso hasta que la cultura alcance grados imposibles de imaginar para el hombre actual" (N. L. p. 27)

Muchas veces, en nuestro país, la Ciencia del Folklore ha sido ricamente nutrida desde los más insospechados rincones del espectro humanístico, al margen de sus lineamientos doctrinarios específicos. Escritores, sociólogos, ensayistas, críticos literarios, filósofos y hasta periodistas han sumado, sin duda, no escasos elementos al corpus del conocimiento folklorológico, a pesar de algunos reconocibles y evidentes distanciamientos con las pautas de la disciplina en particular.

Un aporte de este tipo —proveniente en esta oportunidad de la *Filosofía*—, pero no alejado de un centrado y explícito interés por la problemática tanto epistemológica como específica del Folklore, es el de *Néstor Lemos*, pedagogo, escritor y profesor de Filosofía mendocino (*)

Su trabajo es una indagación sobre los *orígenes y estructuración cultural de la Filosofía*, al calor de las fuentes paremiológicas folklóricas: “Muchos de los conocimientos filosóficos enunciados por sabios de todas las épocas —anuncia Lemos—, han sido precedidos por locuciones denominadas ‘paremias’ —apoteogmas que corrían de boca en boca entre los conglomerados humanos de cualquier geografía y tiempo—. . . (p. 9)

Por lo cual parte y va finalmente a arribar al establecimiento de las relaciones de modulación dialéctica propias del Folklore con la Filosofía.

Sus conclusiones fundamentales ya son proclamadas en la primera página de su libro:

a) *El saber paremiológico dio origen a la Filosofía* y, con ella, a las primeras ciencias de la naturaleza, sociológicas y de relación.

b) En consecuencia: siendo la Paremiología rama de la Folklorología, *las raíces de la Filosofía son folklóricas*”. (íd)

Divide Lemos su exposición en tres partes. En la primera trata, por separado, lo que titula *saber filosófico* y *saber folklórico*; se ocupa de la Paremiología en la segunda, para finalizar con un análisis más restringido en la tercera: *la teoría dialéctica de los cambios en la paremiología folklórica*.

Al referirse al *saber filosófico* reúne el material que fundamenta su concepción de que “la filosofía se estructuró en sus comienzos reuniendo el saber que hoy denominamos indistintamente ‘paremiológico’, ‘refranesco’ o ‘folklórico’”. . . (p. 12), mediante el proceso histórico que dio lugar al deslinde entre el pensamiento reflexivo y la mentalidad mítica primitiva. Esboza luego el “*desarrollo dialéctico del saber filosófico*” en sus tres etapas y en el dualismo básico *materialismo—idealismo*, explicitando su posición materialista: “*toda creación genuinamente folklórica tiene, filosóficamente considerada, origen materialista*” (p. 18).

En lo que respecta al *saber folklórico*, establece Lemos —entre otros títulos— la “*naturaleza específica de las creaciones folklóricas*”; . . . la “*esencia de un hecho folklórico*”; . . . la “*definición lógica del material folklórico*”, etc., enunciando finalmente como resultante que “*el hecho folklórico es una creación cultural sensoricolectiva*” (p. 27).

Se aboca luego a las generalidades de las paremias, las que considera “*especie típica de todas las creaciones folklóricas*”. Parte de su antigüedad y de su valor elementalmente humano: “*toda colectividad humana de cultura elemental ha venido fijando y transmitiendo oralmente su experiencia multitudinaria por medio de paremias*” (p. 34). Agregando un menudo estudio analítico de los refranes, tanto en sus *contenidos* como en sus *formas*.

(*) Recientemente fallecido. (N. de la D.)

Al finalizar su rico ensayo, el autor tiene la oportunidad de ilustrar sus ideas rectoras con el refranero popular español. Y lo hace tomando de la problemática filosófica la cuestión radical de los *cambios universales* en su concepción dialéctica. Las citas aquí se hacen comunes y todas enfilan a la demostración de argumentos básicos como éste: "la cultura folklórica es la madre que engendró y amamantó a la cultura docta. Y la sigue nutriendo". (p. 54). "Es mucho más explicable —postula— que un refrán —conocimiento empírico, gregario y multimilenario— vaya a iluminar una mente cultivada, que una conclusión filosófica o científica —pensamiento abstracto y tecnológicamente expresado— pueda convertirse en un dicho popular". (ídem.)

Transita entonces por *Tales de Mileto, Anaximandro, Anaxímenes*, deteniéndose en *Heráclito* y terminando en *Hegel*. Todos "ejemplificados" en el folklore paremiológico hispano (*El autor explica que es al revés*).

Cabe, de nuestra parte, ante este novedosamente bien perfilado enfoque interpretativo de ese aspecto tan importante del folklore que es la paremiología, una reflexión advertida ya en el prólogo que a la obra comentada hace *Bernardo Canal Feijóo* (el compatriota más lúcido hermeneuta del folklore): "Si algo hubiera que lamentar ante el presente ensayo —dice— sería el hecho de que, tras haber planteado sus proposiciones en sus términos más generales, no se hubiera detenido a proyectarlas concreta y substantivamente sobre el folklore paremiológico argentino"... (p. 8).

Lemos, en efecto, ha basado sus estudios casi exclusivamente en el *Refranero General Ideológico Español* de Luis Martínez Kleiser y, si bien compartimos el lamento de Canal Feijóo, creemos que ninguna de sus tesis fundamentales se vería modificada de extender las investigaciones al caso particular de nuestro país, aunque sin duda muchos de sus rasgos potenciales se verían ampliados y enriquecidos.

ARIEL GRAVANO

(Licenciado en Antropología, U. N. de Buenos Aires)

LEON-PORTILLA, Miguel: *Culturas en peligro*. Alianza Editorial Mexicana, México, 1976. (227 p.).

Escrito para un público amplio, no deja de ser un trabajo de gran erudición, en el cual los resultados de las investigaciones son expuestos con claridad. Las ciencias antropológicas, arqueológicas, históricas, sociológicas, filosóficas, geográficas y psicológicas son reunidas en este libro, contribuyendo de un modo eficaz a interpretar el proceso cultural de los pueblos, en especial los de México, desde la prehistoria hasta la actualidad.

El objetivo principal es el de "identificar" y "tipificar" todas aquellas amenazas que ponen en peligro la cultura de un grupo humano. Por otra parte, es, al mismo tiempo, un llamado a la reflexión a todos los que de un modo u otro tienen la responsabilidad de penetrar en las entrañas del pasado del hombre y su desarrollo en sociedad, para dilucidar las causas y las consecuencias de cualquier contacto entre tribus, pueblos y naciones.

El tema central es el enfrentamiento entre distintas identidades culturales y la transformación, a veces con y otras sin pérdida de aquella, que sufre toda sociedad tras un proceso de aculturación y sus secuelas de "traumas" y/o "nepantalismo" de la cultura vencida.

"Culturas en peligro" está dividido en nueve capítulos. En el primero "Marco conceptual y señalamiento de situaciones", se exponen conceptos sobre cultura, cultura en peligro, identidad cultural, "nepantalismo" (que es también una situación), écosis; y situaciones por las cuales un núcleo humano puede verse amenazado en su identidad, tales son: culturas de vencidos, culturas afines pero no homogéneas, casos particulares como el de los chicanos y otros más amplios y hasta universales: el de los países del Tercer Mundo y el peligro que aún corren las "culturas prepotentes" como la de Estados Unidos.

El capítulo segundo está referido al contacto entre dos pueblos indígenas en el período prehispánico: los chichimecas o "bárbaros" y los toltecas o "civilizados". El proceso de aculturación de los primeros, realizado paso a paso, constituye el "ejemplo más antiguo" de lo ocurrido en el Nuevo Mundo y que, según el autor, se presta para un estudio más profundo a los ojos de la historia universal.

Otro tipo de aculturación, la "inducida", considerada en este libro, fue la que se produjo en la "conquista espiritual", al entrar en contacto dos civilizaciones distintas: la de España y la Mesoamericana. Como consecuencia de ella, el indígena no comprendió lo que el cristianismo significaba y muchos continuaron, en silencio, con sus ritos antiguos. Así se produjo lo que León-Portilla denomina "nepantalismo", es decir, quedar en el medio. Al mismo tiempo fueron tomando forma, en la conciencia indígena, "traumas culturales". Uno de ellos, quizá el más importante, fue el mestizaje, no sólo desde el punto de vista étnico, sino también en cuanto a la transformación cultural o aculturación. Matices dentro de esta conquista fue la labor del Padre Bartolomé de Las Casas y la de los Franciscanos en pos de la evangelización, observados como intentos de defensa y comprensión hacia el aborígen.

Al considerar la etapa independiente señala la situación del indígena, en muchos casos asimilable a la de los esclavos. Tras la Revolución de 1910 surge el indigenismo. Los métodos utilizados, la protección o la integración, según el autor, se asemejaron mucho a la "aculturación inducida": "Por encima de otras consideraciones —y reconociendo que la situación y el futuro de las sociedades indígenas guardan esencial relación con las estructuras existentes en la realidad integral del país y con los posibles cambios en ellas — parece evidente que... corresponderá al Estado, con el asesoramiento de antropólogos, sociólogos y otros especialistas, propiciar la participación del indígena en un plano de igualdad y con absoluto respeto a su identidad cultural" (p. 129).

Todos estos temas son desarrollados en los capítulos tercero (La conquista espiritual. Punto de vista de los frailes y los indios), cuarto (Bartolomé de Las Casas en la conciencia del indígena del Siglo XVI) y quinto (El trauma cultural, mestizaje e indigenismo en Mesoamérica).

En los capítulos sexto (Más allá de Mesoamérica: Pluralidad cultural en los períodos prehispánicos y colonial) y séptimo (Trayectoria cultural del Noroeste a partir de la Independencia de México) aborda la problemática del Noroeste Mexicano. Divide al área en provincias fisiográficas y delinea dentro de cada una de ellas las tribus que las poblaron. Según León-Portilla esta región fue considerada por el mundo Mesoamericano como zona de "frontera cultural y física", tanto en el período prehispánico como colonial e, incluso, independiente.

Entre sus características fundamentales cita la "diversidad" y el "aislamiento" durante los dos primeros períodos y primera centuria del tercero, hasta la Revolución Mexicana; fue con ésta cuando hubo "una más amplia apertura de conciencia a sus pro-

blemas, concebidos ya en función de los que aquejaban a todo el país" (p. 176).

La actividad misionera, la actitud de conquistadores y colonizadores y la guerra con Estados Unidos produjeron "traumas culturales". Aquéllas en algunas tribus indígenas y, más tarde, a los mestizos; la última, en todo México. Deja abierta la posibilidad de conocer en mayor profundidad dichos traumas a algunos postulados de la etnología y de algunas corrientes de la antropología cultural.

La "diversidad", el "aislamiento", la aculturación de las misiones y de la colonización y la guerra con Estados Unidos permiten, según el autor, "valorar el grado de significación de lo que puede entenderse hasta ahora como 'variedad norteña' de la cultura mexicana" (p. 181). Para tal objetivo describe los rasgos más importantes que componen su "ethos".

Basado en estudios arqueológicos, etnológicos e históricos se propone interpretar, en el capítulo octavo (Más allá de la actual frontera mexicana: Experiencia cultural de los navajos), lo que representó para los navajos estos tres procesos de aculturación: a) contacto con los indios Pueblo, b) acercamiento hispano-mexicano y c) influencia de los anglos. El autor llega a la conclusión de que a pesar de estas fases, este grupo indígena del suroeste de los Estados Unidos mantuvo su identidad cultural.

En el último capítulo, el noveno (Historia desde dentro y desde fuera) reflexiona "sobre los problemas del quehacer histórico contemplado a la luz de su correspondiente contexto cultural" (p. 212). Así, la investigación sobre el pasado humano realizada por nacionales o extranjeros es denominada por León-Portilla "desde dentro", la primera, y "desde fuera", la segunda. Su propósito es analizar dicha problemática sin elogiar ni censurar ninguna de las maneras de elaboración, sino que intenta "apuntar en general a algunas de las cuestiones que pueden derivarse de la confrontación de una y otra forma de investigar" (p. 213).

El libro, en general, puede dividirse en cinco partes. Una primera de conceptos y situaciones utilizados en todo el desarrollo de la obra, con el propósito de circunscribir las amenazas que hacen peligrar la integridad cultural de una tribu o de una nación. La segunda dedicada a Mesoamérica y a todo el proceso de aculturación de la zona. En la tercera busca establecer las características que definen "la variedad cultural norteña" de México. La cuarta está destinada a demostrar que la experiencia de los navajos constituyó una defensa de su identidad cultural. Por último, reflexiones del autor acerca de los que denomina "historia desde dentro y desde fuera".

El uso que hace de los resultados de la labor de las variadas disciplinas que tienen al hombre con sus manifestaciones como centro de estudio, demuestran un método que es interesante rescatar para comprender al ser humano en su mundo espiritual y material.

En "Culturas en peligro" se pone de manifiesto la preocupación del autor. ¿Pueden las comunidades indígenas participar con su individualidad de los proyectos nacionales sin que corran el riesgo de ser absorbidos por un conjunto social culturalmente más amplio? Aquellas que hasta el momento han logrado sobrevivir ¿cuánto tiempo podrán mantenerse sin verse acechadas por un proceso de aculturación inducida? La protección o la integración ¿son positivas en la defensa del desarrollo de grupos minoritarios, o, por el contrario, al tratar de mejorar las condiciones socioeconómicas de éstos —generalmente postergada— se introducen cambios que afectan su especial conformación? La respuesta y la forma de defender su peculiaridad cultural dentro de una nación, y aún las medidas que debe tomar, en tal sentido, un país o los países del Tercer Mundo frente a los "prepotentes", lo deja en manos del Estado y al apoyo que deben dar la Antropología social y cultural, como así también la Prehistoria, la Historia, la Sociología, Psicología, etc., con el objeto de conocer las raíces, el proceso, y las proyecciones de una sociedad.

La labor interdisciplinaria adquiere su mayor importancia, en cuanto método de conocimiento al servicio de quien debe ser su destinatario: el hombre. Las ciencias dejan de ser aportes aislados para integrarse —sin perder cada una de ellas su particularidad— en la interpretación del universo humano. La obra reseñada posee, así, también valor didáctico y metodológico.

EDUARDO MARIO GUERCIO

PENTEADO COELHO, Vera: Os alucinógenos e o mundo simbólico. O uso des alucinógenos entre es indios da América do Sul. 176 pp. Editorial Pedagógica y Universitaria. San Pablo, 1976.

Vera Penteado Coelho, del Museo Paulista de la Universidad de San Pablo, Brasil, ha reunido cuatro trabajos de investigación etnográfica de distintos autores. El tema que los liga, es el uso de alucinógenos entre indígenas contemporáneos: Kachuyana, Tucano, Waiká y Piaroa. A estos estudios se agrega otro, tomado desde el punto de vista arqueológico: instrumentos utilizados para drogarse por una cultura extinta, como lo es la de Tiahuanaco, en Bolivia. Otro aporte valioso que se incluye en este libro, es un relato de 1786 sobre la aspiración de paricá entre los indios Maué. Los estudios anteriores pertenecen respectivamente a Georg J. Seitz, Gerardo Reichel-Dolmatoff, Jean Monod, Protásio Frikel y Henry Wassén.

Los científicos, cada uno desde su zona, pretenden develar las diversas facetas que posee un mismo fenómeno; cómo son empleadas diversas plantas para producir alucinaciones —tabaco, paricá, yajé, epena y yopo— entre culturas que no poseen ningún parentesco. Se describen las distintas formas de preparar e ingerir estos narcóticos, y sobre todo se busca la causa fundamental que llevó a cada grupo en particular a consumirlos; la droga como apoyo para enfrentar el mundo exterior, como vehículo hacia lo sobrenatural, como factor curativo o como talismán contra las fuerzas maléficas.

Las investigaciones pretenden ir más allá. Identificar botánicamente cada planta para enriquecer nuestra medicina occidental, estudiar los efectos de estos psicotrópicos en diversos individuos y la calidad de sus visiones, al igual que los efectos producidos en individuos de distintas culturas. Las visiones causadas por la droga, de acuerdo al testimonio de estos autores, influyó en las creaciones artísticas de los pueblos primitivos, en sus diseños, en sus pinturas corporales o tatuajes e incluso en sus intrincadas mitologías.

El trabajo de Reichel-Dolmatoff sobre el contexto cultural de la Banisteriopsis Caapi, cuenta con láminas y fotos al respecto, al igual que el de Seitz sobre los Waika y sus drogas y el de Wassén sobre material etnobotánico tiahuanacoide.

Estos y otros estudios (como el de la reseña siguiente) abren muy interesantes perspectivas para un mejor conocimiento interno de las culturas americanas, y para la interpretación de muchos aspectos de su arte. También se plantean interrogantes, como el de cuándo, dónde, y porqué comenzaron los habitantes del Nuevo Mundo a utilizar los psicotrópicos como medio institucionalizado para el acceso a planos distintos del de la realidad cotidiana.

CLARA ARAL DE ORTIZ

REICHEL, DOLMATOFF, Gerardo: *El Chamán y el Jaguar. Estudio de las drogas narcóticas entre los indios de Colombia*. 266 pp. Siglo XXI Editores. México, 1978.

Esta es una obra significativa que llevó largos años de investigación. A través del estudio de ciertas drogas narcóticas empleadas por los indígenas colombianos, el conocido etnólogo y arqueólogo germano—colombiano explica la estrecha relación existente entre el sacerdote tribal y el jaguar. El hombre comparte la esencia de este animal; hace suyos los atributos del felino.

Reichel Dolmatoff se basa en informes de botánicos, viajeros y de posteriores antropólogos, que desde la época de la conquista española comentaron e investigaron ciertas plantas y costumbres locales estrechamente relacionadas con aquéllas. A esto se une el fruto de los trabajos llevados a cabo en el terreno por el propio autor, quien contó con la gran ayuda de autorizados informantes indígenas. Por ello este volumen incluye narraciones de complejos mitos y breves comentarios acerca de un determinado tema a cargo de ellos. Sus informantes forman parte de grupos ubicados en el territorio de río Vaupés: karihona, arawak, cubeo, desana, taiba y tatuyo, así como de la zona central colombiana: pijao, muisca, guayupe, engano, siona y huitoto.

Se afirma aquí que el rapé narcótico, el famoso caapi o yajé, la ayahuasca y otras plantas, poseen drogas cuyas propiedades alucinógenas eran altamente conocidas por los chamanes amerindios desde lejanos tiempos. Estos chamanes son los hombres que poseen la llave que permite el paso a otro mundo. Ellos enseñan sistemáticamente a sus discípulos la forma de emplear correctamente esas drogas para alcanzar un estado mental deseable.

Afincada en la idiosincrasia de los pueblos selváticos, aparecen las figuras del jaguar, del águila arpía y de la serpiente como protagonistas de un rico universo religioso; quizás producto de las alucinaciones narcóticas. El jaguar se entremezcla con el mito y con el hombre. Se humaniza, el chamán adopta su imagen.

Este libro posee mapas de la región del Vaupés, donde se llevaron a cabo estas importantes investigaciones; fotos de diversas prácticas relacionadas con la droga, y motivos con diseños derivados de las experiencias alucinatorias de los pueblos estudiados.

CLARA ARAL DE ORTIZ

SEILER-BALDINGER, Annemarie: *Systematik der Textilten Techniken*. Basler Beiträge zur Ethnologie, t. 14. Pharos-Verlag Hansrudolf Schwabe AG. XXVI + 123 pp. Basilea, 1973.

La Sociedad Geográfico—Etnológica Suiza, con sede en el Museo de Etnología y de Folklore de Basilea, publica desde 1964 una serie de monografías, de las que nos han llegado dos de la joven investigadora A. Seiler-Baldinger (especialista en las culturas de la cuenca amazónica). Se trata de "Maschenstoffe in Süd— und Mittelamerika" (Textiles de lazo en América del Sur y Central), 1971, y ésta que aquí reseñamos (Sistemática de las técnicas textiles), de la que se aclara que se basa en un estudio de Alfred y Kristin Oppenheim—sus maestros—reelaborado y ampliado. Por su interés general, haremos un breve resumen del mismo.

Se establecen en primer lugar categorías de acuerdo al principio de formas elementales del hilado; por ej. torsión a mano, torsión con huso, etc. Hay un cuadro indicador de los grados de torsión. Siguen los tejidos realizados con exclusión del telar, es decir, los hechos con ayuda de agujas o palillos. En esta categoría entran las distintas redes, con nudo, sin nudo, de doble enlace y otras más. Se incluyen tipos "a la aguja" que aún están en uso dentro de la sociedad de las ciudades. De este modo, el análisis abarca muy diferentes grados de civilización.

En una extensa mención de la cestería, presenta los tipos, y aunque no lo menciona como confirmación, señala a la cestería como "la forma del tejido manual hecho con los dedos. De ello surge la casi identidad con el que se considera como tejido verdadero, o sea que no existe diferencia alguna con excepción de ser fibra hilada para el tejido o fibra vegetal usada en su forma natural". Así fue expresado ya por A. Leroi-Gourhan, el ilustre investigador del Museo del Hombre de París. El capítulo o parte relativo a la cestería informa sobre todos los procesos creados para su ejecución, cada uno ilustrado. Entre otros autores cita a Bühler-Oppenheim, Leroi-Gourhan y Roth.

El capítulo sobre el aparato telar exhibe algunos tipos universales, otros propios de algunas zonas como Nigeria oriental o la puna sudamericana, "vertical y horizontal", el llamado backstrap o de cintura, para finalmente ilustrar el aldeano europeo, precursor del Gacard mecanizado. Cita entre otros a Bird, Bennett, Lothrop, Mahler, y los trabajos del CIETA (Centro internacional para el estudio de los tejidos antiguos, con sede en Lyon, Francia).

La diversidad de telas logradas por medio manual o por formas evolucionadas en el movimiento con cierta autonomía por los mismos hilos, está clasificada según los textos franceses, españoles, ingleses y alemanes con su nombre particular; por ej. Tela, Tafeta, Rep, Sarga, Satén; nombres conocidos comercialmente, pero que por su carácter reproducen la ejecución en los métodos antiguos.

En algunos de estos tipos se mencionan además los estudiados por D'Harcourt en el área andina, y los que pertenecieron al período colonial. Las telas de fantasía, que también fueron ejecutadas a mano, reúnen a las gasas, terciopelo, felpados y emplumados. Cita aquí a Van Gennep, Crawford, M. E. King, M. Millán de Palavecino, el CIETA. En otro acápite se agrupan tipos que en América florecieron hasta entrado el período Colonial (siglos XVII y XVIII).

El texto termina con una mención de los procedimientos de elaboración final o compaginación de las piezas textiles.

La amplia documentación bibliográfica incluye autores que han tratado el tema desde 1905 hasta la actualidad. El libro es accesible, ya que las citas están hechas en el idioma en que fueron escritas; se ofrece una equivalencia en los términos técnicos, facilitándose así la comparación. La ilustración es abundante y clara, y está unificada en sus dimensiones. Sin hacer mayor hincapié en ello, la división que surge entre cestería y tejido muestra con evidencias continuas que, en general, está basada en la diferencia entre las fibras utilizadas, y no en su construcción o estructura.

Este trabajo es de suma utilidad para quienes abordan esta parte tan importante de la antropología cultural; más aún, tal como están encarados los estudios, habría que decir que su consulta resulta imprescindible.

MARIA DELIA MILLAN DE PALAVECINO

RELACIONES de la Sociedad Argentina de Antropología. Tomo XIV N^o 2 (Nueva Serie). 293 págs. Buenos Aires, 1981-1982.

Esta nueva publicación de la Sociedad Argentina de Antropología nos ofrece una amplia variedad de temas antropológicos, mayoritariamente arqueológicos, de distintas áreas de nuestro país y regiones limítrofes que están siendo objeto de estudio por parte de algunos de los más destacados investigadores del momento.

Nos pareció injusto seleccionar y referirnos sólo a algunos de los artículos que incluye este número; de ahí que hayamos decidido reseñarlos a todos, aunque en forma sucinta.

El director de la publicación, Carlos Gradín, tiene a su cargo la nota de presentación, en la que hace un breve balance de la "Nueva Serie" de esta revista que, desde 1970 puede ser considerada como la más importante publicación periódica especializada en estos temas de la Argentina, tras la cual surge el primer trabajo: "Excavaciones arqueológicas en la Loma Alta de Casarabe, Llanos de Moxos, Departamento del Beni, Bolivia" (pp. 9-48) de Bernardo Dougherty y Horacio Calandra, con la colaboración de Juan Faldín Arancibia (del Instituto Nacional de Arqueología de Bolivia). En él sus autores llegan a alcanzar solvientemente los fines que se propusieron: aportar datos sobre la profundidad cronológica de la arqueología de la región; refutar hipótesis vigentes, situando en forma más concreta el proceso cultural en el área; demostrar no sólo la complejidad del panorama estilístico en la alfarería, sino también los evidentes factores de localismo que presenta; por último, sugerir las relaciones existentes entre el Beni y Amazonia, así como entre el Beni y las Tierras Altas al sur y sur oeste quedando por verificar las mismas con la intensificación de las investigaciones en el área.

A continuación, Osvaldo Mendonça y Julio Di Rienzo abordan "La deformación craneana artificial en la serie masculina del Morro de Arica (Chile), Segunda Parte" (pp. 49-66) en el cual confirman estadísticamente la existencia de más de una modalidad en la práctica deformatoria de los antiguos habitantes de esa zona del extremo norte chileno. Así, han llegado a considerar una "modalidad 1", de tipo anular, variedad erecta, y una "modalidad 2" de tipo esencialmente anular, variedad oblicua.

Por su parte, Pedro Krapovickas desarrolla "Hallazgos incaicos en Tilcara y Yacoraité (una reinterpretación)" (pp. 67-80), sumamente valioso en cuanto apunta a reconsiderar conclusiones extraídas hace casi ya dos décadas a la luz de las nuevas orientaciones de los estudios incaicos. Tanto el taller de Tilcara como el edificio de Yacoraité son ahora objeto de una nueva interpretación que tiene como base el trabajo interdisciplinario de etnógrafos, etnólogos y arqueólogos. De aquí, la formulación de nuevas hipótesis, que giran en torno a tres de los componentes fundamentales de la organización económica y social del Imperio: tributo, redistribución y reciprocidad.

Lidia Alfaro informa en una nota sobre los "Materiales arqueológicos posthispánicos en la cuenca de río Doncellas (Prov. de Jujuy)" (pp. 81-83).

Seguidamente, el trabajo "Investigaciones arqueológicas en el área puneña de Mendoza, con especial referencia a *Tephrocactus andicola* (Cactaceae) como nuevo recurso alimentario" (pp. 85-107) de J. Roberto Barcena y Fidel Roig, nos ofrece un buen ejemplo de la nueva tendencia que propende a superar el límite estrictamente arqueológico, para encarar en forma más integral el estudio de un área determinada. De tal manera, y esto sin descuidar el aspecto arqueológico, los autores centran su interés en los restos botánicos y, en especial, la cactácea mencionada que fuera utilizada como recurso alimentario de subsistencia. Es notable "la convergencia cultural en la explotación del recurso, a pesar del diacronismo [Etapa Precerámica (Período tardío) y Agro-alfarera (Períodos temprano, temprano-medio y, probablemente, hispano-indígena)] y las diferencias tecnológicas" (p. 105).

Jorge Fernández, aporta sus consideraciones sobre la "Cronología y tecnología de las hachas salineras de Truquico, Neuquén" (pp. 109-120). En cuanto a la primera, y

sobre la base de fechados radiocarbónicos, concluye que la explotación subterránea de sal gema es prehispanica, prearaucaica y preincaica (siglo XIV), verificándose la continuidad de la misma, por parte de los pehuenches, en tiempos de la Conquista, la Colonia y la Independencia. En lo que respecta a la tecnología de enmangamiento, descarta la hipótesis de la aplicación de la "técnica guayaki" (que suponían autores anteriores), sosteniendo, en cambio, que el afianzamiento del hacha en el mango se llevó a cabo en tejido muerto.

Esta afirmación se ve ratificada con el "Estudio anatómico de la madera de los "porta-hachas" neolíticos procedentes de Truquico, Neuquén" (pp. 121-124) por parte de la botánica Elena Ancibor.

En su artículo "Cementerio 'Rebolledo Arriba', Departamento Aluminé, Provincia de Neuquén" (pp. 125-145), Adan Hajduk presenta un detallado estudio de tres entierros y de los materiales que a ellos aparecieron asociados; en forma particular, el material vítreo. El análisis del conjunto lo lleva a proponer la extracción araucana de los hallazgos, sin descartar "el probable hibrismo sanguíneo y cultural que bien pudo existir con otros grupos indígenas, tanto cordilleranos como del antepaís; máxime si tomamos en cuenta la mayor movilidad adquirida por su condición de ecuestres" (p. 142).

Susana Renard de Coquet en su trabajo "Tapahue o tocado pehuenche" (pp. 147-158), a través de la descripción, el análisis de las piezas existentes y las referencias etnohistóricas, intenta formular su adscripción étnica, señalando, al mismo tiempo, la posibilidad que de se tratara de un elemento cultural de raíz muy antigua, "cuyo origen habría que buscarlo en ciertos rasgos culturales andinos" (p. 157).

A continuación, María Onetto (del equipo dirigido por Carlos Aschero) se aboca al "Arte rupestre de Campo Cretton, Valle de Piedra Parada, Provincia del Chubut" (pp. 159-172). Con este estudio, nos aclara, no pretende llegar a una conclusión definitiva, "sino simplemente ordenar los datos necesarios para una futura interpretación global del área" (p. 168), dada su inserción dentro de un proyecto integral como es el del Rescate del patrimonio arqueológico de la Provincia. Encontramos explicaciones de las técnicas empleadas, descripción de las unidades topográficas en que se subdivide el sitio relevado, inventario de motivos, consideraciones sobre las superposiciones, distinción de grupos estilísticos, así como también, sus relaciones con otros del área. Se trata de pinturas y grabados, variantes locales algo empobrecidas de los estilos tardíos de Patagonia.

En "Arqueología de las cuevas de El Ceibo (Provincia de Santa Cruz, Argentina)" (pp. 173-209), Augusto Cardich y sus colaboradores María Estela Mansur-Francomme, Martín Giesso y Víctor A. Durán, se proponen verificar la amplia secuencia anteriormente hallada y cronologizada en Los Toldos. Objetivo que logran a partir de las excavaciones en la cueva 7 de El Ceibo, dentro de cuya secuencia la capa 12 (la más antigua) correspondería a un grupo cultural portador de una industria lítica muy similar a la del "Nivel 11 de Los Toldos", fechada en 12.600 ± 600 antes del presente. Sin duda, resulta sumamente interesante el análisis de huellas de utilización del material lítico efectuado por María E. Mansur-Francomme (especializada para ello en Francia), que ha permitido formular una serie de hipótesis acerca de las actividades y forma de vida de estos primitivos habitantes. Esperamos ahora con interés un fechado radiocarbónico para el Nivel 12 de El Ceibo, que corrobore el obtenido para la cueva de Los Toldos y con ello, la alta antigüedad del primer poblamiento del sur de la Patagonia.

Ana M. Aguerre, como integrante de un equipo cuyas investigaciones se han orientado a la profundización del conocimiento de la "Industria Toldense", cazadores tempranos de Patagonia Centro Meridional, pasa a considerar "Los niveles inferiores de la Cueva Grande (Arroyo Feo), Area Río Pinturas, Provincia de Santa Cruz" (pp. 211-239). Su planteo es el de "dinamizar" los hallazgos, armonizarlos en su totalidad, centrándose en el análisis espacial de los mismos, las áreas de actividad, la funcionalidad de los sitios y la estacionalidad de las ocupaciones. De ahí entonces que, no sólo nos o-

frezca una descripción tipológico-técnica del material, sino también observaciones sobre la distribución del mismo, los fogones y los restos faunísticos, que le permiten formular hipótesis sobre las actividades desarrolladas, el tipo de ocupación y las relaciones del grupo con otros sitios del área. Lo dicho se logró sobre todo con los pisos de las capas 9 (4900 años a.p.) y 11 (9330 a.p.), la más antigua de la secuencia.

“Las pinturas de la Cueva Grande (Arroyo Feo), Area Río Pinturas, Provincia de Santa Cruz” (pp. 241-265) es el artículo de Carlos Gradin, en el cual surgen otros aspectos de las investigaciones ya mencionadas. Tras la descripción de los motivos, su distribución, las superposiciones y las series de colores, llega a distinguir tres grupos estilísticos: el subgrupo B.1a (serie I), que correspondería al nivel cultural regional Río Pinturas IIa (entre el 5300 a.C. y el 2900 a.C.); el subgrupo B. 1b (serie II), cronologizado entre el 2900 a.C. y el 290 A.D., en cuyo transcurso se desarrollaron los niveles culturales regionales Río Pinturas IIb y Río Pinturas III, que se vinculan al Casapedrense y a las “industrias transicionales”; por último, el subgrupo B.1c (serie III), en relación con el nivel cultural regional Río Pinturas IV (a partir del año 290), que corresponde a los comienzos de la industria Patagónica. Para finalizar, dedica un apartado a las medidas de los negativos de manos; tema considerado por el autor como básico para “orientarnos en la búsqueda de su significado o funcionalidad y en la determinación de la edad, y tal vez del sexo, de quienes los hicieron” (p. 260), llegando a plantear varios interrogantes surgidos de la superposición de colores en relación con las medidas (que pasan de infantiles a adultos).

El último trabajo de este denso tomo de “Relaciones” corresponde a Carlos Aschero: “Nuevos datos sobre la arqueología del Cerro Casa de Piedra, sitio CCP 5 (Parque Nacional Perito Moreno; Santa Cruz, Argentina)” (pp. 267-284). El mismo obedece a la intención de ampliar las investigaciones del Area Río Pinturas, dada la vinculación estilística con el arte rupestre de estos sitios y la posibilidad de lograr una información estratigráfica contrastable. El proyecto general apunta a la “identificación de unidades culturales” y a la definición de la interacción entre los grupos de cazadores “a través del análisis comparativo de la ergología y la tecnología de los contextos” (p. 267). Para lo primero, el autor ha dado prioridad a las representaciones parietales y a los conjuntos de artefactos líticos. Es así como, en sus consideraciones finales, postula dos hipótesis, ya adelantadas en otros trabajos: a) la vinculación del grupo estilístico B con el nivel regional Río Pinturas IIa (tradición Toldense) y b) el incremento, entre estos mismos componentes, del uso de hojas como formas-bases de utensilios, en su sucesión temporal. En tanto que el subgrupo B1 sería posterior y se relacionaría con los niveles Río Pinturas III y IV (Proto-patagónica de tradición Casapedrense y Patagónica precerámico).

En general, podemos señalar que, como es usual en esta serie, todos los artículos han sido vastamente ilustrados con láminas, figuras, gráficos, mapas, tablas, cuadros, etc. intercalados en el texto; además de incluir, es obvio, la bibliografía consultada por los autores.

Concluye esta publicación con la presentación del “Índice acumulado” de los tomos IX al XIV/N^o 1 (1975-1980), a cargo de la Dirección y con la colaboración de Rosana Albertal.

MONICA P. AMPUERO

Johanson, Donald y Maitland Edey: *El primer antepasado del hombre*. Traducción del inglés por Miguel Muntander Pascual y María del Mar Moya Tasis. Editorial Planeta. 346 pp. Barcelona, 1982.

Interesante obra de divulgación científica, que expone con un estilo claro y simple los descubrimientos de homínidos en Hadar, localidad del desierto de Afar en el N. E. de Etiopía. Explica los procedimientos empleados para su clasificación y para su ubicación cronológica. Incluye también una reseña sobre la historia de la paleoantropología y sobre la problemática actual en cuanto al origen del género *Homo*. Sobre este último tema ofrece una nueva propuesta al crear la especie "*Australopithecus afarensis*", que por los rasgos morfológicos de sus fósiles y por su antigüedad de aproximadamente 3.500.000 años, ubica como antepasada de las dos especies de australopitecos reconocidas (*A. africanus* y *A. robustus*) y también del *Homo habilis*, eliminando a *A. africanus* como antepasado directo del hombre y restringiendo la aparición del género *Homo* al intervalo comprendido entre los 3 y los 2 millones de años antes del presente.

Otra contribución importante es en relación al problema del bipedismo en los homínidos. Según esta obra el mismo ya estaría comprobado en la nueva especie; siendo ésta anterior a *Homo habilis* y anterior al surgimiento, en Hadar, de una industria semejante a la de Olduvai fechada en 2,5 millones de años antes del presente, se rompe con la idea generalizada según la cual el bipedismo, el desarrollo del cerebro y el uso de herramientas tienen un origen conjunto.

VICTOR A. DURAN

FOCK, Gerhard J.: *Felsbilder in Südafrika. Teil I: Die Gravierungen auf Klipfontein, Kapprovinz*. With English Summary. Institut für Ur- und Frühgeschichte der Universität zu Köln. In Kommission bei Böhlau Verlag, Colonia-Viena, 1979, 120 pp., 170 láminas (1-75 calcos, 76-170 fotos).

El estudio del arte rupestre extraeuropeo ha comenzado a tomar auge en las dos últimas décadas. De considerarlo como un apéndice de los estudios etnográficos —presuponiendo una cronología más o menos reciente de estas obras— ha pasado a constituir una parte importante de la Ciencia Prehistórica. El arte rupestre en sus distintas manifestaciones se considera hoy día como un elemento valioso del patrimonio cultural de la Humanidad, un reflejo más directo de su vida mental que los demás restos conservados de las sociedades arcaicas.

Dentro del panorama del arte rupestre universal, la región sudafricana ocupa un lugar destacado. Se da aquí un ejemplo de lo dicho antes: la atribución en bloque de las obras a los cazadores bosquimanos (que hasta la casi paralela invasión bantu y europea en el siglo XVII ocupaban toda el área) sufrió un espectacular revés al excavar-se plaquetas pintadas en posición estratigráfica en la cueva "Apolo XI" (hoy día en territorio de Namibia), fechadas en unos 24.000 a.C. Los artistas bosquimanos son, pues, herederos de una antiquísima tradición, al menos en materia de pintura.

Menos conocidos son los grabados, que forman grandes concentraciones sobre rocas diseminadas en el campo o en afloramientos basálticos horizontales. Su cronología aún no está definida, aunque en este caso su atribución a la cultura de los cazadores *San* o sus antepasados parece correcta. Es una de las conclusiones que se desprenden del libro que reseñamos. Su autor es un investigador alemán que desde hace muchos años

reside en Sudáfrica y tiene su lugar de trabajo en el MacGregor Museum de Kimberley. En su labor es activamente ayudado por su esposa Dora Fock.

El libro, de 31 x 24 cm. y excelentemente presentado, forma parte de una serie auspiciada por el Instituto de Prehistoria de la Universidad de Colonia, y es el primero de un conjunto dedicado a los principales sitios con petroglifos del área que abarca la meseta central y la cuenca de los ríos Oranje y Vaal inferior. En este volumen se presenta un inventario del mayor conjunto, que abarca unas 9 Ha. en Klipfontein, una hacienda dedicada a la preservación de la fauna autóctona. La técnica es la del martillado, y a veces el grabado fino. La profusión mayor de figuras la constituyen animales de caza: diversas especies de antílope (sobre todo el eland, *Taurotragus oryx*), la cebrá, el rinoceronte, elefante, avestruz, etc., ejecutados con belleza y realismo. Raramente hay grupos o manadas, y escenas de caza con hombres disfrazados de avestruces. También hay figuras calificadas, como fabulosas o míticas. Importantes son los "diseños esquemáticos o geométricos", entre los que habría que diferenciar los que se inspiran en objetos utilitarios conocidos etnográficamente —bolsos para recolección, trampas para cazar animales— y los propiamente abstractos, que forman conjuntos de líneas quebradas paralelas y cuyo significado no se conoce. (Este motivo hace recordar nuestro "estilo de grecas" patagónico). También se describe un sitio más pequeño, "Shaws Drift", situado en Klipfontein pero a 8 Km. del anterior, a orillas del río Vaal. Sus grabados son similares, aunque predominan aquí los diseños esquemáticos.

El volumen reseñado es de gran valor documental y metodológico. La traducción al inglés de los epígrafes de las numerosas figuras y un resumen final en este idioma, lo hace accesible a quienes no lean el alemán. Cuando se complete la serie dedicada a los grabados (hay previstos tres tomos más), el profesor Fock y su colaboradora habrán realizado un trabajo exhaustivo, digno de la riqueza del arte sudafricano, y que debería ser imitado en otras regiones.

JUAN SCHORINGER

MOURE ROMANILLO, J. Alfonso: "El arte paleolítico: consideraciones a un siglo de su descubrimiento". *Revista de Occidente*, N^o 35, pp. 121-143, 3 figs. y 1 mapa. Madrid, 1984.

Es un escrito eminentemente didáctico, dirigido a un público culto, no especializado en la temática. Moure, que tiene buenos trabajos sobre Arte Paleolítico, realiza una ajustada síntesis que, creemos, logra el fin no declarado, latente, de la difusión seria.

Luego de mencionar las circunstancias particulares del descubrimiento y aceptación científica del arte parietal Paleolítico, considera sus características. Revista así las técnicas, los temas, la composición y el estilo del arte rupestre. Menciona también las superposiciones y sus implicancias en la cronología relativa.

No escapa tampoco a su consideración, el arte mueble. Aclara el alcance de la denominación, tratando luego las "venus" paleolíticas, las esculturas de animales en bulto redondo, las figuras zoomórficas representadas sobre placas de piedra o hueso, y los motivos decorativos en utensilios del Paleolítico Superior. Aprovecha esta revisión para efectuar una somera referencia a las posibilidades de datación del Arte Parietal por confrontación de sus motivos con los del Arte Mueble.

Refiere el arte a los complejos industriales auriñaco—perigordienne, solutrense y magdaleniense, lo cual, en términos cronológicos, significa aproximadamente unos 28.000 a 10.000 años a.C.

Trata de la dispersión geográfica y de los principales yacimientos. Destaca el conocimiento en Francia, hasta 1980, de 137 lugares con arte rupestre, agrupados en cinco áreas de las que sobresalen Dordogne, Charente y Gironde (64 cuevas o abrigos). Algo similar efectúa con la Península Ibérica, donde se han inventariado 80 yacimientos agrupados en áreas como la del ámbito cantábrico o de la provincia mediterránea de Málaga. Otras estaciones peninsulares se consideran aisladas respecto de las anteriores aunque con nexos probables a determinar. Prosigue con la indicación somera de yacimientos con arte parietal en el resto de Europa. A continuación hace lo propio con el arte mueble. Llama la atención sobre su mayor dispersión que abarca, incluso, el Próximo Oriente. Revista los yacimientos más importantes de Europa hasta el área siberiana. Todo ello en un marco cronológico—cultural cuyo término coincide, aproximadamente, con el del Pleistoceno. Llama la atención sobre la desaparición súbita del Arte Paleolítico y la relaciona, por último, con el “cambio brutal en el sistema de vida” (p. 136), consideración que nos parece excesiva.

Un nuevo acápite (“Interpretación del arte paleolítico”) introduce en la álgida consideración del significado. Someramente, Moure repasa las posturas al respecto desde Lartet y Christy hasta Laming-Emperaire y Leroi-Gourhan, pasando por investigadores insoslayables como H. Breuil, incluyendo alguna reflexión propia.

Por último, en “Problemática actual”, se aborda la compleja cuestión de la adecuada valoración, preservación y protección de los sitios con Arte Parietal, no sólo del Pleistoceno, sino del Holoceno y, dentro de éste, aún de los tiempos históricos.

Luego de destacar los avances en las técnicas de estudio, especialmente las vinculadas con la reproducción de los motivos y las conectadas con el registro arqueológico de la excavación de los yacimientos anexos, pasa al problema de la conservación. Este es, a nuestro juicio, el tema fundamental en toda divulgación científica de la cuestión que nos ocupa. Es el aspecto más complejo y aquí está bien planteado por Moure. El tema atañe a la sociedad toda y por tanto es una cuestión irrenunciable para sus órganos de conducción. No obstante, como advierte el autor, es insoslayable el protagonismo de los científicos.

Finalmente, aunque sea innecesario el “aparato crítico” en un trabajo como el que comentamos, sí es pertinente, creemos, una mención bibliográfica elemental, que aquí falta. Si hemos de divulgar, como científicos y docentes universitarios, debemos considerar la posibilidad de una apertura para los no iniciados y no hacer concesiones que podrían colocarnos en un campo, el del periodismo, que a veces tenemos por elemental.

J. ROBERTO BARCENA

MOURE ROMANILLO, J. A.: Nuevas placas con representaciones de animales en el Magdaleniense Cantábrico. Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, t. XLVIII, pp. 5-21. Universidad de Valladolid, Facultad de Filosofía y Letras. Valladolid, 1982.

Este trabajo es complemento de otros ya publicados desde 1972. En él se exponen los resultados del estudio de treinta y cuatro fragmentos de placas grabadas, producto de las excavaciones de la "Cueva de Tito Bustillo".

El autor se plantea la posibilidad de cronologizar el arte rupestre de la cueva, a partir del hallazgo estratigráfico de dichas placas, las cuales han sido adscriptas a una fase antigua del Magdaleniense superior (nivel 1).

A tal efecto, pasa a describir aquéllas que contienen representaciones paralelizables a las rupestres, teniendo en cuenta la materia prima, la forma, la naturaleza de las roturas y las dimensiones. En cuanto a la decoración, atiende a la forma general del grabado, a la técnica utilizada, a los detalles y zonas de modelado "reales o "convencionales". Las piezas han sido numeradas según el orden de su descubrimiento:

- TB. 8: confeccionada sobre arenisca; en ella se representa la mitad anterior de una cierva con la cabeza vuelta hacia atrás.
- TB. 10: también de arenisca; con trazos que parecen dar forma a un ciervo/a con la cabeza hacia la derecha.
- TB. 11: realizada sobre pizarra; presenta en su anverso la cabeza de un caballo que mira hacia la derecha y en su reverso, la parte de un cuello y cabeza de un reno que mira hacia la izquierda.
- TB. 13: de arenisca; aparece representada la mitad posterior de un gran bóvido o uro.
- TB. 32: de arenisca, en muy mal estado de conservación, por lo que se hace difícil identificar el motivo; se presume que se trata de una cierva que mira a la izquierda.

En el apartado 3: "Valoración cronológica con respecto al arte parietal" compara las representaciones de las placas citadas con las del arte parietal (grabado o grabado y pintura), especialmente, del "sector oriental" de la cueva. Este se divide en "cuatro conjuntos decorados": el VIII o "Galería de los Caballos", el IX (caballo y signos de la bifurcación), el X con el "Gran Panel" y el XI que podría ser considerado como un "Santuario Interior".

Para Moure Romanillo, las comparaciones pueden hacerse a partir de los convencionalismos y de los detalles, especialmente de la placa TB 11. Analizadas las características enunciadas, llega a la conclusión de que la cabeza de caballo del anverso se corresponde con la última fase de las superposiciones de la representación del panel principal del conjunto X y coincidiría con la de algunas figuras de la "Galería de los Caballos". El cuello y cabeza de reno del reverso (menos significativa, según el autor) es tema de la fase reciente del panel.

"En síntesis, creemos que la placa número 11 y sobre todo la cabeza de caballo del anverso, es un dato a añadir a la contemporaneidad, que siempre hemos defendido (Moure, 1975 b) entre el nivel 1 del yacimiento, perteneciente al Magdaleniense Superior y, al menos la última fase de ejecución del panel, con los bícromos y algunas figuras grabadas que se les superponen" (pp. 17, 18).

Las placas 8 y 32, con representaciones de cierva con sombreado interior y posición estratigráfica, ponen de manifiesto "que este recurso no es exclusivo de los omóplatos grabados del Magdaleniense Inferior". Por otra parte, el admitir su contemporaneidad con figuras semejantes del panel principal, reforzaría la opinión de que "a pesar de

la existencia de superposiciones que demuestran su ejecución en varias fases, tal vez éstas se encuentren menos alejadas en el tiempo de lo que puede parecer a simple vista" (p. 20).

Finalmente, deja abierta la posibilidad de nuevas interpretaciones, o confirmación de las actuales, a la luz de nuevas excavaciones.

Este interesante trabajo, bien documentado, incluye un diagrama de la excavación donde se hallaron las placas, figuras de las piezas descriptas, detalle del conjunto X y la correspondiente bibliografía.

EDUARDO GUERCIO

NÚÑEZ, Lautaro: *La Agricultura prehistórica en los Andes Meridionales*. 197 pp., 11 dibujos, 1 mapa, 12 fotos intercaladas. Colección Orbe, Universidad del Norte, Santiago, Chile, 1974.

"Nos debe preocupar de qué modos diferentes se diversificaron los hombres en la lucha por la subsistencia. Buscar la estructura socio-económica es una recomendación obvia que podrá establecer estadios de desarrollos ocurrentes con significados universales en diversos espacios y tiempos."

Con estas palabras, el Prof. Lautaro Núñez Atencio, nos define la esencia de su trabajo. Así, a lo largo de su obra, va desentrañando el largo y complicado proceso de agriculturación ocurrido en los Andes Meridionales. El autor cuenta con innumerables datos bibliográficos, mas no realiza una mera enumeración de los mismos, sino que los recrea ya sea para afirmar una teoría expuesta por otros estudiosos, o para formular otras enteramente genuinas.

Muchas veces, guiados por una errónea concepción de lo que significa un trabajo de investigación, los científicos harto minuciosos y metódicos se limitan a acumular datos bibliográficos, notas, expresiones y hasta modalidades de otros colegas. . .mas no infunden a sus obras el soplo creativo, ni se arriesgan siquiera e exponer una hipótesis. Nada de esto ocurre en la creación de Lautaro Núñez; él sabe contagiar con su personalidad lo que escribe, a la par que realiza un estudio serio y competente.

En la introducción, a través de diversos ejemplos, comenzando por las regiones americanas en las que se encontraron los indicios más antiguos de domesticación vegetal, toma como antecedente el proceso ocurrido en Mesoamérica (del 7000 a.C. al 1500 d.C.), valiéndose de los estudios de Mac Neish "Second annual report of the Tehuacan archaeological-botanical Project" (1961) y "Preliminary archaeology investigation in the Sierra Tamaulipas" (1958); partiendo de allí, va demostrando de qué modo se da la lenta transición desde la fase recolectora con cultivos incipientes, a las fases de cultivos estables.

No descarta la posibilidad expuesta por J. L. Lorenzo ("La Revolución Neolítica en Mesoamérica", 1961) de ver como posible origen de este paso a la agriculturación, a los efectos del Altitermal (5500-2000 a.C.) y a los consecuentes cambios paleoecológicos que influyeron en el clima; por ende en las lluvias y luego de ellas, en la desaparición

ción de la megafauna, dando lugar así al establecimiento de la nueva sociedad en donde surgió la recolección como fase previa a la cultivación. Sin embargo, aclara que el medio andino ofrece condiciones diferentes; nos da los años 3.800 a.C. y aún fechas más tempranas para el inicio de la domesticación vegetal en el área andina.

“Existió un período previo a la máxima divulgación cultígena con una maduración de gérmenes; es donde el rol de la horticultura y agricultura incipiente demuestra precisamente que hubo una experimentación adecuada dentro del centro mismo de las estructuras cazadoras—recolectoras—cultivadoras.” (p. 27)

Luego de esta amplia introducción, en la que nos habla del paso de la simple recolección al proceso gradual de la divulgación cultígena por la mano del hombre y a la domesticación de ciertos vegetales en las zonas más importantes de Mesoamérica, Perú, Chile y Argentina, encuadrará los capítulos posteriores de su trabajo dentro de la definición cronológica creada por Lumbreras (1969, 1970):

A—ESTADIO de Caza—Recolección (sin agricultura)

(con etapas que no incluye en la obra)

B—ESTADIO de Agricultura Aldeana

(que corresponde a la agricultura temprana o primaria)

ETAPAS: 1) Arcaica

a) temprana, 4000-2500 a.C.

b) tardía, 2500-1200 a.C.

2) Formativa

a) temprana, 1800-800 a.C.

b) tardía, 800-100 a.C.

3) Desarrollos regionales (excluidos de su trabajo).

Basándose en este cuadro divide las regiones del área meridional en cuatro centros de importancia y estudia cada uno en detalle, estableciendo las relaciones necesarias entre todos ellos.

1) Costa-Valles bajos. Centro Andino (Perú).

2) Sierra y Altiplano. Centro Andino (Perú-Bolivia-Chile).

3) Costa-Valles Andino Meridional (Norte Grande y Chico de Chile).

4) Puna, Quebrada de Humahuaca y Valles Serranos Meridionales (N. O. Argentino).

Debido a la gran cantidad de datos y de regiones analizadas, el autor no puede sacar una conclusión determinante de todo lo expuesto; más bien en esta obra, él desea integrar datos, compilar conocimientos objetivos. El mismo arqueólogo nos dice: “Los problemas y sitios revisados fundamentan algunas formulaciones teóricas que deberán ser consideradas en futuros estudios” (p. 178).

Sólo se propone detectar transformaciones cualitativas generadas localmente o por la llegada desde otros focos sensibles a los cambios agropecuarios.

Lo fundamental es que su libro es claro, didáctico y puede ser utilizado por estudiantes.

El Prof. Lautaro Núñez es Director del Programa de Arqueología y Museos del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, Antofagasta. Actualmente está realizando importantes excavaciones cerca de San Pedro de Atacama, buscando poblaciones de hombres tempranos.

Sólo puedo concluir con un hermoso comentario que cierta vez me hizo:

"Vivo para hacer vivir a gentes muertas. . .pero no confundir idealismo con ciencia. Amar a esta ciencia significa ser rigurosamente científico. . .Es una ciencia que avanza tanto, que dentro de poco creo que las expediciones arqueológicas llevarán quizás a los arqueólogos como "gerentes de producción". . . ¿o seremos batutas de múltiples aportes para obtener una sola melodía?"

CLARA ABAL

PONCE SANGINES, Carlos, *Panorama de la Arqueología Boliviana*. Ed. Juventud, La Paz, 1980.

Con el propósito de presentar una visión general de la Arqueología de su país, el autor divide su obra en tres grandes partes:

I. *Culturas prehispánicas de Bolivia.*

1. *Introducción:* Aquí el autor explica que su propósito es mostrar a grandes trazos el pasado precolombino, adoptando el criterio de que muchos factores (económico, social, político, ideológico) interactúan dentro de cada cultura. Con tal perspectiva, en el altiplano boliviano distingue los estadios de desarrollo aldeano, urbano e imperial.

2. *Cultura Wankarani:* Comienza describiendo el lugar geográfico, centrando su principal esfera de acción en ámbito altiplánico. Alude al patrón habitacional como exclusivamente aldeano y da una descripción de las viviendas. Wankarani habría constituido una serie de comunidades autónomas e independientes vinculadas por convenios y sistemas de parentesco. La economía fue autosuficiente; basada principalmente en la agricultura. Argumenta que el principio rector de la conducta social fue el "solidarismo" para generar un autodesarrollo, y que la propiedad de la tierra debió ser "comunalista". Valiéndose de rasgos que se mantienen en comunidades indígenas actuales del departamento de Oruro, afirma que debió existir un espíritu de cuerpo para las faenas agrícolas; y valiéndose de la uniformidad en las moradas, afirma que la sociedad era igualitaria. En cuanto a tecnología, se procedió a la fundición del cobre, cuya operación es muy compleja, denotando un gran avance y un comienzo de especialización.

En esta cultura se pueden indicar tres épocas (inferior, media y superior) particularizadas por las variantes en la cerámica. Cronológicamente la aparición, según determinaciones radiocarbónicas, se produjo hacia el 1210 a.C., y la fecha más reciente es del 270 a.C. Su eclipse fue causado por el dominio de la cultura Tiwanaku, que promovió el cambio de patrón habitacional y otras repercusiones modificatorias.

3. *Cultura Chiripa:* Después de describir someramente las características de esta cultura, destacando los grandes adelantos arquitectónicos, el autor afirma que Chiripa se encontraría dentro de las aldeas agrícolas sin categorías socio-económicas, consagrada a las tareas de subsistencia como un esfuerzo igualitario de sus miembros y con un dominio colectivo sobre la tierra y el rebaño. Se observan los primeros indicios de especialización por la aparición de artesanos, dedicados a la orfebrería.

En cuanto a la cronología, según la datación radiocarbónica, esta cultura comenzaría hacia el 1380 a.C. y concluiría en el 22 A.D., sometida a Tiwanaku, con lo que se produciría una revolución urbana.

4. Cultura Tiwanaku: Comienza afirmando que su desarrollo obedece a un lineamiento endógeno y autónomo, en el que se pueden deslindar estadios:

4.1. Estadio aldeano: Da las características generales de esta aldea agrícola de economía autosuficiente sin clases sociales, como las dos culturas anteriores.

4.2. Estadio urbano: Habla de "revolución urbana" y de advenimiento del aparato estatal. Divide este estadio en dos fases: una temprana y otra de madurez. Describe la ciudad con la aparición de templos y palacios rodeados de construcciones menores donde habitaba el pueblo. Destaca que fue una ciudad planificada, y esto lo argumenta en la distribución de las construcciones arquitectónicas, en el sistema de desagüe y en la red de caminos. Se logró un excedente agrícola y este fue, según el autor, el engranaje para el desarrollo, porque sirvió para el mantenimiento de una aristocracia dominante y para sufragar sus obras. La tierra pasó ahora a manos del Estado y la sociedad quedó diferenciada. Tiwanaku comenzó a someter a sus vecinos y después erigió asentamientos como puntos de avance en pos de múltiples productos. El comercio debió alcanzar gran volumen.

4.3. Estadio imperial: Se produce una expansión en vasta escala. Sostiene el autor que tuvo naturaleza bélica y que se la debe enfocar como hecho político que permitió la unificación de varias regiones, adoptando desde el punto de vista arqueológico la figura de horizonte panandino. El descubrimiento de la metalurgia del bronce, permitió una superioridad tecnológica y bélica que sentó un mecanismo imperial estatal, el que sería la base del subsiguiente Imperio Inka. Curiosamente, el autor no menciona el papel de Huari en este proceso.

En cuanto a la desaparición de esta cultura, el autor dice que acaso se debe a una disgregación política, asociada a una etapa de malas cosechas y agotamiento de los depósitos estatales, que hizo desaparecer el nexo de unión. Como consecuencia, el ámbito altiplánico quedó dividido en señoríos regionales, todos de habla aymara.

5. Cultura Mollo: Comienza ubicando esta cultura en los valles mesotermos situados en la vertiente amazónica. Describe el territorio que abarcó y sus grandes posibilidades agrícolas. En cuanto a asentamientos, cita los urbanos planificados cuya arquitectura se ajusta a la figura de un trapecio, denotando un refinamiento intelectual en esta cultura. La sociedad habría sido fundamentalmente militarista pero igualitaria. El autor deduce que la distribución recayó en manos del Estado, argumentándolo en la marcada planificación. Sostiene que el rol de la religión habría disminuido con respecto a Tiwanaku y que el gobierno era primordialmente militar-burocrático; y esto explica por qué no se han identificado templos. Destaca la irrigación agrícola, clave para el desarrollo porque permitió cosechas de alto rendimiento.

Cronológicamente ubica a esta cultura después del eclipse de Tiwanaku y antes del Inkario, que someterá al reino Mollo.

6. Cultura Inka: El autor hace referencia sólo a los asentamientos pertenecientes al actual territorio boliviano. Tuvo dos momentos básicos en su desenvolvimiento, uno de índole local y otro de vigorosa expansión. Sostiene que las lejanas raíces del inkano se encuentran, en parte, en la cultura Tiwanacota, y fundamenta su postura en distintos factores como la arquitectura lítica con el uso de sillares de piedra cuidadosamente tallados. Podría colegirse que tras el ocaso del Imperio Tiwanacota y la disgregación en señoríos regionales, algunos miembros de la aristocracia dirigente emigraron desde la meseta hasta el Cuzco. Sin duda, el Inkario tomó diversos elementos precedentes, incorporados hábilmente. El autor de la cronología y habla de los asentamientos rurales que han sido los que en especial se han identificado en territorio boliviano.

7. Cultura Beniana: El autor dice que la investigación científica se encuentra en un estado inicial respecto a esta cultura de carácter aldeano, asentada en zonas bajas. Después de dar algunas características, concluye afirmando que su distribución espacial era muy amplia y que su cronología parecería ser coetánea con Tiwanaku (siglo XV a.C.

hasta el 1100 A.C.).

II. Nueva perspectiva para el estudio de la expansión de la cultura Tiwanaku.

1. *Revisión del aporte precedente:* En este punto hace una revisión de cuantos estudiosos han trabajado y escrito sobre esta cultura, criticando sus errores y destacando aspectos que él considera valiosos. Posteriormente distingue diversas corrientes, para concluir en que "la valoración final de las recientes tendencias en Arqueología dependerá del éxito que tengamos en lograr un acuerdo sobre método para obtener resultados sustantivos y valiosos".

2. *Nueva perspectiva:* Aquí da una importante aseveración y es que debido a que los arqueólogos trabajan mucho con cultura material, suelen olvidar que se encuentran frente a restos culturales de grupos humanos del pasado; y sus inferencias deberían dirigirse hacia ellos, representados por los vestigios culturales que se investigan. Teniendo en cuenta esto, afirma que Tiwanaku tuvo un proceso expansivo por etapas y que el estadio Imperial es la culminación de las mismas. Su estudio no puede ser encarado aislando un elemento sino desde un enfoque sistemático para no caer en graves errores.

III. Apuntes sobre desarrollo nacional y Arqueología.

1. *El desarrollo nacional como premisa insoslayable:* En este punto se pretende dejar en claro la incidencia del desarrollo en la actividad arqueológica. Define como tiene que ser este desarrollo poniendo el acento sobre que es la dependencia y sus aspectos negativos como la alienación cultural, científica y técnica. Sostiene que para superar la dependencia se requiere de un modelo autónomo para forjar un desarrollo nacional, que incluye una ciencia con enfoque propio. En esta tarea debe estar, indudablemente, inmersa la Arqueología.

2. *Patrimonio cultural precolombino, arqueología nacional y sus sistema:* Hace hincapié en que el patrimonio cultural precolombino es eminentemente nacional, y por lo tanto los objetos arqueológicos deben permanecer en su lugar de origen. En esta defensa debe estar presente en todo momento la Arqueología Nacional.

3. *El sistema arqueológico nacional:* En este aspecto destaca la competencia del Estado para que realice la necesaria planificación. El plan arqueológico nacional tiene que ser diseñado acorde al plan nacional de desarrollo cultural, social y económico; por ello en Bolivia existe el Instituto Nacional de Arqueología. El autor señala los aspectos ("subsistemas") dentro de los que este Instituto debe ejecutar su acción y subraya la ventaja del sistema arqueológico nacional, radicada en su coherencia.

4. *Acerca de la investigación arqueológica:* Después de analizar una definición de Arqueología, afirma que esta ciencia no se concreta en la mera consecución de datos y a la descripción artefactual, sino que también se embarca en la investigación científica, a través del método de aproximaciones sucesivas. Trata de reconstruir hipotéticamente la vida de los antiguos pueblos, ubicándolos geográfica y temporalmente, detectando las formaciones económico-sociales.

Para concluir diremos que los propósitos anunciados por el autor en la Introducción se concretan, ya que presenta un amplio panorama de la Arqueología boliviana —centrado en las culturas que el mismo Ponce ha investigado—, con un criterio que tiene en cuenta los diversos factores que actúan en la conformación de toda cultura. Es un libro con gran cantidad de notas, lo que determina importantes argumentos para sus afirmaciones. Lo más importante son los aportes que da para la Arqueología en este momento, sobre todo en Bolivia, definiéndola como ciencia, sus métodos, sus alcances y su papel fundamental en el quehacer cultural de toda nación americana.

ANALLA HERRERA

NÚÑEZ REGUEIRO, Víctor A.: Conceptos teóricos que han obstaculizado el desarrollo de la arqueología en Sudamérica. En *Revista de la Universidad Católica del Ecuador*. Año III, N^o 10, pp. 18-231. Quito, 1975.

—Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste argentino. En *Revista del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba*, t. V, pp. 169-190. Córdoba, 1974.

Nos referiremos a dos trabajos, no poco incitantes, de quien fue en su momento uno de los grandes valores jóvenes de la arqueología argentina. El primero consiste en la reedición, con algunos cambios, de un artículo aparecido en 1972. Partiendo de la definición de la arqueología como “una ciencia social que estudia, o pretende estudiar, científicamente los sistemas socio-culturales y los procesos culturales del pasado”, muestra las limitaciones de conceptos teóricos antiguos, muchas veces no formulados en forma explícita, y su influencia desfavorable sobre una correcta metodología de campo y de gabinete. Señala la necesidad de realizar en cada caso un “diseño de investigación”, con pasos concretos a darse dentro de sus dos fases: exploratoria y explicativa.

Se trata de un trabajo original para nuestro medio, por momentos polémico, pero que debe ser tenido en cuenta. La metodología es sin duda correcta; sólo se podría objetar que la estrictez teórica y metodológica propugnada por el autor —y a partir de la cual procede a criticar algunos trabajos arqueológicos recientes— muchas veces no puede ser aplicada en la práctica (sobre todo, por razones de limitación presupuestaria).

En el segundo artículo, Nuñez Regueiro intenta (combinando sus preocupaciones teóricas con su experiencia arqueológica del Noroeste argentino) una sistematización y periodización de esta subárea de los Andes Meridionales, tratando de obtener una visión más realista de su proceso de desarrollo cultural. Previamente, analiza críticamente algunos conceptos instrumentales corrientemente utilizados por los arqueólogos: “contexto cultural”, “difusión”, etc. El esquema de desarrollo y sus subdivisiones puede considerarse acertado (de acuerdo con el estado de las investigaciones al momento de la publicación del artículo); pueden en cambio estar sujetas a discusión algunas de las terminologías utilizadas (por ej. “Formativo”).

Se trata de un enfoque original de la problemática abordada, que debe ser muy tenido en cuenta por los arqueólogos, aun los que no trabajan sobre la región del N.W. argentino. La metodología es la más avanzada para dicha área, lo cual no quiere decir que sea definitiva.

JUAN SCHORINGER

NÚÑEZ REGUEIRO, Víctor A.: La cultura Alamito de la subárea Valliserrana del Noroeste argentino. En *Journal de la Société des Americanistes*, t. LX, pp. 7-62 y 3 láminas. París, 1971.

Precedido, un año antes, por una síntesis preliminar acerca de este grupo cultural del período agro-alfarero Temprano aparecida en *American Antiquity* (Vol. 35, N^o 2, pp. 133-140), se trata de la monografía en cierto modo definitiva acerca del notable conjunto de sitios ubicados en el sector N.E. del llamado Campo del Pucará en la provincia de Catamarca, no lejos del límite con la de Tucumán. Constituye así un valioso

complemento de los dos trabajos sobre el tema publicados anteriormente en estos mismos "Anales" (tomos XIV-XV, 1958-1959, y XXIV-XXV, 1969-1970), así como de informes diversos. Como se sabe, el complejo habitacional del paraje La Alumbraera, en la zona de la población de El Alamito, fue descubierto por Alberto Rex González, realizándose la primera campaña de excavaciones en 1957 bajo su dirección y con Nuñez Regueiro como principal ayudante; luego se realizaron otras tres (la última en 1966) bajo la dirección del segundo, en expediciones del Instituto de Antropología de la Universidad Nacional del Litoral con sede en Rosario. Se trató en su momento de las primeras excavaciones de ruinas habitacionales del N.W. argentino realizadas con metodología moderna.

Se describe el ambiente y las características de este grupo agrícola y pastoril, que por algunos fechados radiocarbónicos puede fecharse entre unos 250 y 450 A.D., en cuya etapa más antigua la cerámica local está asociada a fragmentos de tipo Condorhuasi, mientras que en la fase más reciente aumenta progresivamente la asociación a cerámica tipo Ciénaga, fenómeno atribuible a un intensivo comercio. Notable es el patrón de asentamiento, de unidades habitacionales subrectangulares o en U que rodean a un amplio patio central. Importante es también el arte lítico. El autor rastrea similitudes con otros grupos del área Andina, estableciéndose relaciones con Bolivia, sobre todo la hoy del lago Titicaca (Chiripa), que por su mayor antigüedad debe considerarse el foco de origen de esta modalidad cultural, desconocida en nuestro país antes de estos trabajos. (Posteriormente este patrón básico de asentamiento se ha identificado para momentos anteriores dentro de Período Temprano, en el valle de Tafí (Tucumán) y en la Quebrada del Toro (Salta), así como una notable supervivencia manifestada en el complejo ceremonial de la finca La Rinconada, en el valle de Ambato a unos 50 Km. al S.E. de los sitios de La Alumbraera, perteneciente a la cultura de La Aguada, ubicada en el llamado Período Medio, ca. 600-900 A.D.).

Dadas las características y lugar de publicación de este trabajo, sería deseable efectuar una reimpresión en nuestro país, agregando en lo posible mayor cantidad de ilustraciones, a fin de aumentar su valor didáctico y documental.

JUAN SCHORINGER.

ASCHERO, Carlos A.; PEREZ DE MICOU, Cecilia; ONETTO, María; BELLELLI, Cristina; NACUZZI, Lidia y FISHER, Alfredo: *El Valle de Piedra Parada*, Publicación del Gobierno de la Provincia del Chubut. Serie Humanidades. Arqueología del Chubut. Rawson (Chubut, Argentina), 1983. 111 pp. (varias sin numerar) y, fuera de texto, 42 figs. que incluyen dos mapas.

El Valle de Piedra Parada ("Área de Piedra Parada" es la denominación en la investigación arqueológica) corresponde al curso medio del río Chubut en el territorio de la provincia del mismo nombre, en el sector patagónico central de la República Argentina.

Un grupo de investigadores jóvenes, propiciados por el Gobierno de la Provincia del Chubut, han centrado sus esfuerzos en esta área, en un claro ejemplo de investigación arqueológica regional. Esta es una tendencia de la investigación arqueológica argentina que ha dado importantes resultados en los últimos años.

En el "Prólogo" del trabajo que comentamos, escrito por el responsable del "Pro-

yecto de rescate del patrimonio arqueológico de la Provincia del Chubut”, Raúl Scandroglio de la Dirección Provincial de Cultura, se explica el alcance del proyecto —que incluye al del Área de Piedra Parada— mencionando someramente los antecedentes de investigación antropológica e historiando rápidamente aspectos de la colonización europea en el territorio provincial.

En “Consideraciones preliminares”, Carlos Aschero, investigador del CONICET, coordinador del grupo de trabajo en Piedra Parada, explica que la finalidad de la publicación es presentar los sitios en estudio y los hallazgos arqueológicos fundamentales. Destaca además el alcance de cada etapa de la investigación —ésta es la primera— y los principios en que se basa. Indica también que, atendiendo a particularidades ecológicas, han subdividido el área en zonas, centrandose en ellas las prospecciones, eligiendo luego los sitios factibles de excavación. Esas zonas corresponden a diferentes condiciones geomórficas y se relacionan con la posible alternancia en la explotación de ambientes por grupos aborígenes, cuya subsistencia se basó en la caza y la recolección.

El escrito comprende entonces un conjunto de informes preliminares de trabajos en curso. Presenta un “estado de la cuestión”, llama la atención sobre un proyecto promisorio y ofrece algunos resultados.

Luego de los “Aspectos biogeográficos” y “Antecedentes bibliográficos” (C. Aschero, L. R. Nacuzzi y C. Pérez de Micou) del área considerada, siguen los informes de estudios en abrigos rocosos (aleros, con o sin arte rupestre, que en algunos casos pudieron excavarse), yacimientos y/o sitios a cielo abierto (campamentos—talleres, talleres, etc.) y sitios con sepulturas (“chenques”).

Los informes corresponden a: “Sitio Campo Moncada 1 (CM 1)” (M. Onetto), “Sitio Campo Moncada 2” (C. T. Bellelli), “Sitio Piedra Parada 1 (PP 1)” (C. B. Pérez de Micou), “El arte rupestre del sitio Piedra Parada 1” (C. Aschero), “Sitio Piedra Parada 4” (M. Onetto), “Sitio Campo Cretón 1” (M. Onetto), “Sitio Campo Cretón 2” (L. R. Nacuzzi), “Sitio Campo Nassif 1 (CN 1)” (M. Onetto), “El arte rupestre del sitio Campo Nassif 1” (C. Aschero), “Sitio San Ramón 1 (SR 1)” (C. Aschero), “Sitio Paso del Sapo 1” (A. Fisher), “Yacimiento Laguna del Hunco” (L. Nacuzzi), “Yacimiento Aguada del Potrillo (AP)” (C. Aschero) y “Prospección a los campos altos cercanos a la Barda Colorada” (A. Fisher).

En base a ellos, Aschero ofrece “La secuencia de Piedra Parada a través de las campañas 1979-81: consideraciones finales”, que es una síntesis de los resultados, relacionando la secuencia obtenida con la mejor conocida del sector patagónico comprendido entre los ríos Chubut y Santa Cruz.

El estudio de los materiales arqueológicos, de las asociaciones y la posición estratigráfica relativa— en aquel momento no tenían aún resultados radiocarbónicos— en los nuevos sitios, permite atribuir las capas 4a, 3b y 3a de Campo Moncada 2 a una industria de hojas comparable con el Casapedrense, la capa 2b del mismo sitio y la 3 de Piedra Parada 1 al Tehuelchense sin cerámica y las capas 2a, 1b, 1a y superficie del primer sitio, junto con la 2 y 1 de Piedra Parada 1 y la 1 de Campo Nassif 1, al Tehuelchense cerámico. En Campo Moncada 2 existe una capa cultural, la 2c, con materiales sin atribución cultural. Se presume también que en la secuencia zonal falta hallar vestigios de ocupaciones anteriores.

El Casapedrense de Patagonia central es una industria sin puntas de proyectil, que pone énfasis en los artefactos sobre hojas y no utiliza la técnica de adelgazamiento por retoque bifacial. La base de sustentación de los grupos portadores fue, principalmente, la caza de guanacos, probablemente mediante el empleo de boleadoras. Quizás estuvieron relacionados con la confección del arte parietal que incluye manos en negativo. Su cronología, amplia, va aproximadamente del 5300 al 1500 a.C.

El Tehuelchense A —Tehuelchense precerámico o Patagónense I de Menghin— es

una industria con pequeñas puntas pedunculadas de limbo triangular—indicadoras del uso del arco en la caza— y artefactos bifaciales —cuchillos, piezas foliáceas, etc.—. Su cronología, al Norte del río Santa Cruz, corresponde a los primeros siglos de la Era.

Ese Tehuelchense A tendría por base industrias con hojas post—Casapedrenses designadas como un Proto—patagoniense de tradición Casapedrense, cuya cronología aproximada abarcaría del 1400 al 500 a.C.

El Tehuelchense B —Tehuelchense cerámico primitivo o Patagoniense II de Menghin—, entre los siglos VIII —o antes— y X d.C., suma al anterior la presencia de cerámica lisa o decorada con incisiones, placas de piedra grabadas, distintos tipos de molinos y manos de moler, distintas variedades de bolas, etc.

Estas fases de desarrollo del Tehuelchense o Patagoniense, antecedente arqueológico de los indígenas tehuelches históricos, constituyen según Aschero un complejo que “no representa una única cultura sino un conjunto de rasgos compartidos por varias culturas regionales” (p. 95). De allí que haya semejanzas y puedan esperarse diferencias entre las distintas áreas, como las ya detectadas en Piedra Parada (diferentes modalidades de arte rupestre, variaciones en los tipos de puntas, tamaño de los artefactos, densidad de ellos, etc.).

Respecto a los motivos del arte rupestre presente en los sitios, se ha podido establecer distintas fases estilísticas por su comparación con otras áreas. Esto permite determinar una secuencia, reforzada con otros elementos de juicio como las superposiciones, las posibles asociaciones con el material arqueológico de las capas culturales (guijarro grabado, artefacto de madera con decoración incisa, fragmento de placa grabada, etc.), etc.

Se han establecido así tres momentos diferentes para los motivos. Uno anterior al 400 a.C., inicial, de pinturas —diferentes tonalidades de rojo, ocre, verde, blanco— y grabados, con puntiformes, figuras curvilíneas simples, negativos de mano, etc. Otro, intermedio, con diversas agrupaciones de motivos grabados o pintados (grabados curvilíneos de surco fino o ancho, pinturas de puntiformes, pinturas abstractas geométricas simples —mono y policromas—, etc.), vinculado al desarrollo del Tehuelchense acerámico y cerámico anterior al establecimiento del Estilo de grecas (motivos escalonados, almenados, cruciformes, etc.). Este estilo, final, admite distintas subagrupaciones, probablemente fases o facies estilísticas distintas. Fue denominado así por Menghin y corresponde a la ocupación tehuelchense cerámica. En Piedra Parada ocupa una posición central respecto al área de dispersión conocida, ofreciendo variantes formales conectadas probablemente con los cambios del Tehuelchense. Algunos de los motivos del estilo persisten en el arte textil de los araucanos y tehuelches araucanizados de Argentina.

Resta, finalmente, desear la continuación de las investigaciones con apoyo oficial y sugerir la atención de algunos aspectos de la impresión no contemplados aquí (disposición de ilustraciones, paginación, etc.).

J. ROBERTO BARCENA

Investigaciones arqueológicas en La Cueva de Las Manos, Estancia Alto Río Pinturas. 1977. Coordinador Carlos J. Gradín. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antro-

pología, Volumen X, Nueva Serie. 70 pp. Buenos Aires, 1976. Tirada especial auspiciada por la Provincia de Santa Cruz.

Esta publicación consta de tres artículos, en los cuales se presentan los resultados de la investigación de un sitio de una importante zona arqueológica de Patagonia denominada Area del Río Pinturas (N.O. de la provincia de Santa Cruz); se trata de la "Cueva de Las Manos". Al primero de los artículos corresponde el título de la publicación, cuyos autores son Carlos J. Gradin, Carlos Aschero y Ana M. Aguerre. En él Gradin encara el estudio de las manifestaciones de arte rupestre definiendo tres grupos estilísticos, ordenados a partir del análisis de superposiciones, de la siguiente manera: grupo A (el más antiguo) caracterizado por los negativos de manos y las escenas con participación de representaciones humanas y de guanacos de color negro, ocre amarillo de diversas intensidades y violáceo. Grupo B se caracteriza por la pérdida de dinamismo anecdótico entre el hombre y el animal y por la aparición del color blanco. Los restantes colores siguen utilizándose notándose en el rojo una intensidad más oscura. Subgrupo B-1 está integrado por una serie de figuras biomorfas, negativos de manos, motivos tripartitos, tridígitos, círculos con puntos adosados a la periferia, líneas serpentiniformes, representaciones esquemáticas del ñandú, guanacos "aberrantes" y siluetas humanas estilizadas. Grupo C con pocos motivos. Utilización del rojo intenso. Figura humana esquemática de tratamiento lineal. Largos zig-zag y triángulos opuestos por el vértice.

En la segunda parte de este artículo se presentan los resultados de las investigaciones arqueológicas encaradas a partir de los trabajos de campo realizados en 1973 y 1974, definiéndose tres niveles culturales caracterizados de la siguiente manera: *Cueva de Las Manos I*, ubicado cronológicamente de acuerdo a dos fechados radiocarbónicos entre 9300 y 7300 años a.p. y caracterizados por: 1) predominio de instrumentos sobre lascas, escasa presencia de hojas y éstas siempre atípicas; 2) empleo del retoque marginal directo; 3) recurrencia de raspadores de filo extendido, de filo restringido, de filo frontal corto, raederas laterales y frontales simples y de cuchillos de filo natural sobre lascas; 4) presencia de puntas de proyectil triangulares de retoque bifacial extendido. *Cueva de Las Manos II*: se presenta un fechado radiocarbónico que ubica a este nivel cultural en el 3400 a.p. El instrumental lítico presenta ciertas características que lo vinculan al nivel tipo toldense de Cueva de Las Manos I, y al mismo tiempo al nivel patagónico de las capas culturales superiores, por lo que lo definen de carácter transicional. Las características de este nivel son: 1) presencia de puntas de proyectil triangulares, 2) predominio de instrumentos de retoque unifacial, 3) presencia de retoque bifacial, restringido exclusivamente a las puntas, 4) formas base sobre lascas y lascas laminares, incremento en la técnica de extracción de hojas.

Cueva de Las Manos III, se lo ubica cronológicamente entre el 340 A.D. y el 1000 A.D. y se lo caracteriza por la utilización de hojas como formas base, por la presencia de puntas de proyectil pedunculadas, de raspadores frontales de filo corto distal y cuchillos sobre hojas. La ausencia de cerámica y de cuchillos amigdaloides de retoque bifacial, característicos estos dos elementos del Patagónico II, hace que ubiquen a este nivel dentro de la industria Patagónica I. Finalmente, se presenta una posible correlación entre los grupos estilísticos definidos para el arte rupestre y los niveles culturales, correspondiéndole al nivel cultural Ia el grupo estilístico A, al Ib el B, al IIIa el B-1 y al IIIc el C.

Al segundo artículo de la publicación le corresponde el título *Sedimentología de La Cueva de Las Manos*, Estancia Alto Río Pinturas (Prov. de Santa Cruz), siendo su autora María C. Etchichury.

Las conclusiones a que llega, en base a la composición de los sedimentos y las variaciones observadas en el perfil estudiado, se detallan a continuación: 1) la sedimentación de la cueva se ha producido por la incorporación de materiales detríticos desprendidos de las rocas que forman sus paredes y techo; la actividad humana ha contribuido, pero en escala menor y restringida a determinados sectores. 2) Aunque escasa, es significativa en tres capas, la presencia de trizas frescas que indican lluvias de cenizas volcá-

nicas. 3) Pocas variantes en las condiciones climáticas. 4) Condiciones de frío y aridez.

Al tercer artículo de la publicación corresponde el título *Análisis e interpretación de los restos faunísticos de La Cueva de Las Manos*. (Prov. de Santa Cruz); sus autores son Guillermo Mengoni Goñalons y Mario Silveira.

En este trabajo se dan a conocer los resultados del estudio de los restos faunísticos, recuperados en las campañas de los años 1973 y 1974, correspondientes a las capas 4 c (nivel cultural Cueva de Las Manos IIIa) 5 (nivel cultural Cueva de Las Manos II), y 6 (nivel cultural Cueva de Las Manos I). Determinan que la especie predominantemente cazada fue el guanaco (*Lama guanicoe*). Determinan la presencia de *Rhediae*, *Ctenomys* y cricétidos. En cuanto a las técnicas de trozamiento, la preponderancia en todas las capas estudiadas de huesos que corresponden a los cuartos indicaría que un primer trozamiento fue realizado en el lugar de cacería. En todas las etapas se fracturaron los huesos y se los astilló con el objeto aparente de utilizar la médula. Considerando la cantidad de animales hallados en las capas y pensando en una dieta fundamentalmente proteica, concluyen en que las ocupaciones fueron breves o interrumpidas en las capas 5 y 6, o que la economía de subsistencia dependía de otros elementos ausentes en el registro arqueológico. Para la capa 4c se postula una ocupación un poco más prolongada, pero nunca por una población muy numerosa.

Investigaciones arqueológicas en el Area del Río Pinturas. 1979. Coordinador Carlos J. Gradín. Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Vol. XI, Nueva Serie. 44 pp. Buenos Aires, 1977. Tirada especial auspiciada por la Provincia de Santa Cruz.

Los cuatro trabajos incluidos en esta publicación, completan los trabajos publicados en 1976. (Ver reseña anterior).

Análisis mineralógico por difracciones de rayos X de muestras de pinturas de la Cueva de Las Manos. Estancia Alto Río Pinturas. (Prov. de Santa Cruz). Por Adrián M. Iñiguez y Carlos J. Gradín.

En este trabajo los autores encaran el estudio de la composición mineralógica de las pinturas utilizadas para ejecutar las manifestaciones de arte rupestre de La Cueva de Las Manos, analizando muestras de pigmento obtenidas en capa y de las pinturas, existentes en los paredones, correspondientes a los diversos grupos estilísticos definidos por Gradín en trabajos anteriores. El método aplicado fue la difracción de rayos X, con radiación $\text{Cu K}\alpha$. Como resultado de la investigación llegan a las siguientes conclusiones: 1) las pinturas en todos los casos tienen por una parte yeso y por otra arcilla (Caolinita, Montmorillonita e Illita) que de acuerdo a su contenido en óxidos, de hierro fundamentalmente, dan distintas variedades de rojos. En algunos casos identifican dentro de los pigmentos rojos: Hematita y Maghemita y en el caso del pigmento amarillo; Natrojarosita. 2) La correlación entre los pigmentos y los diversos colores sería la siguiente: Hematita para el violáceo y el bermellón, Maghemita y Hematita para el rojo, Maghemita para el ocre (rojizo), Natrojarosita para el ocre oro (amarillo) y para el amarillo, Illita para el blanco y posiblemente carbón molido u óxido de Manganeso para el negro. 3) El yeso es el componente constante, presentándose la posibilidad que para su uso lo hayan calcinado a bajas temperaturas (400°C), con lo que se transforma en yeso hemihidrato, que tiene capacidad de fragüe y muy buena adherencia.

A propósito de un fechado radiocarbónico para La Cueva de Las Manos. Alto Río Pinturas. Prov. de Santa Cruz. Por Ana M. Aguerre.

En este trabajo se presenta la descripción de la excavación realizada en 1977 y las conclusiones extraídas del estudio de los materiales correspondientes a los niveles culturales I y II, definidos en el trabajo publicado en 1976. La autora presenta un nuevo

fechado de 9300 ± 90 a. p. correspondiente a la base de la capa 6. Define las características de los dos primeros niveles culturales de la siguiente manera: nivel cultural Cueva de Las Manos I (7370 - 5330 a.C), lo presenta como un conjunto de instrumentos sobre lascas, de retoque marginal unifacial, de tamaño mediano o grande en su mayoría. No hay laminaridad y el índice de bifacialidad y de hojas es muy bajo. Presencia de puntas de proyectil triangulares apedunculadas de retoque bifacial extendido. Nivel cultural Cueva de Las Manos II (1430 a.C), lo define como un conjunto de instrumentos de retoque unifacial marginal sobre lascas, con un bajo índice de laminaridad y de bifacialidad y un aumento de hojas y lascas de arista con respecto al nivel inferior. Presencia de puntas de proyectil triangulares. Se señala el carácter transicional de este nivel y con respecto a los rasgos que comparte con el nivel cultural anterior presenta la posibilidad de que represente una continuación de la tradición del nivel I, pero la diferencia cronológica, casi 4000 años, le hace considerar difícil de sostener tal posibilidad. Señala la relación del nivel cultural II con el III (distanciados por casi 1800 años) a través de la presencia de la técnica de extracción de hojas y por la predominancia de raspadores de filo frontal corto de tamaño mediano.

Pinturas rupestres del Alero Cárdenas. Prov. de Santa Cruz. Por Carlos J. Gradin.

En este trabajo se presentan los resultados del estudio de las manifestaciones de arte rupestre adscribibles al "estilo de grecas", de un sitio del Area del Río Pinturas. A través del estudio de las formas, el autor distribuye los motivos presentes en diversos conjuntos: 1) negativos de manos, 2) puntiformes, 3) curvilíneos, 4) rectilíneos, 5) combinados, 6) ornamentales, 7) encuadras, 8) pintura plana y 9) caprichosos o meándricos. Analizando la distribución de los distintos motivos y constatando una serie de superposiciones, presenta la siguiente secuencia estilística: A) Manos negativas rojas y blancas, pintadas en primer término. B) Grupo de pinturas geométricas (rojas, negras y blancas, con formas triangulares o romboidales). C) Enmarcados (negro, blanco, rojo, amarillo y verde). D) Motivos meándricos de color rojo violáceo. En la última parte del trabajo el autor postula que en base al actual estado de la documentación, sustentado en el análisis de las manifestaciones de arte geométrico, le permite suponer la existencia de una vinculación cultural desde Patagonia hacia Uruguay, teniendo en cuenta que las provincias de Río Negro y Chubut, incluyendo el N.O. de Santa Cruz, por su relevancia podrían constituir el centro de difusión del denominado "estilo de grecas". Haciendo la salvedad de que dicha vinculación se remontaría en el mejor de los casos al siglo VII o más probablemente al siglo X de nuestra era.

Restos óseos de la estancia La Elisa. Alto Río Pinturas. Provincia de Santa Cruz. Por Marta A. Pastore.

En este artículo se presenta el estudio de los restos humanos hallados en un cañadón tributario del río Pinturas, cercano a La Cueva de Las Manos. De este estudio surge que los restos serían relativamente recientes y que pertenecerían a un individuo joven de sexo masculino que por sus características podría ser incluido dentro de un tipo racial metamórfico entre pámpido y fuégido, pero con dominancia de características fuegoides.

Los siete trabajos aquí reseñados presentan los primeros resultados de un plan de estudios sistemáticos del pasado prehistórico, de la denominada Area del Río Pinturas, encarado por un excelente grupo de investigadores que trabajando desde distintos ángulos, demuestran la importancia de los estudios multidisciplinarios para el esclarecimiento de la problemática arqueológica.

Desde la aparición, en 1979, del último trabajo aquí reseñado hasta la actualidad, la investigación del área ha continuado, presentándose los resultados del desarrollo de la misma en varias publicaciones que, complementándose con los anteriores, contribuyen a un conocimiento más completo de las sociedades que poblaron la Patagonia a partir del temprano Postglacial.

VICTOR A. DURAN

SANGUINETTI de BORMIDA, Amalia: El sitio de Las Buitreras como aporte al manejo de fuentes prehistóricas del temprano poblamiento sudamericano.

BORRERO, Luis: La fauna de Las Buitreras: su significación en un marco sudamericano.

YACOBACCIO, Hugo: Aspectos tipológicos y funcionales de los artefactos líticos de los niveles con fauna extinta de Las Buitreras.

CAVIGLIA, Sergio: La presencia de *Dusicyon avus* (Burmeister), 1864 en la capa VIII de la cueva de Las Buitreras (Patagonia, Argentina): su relación con otros hallazgos en Patagonia meridional.

En: RUNA, vol. XIII, partes 1 y 2, pp. 11-33. Buenos Aires, 1976-1980.

Los artículos que aquí reseñamos constituyen, en su conjunto, un valioso aporte a la problemática de la más antigua presencia del hombre en el extremo sur americano.

Amalia S. de Bórmida se ocupa en este estudio del análisis de las fuentes prehistóricas (culturales, arqueológicas, paleontológicas, paleobotánicas) a las que hubo de recurrir para poder señalar una asociación cultural fehaciente en los niveles VIII y VII con fauna extinta de la cueva de Las Buitreras (en la cuenca del río Gallegos, provincia de Santa Cruz), los cuales ya han sido objeto de estudios particulares. La presentación de este problema es precedida por interesantes reflexiones sobre la necesidad de la Prehistoria de apelar a otras fuentes, que no sean las exclusivamente arqueológicas, en procura de aprehender la cultura en sus múltiples facetas.

Seguidamente, pasa a enumerar los testimonios concretos del nivel VIII. Primero, los ofrecidos por los restos paleontológicos y las inferencias culturales y cronológicas surgidas de ellos. Luego, plantea la necesidad de revisar la contemporaneidad de *Canis familiaris* con megafauna en otros sitios de la Patagonia meridional, ante la presencia en éste de un zorro extinguido (*Dusicyon avus*) (tema específico del trabajo de Caviglia). En cuanto a los testimonios arqueológicos, deja en claro la importancia de "replantear el problema de los basaltos naturales con probable utilización de sus filos" (p. 14), los cuales no deberían ser descartados como instrumentos ocasionales, empleados con un fin utilitario e inmediato (en este caso, el trozamiento de las piezas cazadas).

También, señala las fuentes paleobotánicas, fundamentales, por ejemplo, para una reconstrucción paleoambiental y como contribución al problema del Pleistoceno tardío. Finalmente, para el nivel VIII, expone sobre "la falta de evidencias como fuente". Concretamente, la ausencia de fogones y materias primas para la fabricación del instrumental. De ello se desprende que la cueva no constituiría un sitio de ocupación estable y que instrumentos de hueso formarían parte del contexto.

A continuación, tras hacer una enumeración de los restos arqueológicos (más significativos que los del nivel precedente), paleontológicos (fauna extinta y fauna moderna) y otros testimonios (fogones y excrementos humanos) del nivel VII, establece las diferencias observables respecto del nivel anterior: una asociación cultural más evidente, una cierta tradición entre los hallazgos de ambos niveles, el indicio de cambios significativos en lo faunístico y cultural, y un asentamiento "más tangible".

Inmediatamente, hace referencia al valor del nivel VI (capa de cenizas, estéril) y los bloques que subyacen al mismo como límite de la supervivencia de fauna extinta, y cuyo fechado radiocarbónico (6800 a.C.) sirve a los fines de una cronología relativa y absoluta. Por último, bajo el subtítulo de "Evaluación del sitio como fuente integral", explica cuál ha sido la metodología aplicada.

Este trabajo se completa con tres estudios por parte de miembros de su equipo de colaboradores, que "constituyen un ejemplo pragmático de lo antedicho" (p. 19).

Luis Borrero encara el tema de la evidencia faunística. Tras hacer un resumen de la misma, señala la característica que distingue a Las Buitreras de otros sitios del norte de América: la asociación de fauna extinta con fauna moderna, lo cual daría muestras, entre otras cosas, de un desfase cronológico entre el poblamiento de Norte y Sudamérica.

Sin duda, el elemento más destacado del conjunto es la presencia de *Myloodon* en clara asociación cultural (lo que se había puesto en duda para otros yacimientos en donde aparece este animal). Respecto de este ejemplar, el autor aporta datos interesantes acerca de su dieta; hipótesis acerca de su extinción (la actividad humana sólo como factor recurrente); capacidad de termorregulación y ubicación cronológica.

Por su parte, Hugo Jacobaccio enumera y describe el material lítico hallado y los especímenes que presentaron huellas de descarnado. Luego de hacer "consideraciones generales" sobre estas últimas, plantea algunas hipótesis, tales como la de utilización de algunas piezas en actividades de corte y raspado (destazado de animales); sobre el empleo de artefactos de filo naturales, a excepción de un instrumento que presenta el filo retocado; también, la posibilidad de una cierta actividad de talla en el sitio. Advierte sobre la necesidad de corroborar estas hipótesis con nuevos estudios, que se hallan en curso.

Sergio Caviglia, como ya lo anticipáramos, aclara sobre la semejanza, en algunos rasgos, de las especies *Dusicyon avus* y *Canis familiaris*, y lo imprescindible de revisar los datos que se tienen de la presencia de esta última en otros sitios del sur patagónico. Sobre todo, teniendo en cuenta el valor cultural de cada especie, ya que las especies del género *Dusicyon* son de hábito solitario y no domesticables.

No obstante su brevedad, valoramos en estos trabajos la claridad de las ideas expresadas, así como su contribución al tema de la contemporaneidad del hombre con fauna pleistocénica, en tanto testimonio del temprano poblamiento del continente, que no agotan, sino, por el contrario, prometen intensificar con los estudios ya en marcha.

Cada artículo va acompañado de la correspondiente bibliografía. Los tres últimos están ilustrados con fotografías y mapa.

MONICA P. AMPUERO